

“Una terrible historia sobre el verdadero horror del nazismo”

J. Berliner y G. Guthridge
Hijos del Crepúsculo



Ganadora del premio

Stoker

Lectulandia

La obsesión del nacionalsocialismo se enfrenta con la mística del judaísmo y el misterio de África en los confines de la jungla. Allí es donde los nazis han decidido crear una patria para los judíos, trasladando poco a poco a todos los que residen en Europa. El famoso plan Madagascar.

De esta manera se cruzan los destinos de dos destacadas políticas, un erudito judío, una docena de violentos alemanes, un centenar de judíos hacinados en un campo de concentración y dos poderosos nativos.

El resultado es un libro de sucesos horribles, intensos sentimientos y acción repleta de suspense, narrado con un estilo fluido y onírico. Una espeluznante novela que arroja luz sobre cuestiones que normalmente no queremos ver.

Lectulandia

Janet Berliner & George Guthridge

Los hijos del crepúsculo

Solaris terror - 19

ePub r1.0

Titivillus 10.07.2017

Título original: *Children of the Dusk*

Janet Berliner & George Guthridge, 1997

Traducción: Ana Isabel Domínguez Palomo & Concepción Rodríguez González & María del Mar Rodríguez Barrena

Diseño de cubierta: Rainer Kalwitz

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

La isla de Madagascar se encuentra en el océano Índico, junto a la costa sudeste de África. Es la cuarta isla más grande del mundo: tiene el tamaño de la costa atlántica desde Nueva York, pasando por Atlanta, hasta los Apalaches. Habiéndose separado de la masa continental hace cientos de millones de años (quizás, como insisten algunos, como parte del continente Lemuria), ha desarrollado una flora y una fauna tan exclusivas como las de Australia o las Galápagos.

La jungla del norte de Madagascar, la más densa del mundo, está cuajada de orquídeas y lémures; los espinosos desiertos del sur dan cobijo a árboles del caucho, cuya savia causa ceguera, y a vainas de semillas tan afiladas que pueden desgarrar la carne hasta convertirla en pedazos. Antes de que fuesen cazados hasta su extinción, los hipopótamos pigmeo deambulaban por aquel territorio; allí acechaba también el gigantesco apyornis, el pájaro elefante incapaz de volar conocido como «roc» en la historia de Simbad, y cuyos extraños huevos fosilizados aún pueden encontrarse de vez en cuando.

La isla, a solo cuatrocientos sesenta kilómetros del continente, permaneció deshabitada hasta el 500 a. C. Curiosamente, los primeros colonos no llegaron desde África, sino de Java (ahora Indonesia), que se encuentra a unos cinco mil kilómetros al este. Allí habitaban los vazimba, una raza de marineros de piel bronceada que navegaban de isla en isla en sus canoas de balancín y que cruzaron el océano Índico solo para terminar siendo tragados por la mezcla de genes, cuando los pueblos de lo que ahora se conoce como Mozambique y Somalia atravesaron la distancia que separaba África de la rica isla que los vazimba habían descubierto. A medida que llegaban más javaneses procedentes de la legendaria isla de Grenada, la isla de las especias, la endogamia consiguió que la piel de muchos de los malgaches adquiriese un color cobrizo, a pesar de que pocos de los isleños pueden trazar la línea de sus ancestros hasta los pobladores originales.

En la actualidad, la isla está superpoblada, sobre todo en el área de la meseta central, donde la flora autóctona ha sido exterminada en un desastre ecológico de dimensiones alarmantes. Antes de la Segunda Guerra Mundial, Madagascar estaba relativamente deshabitada. Esto, junto a su situación al sur de las tierras ricas en petróleo del Mar Rojo y su proximidad con las rutas marítimas británicas entre la India y Sudáfrica, llamó la atención de Hitler. En 1938, Hitler dio instrucciones precisas a Adolph Eichmann para que recopilase información sobre la isla, con el fin de encontrar una «solución de política exterior» al «problema judío».

La idea de exiliar a los judíos europeos en Madagascar, entonces una colonia francesa, no procede de los nazis; la propuesta se remonta al menos hasta Napoleón. En el intervalo de tiempo entre ambas guerras mundiales, la idea fue abanderada en

Gran Bretaña por Henri Hamilton Beamish y por Arnold Leese, y en los Países Bajos por Egon van Wingham. El Joint Distribution Committee de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos también coqueteó con la idea de reubicar a los judíos en Madagascar.

En 1937, los polacos, que deseaban impulsar la emigración de un enorme número de judíos, obtuvieron el permiso de los franceses para enviar una comisión de investigación de tres hombres —dos de los cuales eran judíos— a Madagascar, con el fin de explorar la posibilidad de dicha reubicación. En Berlín, la idea fue acogida con entusiasmo, especialmente por Heinrich Himmler, que escribió: «Por cruel y trágico que pueda ser cada caso individual, este procedimiento sigue siendo el mejor, en el caso de que uno aborrezca el método bolchevique del exterminio físico de un pueblo, que carece de toda ética y que resulta antigermánico e imposible».

Convencido de que Varsovia caería rápidamente una vez que Polonia fuese invadida, en la primavera de 1939, Himmler hizo un llamamiento a la S.S. y al Seekreisführung, la comandancia naval, con el fin de que evaluaran las aguas del océano Índico para tratar de llevar a cabo lo que había llegado a conocerse como «Plan Madagascar». Había más de siete millones de judíos en Polonia. Checoslovaquia, anexionada en el 37, tenía unos cuatro millones. Austria, incorporada en el 36, tenía tres millones; la propia Alemania tenía cinco millones. Las cifras aumentaban de forma incomprensible. ¿Y no había prometido el Führer acabar con la amenaza judía?

La historia documentada del «Plan Madagascar», que nosotros hemos denominado El Manifiesto Madagascar, acaba aquí.

¿Pero qué hubiese ocurrido si...?

El 22 de julio de 1939, el *Altmark*, un buque de vapor con ciento setenta y ocho metros de eslora y veintidós de manga, se hizo a la mar desde el puerto de Hochwaldt, en Kiel, al norte de Alemania. A pesar de que su objetivo principal y secreto era abastecer al Graf Spee, un acorazado alemán, su misión pública y secundaria era de «labores humanitarias». Transportaba ciento cuarenta y cuatro judíos, expresamente seleccionados en Sachsenhausen, el campo de concentración que se encontraba a una hora en coche de Berlín, además del equipo y el material suficiente para que los hombres comenzasen la construcción de las instalaciones requeridas para el desembarco del planeado éxodo hacia Madagascar.

Al cargo de las operaciones estaba el coronel del Abwehr Erich Weisser Alois, cuya carrera militar hasta el momento consistía, al parecer, en la protección de la mansión y cuartel general del ministro de propaganda nazi, Joseph Goebbels. Junto con Alois, había cuarenta guardias de Sachsenhausen, bajo el liderazgo del mayor Otto Hempel, y los propios miembros de la unidad de Alois: doce pastores alemanes y once adiestradores. (El mismo Alois era un adiestrador de perros de cierto renombre). También acompañaban a Alois: Bruqah, un guía malgache, y la mujer embarazada de Alois, Miriam Rathenau Alois, sobrina de Walter Rathenau, ministro

de Asuntos Exteriores alemán durante los comienzos de la república de Weimar. La implicación de Miriam se debía en gran parte al hecho de que se estaba rodando una película propagandística del suceso, y no fue una casualidad que el *Altmark* se hiciera a la mar diecisiete años después, en aquel momento, del asesinato de Rathenau a manos de los anarquistas.

El único acontecimiento militar significativo que tuvo lugar durante el viaje a Madagascar ocurrió aproximadamente a cinco kilómetros de la costa de Lüderitz, un enclave alemán en el sudoeste de África. En aquel lugar, el 1 de septiembre, el día que los alemanes invadieron Polonia, el *Altmark* se reunió por vez primera con el Graf Spee. El capitán Heinrich Dau, quien se suicidaría el día después de que terminara la guerra, escribió unas palabras extrañamente conmovedoras en el, por lo general, escrupuloso cuaderno de bitácora del barco:

He hablado con Gustav Sophie [Graf Spee]. ¡Semejante silueta recortada contra la anaranjada puesta de sol! ¡Y, en este día, nada menos, cuando el fénix de la Madre Patria se ha elevado de las cenizas de la Gran Guerra! En mi regocijo, he traído a los judíos a cubierta, para darles la noticia. ¡Esta vez su pueblo no nos costará la guerra!

Solomon Freund, un erudito judaico y un lingüista aficionado a quien los demás judíos llamaban «Rabí», también tiene una entrada en su diario ese día, escrita (de acuerdo con la leyenda local) con una resquebrajada estilográfica que había encontrado en una papelería que le habían ordenado vaciar por la borda, y sobre un pedazo del *Der Stürmer*, el periódico antisemita que también había encontrado en dicha papelería:

Al fin la luz del sol. He visto a Miriam. ¡Qué hermosa es! Los diez frutos de diamante del Árbol de la Vida en un solo ser. Empeoramiento de la agudeza visual. Hay que seguir adelante. Por ella. Por nosotros. Graf Spee.

El *Altmark*, rebautizado como *Sogne* para evitar la posterior detección del combustible y municiones que transportaba para el Spee, alcanzó Nosy Mangabé, una diminuta isla en la bahía Antongil de Madagascar, el 7 de septiembre. Pocos malgaches pisaban Mangabé, quizás por su historia. Envuelta en un desastroso intento de colonización durante el siglo XVIII, fue utilizada más tarde como una pequeña pero segura base por los piratas británicos, que gustaban de violar a las mujeres de Betsileo. Nosy Mangabé (para ayudar al lector con la pronunciación, la isla se llama Mangabéy en la novela), es una isla real, situada en la boca de la bahía Antongil de Madagascar. Mauritius Augustus Benyowsky construyó un hospital de bambú en la isla durante el siglo XVIII. Daniel Defoe estudió la isla para la ambientación de sus escritos, y el capitán Avery, pirata inglés, la usó como baluarte, probablemente porque es fuente de numerosas gemas extrañas, incluyendo la apatita, que no se encuentra en ningún otro lugar del mundo.

Hoy en día, Mangabé es el único refugio oficial del mundo para los aye-aye, un lémur al que se le supone el poder de predecir la muerte, y que, en su momento, los malgaches temían tanto que mataban a la criatura en cuanto se les ponía por delante.

Por el momento, los aye-aye están a salvo en Mangabé.

Entre las tribus locales ...Betsileo, Tshimity y Antakarana— aún quedan recuerdos sobre la expedición del *Altmark/Sogne*. De cualquier forma, quizás por temor a la represalia de algún ente que nosotros, los occidentales, solo podemos imaginar, los más ancianos de las tribus solo hablan del intento de colonización en susurros, si es que lo mencionan.

Esta es esa historia.

(Nosotros, los autores, rogamos la indulgencia de aquellos que lean *Child of the Light* y *Child of the Journcti*, y puedan sentirse algo molestos con nuestra decisión de repetir, en su versión extendida, el «Epilogo» del último como «Capítulo Uno» de esta novela).

PRIMERA PARTE

Todo lo que es realmente bueno e inspirador es obra de un individuo que puede trabajar en libertad.
—Albert Einstein.

PRÓLOGO

Los saltamontes oscurecían la luz de la luna.

El malgache rió encantado y alzó lo que quedaba de su puño hacia el cielo del inminente amanecer. Abandonó la vigilancia de la cripta de piedra y se quitó el harapiento taparrabos de color marrón. Bajo la pálida luz de las estrellas, de las luciérnagas y de las últimas ascuas de la hoguera hecha con cáscaras de coco, comenzó a bailar una sinuosa danza de victoria. Se movía alrededor de los tótemes que se erigían por doquier, cubiertos de musgo y hiedra, aplastando al descuido los mosquitos y las moscas tropicales que presagiaban la llegada de una tormenta. Cuando se cansó de bailar, arrancó una liana de uno de los tótemes, la trenzó en forma de guirnalda y se la colocó en la cabeza a modo de corona, ocultando su cabello de un horripilante tono rojizo salpicado de canas.

Acarició el tótem con sus deformados dedos. Unos diminutos cuernos de cebú coronaban una cenefa de hojas retorcidas. Los lémures tallados en la piedra guardaban el equilibrio apoyándose en las espaldas de sus compañeros, mientras contemplaban lo que sucedía a su alrededor con esos ojos enormes de pupilas en forma de espiral.

Los saltamontes se alejaron de la magnífica luna, idéntica a una yema de huevo, poniendo distancia entre ellos y el Zana-Malata, que sonrió dejando a la vista unas encías sin dientes.

—¡Minihana! —gritó—. ¡Comer!

Abrió el agujero rosado que tenía donde deberían estar la nariz y la boca, sacó la lengua del mismo modo que lo haría una iguana, y atrapó un buen puñado de luciérnagas que acabaron descendiendo por su garganta.

Exhaló una bocanada de fuego y rió ante su astucia. Muy pronto, pensó, llegaría el momento del lambda, la hora de vestir a los muertos. Y solo él sabía quién esperaba en el interior de la cripta. Él, junto con las tres ranas y las luciérnagas. Mientras tanto, esperaría. Allí, en completa soledad, el tiempo no significaba nada para él... al igual que les sucedía a aquellos que estaban enterrados en el valavato.

Volvió a moverse alrededor de los tótemes que se levantaban en el lugar. Muy cerca de sus pies, una serpiente dó se alejó, llevándose el alma de uno de los muertos que rondaba el cementerio. A sus espaldas, aparecieron cinco hombres, negros y bajos, con los ojos rodeados por unos círculos de brea de color blanco y negro, y sus cuerpos untados con un resplandeciente lodo blanco que destellaba de forma intermitente. Hicieron unas cuantas cabriolas en la linde del bosque y desaparecieron al instante.

El ruido de la selva cesó de repente, como si esta también hubiese sentido los inminentes cambios. Cuando tan solo quedó el sonido de los murciélagos cantando a

capella, con sus coros alzándose en el húmedo aire tropical, esos animales que parecían una mezcla de zorro y lince alzaron sus alargados hocicos para mirarlo. Los aye-ayes y los lémures de mayor tamaño huyeron; y los cebúes descendieron por la colina con las papadas oscilando bajo sus barbillas, acompañados por el sonido hueco de las campanillas.

El Zana-Malata permaneció en el lugar donde se encontraba, escuchando las voces de los muertos. Era el jefe de todos aquellos a los que contemplaba. Miró fijamente el arrecife de coral con forma de luna creciente que se extendía a unos cien metros por debajo del cementerio. Sus penetrantes ojos distinguieron las luces de un barco que se acercaba. Contempló la luna en el horizonte.

Era el comienzo. Los fantasmas regresaban a Nosy Mangabéy, su isla, el lugar donde los muertos soñaban.

Nosy Mangabéy.

10 de septiembre de 1939.

Sentado sobre la arena húmeda, Solomon Freund contemplaba cómo los botes salvavidas y las lanchas se desplazaban de acá para allá entre el *Altmark* y la orilla. Algunos traían solo hombres; otros acarreaban equipamiento y víveres, cargados por las grúas del buque o por sus compañeros judíos. Una enorme y desmañada balsa, fabricada con trozos de madera atados a bidones de combustible vacíos, estaba siendo preparada para llevar el pequeño tanque desde el barco hasta la orilla. Conociendo al ejército alemán, no había duda de que el desembarco se hacía siguiendo un orden, pero a Sol le parecía caótico. Se preguntó con cinismo si los manuales del Abwehr contenían instrucciones explícitas sobre cómo abrirse camino a través de la jungla.

Limitado por la visión en túnel que padecía, Sol siguió con la vista el bote que traía al mayor Otto Hempel. El oficial de la SS salió a grandes zancadas del agua, con su sabueso y un niño de nueve años, Misha Czisca, pisándole los talones. Cuando alcanzó la playa, volvió su atención hacia las aguas con un mal disimulado desagrado. Sol se giró para contemplar el barco y vio a Erich Weisser Alois, coronel del Abwehr, subido en el último bote. Erich. A pesar del odio que sentía, Sol no pudo evitar pensar en el amigo de su niñez con cierto cariño. Con la cabeza en alto y los ojos escrutando la jungla que los rodeaba como si esperase que los nativos apareciesen corriendo para arrojarse a sus pies con ofrendas de oro, el coronel Alois se apeó de la lancha. Tras él, dos judíos llevaban su adorada perra, una hembra de pastor alemán llamada Tauro, atada a una camilla de hospital.

—Vamos a tener que abrir un camino para llegar a lo alto de la colina —dijo Erich. Se volvió hacia Hempel—. Dele el machete al malgache. —Hizo un gesto con la cabeza para señalar a Bruqah, el guía con la piel del color del café—. Después de que haya pertrechado a todos sus hombres con machetes, dele el resto a los judíos.

—¿A los judíos? —preguntó Hempel—. ¿Le parece inteligente?

—¿Está cuestionando mis órdenes? —La voz de Erich sonó peligrosamente calmada—. Tome un escuadrón y vaya delante. Utilice a Bruqah como guía. Estoy seguro de que al menos estará de acuerdo con eso, ya que es su función principal aquí —continuó, habiendo decidido, al parecer, quitarle importancia a la insubordinación de Hempel—. Freund, ve con ellos y cuida de Mir... de la mujer. Pleshdimer, usted y Tauro irán en la retaguardia. —Aumentó el volumen de su voz—. Vamos a subir a esa colina. —Señaló con un dedo hacia la jungla—. No se tolerará ninguna relajación en la disciplina. Por el bien de la vida de todos los judíos que hay aquí, diré esto una vez, y solo una vez. Vais a utilizar los machetes para abrir un camino. Si en algún

momento diera la impresión de que los miráis como si fueran un arma, si hacéis un solo movimiento que huelga a un intento de fuga, os pegaremos un tiro a la mitad de vosotros, judíos, y dejaremos que los perros acaben con el resto. Y, ahora, ¡moveos!

Sin echar siquiera un vistazo a su esposa Miriam, en avanzado estado de gestación, ni a Solomon, les dio la espalda y esperó a que se obedecieran sus órdenes. Hempel, obviamente furioso, caminó a grandes pasos hacia la selva, con sus omnipresentes compañeros trotando tras él.

Bruqah, perteneciente a la aristocracia malgache y que, por el momento, no era más que un guía, los observó sin hacer un comentario ni realizar un solo movimiento.

—¿No les tienes miedo? —le preguntó Sol.

—¡Bah! —Bruqah escupió sobre el suelo húmedo.

—¿Hay algo que te asuste?

Bruqah echó la cabeza hacia atrás y soltó una estruendosa carcajada.

—Haces preguntas como un niño pequeño. —Ayudó a Miriam a ponerse en pie—. Lo que teme Bruqah no puedes entenderlo. Todavía no.

—Dímelo.

—Bruqah sólo teme cosas de hombres, y no a hombres —dijo con suavidad, desaparecido todo rastro de diversión.

—Tienes razón, no lo entiendo. —Sol recordó los días en la barraca a las afueras de Oranienburgo, donde había visto por primera vez a Bruqah. Al malgache le habían asignado la preparación del viaje y la estancia en aquel lugar. Al parecer, estaba estudiando botánica en la universidad de Berlín cuando le ofrecieron el trabajo a cambio de su pasaje de vuelta a casa. Cuanto más lo conocía Sol, más convencido estaba de que los sucesos eran menos casuales de lo que parecían.

—Nosotros, los de África, aceptamos misterio de ella —continuó Bruqah—. Son los europeos los que necesitan comprender. Acepta verdad que encierran mis palabras. —Bruqah apuntó su bastón hacia una rama—. ¿Qué ser eso, *lady* Miri?

—Una rama —dijo Miriam con cansancio.

El hombre sacudió un poco la rama con su bastón. Un camaleón se deslizó rápidamente bajo la maleza. Bruqah sonrió.

—Vamos, *lady* Miri. Venga, Solly, nos vamos.

Sol se descubrió sonriendo. Nadie lo había llamado así desde que dejó a su madre en Ámsterdam. Al ver su sonrisa, Miriam le respondió con una propia. Sol percibió un atisbo de la joven que había conocido una vez y sintió un efímero aguijónazo de esperanza mientras penetraban en la jungla. Toda su vida había aprendido a base de acertijos. Su padre había dicho que era parte de la tradición judaica. Quizás, si resolvía los acertijos de esta nueva tierra, podría hallar también las respuestas a sus viejos problemas.

La luz del sol se abría camino a través de la oscuridad y de la humedad pegajosa de la jungla. La incomodidad física de Sol se multiplicaba por diez debido a su incapacidad para ver más allá de un par de metros por delante. Un agudo canturreo

hablaba de criaturas vivientes que se habían visto importunadas por los intrusos humanos, y, a su alrededor, unas motas de luz titilaban de forma intermitente, como si el bosque estuviese poblado por un millar de luciérnagas. Si no hubiese sido por la humedad que saturaba el ambiente y lo cubría con una película de sudor, así como por el moho y el musgo, que lo abrazaban todo como un amante posesivo, bien podría haberse encontrado en la Selva Negra.

De pronto, el canturreo cesó. Comenzó a escucharse un bronco aserrar, seguido por una serie de chillidos ensordecedores que se elevaron en *crescendo* y sacudieron el bambú y los helechos en respuesta. Las hojas susurraron, dejando caer un reguero de gotas de agua, para luego regresar a su posición original con una sacudida, ignorando el balanceo de su machete. Cuando miró hacia atrás, el bosque parecía haberse regenerado. Podía escuchar a los demás, tanto a los judíos como a los soldados, luchando por abrirse camino a través de la espesa vegetación.

¡Ha-haai! ¡Ha-haai!

Suave, estridente y lúgubre, el grito resonó a través del bosque, con un sonido tan chirriante que a Solomon le dio dentera.

Alzó el machete. Tras él, escuchó los enervantes chasquidos metálicos del seguro de las armas al ser retirado, al tiempo que, una y otra vez, aquel sonido blandía el aire, atravesando las ramas que había sobre sus cabezas.

Uno de los guardias, dejándose llevar por el pánico que le producía ese extraño sonido, abrió fuego.

¡Ha-haai! ¡Ha-haai!

—¡Maldiiii-to! —Con los brazos en alto, Bruqah siguió los sonidos con un dedo tembloroso.

—Probablemente no sea más que un mono inofensivo —dijo Hempel con desprecio—. Dejad de actuar como un puñado de críos.

—No hay monos en Nosy Mangabéy —informó Bruqah con voz queda; las venas palpitaban en su cuello mientras se estiraba para tratar de ver algo sobre el dosel de la jungla—. Ni en toda Madagascar.

—¿Qué es eso? —inquirió Solomon.

—H'aye-aye —dijo Bruqah, imitando el sonido. Les dio la espalda y se dispuso a atravesar la maraña de helechos y enredaderas, apartando el follaje con su bastón y su machete. En un segundo, había desaparecido.

—¡Vuelve aquí! —gritó Hempel.

Bruqah regresó, aferrándose la cabeza, gimiendo y girando como si estuviese practicando algún tipo de danza ritual. Agarrada a su rostro, comiéndose con los ojos a los recién llegados al bosque, había una iguana a rayas rojas y doradas de la longitud de su brazo.

—¡Haced algo, cualquiera de vosotros! —Cogiendo el machete de Sol, Miriam atacó con ferocidad el arbusto que tenía por delante. Se desplomó sobre el suelo, gritando, mientras Bruqah se tambaleaba hacia ella.

—¡Por los clavos de Cristo! —Hempel le dio un empujón a Solomon para poder pasar. Arrancó el lagarto gigante del rostro de Bruqah y, sujetándolo cabeza abajo mientras se retorció, le partió la espalda y se lo lanzó a su perro lobo, Boris. Pleshdimer, el Kapo que trabajaba como lacayo de Hempel, se arrodilló junto al perro y sonrió mientras el animal despedazaba al reptil.

—Sea lo que sea lo que te hace gracia —dijo Hempel—, debes recordar que uno de estos días podrías alegrarte de tener el mismo almuerzo.

—¿Te encuentras bien, Bruqah? —preguntó Miriam en voz baja.

—Estoy bien, *lady* Miri. —Bruqah le hizo un gesto a Solomon para que se acercara—. Esa cosa. —Se echó a un lado un instante para permitir que Hempel y su cuadrilla con machetes pasaran junto a ellos—. Liguaan, como tú —le dijo a Sol—. Es capaz de ver futuro mientras contempla pasado.

—¿Cómo sabes...? —Sol se detuvo. Más tarde estudiaría el significado de las palabras de Bruqah. En ese momento, Miriam necesitaba su atención. La ayudó a ponerse en pie. Parecía exhausta. Quería cogerla en brazos y llevarla, pero estaba demasiado débil; incluso con la ayuda de Bruqah, lo único que pudo conseguir fue medio arrastrarla hacia delante.

La cuesta se hizo más pronunciada; el bosque, más denso. Distintas capas de ramas se entrecruzaban sobre sus cabezas. Las hojas bajo sus pies estaban resbaladizas por la humedad y la falta de luz. Milpiés y escarabajos correteaban por sus piernas; las espinas se les clavaban en los brazos; los húmedos helechos, ásperos como la lengua de un gato, se les quedaban pegados a los lados de la cara. En busca de algo a lo que aferrarse, se encontraron agarrados a unas sarracénias amarillas, que parecían florecer en el bosque a pesar de la escasez de luz. Al hacerlo, una almibarada sustancia pegajosa brotó de repente, atrayendo a un ejército de moscas, hormigas y mosquitos contra el que no había defensa posible.

—Tened cuidado —dijo Bruqah al ver que tocaban las sarracénias—. Para algunas personas, esas plantas peligrosas. Provocar respirar mal. Muerte, incluso.

Sol se dio un cachete en el cuello y se miró la mano. Sobre ella yacía un mosquito del tamaño de una mosca.

—Mirad esta cosa —dijo—. Es lo bastante grande como para cenarla asada. Es muy probable que todos necesitemos quinina, que sin duda nuestros amigos nazis habrán traído consigo. —Si no morimos primero de malaria, se dijo—. De ahora en adelante, será mejor que hagamos lo que nos digan.

Prosiguieron con el ascenso. Al final, llegaron a un prado pantanoso. Tan solo la falta de inclinación, la mayor extensión de terreno plano bajo los árboles y el hecho de que aquellos que iban por delante estaban reunidos al otro lado del claro, les proporcionaba una mínima sensación de haber llegado por fin a la cumbre de la colina y haber salido de la selva. Junto a ellos, apoyado contra un árbol, estaba Hempel.

—Espera aquí —le dijo a Pleshdimer—. Dispárale a cualquiera que te cause

problemas. Voy a ver qué hay detrás de aquellos árboles.

Después de que Hempel se alejara, Sol ayudó a Miriam a sentarse con la espalda apoyada contra un tronco.

—Nada ocurre sin una razón.

Dijo las palabras en voz alta. Tuvo que hacerlo. Por un lado, ninguno de sus razonamientos favoritos, que por lo general le servían hasta en las circunstancias más agobiantes, tendría la más mínima oportunidad de reafirmar su fe. Por otro, el deterioro constante de su visión, producido por la retinitis pigmentosa, requería —demandaba— el consuelo que le proporcionaba el sonido de su propia voz. Como si saber que su oído estaba intacto consiguiese, de alguna forma, que su pérdida de visión fuera más tolerable.

Ahora, si pudiese descubrir cuáles son esas razones, la vida comenzaría a tener sentido.

Quizás.

Jadeando tras la caminata a través de la jungla, se enjugó las gafas y contempló los alrededores en la medida que su visión en túnel se lo permitía. Observó a los guardias y a sus compañeros prisioneros... trabajadores libres... formar filas en la relativa llanura del prado pantanoso, en la cumbre de la colina.

Se acercaba el crepúsculo, el sol se estaba poniendo tras la línea occidental del exuberante follaje que circundaba el prado. La noche, según le habían dicho, llegaba rápido en los trópicos, casi como un telón que cayera de golpe; sin embargo, por el momento, el lado del claro en el que se encontraba Solomon estaba iluminado por una luz brillante. El aire estaba tan cargado de humedad que los rayos de luz parecían refractarse, prestando al prado una cualidad etérea que resultaba bastante inquietante después de la persistente oscuridad de la jungla. Se preguntó cuánto de ese extraño resplandor se debía a la luz del sol, cuánto a la humedad y cuánto a la incapacidad de sus propios ojos. La enfermedad le había robado toda la vista, salvo un círculo de claridad, casi desprovisto de color.

No iba a ser útil, ni sería una gran ayuda para los demás, una vez que se quedara ciego. Cuándo ocurriría eso, nadie podía decirlo; pero que ocurriera era inevitable.

Movió la cabeza de lado a lado para examinar el nuevo entorno. Como una guirnalda verde, unos esbeltos árboles de corteza blanca se elevaban hasta unos sesenta metros del suelo, donde extendían su frondosa copa, obliterando el cielo y dejando un perpetuo reguero de gotas de agua. Cortinas de musgo gris, enredaderas y lianas colgaban en una maraña desde los árboles; en los troncos brotaban orquídeas parásitas. En el suelo, los enormes helechos, brillantes por la humedad, crecían hasta una altura superior al pecho de un hombre.

Aquí y allá, Sol intuía más que veía alguna mancha de color: el rojo de los capullos de acanthemea, que Bruqah les había advertido que eran mortalmente venenosos; el azul de las enredaderas de dicindra, que se abrían por la mañana temprano, se cerraban cuando el sol alcanzaba su máxima altura y volvían a abrirse

durante un instante al atardecer. Su impresión básica era de un vasto y exuberante mundo gris verdoso, un lugar extraño, inhóspito para el hombre.

En contraste, el prado de lo alto de la colina parecía casi agradable. A juzgar por los tocones carbonizados y casi hundidos en el fango, y por la curiosa gran cantidad de árboles muertos, había épocas del año en las que se veía libre de la humedad que se cernía sobre ellos como una entidad viviente.

Al otro lado del prado estaba lo que Sol había tomado como una cerbera, al menos a juzgar por lo que recordaba haber visto en los bocetos de Bruqah. Tras el árbol, una choza desvencijada, construida con barro, cáñamo y frondas de pandano, se alzaba sobre unos pilares dispares poco firmes, que la levantaban un metro del suelo.

—Hombre que vive ahí lleva tormenta en corazón suyo —dijo Bruqah, utilizando su particular forma de hablar. Caminó tranquilamente hacia Sol, con el cayado en la mano y sus largas piernas de color bronceado moviéndose con fluidez y facilidad a través de la hierba del prado.

—¿Es un hombre de tu pueblo? —preguntó Sol mientras se agachaba junto a Miriam, que descansaba a sus pies con la cabeza apoyada contra el tronco y una mano sobre su vientre, en el noveno mes de gestación.

Bruqah sacudió la cabeza con vehemencia.

—Zana-Malata solo puede vivir con él mismo. Igual que yo. Mi pueblo, vazimba, no ser ya tribu. Somos como la palma del viajero. Alimentamos al malgache que nos necesita.

Miriam abrió los ojos y observó el lado oeste de la colina a través de un hueco en la vegetación. Señaló otra colina, más pequeña.

—Esta isla no puede tener más de cinco kilómetros cuadrados —le dijo a Sol—. Uno de los libros de Erich hablaba sobre dos colinas y una jungla.

Bruqah extendió los brazos, como si quisiera abarcar el sol.

—Hubo una vez que esta isla se ahogó en sangre. Bruqah murió entonces.

—Querrás decir que murieron tus antepasados —dijo Sol.

—Quiero decir Bruqah —respondió el malgache con voz queda—. Sabes muy poco, Solly. Pero aprenderás... próxima vez que isla se ahogue en sangre.

Sol contempló lo que parecía una ardilla de tierra coger una baya con la boca y masticarla con absoluta concentración. Los intrusos humanos no tenían importancia; la comida era su universo. A Sol le embargó una profunda envidia. ¿Cómo se atrevía ese animalejo a ser más sabio que él, a tener un solo propósito en la vida? Debería aprender algo de supervivencia de semejantes animales.

Miró a su alrededor, evaluando a sus amigos y a sus adversarios, que estaban sentados o paseaban en grupos. El grupo más grande lo formaban sus compañeros judíos, ciento cuarenta y dos hombres que, a pesar de su oposición, lo llamaban rabino y líder. Habían sido arrancados, al igual que él mismo, de la degradación de Sachsenhausen, para ser el grupo que iniciaría el éxodo forzoso planeado por los

nazis.

El segundo grupo más numeroso lo constituían los cuarenta guardias nazis, también producto del campamento, elegidos para la expedición por Hempel, que ya había regresado y permanecía de pie, con una mano sobre el hombro de Wasj Pleshdimer, el asesino que en Sachsenhausen había sido ascendido a guardia de barracones. Ambos hombres parecían contemplar algo que estaba más allá de la choza. A los pies de Hempel, su perro gemía. También a los pies de Hempel, con una correa igual que el perro, estaba el joven Misha. Una profunda tristeza se apoderó de Sol, y se prometió a sí mismo que pronto encontraría la manera de comunicarse con el chico.

Miró a Erich, el hombre al que una vez había considerado su hermano de sangre y, por la insistencia de este —que incluso había llegado a inventar una ceremonia para ese propósito—, hermanos en la sangre. ¿Por qué no se había parado nunca a considerar las implicaciones de ese giro sintáctico?, se preguntó Sol. Para él, la sangre significaba parentesco. Para Erich significaba... ¿qué? Afirmaba que no tenía familia. Su madre y su padre, a pesar de que seguían con vida, estaban muertos en lo que a él se refería. Miriam era suya por derecho de matrimonio, pero no por amor, y el niño tenía pocas posibilidades de ser suyo y, si ese era el caso, posiblemente fuese fruto de una violación. Adoraba a sus perros y se comunicaba con ellos, o eso decía, pero los animales a duras penas podían considerarse parientes. Aun así, los quería a los doce, aunque especialmente a Tauro, y era cierto que sentía afecto por los otros once adiestradores que componían su equipo del zodiaco. El comando canino del Abwehr había sido seleccionado por el mismo Himmler para la expedición, posiblemente porque Erich y sus hombres habían demostrado ser demasiado poderosos y, con toda probabilidad, demasiado antinazis, para que el ReichsführerHimmler les permitiera permanecer en Alemania durante más tiempo.

Por lo que se refería al Partido Nazi, al que muchos de los oficiales amaban tanto como a su familia, Erich Alois lo odiaba.

Paseando en grupos más pequeños, dispersos entre los demás, estaban otros marineros del *Altmark*, la nave de abastecimiento del indomable buque alemán, el Graf Spee. Se marcharían pronto, Solomon estaba seguro, y con ellos se iría Tyrolt, el médico de a bordo. Sin duda, Miriam necesitaría atención médica pronto. Y Sol también necesitaba al doctor Tyrolt. No tanto por sus dolencias físicas, sino por las psíquicas. De entre todos los nazis que había conocido, Sol sentía que Tyrolt era el único en quien podía confiar.

Algunos de los perros se pusieron a dar brincos y a gruñir cuando dos animales parecidos a bueyes, con corcova, una enorme papada y cuernos curvos, asomaron por detrás de la choza y entraron en el claro. Su aparición sacó a Sol de sus cavilaciones.

—Cebú —dijo Bruqah, resplandeciente.

Sol sabía que los animales, aunque no eran sagrados para los malgaches, eran la principal medida de riqueza entre los isleños.

—Zebulun —le dijo a Bruqah—. Décimo hijo de Jacob. Padre de la tribu de Israel. ¿Qué habría pensado él de este lugar?

Bruqah no prestaba atención. Estaba de pie, con las manos en las caderas y la cabeza inclinada hacia delante. El lémur ratón encaramado en su hombro izquierdo también estaba inclinado hacia delante. Como si tanto el hombre como el animal estuviesen tasando el valor de los cebúes.

Pleshdimer alzó su rifle y el rostro de Bruqah se llenó de horror.

—¡No! —Bruqah corrió hacia el Kapo—. Por favor, no, ¡no disparar!

Pleshdimer vaciló. Hempel le dio un apretón en el hombro y el Kapo dejó el rifle colgando sobre su espalda antes de salir trotando hacia los animales. Meneando los brazos y gritando, persiguió a los cebúes a lo largo del claro.

Sol inclinó la cabeza para mirar a Miriam. Estaba a punto de decirle que le buscaría algo de agua para beber, cuando Erich se acercó a grandes zancadas a través del prado y se detuvo junto a ellos. Sol lo ignoró, adoptando una postura de estudiada indiferencia. Erich les dirigió una mirada a todos ellos.

—Quiquiera que sea el que vive aquí, ¿volverá, Bruqah? —preguntó, señalando la desvencijada cabaña.

—Por supuesto. —El lémur ratón, que parecía estar siempre sobre el hombro de Bruqah, cambió de posición para alejarse de Erich. Se colgó del cabello de Bruqah, con esos ojos tristes y oscuros que parecían demasiado grandes para su diminuta cabeza.

—Todos los malgaches vuelven. Vivos o muertos, vuelven. Como vuelve Bruqah.

—Bruqahes vazimba. Sus ancestros llegaron desde Indonesia —dijo Miriam, para sorpresa de Sol. Se preguntaba cómo podía dirigirle la palabra a Erich, después de todo lo que le había hecho—. Me dijo que su pueblo fue el primero en habitar Madagascar.

Sol empezó a decirle algo a Miriam, pero se detuvo al darse cuenta de que ella no estaba hablando con Erich, que no lo estaba mirando a él, sino a través de él. Como si el hombre no existiera. ¿Qué era lo que había dicho Bruqah sobre Nosy Mangabéy en el barco? La isla donde los muertos sueñan.

Se estremeció al preguntarse dónde habían ido los fantasmas que habían vivido dentro de él durante diecisiete años.

—Vazimba, primera raza —dijo Bruqah—. Zana-Malata, última raza. —Sus dientes asomaron tras lo que podría haberse confundido con una sonrisa, pero una mirada dura se reflejó en sus ojos—. Somos el principio y el fin, él y yo.

—¿Conoces al hombre que vive aquí? —preguntó Erich.

—Desde hace demasiado tiempo. —Como si ese fuera el fin de la conversación, Bruqah estiró un brazo hacia un costado, cogió una rama de un árbol y se la tendió a Miriam, junto con un trozo de jengibre silvestre.

—¡Ha-haai! ¡Ha-haai!

Como los espectadores de un estadio, todas las cabezas giraron al unísono en la

dirección del sonido, incluyendo la de Erich.

El grito procedía de nuevo de la parte norte del bosque circundante, pero esta vez vino seguido por el cuerpo de una criatura que parecía un cruce entre una ardilla voladora y los lémures que Sol había visto en las ilustraciones de los libros sobre Madagascar. Con la elegancia de un trapezista, el animal saltó desde los árboles y aterrizó sobre una rama de haya entrelazada con lianas del grosor del brazo de un hombre. Muy despacio, casi con insolencia, la criatura alzó su cola en forma de penacho.

—¡Ha-haai! ¡Ha-haai!

Sol observó con atención la cobriza bola de pelo. Sus dos ojos enormes y tristes parecían devolverle la mirada con una inteligencia casi humana. Su cola estaba enroscada alrededor de una liana y sus dedos aferrados a la rama.

Como si estuviese cronometrando sus movimientos para darles el máximo efecto dramático, Hempel abrió la funda de su pistola, la sacó y apuntó al animal con su Mann. Misha aprovechó la oportunidad y se escabulló hacia el grupo más cercano de judíos, dos de los cuales lo abrazaron de forma protectora. El perro lobo se sentó sobre la hierba y aguardó.

—¡Ha-haai! ¡Ha-haai!

El mayor esbozó una mueca similar a una sonrisa y retiró el seguro del arma.

—No dispare —ordenó Erich, en apariencia fascinado por la criatura.

Hempel no bajó de inmediato la Mann. El aye-aye, con una comprensión casi humana, levantó la pata delantera izquierda y señaló a Hempel. Tenía un pulgar y tres dedos, y el del medio era mucho más largo que los otros dos... unos dedos descarnados, como los de un cadáver que llevara muerto mucho tiempo.

—H'aye-aye tiene dedo de la muerte —dijo Bruqah.

El lémur ratón de su hombro chilló y se deslizó hacia abajo, pero el malgache no pareció notarlo. Se quedó completamente quieto, y sus rasgos, por lo general apacibles, permanecieron rígidos por el miedo.

Ordenando al perro que permaneciese como estaba, Hempel caminó hacia Bruqah.

—Cierra la boca, o te mataré ahí donde estás.

Algo hizo que Sol volviera de nuevo la vista hacia el aye-aye. Todavía tenía la pata delantera levantada, con ese dedo huesudo y largo extendido hacia el perro lobo, que se había incorporado desafiando las órdenes de Hempel.

Con la espalda arqueada y gruñendo, Boris se giró para ponerse de cara a los árboles.

Un rugido apagado rompió el silencio, algo similar al trueno distante de una tormenta que se aproxima, seguido por otro. Más claro esta vez. Más cercano. Acompañado por el clamoroso sonido de los cascos a través de la maleza y por un borrón de movimiento, un gigantesco jabalí, con la cabeza agachada, salió de pronto de entre los arbustos. Con una velocidad que desafiaba su propio peso, levantó al

perro y lo mantuvo en el aire, un sangriento trofeo empalado en uno de sus corvos colmillos. Agachando la cabeza una vez más, se quitó de encima el cuerpo del perro y levantó una pata. Se escuchó un disparo. El jabalí alzó la mirada, resopló, se sacudió un poco y regresó trotando a la selva.

Hempel caminó hacia su perro y lo golpeó ligeramente con la bota. Como un conjunto de estatuas que hubiesen cobrado vida, el resto de los sorprendidos espectadores empezaron a moverse. Sin dejar de gruñir, los pastores alemanes tiraban de las correas, y el ayeaye, una vez que, en apariencia, hubo terminado su trabajo, saltó de nuevo hacia las ramas superiores.

—¿Está muerto? —Erich caminó hacia donde estaba Hempel, arma en mano, y observó al perro. Incluso a pesar de la distancia, Sol pudo darse cuenta de que no era más que una masa sangrienta de piel y huesos.

—Sería preferible que lo estuviera —dijo Hempel—. De poco me sirve ahora.

—Péguele un tiro.

Erich lanzó la orden sin alzar la voz, aunque lo bastante alto y firme como para que se escuchara por encima de los gruñidos de los pastores.

Hempel se giró hacia él.

—¿Quién demonios se cree que es para ordenarme que le dispare a mi perro?

—Soy el oficial al mando de esta operación.

Hempel hizo una pausa, levantó el arma y apuntó al perro.

—Por ahora —fue su respuesta.

Si hubiese podido dispararle a Erich en vez de al perro, lo habría hecho, pensó Sol, que contemplaba el espectáculo que tenía lugar delante de él. Miriam le había hablado de Killi, el perro que Hitler había ordenado que Erich matara durante los juegos olímpicos en Pfaueninsel, la Isla de los Pavos Reales de Berlín. Sol se preguntó si las antorchas de Pfaueninsel resplandecían ahora en la memoria de Erich.

Pero Erich no estaba mirando al perro, ni a Hempel. Tenía la vista clavada en un enjuto hombre negro, con el pecho desnudo, que había salido de la choza y avanzaba hacia el claro. Estaba vestido con un taparrabos harapiento de color arcilloso, que hacía juego con su rizado cabello rojizo salpicado de canas. Mientras permanecía de pie, escrutando a los recién llegados a sus dominios, dos animales de piel roja y rasgos felinos se colocaron junto a él con el morro arrugado y los dientes al descubierto.

Aquí hay más chiflados que en «El gabinete del doctor Caligari», pensó Sol cuando los pastores empezaron a ladrar como locos de nuevo.

—Los perros, ellos no tienen miedo a las civetas —comentó Bruqah.

Hempel se dio la vuelta y apuntó con su Mann al hombre que acababa de aparecer. A juzgar por la expresión de su rostro, no le hubiera importado mucho hacer uso del arma. No era de extrañar, pensó Sol. Mirar al hombre enjuto ya era todo un desafío. Había un agujero rosa allí donde deberían haber estado la boca y la nariz. La mano que alzó en dirección a Erich, a modo de irrespetuoso saludo, estaba

consumida, como la carne de un leproso. Colgando de sus dedos como una ofrenda, había un enorme gusano gris que se retorció sin parar.

Al darse cuenta de que tenía la atención de Erich, el hombre ladeó la cabeza. Con una especie de sentido innato para el drama, esperó el tiempo justo para permitir que el horror que lo rodeaba llegase a su punto álgido. Entonces, sacó la lengua para envolver el gusano con ella y lo arrastró hasta su garganta.

—¡Piscis, no!

Librándose de su adiestrador, que estaba al parecer demasiado absorto en el espectáculo para sujetar con firmeza la cadena, uno de los perros salió corriendo hacia el hombre negro.

Las civetas se giraron y huyeron hacia los arbustos. Reaccionando casi a la misma velocidad, el negro dio un salto hacia la cabaña y gateó bajo ella. El perro corrió tras él, escarbando con frenesí para abrirse camino bajo la estructura.

Sol esperó escuchar los gritos de dolor que se producirían cuando el asesino entrenado hiciera pedazos la carne del hombre. Giró la cabeza para observar a Erich, y después los rostros de los demás espectadores. Sus expresiones manifestaban distintos grados de ansiedad y horror.

Desde debajo de la choza se escuchó un chillido conciliatorio, y la criatura sin rostro salió gateando sobre sus codos. Deslizándose sobre el vientre y con los músculos de su magra espalda brillando por el sudor, emergió de los bajos de la cabaña arrastrando al perro por la cadena.

El pastor alemán se quedó inmóvil allí donde lo dejó, inerte, derrotado, con la cabeza colgando.

Sol volvió a concentrar su atención en Erich. Una serie de emociones atravesaban sus rasgos: asombro, admiración, celos y, finalmente, furia. O bien las habilidades empáticas del sifilítico con los perros eran mucho mayores que las del propio Erich, o bien esta era otra muestra de la magia africana en acción.

El Zana-Malata se puso en pie. El agujero, que una vez había sido su nariz y su boca, estaba torcido hacia arriba en una horrenda parodia de sonrisa. Colocándose las manos sobre las caderas, se inclinó en una silenciosa reverencia, como reconociendo su victoria. Sol escuchó a la perra de Erich, Tauro, gemir suavemente desde la camilla; la displasia, la inflamación que tenía en la articulación de la cadera, hacía que le resultase casi imposible andar. Junto a ella, atado también a la camilla, yacía Acuario, enfermo y casi a punto de morir debido al largo viaje.

Un perro tullido, otro enfermo y a punto de morir, uno descuartizado hasta la muerte y otro convertido en una muñeca de trapo por un malgache demente... y sólo acabamos de llegar, pensó Sol. Quizás allí sí hubiera una oportunidad de escapar, después de todo.

—¡Bruqah! —gritó Erich a la par que se giraba—. ¡Qué coño es esto! ¿Quién o qué es esa cosa?

—Zana-Malata.

—¿Leproso?

—Sifilítico. —Bruqah se agarró la entrepierna para darle más énfasis a sus palabras.

—A juzgar por su aspecto, esa cosa puede convertir las ramitas en algo mucho menos inofensivo que un camaleón —le dijo Miriam a Sol con un poco de miedo.

Sol se dispuso a asegurarle que no pasaba nada, pero se detuvo al darse cuenta de que sentía lo mismo. Al parecer, la brujería era endémica en África. No tenía la más mínima duda de que pronto descubrirían qué significado tenía eso para ellos. Por ahora, ambos tendrían que limitarse a observar y aprender.

—¡Soltad a los perros! —ordenó Erich—. ¡Detened a ese cabrón!

Gruñendo, los nueve perros sanos se abalanzaron hacia delante. Desde el bosque que los rodeaba, unos pájaros de diferentes colores alzaron el vuelo, asustados. Los gritos de los lémures se sumaron al suave e insistente chillido de un aye-aye oculto entre los árboles.

Los perros jamás alcanzaron a su víctima.

Cuando se acercaron lo bastante como para que el hombre pudiese notar su cálido aliento, el Zana-Malata se agachó y dio unos golpecitos sobre el suelo.

Sol contempló con incredulidad cómo los animales, que componían lo que —con toda probabilidad— era el mejor contingente canino de Alemania, se detenían en seco y, al unísono y jadeando ruidosamente, se tendían sobre sus vientres para menear la cola alrededor de los pies del hombre, como simples mascotas domésticas.

De nuevo, Sol contempló el esfuerzo de Erich por comprender el control que el Zana-Malata tenía sobre los perros.

—¿Cómo demonios...? —le preguntó Erich a Bruqah.

El malgache se dio unos toquecitos en la sien.

—Él ser como tú con los perros, señor Ciudadano Alemán.

Sol volvió a prestar atención al Zana-Malata. Ignorando el escándalo, el sifilítico se abrió camino a través del claro para dirigirse a Hempel. Ya fuera porque reconocía al Zana-Malata como un poderoso aliado potencial o porque quizás él, como los perros, era un animal que estaba siendo controlado, el mayor se encaminó hacia el hombre negro. Misha abandonó la pequeña protección y el consuelo que los prisioneros podían ofrecer y salió tras él con la cabeza gacha.

Haciéndole un gesto a Hempel para que lo siguiera, el Zana-Malata, se agachó y cogió al perro lobo entre sus brazos. Sin el menor esfuerzo, al parecer, levantó al animal y lo llevó hasta la choza, dejando a Sol con la duda de que el calor ya le hubiera afectado el cerebro y le hubiera hecho imaginarse todo aquello.

Pistola en mano, Erich pasó a toda velocidad junto a los perros. Los animales se incorporaron y se sacudieron, desorientados. El alemán recorrió de un salto los pasos que lo separaban de la cabaña y abrió de un manotazo la cortina de piel de cebú, solo para reaparecer segundos después. Por un segundo, se quedó rígido. Su mano salió disparada en busca de un sitio donde apoyarse mientras movía la cabeza con rapidez.

—D-deben de haber s-salido por la puerta de a-atrás.

Balanceó el arma, pero parecía un gesto sin propósito alguno. Sol esperaba que les ordenase a los perros y a los adiestradores —y tal vez incluso a los guardias— que se adentraran en la selva circundante en busca del hombre. En cambio, bajó los escalones tambaleándose.

—O-olvidaos de él, p-por ahora.

Sol no había oído tartamudear a Erich en más de quince años. ¿Habría tenido el pequeño episodio de petit mal, que había acabado casi antes de empezar, un efecto mayor del habitual?

—N-nos encargaremos de él más tarde —le dijo Erich a sus hombres. La confianza en sí mismo estaba regresando a su rostro y a su voz, y su tartamudeo ya era menos pronunciado—. Tenemos un complejo militar que construir. D-debemos mantener siempre, repito: siempre, nuestra misión principal en mente.

Moviéndose con elegancia y facilidad a pesar del calor, del suelo embarrado y de la momentánea debilidad física, se giró para observar a los habitantes de su nuevo imperio.

—Aunque... aunque soy un hombre de acción más que de palabras —comenzó —, creo mi deber informaros de por qué estáis aquí y de cuáles son los planes que tenemos para vosotros. —Empezó a pasearse muy despacio por delante de los hombres, que se habían arremetido los unos a los otros a pesar de la animosidad existente entre los guardias, los marineros y los adiestradores de perros. Los prisioneros estaban igualmente agrupados, aunque lejos de los nazis.

—Hace cuatrocientos años —continuó Erich—, esta diminuta isla en medio de la Bahía Antongil, era el lugar donde se había instalado el hospital de una colonia que fundó el inigualable Augustus de Benyowsky, un conde húngaro-polaco que intentó civilizar a las tribus locales... y escribió la primera constitución de Madagascar. Doscientos años después de aquello, la isla sirvió como base para los piratas británicos. Más tarde, perteneció a los franceses. Ahora —apretó un puño, demostrando su resolución—, le ha llegado el momento a la Madre Patria. Lo que creemos aquí en Mangabéy será solo el principio. Al final, también nos adentraremos en el continente. —Dirigió su atención a los prisioneros—. Aquí os seguirán nuevos desembarcos de judíos. Esta será vuestra nueva patria. —Miró a Sol—. Vuestro Jerusalén...

Sol dejó de escuchar. El deseo de Erich de convertirse en un dictador benévolo era patético. Incluso si estaba hablando en serio, Hempel jamás lo permitiría. La esperanza de supervivencia de los judíos pasaba porque Sol recuperase su ingenio y su fuerza. Recordaba las voces de sus mentores, las voces de las visiones que había experimentado durante diecisiete años como consecuencia del dybbuk, el alma errante, que lo había poseído desde aquel terrible día que contemplara el asesinato del ministro de Asuntos Exteriores alemán, Walther Rathenau, un judío, y el tío de Miriam.

Con los ojos cerrados, Solomon trajo a su memoria las palabras del párroco Cohen, su mentor:

«A veces las almas buscan refugio en los cuerpos de las personas vivas, desestabilizándolas y haciendo que de sus bocas salgan palabras extrañas».

Esas almas perdidas, había añadido el párroco, eran incapaces de emigrar a un mundo superior porque habían cometido pecados contra la humanidad.

Uno debe vivir según lo que las voces de su dybbuk le ordenen. Tú todavía no has completado tu destino.

¡Sobrevive, Solomon! ¡En eso consiste tu deber! Hay cosas que deben ser hechas y que solo tú puedes hacer. Solo Dios tiene derecho a ordenar el universo.

¡Dios, y no Hitler!, se dijo a sí mismo con amargura. Ese lunático y sus designios dementes en Madagascar debían ser detenidos. Hitler no pretendía convertir la isla en una patria para los judíos, un refugio seguro lejos de una Europa que pretendía exterminarlos. No sería un santuario, sino el campo de prisioneros más grande del mundo. Un lugar en el que Hitler podría explotar las cualidades y habilidades de los judíos y usarlas para sus propios y diabólicos fines. Recordó un chiste que le había contado Bruqah a bordo del *Altmark*, y que ahora no le resultaba gracioso en absoluto. Haciendo referencia a un pueblo de piratas británicos que había existido hacía tiempo en un extremo de Madagascar, había dicho: «Este ser el otro lado del Infierno».

¿Cómo vamos a detener esta locura y escapar al mismo tiempo?, se preguntó Solomon con desesperación.

—Ese hombre horrible... ¡el Zana-Malata! —susurró Miriam, deslizando una mano entre las de Sol a la vez que se aferraba el vientre con la otra, meciéndose hacia delante y hacia atrás—. ¡Este lugar! No podré hacerlo, Sol. Duele... Me duele mucho, Sol.

Inclinándose a su lado, Bruqah colocó la mano sobre su vientre y ladeó la cabeza, como si estuviese escuchando algo o a alguien.

—Tu bebé llegará pronto, *lady* Miri —dijo—. Debes descansar.

Sol se sentó sobre la hierba, y colocó las manos sobre las de Miriam, encima de su vientre. ¿Cuántos días faltaban para que naciera el niño?

—Escaparemos de aquí de alguna forma —le dijo—. Pero tenemos que conocer el terreno primero, y recuperar fuerzas.

—Hablas con sabiduría —dijo Bruqah mientras se incorporaba—. Cuando el momento llegue, yo ayudo.

—¿Cómo llamarás al... a nuestro... hijo? —preguntó Sol a Miriam, tratando de distraerla más que otra cosa.

Ella lo miró a los ojos, y el hombre pudo ver el amor a través del dolor que la atravesaba.

—Erich, si es un niño —respondió—. Debo hacerlo. Soy su esposa, según la ley de Hitler. ¿Y si es una niña? Erich no quiere una hija...

—¿Qué nombre elegirías para nuestra hija?

—Se llamaría... Deborah.

Las tres sílabas parecieron derramarse de sus labios y quedar suspendidas en el cálido y húmedo ambiente.

—Deborah —repitió Solomon como en sueños. En ese momento, su cuerpo se tensó y una luz azul cobalto envolvió el espacio que lo rodeaba.

Una niña de unos ocho años lucha contra las delgadas cuerdas que la sujetan, desnuda, a un poste de madera tallada de casi dos veces su altura. Recorre con los dedos los diseños en relieve. Unos treinta postes tallados más se agrupan a sus espaldas, cada uno rematado en su extremo superior por una calavera de buey. En la parte trasera, más allá de un trémulo fuego, hay monolitos y menhires que recuerdan a Stonehenge. Entonces, como si fuera el ruido de un motor que acabara de encenderse, su voz se abre camino hasta la conciencia de Sol mientras se retuerce de terror contra las cuerdas. «Ayúdame, papá. ¡Ayúdame!», grita la niña. «Soy Deborah. ¿Por qué no me reconoces?».

La luz se apagó y su cuerpo se quedó flácido mientras emergía de la visión psíquica, una que había experimentado en muchas ocasiones desde que el dybbuk lo abandonara. Los sueños proféticos de un visionario y un psíquico, según el párroco Cohen.

—Deborah, la profetisa y juez. La luchadora que fue el instrumento de la liberación de los antiguos israelitas del yugo de los cananeos —dijo Sol.

La esperanza procedente de un pozo que hacía tiempo que Solomon consideraba seco inundó todo su ser.

—Tal vez, después de todo —dijo—, haya un próximo año en Jerusalén.

—Deborah significa «abeja» en hebreo antiguo —dijo Miriam. Tardó un momento en recordar cómo sabía ese detalle. La información procedía de Judith, a la que no conocía, y que probablemente ni siquiera existiese, pero cuya presencia la había estado atormentando a lo largo de la última etapa de su embarazo.

—En Madagascar no hay monos ni abejas comunes —dijo Bruqah—. Es un nombre apropiado para primera mujer...

Parecía estar hablando consigo mismo, pensó Miriam, asumiendo que se refería a la primera recién nacida judía del lugar.

—¿Cómo sabías el significado? —preguntó Sol, mirándola con el ceño fruncido—. No has estudiado ese tipo de cosas.

—Judith se lo dijo a Emanuel...

—¡Miriam! —Sol la sacudió con cuidado—. ¿Cómo sabes lo que ha dicho Judith? Era la mujer que aparecía en una de las visiones que me envió el dybbuk.

—Quizás el dybbuk se aburrió de ti y decidió venirse conmigo de vacaciones durante un tiempo. —No intentó ocultar el cansancio que sentía, como tampoco disimuló la impaciencia que la invadía cada vez que Sol hablaba del dybbuk.

La fe de ese hombre en la existencia del espíritu que lo poseía y en su posterior desaparición era inmutable. También era asunto suyo. Pero, por otra parte, les había causado suficientes problemas, tanto a él como a ella, a lo largo de los años.

Al contemplar la expresión herida y confusa en los ojos de Sol, se arrepintió al instante de haber perdido los nervios. La verdad era que ella había oído lo que había oído, exactamente en el lugar donde había dicho que lo había oído; aun así, sabía que Sol odiaba su tendencia a hacer comentarios mordaces durante el embarazo. Seguramente se tratara de su antigua vena artística, suponía ella. El mecanismo de defensa de la bailarina y cantante, que la había protegido de los insultos y la lascivia de la audiencia del *cabaret* de Berlín que sabía que era judía y que, por tanto, estaba legalmente disponible para ser violada... si el alcohol los ayudaba a superar la cobardía lo suficiente como para subir al escenario. Era muy probable que Sol entendiera esa capa de protección. Él mismo tenía una, solo que la llamaba «filosofía».

Distraída por sus meditaciones, tardó un tiempo en percibir un zumbido extraño que intentaba penetrar en su consciencia. Cuando se hizo tan intenso que casi parecía el retumbar de un tambor, alzó la vista para localizar su origen. Lo único que vio, recortado entre el dosel de árboles y el cielo, fue a Bruqah, que observaba acobardado la linde de la selva tropical.

Miriam hizo un débil intento para incorporarse y ponerse en pie.

—¡Agáchate! —gritó el malgache.

En el mismo instante en que la palabra abandonó sus labios, una nube oscura se elevó desde la selva y se extendió hasta cubrir la escasa luz del sol que quedaba. La sombra rozó a Miriam, que entrecerró los ojos para mirar hacia arriba. Las oleadas de pánico la asaltaban como olas del mar al chocar contra la orilla, haciendo que su corazón latiera frenético a medida que la oscuridad se hacía más profunda. Todo sonido humano desapareció del claro mientras las cabezas y los ojos de los presentes se alzaban.

Un zumbido distante comenzó a escucharse en lo alto. Comenzando en un pianissimo, aumentó de volumen rápidamente hasta convertirse en un *crescendo* que ahogó los incesantes chillidos de los lémures y la algarabía de los pájaros. Los prisioneros, los guardias y los perros observaron, hipnotizados, cómo la nube oscura se acercaba a ellos. Cuando parecía estar a punto de envolverlos, los guardias volvieron a la vida y apuntaron con sus carabinas a uno y otro lado.

—La mano de Dios —murmuró Sol.

Y, a modo de respuesta, el sol se oscureció y Miriam se dio cuenta de que la nube era un ente vivo.

Los saltamontes aparecieron desde todos lados; la nube era tan espesa que tanto los guardias como los prisioneros comenzaron a saltar, a sacudirse y a lanzar maldiciones contra el enloquecedor aleteo de esos insectos de color gris verdoso. Sol se lanzó sobre Miriam, que no cesaba de lloriquear a causa del miedo, mientras los insectos, algunos de hasta dieciocho centímetros, se posaban sobre su rostro y su cabello.

—¡Quítamelos, Sol, quítamelos! —gritaba, intentando en vano librarse de ellos.

Sol comenzó a luchar contra ellos, pero era una batalla perdida de antemano. Se le metieron entre la ropa, y después en la nariz y los oídos. Comenzó a desgarrarse la camisa y a tirarse del pelo mientras, a su alrededor, los nazis se sacudían como marionetas. Los perros aullaban, brincaban y lanzaban dentelladas, o corrían en círculos presos del pánico.

Sol apartó los saltamontes que se habían posado sobre el rostro de Miriam, pero le resultó imposible detener la horda. La abrazó y cubrió su cabeza al tiempo que cerraba los párpados con fuerza. Ella hizo lo mismo, consciente de que tenía más insectos en el borde de la nariz, explorando sus orificios nasales y aleteando sobre las pestañas.

De repente, sintió cómo Sol se tensaba y los brazos que la rodeaban adquirieron la dureza del hierro.

¡Aquí no! ¡Ahora no!, pensó ella, sabiendo, sin ningún género de duda, que el trauma del enjambre de saltamontes acababa de despertar un episodio psíquico, y que la oscuridad que Sol percibía tras los párpados se acababa de convertir en una luz azul cobalto.

Cuando sintió que el cuerpo del hombre se relajaba, supo que la visión lo había sumido en un estado de trance. Mientras durara el episodio, no sería de ninguna

ayuda para el resto de los allí presentes ni, especialmente, para sí mismo. Con o sin dybbuk, siempre sería un visionario capaz de atisbar el futuro.

Aunque la verdad era que nadie se beneficiaba de ese conocimiento, pensó Miriam. Las visiones siempre parecían estar fuera de contexto hasta que el acontecimiento en cuestión se precipitaba sobre ellos.

Miriam sintió que Sol comenzaba a sacudirse sobre ella y lo apartó de su vientre con un empujón. Según parecía, la visión había finalizado, pensó, aguijoneada por la curiosidad a pesar de su escepticismo y del miedo por lo que estaba aconteciendo a su alrededor.

—¿Solomon?

Su nombre no fue más que un susurro. Sol se apartó de ella y miró a su alrededor. Parecía aturdido por el miedo y por el espectáculo que se desarrollaba en el claro de la selva, que tan apacible se les antojara cuando lo vieron desde el camino que ascendía a lo largo de la colina cubierta por la vegetación de la selva y que, ahora, se encontraba cubierto por una miríada de insectos. La mayoría de las langostas se había detenido y estaba comiendo. De vez en cuando, unas cuantas alzaban el vuelo, solo para posarse de nuevo en el objeto sólido más próximo que encontraran. Los nazis, al igual que los prisioneros, se afanaban en sacudirse las ropas, ya que los insectos habían entrado en un estado letárgico tras su furiosa llegada. En los rostros de los guardias se percibía la vergüenza, resultado, al parecer, de su supuesta cobardía ante los saltamontes, inofensivos aunque molestos, cuando viajaban en enjambres. Los prisioneros apartaron los insectos con cautela, sin prisas y sin miedo aparente. A fin de cuentas, ¿qué era un saltamontes después de lo que habían soportado en los campos de concentración y tras el largo y oscuro viaje en la bodega del *Altmark*?

Los perros se sacudieron y comenzaron a saltar como cachorros, olisqueando a los intrusos. Excepto que aquí, los intrusos somos nosotros, pensó Miriam.

—¿Solomon? —volvió a llamarlo—. ¿Qué has visto?

—Una niebla azulada de la que surgían unas torres de vigilancia —contestó—. La gente se movía entre la niebla como siluetas amorfas, como fantasmas. Me sentí rodeado por la oscuridad, por la niebla y por los cuerpos en movimiento que se encontraban dentro de mi campo de visión, al igual que los músicos en un escenario. Entonces escuché el aleteo de los murciélagos; cientos de ellos pasaron sobre mí dejando un aroma a naranjas...

—¿Murciélagos? —repitió Miriam con un estremecimiento.

—Tenía una ametralladora. Sentía cómo vibraba entre mis manos. Apreté el gatillo una vez, dos, tres; no podía detenerme y me reía mientras los casquillos salían disparados del arma. Debajo de la torre, la gente gritaba y lanzaba maldiciones; y los murciélagos siempre estaban presentes, colocándose en la línea de fuego, explotando como si fuesen globos...

Cuando se detuvo, Miriam se dio cuenta de que Sol no la estaba mirando. Al seguir la dirección de su mirada se quedó perpleja, con los ojos clavados más allá de

donde se alzaban las hojas de las plantas.

Montones de paniques volaban de un lado a otro sobre los últimos rayos de sol. Los había visto antes, bajo la pálida luz del amanecer, cuando el *Altmark* echó el ancla en la laguna. Colgaban de los árboles del borde de la selva como lencería negra, y Bruqah le había hablado del delicioso estofado que se hacía con ellos, muy oloroso gracias al aroma de la fruta que engullían.

Pero en ese momento no habían venido en busca de fruta.

Habían venido a por las langostas.

Agradecida por la protección que le brindaba, Miriam dejó que Sol le cubriera la cabeza con su brazo, mientras los murciélagos comenzaban a descender en espiral a por el banquete. Aunque era consciente de que no estaban allí para hacerle daño, esta no era precisamente la idea que tenía de un día en el Tiergarten.

Miriam cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, una vez que el miedo dio paso a la curiosidad, observó que los saltamontes seguían alimentándose de las briznas de hierba, ajenos, o sin darle importancia, a la posibilidad de que ellos mismos acabaran convertidos en alimento.

—Ya estoy bien, Sol —le dijo.

Él apartó el brazo de su cabeza y comenzó a levantarse. Como si de una señal se hubiese tratado, los saltamontes alzaron el vuelo. El torbellino de los insectos, seguido por los murciélagos, estuvo a punto de hacerlo rodar por el suelo. Volvió a sentarse, dejándose caer con fuerza.

Miriam soltó una risa ahogada.

—No me estoy riendo de ti, Sol —le dijo—, pero todo esto es demasiado extraño para poder expresarlo con palabras. ¿Qué podemos hacer sino reírnos?

Cuando el último de los murciélagos se hubo internado en las sombras, Miriam se dio la vuelta y se incorporó hasta quedar sentada. Se sentía sorprendentemente tranquila mientras aceptaba la ayuda de Bruqah para ponerse en pie.

—Supongo que ahora vas a decirme que esos eran los espíritus de los difuntos que habitan esta isla donde los muertos sueñan —dijo Miriam, con tono jocosos.

—Tal vez —contestó él—, sean mensajeros de los muertos.

Ella sacudió la cabeza, exasperada, e hizo ademán de alejarse de él. Bruqah la tomó por las muñecas.

—Estás unida al niño que crece en tu interior, *lady Miri* —le dijo con voz grave—. Bruqah está unido a esta tierra. —Sus ojos buscaron los de Miriam—. Tal vez tú alejes a fantasmas; tú, el bebé y Solly. Pero no pienses que los saltamontes llegaron por, ¿cómo lo llamáis?, sí, casualidad. Nada sucede al azar en este lugar.

Sol asintió y Miriam recordó lo que había estado pensando poco antes. Tal vez Solomon estuviera en lo cierto. Tal vez hubiese una razón para que las cosas sucedieran y, si era así, tal vez toda esa locura demostrase al final tener algún sentido.

No obstante, en ese momento no estaba interesada en el porqué. Lo que quería, en

realidad, era un baño caliente, una esponja con la que librarse de la fatiga y una cama de verdad, con un colchón de verdad.

Todo lo cual, siguió reflexionando, la catalogaba —a ella, no a Solomon— como una ilusa sin remedio.

Erich permaneció de pie en medio del campamento, observando cómo los judíos utilizaban poleas y cuerdas para alzar los maderos de las tres torres de vigilancia. Otros judíos se encargaban de la construcción de la alta torre que serviría como depósito de agua. El campamento nunca sobreviviría con el exiguo manantial que había en la falda de la colina.

Se sentía extrañamente orgulloso de la eficiencia de los judíos, que habían logrado completar tanto trabajo en dos días.

¡Los judíos!

El siguiente paso sería llamar a Hitler «el Salvador». ¿Acaso no había permitido que el Partido, con su propaganda insidiosa y continua, infectara su mente de la misma forma que aquellos idiotas que representaban la Pasión de Cristo en Oberammergau? Había ido allí en busca de paz y, como se había dicho a sí mismo, para sanar su alma después de las noches de insomnio en la Selva Negra, donde había recibido su entrenamiento del *Abwehr*. Alguien de entre los espectadores había susurrado «Berlín» cuando se mencionó Bethlehem, y, de repente, la obra había adquirido un significado totalmente distinto. Para cuando Cristo subió a la cruz, los ojos de la gente brillaban de rabia y resolución. No hacía falta ser un genio para leer sus mentes. Los judíos habían matado a Dios, por supuesto. Siempre eran los judíos. Sin embargo, los espectadores no dejarían que eso volviera a pasar. No crucificarían al nuevo Mesías, porque si los espectadores conseguían lo que deseaban, no habría más judíos.

No, pensó. Tal vez fuera ingenuo entonces, pero ya no, porque conocía al verdadero Hitler. No al hombre público que saludaba desde el balcón de la Cancillería del Reich y movía las manos como si fueran pajarillos, tal y como le gustaba decir al padre de Solomon. Sino aquel que no tuvo reparos en pedirle a un joven oficial del *Abwehr* —quien quizás no amara su partido, pero sí amaba su país y a su *Führer*—, que le metiera una bala en la cabeza a su perro favorito, el único amigo fiel que había conocido. Todo porque *Aquiles* había mordido uno de los chillones pavos reales del Pfaueninsel. ¿Qué esperaba el *Führer*? Esa maldita cosa se pavoneaba de un lado a otro como una puta travestida.

Y en lo que se refería a Tauro, la hija de Killi, Erich había comenzado a aceptar la morbosa idea de que la perra estaba a punto de sobrepasar su capacidad para sobrevivir con esa humedad y ese calor inmisericordes. La humedad agravaba la inflamación ya existente en sus caderas, lo que era una invitación expresa al desastre. Su incapacidad se había incrementado de forma patente desde que llegaron; aunque, quizá, solo fuera que ahora que el animal se veía libre del confinamiento del barco, se notaba más.

Con escasa satisfacción, observó cómo colocaban el suelo de madera de la tienda que serviría de cuartel general. A su lado, estaba el hospital de campaña, que era la primera estructura que debía terminarse. Deseaba visitar a Tauro, confortarla, pero eso significaba ir al hospital y, por tanto, una posibilidad de ver a Miriam, y él quería evitar esa confrontación. En su lugar, abrió la mente, como había hecho tantas veces, y tocó la de Tauro. Un dolor sordo creció en su propia cadera cuando absorbió parte del dolor de la perra, en un intento por aliviar su carga durante un tiempo. ¡Cómo odiaba no poder hacer más por ella!

Enfadado, sus pensamientos volvieron a las personas que lo habían enviado allí. Les daría una lección a todos, incluido Adolf Hitler, se aseguró a sí mismo. Supervisaría la construcción del campamento base allí, en Mangabéy, y la creación de muelles en la desembocadura del río Antabalana, en el continente. Permanecería con su equipo del zodiaco de adiestradores y perros, y observaría a los primeros viajeros del más grande éxodo de la Historia mientras desembarcaban de los navíos procedentes de Europa. No obstante, Madagascar no sería un campo de concentración como los demás. Por lo que a él se refería, la gente a su cargo eran colonos, no esclavos ni prisioneros. Si daba la casualidad de que todos pertenecían a la religión hebrea y eso satisfacía el gran plan del Reich, mucho mejor.

Pasara lo que pasase, captaría la atención del Führer. Lo que Hitler quisiera, él se lo conseguiría, pero no siguiendo sus métodos. Él, el coronel Erich Alois, se encargaría de ello. En lo más alto de la lista estaba conseguir que la cabeza del mayor Otto Hempel acabara en una pica. En una pica clavada en la playa, mirando al Este, de manera que el hijo de puta pudiera ver el amanecer cada mañana mientras la carne podrida se desprendía de su cara. Los aplastaría a todos. A todos. A cualquier precio.

Erich prendió una cerilla y observó cómo se consumía. De forma deliberada, dejó que se acercara a la insensible piel de su mano izquierda. Se quedó mirando la piel, blanca como la barriga de un pez desde que se pilló los dedos con la tapa de una alcantarilla cuando era pequeño. A pesar de que no podía utilizar la mano a pleno rendimiento y gracias a su inquebrantable respeto por lo que significaba ser un soldado, se había adentrado en el mundo perfecto de los hombres arios; con su indestructible compasión por los animales que estaban a su cargo, se había aventurado en el corazón y el alma de Alemania. De no haber sido por aquella noche en la isla de los Pavos Reales, podría haberse convertido en uno de los guardias personales de Hitler. De hecho, se había acercado tanto que Himmler, temeroso de que surgiera un nuevo poder, lo había nombrado cabecilla del Plan Madagascar y lo había enviado a África, con la esperanza de que fuera olvidado.

Bueno, pronto se darían cuenta de que no podían deshacerse de él con tanta facilidad; pero, primero, debía librarse de su única debilidad antes de comprometerse.

Pensar en los judíos, sus judíos, como colonos era acertado a largo plazo, pero quizás no demasiado conveniente en ese momento. Hempel no debía averiguar sus planes, porque el mayor se los transmitiría por radio a Himmler. Entonces sería la

cabeza de Erich la que acabara en una pica.

Junto con las de todos los colonos.

Tanto él como sus adiestradores eran lo único que se interponía entre Hempel y la masacre de los colonos. El mayor no había deseado el destino en África más que él. La razón por que la Hempel no lo había rechazado era un misterio.

¿Porque quería matar a los judíos?

Era ridículo, pensó Erich. Hempel podría haberlo hecho con mucha más comodidad en Sachsenhausen.

Erich llegó a la misma conclusión de siempre cuando pensaba en el tema: Hempel había ido a África por él. Aunque el motivo, además de otras cuestiones, aún no estaba claro. Mientras tanto, Hempel intentaría matar a los colonos, tanto por él, como por Hitler y por el Reich. Y por cualquier otra razón enfermiza que se le ocurriera. Como aquella buena gente de Oranienburgo a quien Erich había observado el pasado abril, cuando recibieron el día de Pascua lapidando judíos en nombre de Jesús.

Con Hempel al cargo, la masacre incluiría a Solomon Freund. Incluiría a Miriam... y al niño.

Mi hijo, pensó Erich.

¡Mío!

Sin importar lo que dijera Miriam. ¿Qué relevancia tenía que ella proclamara que estaba emocional y espiritualmente casada con Solomon Freund? Legalmente era su esposa.

El niño es mío, como también lo es Miriam. Como lo son todos.

Míos para protegerlos.

Míos para utilizarlos.

Sintiéndose mucho mejor, advirtió que Solomon se dirigía hacia él, sorteando a colonos que portaban postes sobre los hombros. Hasta entonces, se había aislado del ruido que había a su alrededor, una habilidad que había desarrollado con cierta deliberación. Se sentía orgulloso de su capacidad para concentrarse. No le costó aprender la lección en cuanto comprendió que era una cuestión de prioridades. Como una rana después de un salto o un perro que dormía mientras la música de *cabaret* brotaba de la vitrola, solo conectaba cuando era necesario.

Una pena que Solomon nunca desarrollara esa habilidad, pensó Erich, mientras miraba al hombre a quien, durante sus impresionables años de juventud, había considerado como su hermano. Se lo veía desgarrado hasta el punto de parecer desnutrido, a pesar de las continuas peleas de Erich con Hempel para asegurarles a los colonos suficiente descanso, comida y agua fresca. Sus grandes manos no servían para el trabajo duro, solo para sostener libros y ordenar estanterías en la tienda de tabaco cuya propiedad sus padres habían compartido. Su mente era la de un filósofo o la de un tonto, si es que había alguna diferencia entre ambos. Erich resopló, riéndose de su propia gracia.

Solomon se volvió para mirar el campamento, como si buscara la fuente del chiste.

—¿Encuentras algo divertido en toda esta situación... coronel Alois?

Añadió el título como si se le hubiera ocurrido después, aunque con la suficiente tranquilidad para dejar claro que recordaba a la perfección el lugar que un judío ocupaba en la jerarquía nazi.

—¿Tú no?

—¿Qué podría tener de gracioso el construir un campo de avanzadilla para lo que ambos sabemos que no es más que una falacia?

—Precisamente eso es lo que lo hace tan divertido. Todo este esfuerzo para algo que Himmler casi seguro que no permitirá nunca. No, a menos que consigamos convencer al propio Hitler de la sabiduría de llevar a cabo este plan. Es como esa vieja pregunta: si seis hombres pueden cavar un agujero en dieciséis horas, ¿cuánto tardarán tres hombres en cavar medio agujero?

—No existe eso de medio agujero.

—Creo que por eso me gustas. Siempre eres capaz de resolver mis adivinanzas. Una lástima que no utilices la mente que tienes para algo importante. Eres un enigma, Solomon. Un enigma. Esta operación me recuerda los tiempos en que comencé mi adiestramiento militar en la Akademie de Berlín. Teníamos que cavar un agujero, el oficial al mando tiraba dentro un cigarrillo; después, rellenábamos el agujero y teníamos que excavar en busca del cigarrillo. Sin palas en esa ocasión, solo con las manos desnudas. Después, volveríamos a tapar el agujero. La mayoría de los cadetes se tomaron el ejercicio como una novatada, pero yo comprendí que se trataba de una lección importante: había vuelto al lugar de partida, pero en aquel momento sabía dónde había estado... y quién era.

Desvió la mirada hacia la jungla, donde un loro chillaba. Había guardado una de las colillas de los cigarrillos. La había conservado durante mucho tiempo. ¿Qué habría sido de él?, se preguntó.

Se frotó la barbilla, notando la barba creciente y dándose cuenta de que había olvidado afeitarse.

—¿Quieres preguntarme algo en particular? —preguntó—. ¿Ose trata solo de una visita de cortesía?

Volvió a sonreír ante su propio ingenio.

—Vengo con una... —Solomon bajó el tono de voz— una petición de mi gente.

—¿Y qué queréis: vichyssoise y un buen vino del Rin para la cena? ¿Una tarde en el Follies de París?

—Es una petición que podría aumentar la productividad de los hombres.

—Así que recurres a mi sentido del orden y la eficiencia como alemán, ¿no?

—Yo también soy alemán... *Herr Oberst*. —Su tono bajó todavía más.

Cualquier rastro del buen humor que le quedaba a Erich desapareció. La arrogancia de Sol al llamarse así mismo alemán lo enfureció.

—Eres un judío, Solomon Freund. El hijo de un tendero y un judío.

—Sí, *Herr Oberst*. Soy infrahumano. Soy una inmundicia. Un desperdicio que debería desaparecer de la faz de la tierra.

—¡No me sueltes esa mierda de Sachsenhausen, Solomon! ¡Esto no es un campo de concentración!

—Solo trato de encontrar el camino a tu corazón, Erich, siempre y cuando aún te quede algo —replicó Solomon con voz tranquila—. Tienes todos los ases y ambos lo sabemos.

—Así es la vida, Solomon —respondió Erich—. Complicada y casi nunca justa. Si esperas que a alguien le importe...

—A ti te importa, *Herr Oberst*. Te importa que esta operación tenga éxito o no. Y te preocupas por nosotros. Nosotros. Judíos. Muy en el fondo, te importa.

—Si eso es lo que crees, continúa engañándote a ti mismo. Es tu derecho como judío que eres. —Erich comenzaba a cansarse del juego—. Límitate a decirme lo que quieres y lo consideraré.

—Gracias.

—He dicho que lo consideraré —replicó Erich, cortante—. ¿De qué se trata?

—Mañana por la tarde comienza el Rosh Hashanah, el Año Nuevo judío. Queríamos celebrar una pequeña ceremonia al atardecer, cuando da comienzo el día más sagrado para nuestra religión, y otra ceremonia aún más breve al atardecer del día siguiente. Necesitaremos la Torá...

—¿Me estás pidiendo permiso para llevar a cabo un servicio religioso, un servicio religioso judío, durante una operación militar alemana? —Erich comenzó a corregirse para añadir la palabra nazi a «operación militar», pero decidió no darle a Solomon el beneficio de saber que hacía semejante distinción—. Si es una broma, Solomon, no tiene ninguna gracia. Primero jodes con mi mujer y ahora me pides autorización para joderme la colonia. Y con mi permiso, nada menos.

Observó con deleite cómo el color abandonaba las mejillas de Sol, y su cara se quedó tan blanca como cuando dejó las bodegas del *Altmark* y salió al sol tropical.

—No se trata de nosotros dos —dijo por fin Sol—. Ni tampoco de Miriam y el bebé. Se trata de los hombres. Se trata de terminar el complejo tal y como tú lo quieres. Y dentro del plazo. Mi gente trabajará mejor si se les muestra algo de humanidad.

Erich intentó contener su creciente furia. Casi de forma inconsciente, se encontró abriendo la pistolera y aferrando entre los dedos las limpias y aceradas cachas de nogal de su Walther. Necesitó toda su fuerza de voluntad para soltar la pistola y volver a cerrar la funda.

—Si vuelves a tocar a Miriam, te mataré. —Su mirada se clavó en la de Sol con una intensidad que no pudo reprimir—. El niño es mío, Solomon. ¿Me he explicado?

Sol bajó la vista al suelo, sin responder.

—¡Me he explicado!

—Sí, Oberst.

—Ahora vuelve al trabajo. ¡No me importa cómo os las apañéis tú y los demás judíos, pero quiero mi campamento listo!

Con la derrota y la exasperación reflejadas en el rostro, Sol se giró al estilo militar y se alejó. Te guste o no, aprenderás quién es el amo aquí, Solomon, pensó Erich. Tendrás que reconocerlo, de la misma forma que reconocerás la verdadera paternidad de ese hijo.

En un esfuerzo por olvidar el incidente, al menos durante un rato, Erich volvió a considerar el estado del campamento. Le había dicho a Pleshdimer, que supervisaba la instalación de la tienda del cuartel general, que se asegurara de que los judíos lijaran bien la superficie del suelo; no quería que las cosas estuvieran inclinadas, en especial su cama y la mesa de operaciones, en lo que sería su puesto de mando y su hogar durante solo Dios sabe cuánto tiempo. Pleshdimer lo saludó, pero Erich no le devolvió el gesto. No desperdiciaría ese reconocimiento con alguien que no era un soldado de verdad; en especial con una persona a quien Hempel había ascendido a sargento de forma ilegal porque el gordo Kapo tenía un talento natural a la hora de conseguir succulentos niños para que Hempel los sodomizara. Por lo que a Erich se refería, ya podrían meterle una pistola a Pleshdimer por el culo y apretar el gatillo.

El hombre le ponía los pelos de punta. Le había cortado la garganta a sus dos hijas pequeñas, según decían. Las había colgado de una viga para que se desangraran sobre unos cubos, de modo que Pleshdimer pudiera darles de beber la sangre a sus preciadas cerdas. Esa fue la razón de que lo sentenciaran a Sachsenhausen y lo pusieran al mando de honestos trabajadores cuyo único crimen había sido el de nacer judíos. Ahora que lo pensaba detenidamente, entendía por qué Hempel apreciaba al Kapo. Estaban cortados por el mismo patrón.

¿Y, de paso, dónde estaba Hempel? Debería estar supervisando todo aquello.

—¡Kapo! ¿Dónde está el mayor? —gritó al hombre gordo que se marchaba.

Pleshdimer dirigió una mirada furtiva a la cabaña del Zana-Malata, justo al borde del perímetro del campo.

—No lo sé, *Herr Oberst*.

Estúpido, pensó Erich, y se encaminó a la cabaña del ermitaño. A mitad de camino, se le ocurrió que no había sido muy inteligente de su parte darle autoridad al Kapo para que les dijera a los prisioneros lo que tenían que hacer. ¿Quién sabía cómo iba a hacer cumplir esa orden?

En aquel momento, Erich estaba a poco más de doce metros de la cabaña. Podía ver las botas de Hempel, apoyadas contra la pared exterior. De repente, se le quitaron las ganas de acercarse más. No había visto al Zana-Malata desde que llegaron y no sentía deseos de hacerlo. El sifilítico había hecho que tanto él como los perros quedasen como estúpidos, no podía negarlo.

—¡Mayor Hempel!

Tras unos momentos, el mayor apareció, apartando la puerta de piel de cebú y

bajando los tres escalones. No se molestó en saludar ni en disculparse por no llevar puestas las botas. Masticaba con fuerza.

—Les he dado permiso a los judíos para celebrar una ceremonia religiosa —dijo Erich—. Aumentará su productividad. —Al instante, se sintió molesto consigo mismo por dar explicaciones de sus actos—. Dígales a sus hombres que no interfieran con los preparativos.

Para sorpresa de Erich, el mayor no presentó ninguna objeción. Ni siquiera le dirigió una mirada desdeñosa. Su rostro permaneció inexpresivo, tan inamovible como su cabello cano. Erich se encontró desviando la vista de la frente del mayor a las sobaqueras de la camisa de su uniforme. El hombre parecía no sudar nunca, a pesar de la agobiante humedad.

—Mis hombres llevan semanas sin probar carne fresca —dijo Hempel. Se sacó un trozo de cartílago de la boca y lo examinó para luego tirarlo.

—Había carne más que suficiente a bordo del *Altmark*...

—He dicho carne fresca —lo interrumpió Hempel—. En el barco, todo era enlatado.

Para enfatizar su afirmación, alzó una ceja y miró por encima del hombro de Erich —le sacaba más de una cabeza—, hacia la linde de la selva, donde un cebú permanecía atado a una estaca. Los animales se movían a su antojo por el prado, pero Erich no podía recordar haber visto a ninguno atado con una correa.

Sopesó la petición.

—¿Me está diciendo que esa bestia pertenece a su amigo sifilítico?

Hempel se encogió de hombros, como si no lo supiera o no le importara.

—Adelante —dijo Erich—, pero cualquier problema sobre la propiedad será cosa suya. Si conoce al dueño del animal, concierte algún tipo de pago.

No es que le importara de verdad, pensó Erich. El Zana-Malata lo había puesto en evidencia; apropiarse de la vaca del hombre, o lo que fuera, sería un justo castigo.

Con dos dedos, Hempel señaló a un guardia que se reía, con el rifle en las manos y un palillo en la boca, y que estaba junto a tres prisioneros que instalaban bandas metálicas en unos postes. El soldado se quitó el palillo de entre los dientes y echó a correr.

El infierno se desató. En unos pocos segundos, media docena de guardias corrían, gritando, hacia el cebú. Aturdido, el animal se limitó a quedarse donde estaba mientras los veía acercarse, con las carabinas balanceándose en sus hombros. Detrás de ellos iba Pleshdimer, con la barriga botando y los ojos brillantes como dos enormes globos.

Entre los guardias y él formaron un semicírculo alrededor del animal, que seguía inmóvil, como si se debatiera entre atacar o intentar romper la correa y echar a correr. Cuando ninguno de los hombres se acercó, el cebú volvió a pastar de la tierra prácticamente yerma sobre la que estaba atado.

Hempel sacó su Mann, luego miró a Misha, que había asomado la cabeza por la

puerta de la cabaña, y devolvió el arma a su funda. Parecía que estuviera a punto de ir hasta el cebú, pero, en su lugar, volvió sobre sus pasos y llamó al muchacho para que se acercara a él, utilizando el mismo silbido discordante con el que llamaba a su perro lobo.

Misha escuchó el silbido de Hempel, pero no se movió. A pesar de haber visto al Zana-Malata y a Hempel comerse al perro lobo la noche anterior, y de nuevo ese día, todavía no se había acostumbrado al hecho de que se esperaba que ahora actuara como sustituto de Boris.

—Un mestizo como tú debería considerar esto un honor —había dicho Hempel, colocando el collar del perro alrededor del cuello del chico—. Boris era un pura raza, me lo regaló el mismo Himmler. Él te consideraría un pobre sustituto.

Misha tiró del collar. Varios pelos de perro se quedaron pegados a sus dedos, enganchados en las grietas de sus uñas rotas. Se quitó los pelos y los sopló para hacerlos desaparecer.

Tosiendo con una tos seca y profunda, que había comenzado casi en el momento en el que Hempel le colocara la correa alrededor del cuello, a pesar de que el collar no le apretaba tanto, Misha se limpió las manos en los costados de sus harapientos pantalones. Desde su posición agazapada, podía ver a través de la rendija que quedaba entre la piel de cebú y el marco de la puerta. Había escuchado la conversación entre Hempel y Erich, y sabía lo que iba a pasar. No tenía la menor idea de cuál sería el humor del mayor después de aquello.

Aunque la cabaña estaba oscura y apestaba a comida, el hecho de estar solo le proporcionó unos minutos de respiro en la espera constante de que sucediesen cosas malas. El otro momento en el que podía pensar era de noche, cuando Hempel dormía y Misha yacía despierto, repasando la lista de las cosas buenas y malas que le habían ocurrido en su vida, asegurándose de que el balance todavía fuera positivo. Algunas noches repasaba sus planes de matar a Pleshdimer; otras, se deleitaba en los exquisitos detalles de los planes alternativos para matar a Hempel. Y había añadido al Zana-Malata: vivo, en la lista de cosas malas; muerto, en la de las buenas. No es que el Zana-Malata le hubiese hecho nada malo. Todavía. Debía estar esperando, como había hecho Pleshdimer. Cuando Misha estaba en el campamento, Pleshdimer lo había tratado como a los demás prisioneros. Mejor, quizás una vez que Hempel lo «adoptó». Entonces, el mayor comenzó a compensar a Pleshdimer permitiendo que hiciese daño a Misha.

A Pleshdimer no le estaba permitido hacerle «la cosa», pero eso no significaba mucho, porque no era eso lo que el Kapo quería. Atar a Misha y herirle con la punta del cuchillo, eso era lo que le gustaba. Ser cruel. Amenazarlo. Conseguir que tuviese miedo.

Cómo los odiaba a todos, pensó Misha, asomándose un poco hacia fuera porque no le quedaba otro remedio. No podía fingir que estaba dormido, porque Hempel lo había pillado echando un vistazo a través del vano de la puerta. Si intentaba entrar,

Hempel vendría para sacarlo a rastras o, peor aún, enviaría a Pleshdimer a por él. Además, el Zana-Malata volvería pronto, y a Misha le entraban ganas de vomitar solo con mirar al sifilítico. Le daba la sensación de que el hombre negro era maligno, no solo feo.

Había odios y odios, decidió Misha. Un tipo de odio se debía a alguna razón, como el que sentía por la gente que se había llevado a sus padres. Y por Pleshdimer y por Hempel. Cualquier cosa que tuviese que ver con ellos se colocaba de inmediato en la lista de las cosas malas.

Luego estaba el odio que sentía por Boris, que tenía muy poco que ver con el perro y casi todo con su dueño. A decir verdad, nunca le había gustado especialmente Boris, pero sabía que era por lo que sentía por Hempel, y no porque el perro le produjera un particular desagrado. Quizá, si el animal hubiese sido entrenado de forma apropiada, como Tauro y los demás pastores alemanes, podría haberse mostrado más receptivo con los niños; podría incluso haberse comunicado con él, o él con el perro. Ciertamente, había sentido pena por el animal cuando el jabalí lo despedazó. Escuchar el rugido de dolor de Boris, seguido por un grito de impotencia y después por el silencio, le había dado escalofríos.

¡Y todo para acabar asado y servido de cena!

No podía odiar a Boris después de eso, decidió Misha mientras atravesaba la cortina de cebú y parpadeaba a la luz del día.

—Te estaba llamando, Misha —dijo Hempel—. Ven aquí. Quiero que presencies el primer derramamiento de sangre isleña.

Toda la serie de sucesos resultaba teatral y nada castrense, pensó Erich mientras contemplaba cómo Misha salía de la choza medio en cuclillas. Hempel le hizo un gesto al muchacho para que lo siguiera mientras se dirigía hacia el cebú y los que serían sus asesinos.

Erich comenzó a caminar tras el mayor, pero se detuvo de pronto junto al adiestrador al que había apodado Fermi. El hombre se acercó a él, manteniendo a su lado a un Piscis casi ahogado por la cadena. El perro continuaba mirando al cebú y a los guardias, pero no hacía el menor intento de tirar de su adiestrador en esa dirección. Su obediencia complació a Erich, después del despliegue de insubordinación del Zana-Malata cuando llegaron.

Fermi miró hacia abajo para observar el polvo rojo que cubría sus botas.

—Los guardias llevan hablando toda la mañana de matar al cebú —dijo con un sereno tono de respeto—. La carne fresca no estaría mal, sobre todo después de semanas en el barco. Me gustaría asegurarme de que habrá porciones para nosotros y para los perros.

—¿Qué le hace pensar que yo sería negligente con mis perros o con mis adiestradores?

—Tiene muchas cosas en que pensar, señor.

Erich se quedó pasmado por la insinuación de que podría pasar por alto su responsabilidad principal. Su principal amor.

—Tanto los perros como vosotros seréis atendidos —dijo, y su voz sonó, de alguna manera, mucho más enfadada de lo que había pretendido.

Fermi levantó la mirada.

—Gracias, señor. —Lo saludó y siguió su camino hacia la zona donde se encontraba la perrera.

Quitándose la gorra, Erich se enjugó la frente con el dorso de la mano. Con ese calor no era de extrañar que los perros estuviesen sufriendo, pensó. Pero sufrir era una cosa, y la fiebre cerebral otra. Aunque no padecían esa enfermedad, el peligro de que lo hicieran era real. Ya se mostraban irritables y descoordinados; no eran en absoluta la excelente unidad militar de animales saludables que él había embarcado. Sólo podía rezar para que se aclimataran rápido, o se encontraría al mando de una unidad fantasma.

—¿De veras son necesarios tantos hombres para matar a un animal atado?

Erich se giró, sorprendido de encontrar a Miriam tras él y molesto por no haber escuchado que se acercaba. Se enorgullecía de estar al tanto de lo que ocurría, no solo a su alrededor, sino en cualquier lugar de las cercanías. De pensar como un perro, le había dicho a la gente cuando era joven.

—No empieces tú también —dijo.

—Oh, sí, faltaría más; deja que los chicos jueguen. Tal vez deberías desempolvar tu jabalina y unirte a ellos.

Mi jabalina, pensó Erich, preguntándose qué habría sido de ella. Se había sentido tan orgulloso de su habilidad para manejarla cuando era joven... incluso había fantaseado con la idea de participar en las Olimpiadas, y había estado a punto de hacerlo, la verdad. Miriam caminó hacia el condenado animal. Se preguntó si ella esperaba que la siguiera. Lo hizo. No se uniría al juego, como ella lo había llamado. Jamás había matado por deporte. De hecho, nunca había matado nada, en realidad. Excepto a Grace, la abuela de Tauro, que ya estaba casi muerta cuando él utilizó su jabalina para librarla de su miseria. Y a Aquiles, desde luego. La madre de Tauro. La había matado. Pero no por propia iniciativa, tampoco. No fue su decisión. Fue cosa de Hitler. Erich se había limitado a cumplir órdenes, como todo buen soldado debía hacer.

Ojalá Miriam pudiese comprender eso. Solomon también, pero sobre todo Miriam.

Observó cómo se acercaba al cebú. La vaca que estaba a punto de ser asesinada parecía atraerla de forma irremediable, como si el animal necesitara su presencia para dignificar el sacrificio. Se mantuvo ligeramente apartada de los guardias, que se habían alineado frente a la bestia como un pelotón de ejecución.

El animal seguía pastando, levantando la cabeza de vez en cuando para contemplar a sus ejecutores, como si los desafiara a mirarlo a los ojos.

—No estropeemos la carne —dijo Hempel mientras daba unos pasos hacia delante—. Solo lo hará uno de vosotros. ¿Johann?

—¿Señor? —preguntó el rubio operador de radio.

—Eres el más joven. Métele una bala en los sesos.

—¡Sí, señor!

El joven levantó su máuser y apuntó. Erich sintió una breve aunque indefinida sensación de satisfacción al ver que Miriam se daba la vuelta y cerraba los ojos durante un instante.

El disparo produjo una algarabía entre los pájaros de la jungla.

La vaca bramó y se tambaleó en círculos, girando la cabeza casi hasta la espalda, como si tuviese insectos a lo largo de la columna que la estaban molestando. Su gemido se extendió a través de la mañana e hizo que los perros comenzaran a aullar. Se desplomó hacia un lado, como si hubiese estado empujándola alguna fuerza descomunal. Sus patas se quedaron rígidas incluso mientras caía, y su cabeza golpeó dos veces contra el suelo; su cola se sacudió una vez, y, después de eso, se quedó inmóvil.

Johann sonrió y bajó el arma. Cayó el silencio sobre los pastos y el anillo de jungla que los rodeaba. Erich podía ver al animal con toda claridad: las costillas prominentes, los ojos legañosos y cubiertos de moscas. Gritando, los guardias

sacaron los cuchillos y se lanzaron sobre la bestia, riendo mientras despedazaban su vientre y le rebanaban la garganta. Pleshdimer se abrió camino entre los demás, como el miembro más grande de una camada, y chilló cuando le arrancó los intestinos. Brillaban como salchichas. Se los llevó a la boca, como si no pudiese esperar a que los cocinaran antes de engullirlos, pero después cambió de opinión y se los enrolló alrededor del cuello, como una boa.

—Una muerte magnífica, ¿crees tú?

Bruqah sabía que, a oídos de los extraños —exceptuando a Miriam, que lo entendía de modo intuitivo, y a Solomon, que estaba aprendiendo a hacer lo mismo— sus palabras, pronunciadas con la cadencia melódica de su voz, a menudo tenían un efecto diametralmente opuesto a su significado. Llegado el momento, todos las comprenderían; hasta el mismísimo coronel señor Erich Ciudadano Alemán. Todos comprenderían y recordarían.

—Caminas con la elegancia de un hombre que escuchara una melodía secreta en su cabeza —comentó Miriam, como si la bailarina que había en ella fuese repentinamente consciente de su propia torpeza.

Bruqah sonrió, halagado por el cumplido. Como era habitual en él, sujetaba en su mano el bastón tallado de madera de magnolio, mientras el lémur ratón viajaba sentado en su nuca, agarrado a un mechón de pelo. El lamba blanco lo envolvía desde los hombros hasta la cintura. Más alto que el resto del grupo, la indumentaria lo ayudaba a proyectar la imagen que quería: una figura que descollaba entre las demás. Era tan sencillo engañar a esos extranjeros, pensó. Se apresuraban a sacar conclusiones precipitadas y erróneas porque les resultaba menos tedioso que reflexionar. Al envolverlos en su supuesta magia, todos imaginaban que sus habilidades eran las de un ilusionista cualquiera. No había aparecido con el lémur más que en un par de ocasiones antes de que empezaran a referirse a él, entre susurros, como su sirviente. Lo mismo había sucedido con sus apariciones y desapariciones... como si saliese de la nada y regresara al mismo sitio. El grupo no parecía sentir su ausencia, pero siempre presagiaba su llegada... que era justo lo que él quería.

—Mí seguro de que ese Rosh Hashanah de Solomon debe ser muy importante para ti. Debe serlo porque, si no, no alentarías sacrificio.

—Matar al cebú no tiene nada que ver con lo que quieren los judíos —apostilló Erich—. Los guardias no saben nada del Día Sagrado.

Bruqah sonrió de nuevo, en esta ocasión de modo indulgente, antes de coger el lémur y sostenerlo contra su pecho. Lo acarició y pasó los dedos a lo largo de su tupida cola, que se estrechaba repentinamente en el extremo, recordando la plumilla de una estilográfica. El animal expresó su contento mediante unos sonidos guturales.

—Creo que saben. Creo que saben más de lo que cree, señor Erich Ciudadano Alemán. Vosotros, alemanes rodeados de muerte. Sí, creo que saben. —Señaló con un dedo la bandera nazi, que ondeaba, si bien algo lacia por la humedad, del primer mástil que los judíos habían alzado, en un lugar próximo al sitio donde se estaba construyendo la puerta—. Hasta vuestra bandera tiene el color de muerte. Nosotros,

malgaches, utilizamos rojo y negro en sudarios.

—Así lo hacemos nosotros también desde que los nazis obtuvieron el poder —dijo Miriam.

Bruqah miró de nuevo al cebú. El dueño del animal había dejado que acabara con todo el pasto de la zona. Señalando el trozo de tierra yerma donde había estado el animal, comentó:

—Toda Madagascar... lo mismo - No intentó ocultar la ira que teñía su voz ronca. Era muy simple y, no obstante, nadie parecía ser capaz de comprenderlo: quemaban la selva para que creciera la savoka y, después, dejaban que los cebúes pastaran hasta que la hierba desaparecía. Meneó la cabeza, entristecido —Una vez yo el que más daño hice.

—¿Tú? —le preguntó Miriam.

Hasta que los árboles me enseñaron, pensó Bruqah, y aprendí de los lémures. Un proceso que se alargó durante incontables vidas.

—Hay un dicho: Omby milela-bato, matin'ny tany mahzotra. «El cebú lamerá la piedra y morirá en la tierra que ama». —Acarició al lémur desde la cabeza hasta la cola y el animal se estremeció con aparente alegría—. Nosotros, malgaches, valemos tanto como ganado que poseemos, pero dejamos que acaben con la tierra que es nuestra madre... y suya.

—Nosotros los alemanes medimos nuestro valor en función de... ¿de qué, Erich? —preguntó Miriam con voz desagradable, observando al desmembrado cebú con manifiesta repugnancia. En su rostro se reflejó la oleada de dolor que la recorría—. ¿De... nuestros logros científicos? —Su respiración se convirtió en un resuello—. ¿De nuestro rendimiento industrial? —Lanzó a Erich una furiosa mirada—. ¿O de nuestra capacidad para matar?

—Antes no eras tan dura, Miriam. —La voz de Erich se desvaneció mientras miraba más allá de donde se encontraban Miriam y Bruqah, como si lo que estuviera viendo le hubiese privado de la capacidad de moverse.

La visión tampoco resultó placentera para Bruqah.

Al borde de la selva se encontraba el Zana-Malata, sosteniendo en una mano la cabeza del enorme perro lobo de Hempel. Bruqah observó a Erich con atención. Vio cómo la mirada del hombre iba del perro a Hempel y de este, de vuelta al animal. Más que revulsión, el rostro del coronel tenía una expresión ansiosa cercana a la envidia. Quiere la cabeza del mayor en una pica y, cuanto antes, mejor, pensó Bruqah.

—No siempre fui dura y tú no siempre fuiste un nazi —replicó Miriam.

Apenas acaba de pronunciar la última palabra cuando puso los ojos en blanco y se le doblaron las rodillas. Bruqah dio un paso hacia ella, pero Erich estaba más cerca y la cogió según se desplomaba. Ella hizo una mueca de dolor, se llevó las manos al vientre y se dobló hacia delante.

—Me avergüenzo de formar parte de la raza humana —dijo en un susurro. Miró a Bruqah y al animal que se enroscaba en su cuello—. No es de extrañar que tengas en

más estima a los lémures que a los hombres... —Dedicó a Erich una mirada airada, se enderezó y se apartó de él.

—En lo referente a algunos hombres —comentó Bruqah—, no podría estar más de acuerdo.

—Los guardias se deleitan con la muerte —dijo Erich.

—¿No lo hacen todos los nazis? —preguntó Miriam.

Con lo que consideró un enorme autocontrol, Erich se abstuvo de lanzarle una réplica furiosa como respuesta a su insolencia. Observó cómo movían hacia abajo una de las patas delanteras del cebú como si fuera una palanca, mientras la carne era cortada en lonchas cerca del abdomen. Alguien trajo un hacha y comenzaron los golpes sobre el hueso. ¿Por qué no se limitaban a descuartizar la vaca y acabar con aquello?, pensó.

—Tengo que sentarme —dijo Miriam.

Miró fijamente la hierba durante un instante, como si estuviese examinándola en busca de cosas reptantes y, después, agarrándose al brazo de Bruqah, se sentó. El hombre permaneció a su lado como un guardaespaldas... ambos separados y, al mismo tiempo, juntos, de una forma que Erich envidiaba. Lejos del campamento, se sentía más cerca de ella, menos restringido. Experimentaba una necesidad territorial de defenderla, como si Bruqah representara una amenaza. Estaba preocupado por ella, de un modo muy similar a como se preocupaba por Tauro. Eran suyos; le pertenecían. Había traído pocas posesiones consigo a la isla, así que tenía sentido que quisiera asegurarse de que las que había traído no estuviesen en peligro.

Empezó a decirle algo a Miriam, pero dedujo por la expresión de su boca que cualquier cosa que dijera solo provocaría más palabras desagradables. Girando sobre sus talones, caminó hacia la colina que llevaba tiempo deseando explorar. Quedaba al otro lado del pastizal, a una distancia del campamento que, a su modo de ver, le proporcionaría un buen lugar para estar a solas cuando necesitara pensar sin constantes interrupciones.

Como no estaba de humor para encontrarse con nadie, rodeó el prado y la choza del Zana-Malata y tomó el sendero que atravesaba la jungla por el escarpado lado norte del valle que se formaba entre las dos colinas en la isla. De camino, se distrajo intentando identificar la flora y la fauna sobre la que había aprendido en los libros que le había pasado a Miriam. Según esos libros, la jungla hervía de vida; no obstante, había tenido escasas muestras de ello. Únicamente podía llegar a la conclusión de que sus ojos no estaban habituados a desenmascarar los disfraces de Madagascar... de igual forma que su organismo no estaba acostumbrado a digerir los higos y el jengibre silvestre que había comido, viéndose obligado a beber media botella de aguardiente durante la noche para calmar los retortijones de su estómago.

Erich comenzó a subir. Al principio, se encontró fascinado por la serie de altos postes de madera tallada, que, a juzgar por los contorneados cuernos de cebú que los coronaban, eran los tótemes funerarios que había visto en sus libros sobre

Madagascar. Había unos cuantos más altos que él, pero la mayoría le llegaban a la altura del pecho y tenían un diámetro semejante al de su bíceps, incrustados como decorativas agujas en un alfiletero verde. Los encontraba hermosos y extraños, y no podía sino preguntarse quién estaría enterrado bajo ellos.

Lentamente, su interés fue reemplazado por la fatiga. A medida que sus muslos y pantorrillas comenzaban a acusar el esfuerzo de la subida, lamentó no haber traído un machete y dio las gracias a quienquiera que hubiese labrado el estrecho sendero que conducía hasta la cumbre. Si esa iba a convertirse en su colina, en el refugio que lo alejaba de los problemas de Hempel, Miriam y los judíos, tendría que tener un sendero más amplio. Y, pensó con ironía, sería mejor que se deshiciera de la debilidad del chico de ciudad de treinta y un años que se había asentado en sus músculos desde que las demandas de su rango y las de la familia lo alejaron de sus entrenamientos diarios. Seguiría el consejo de Miriam, decidió, sin tener en cuenta lo que ella pretendía al dárselo. Se fabricaría una jabalina y la usaría, además de pasear todos los días hasta esa colina para ponerse en forma.

Echó el brazo hacia atrás, dio unas cuantas zancadas largas que lo llevaron más allá de los últimos árboles hasta la cumbre de la colina, y lanzó una imaginaria jabalina. Le hizo sentirse bien.

Muy bien, de hecho.

Se apoyó con fuerza sobre uno de los tótemes tallados y vio que allí había más de una docena, cada uno rematado con una calavera de buey. En lo más alto de la colina había un menhir de piedra, que parecía una casa de roca de tres lados incrustada en la colina. El tejado era un enorme bloque de piedra cubierto de musgo. En la esquina noroeste, había un tótem más grande. También ese tenía una calavera de buey encima, pero esta vez, coronada con una guirnalda de lianas.

Lo examinó de cerca. Distinguió unos diminutos cuernos de cebú, hojas retorcidas y lémures tallados que estaban de pie unos sobre las espaldas de otros y que contemplaban el exterior con ojos desorbitados.

Estiró la mano para tocar el tótem y la retiró al instante cuando se le ocurrió que, con toda probabilidad, había sido el sifilítico quien abriera el camino y trenzara la guirnalda. De forma automática, dio una vuelta completa para asegurarse de que el horrible negro no estaba en algún lugar de las cercanías, observándolo. Una vez convencido de que estaba solo, se obligó a relajarse.

Decidió ordenar a Hempel y a sus hombres que abrieran y examinaran la cripta, porque quién sabía los tesoros que escondería dentro. Puede que hubiese incluso alguna clave de la verdadera historia de su ídolo, el conde Augustus Benyowsky.

De pie sobre lo más alto de la colina, Erich contempló el atardecer tropical, que estaba a punto de engullir al *Altmark*. Por la mañana, el barco habría partido, de camino a su cita con el Spee, que necesitaba una «madre» que lo alimentara con combustible y recogiera a sus prisioneros, marineros británicos procedentes del Africa Shell, su tercera víctima hundida al sur de Madagascar. Sintió un poco de

pesar al saber que se marcharían tan pronto. Solo había estado en la isla dos días, pero ya se sentía, de alguna extraña manera, como en casa.

Si tan solo...

Miró hacia abajo y contempló la zona que había elegido para el campamento base. El acuartelamiento apenas tenía el tamaño de un campo de fútbol. El extremo más alejado se había dejado para los judíos, algunos de los cuales todavía estaban trabajando en la colocación de los postes de la torre este de vigilancia. Otros, con las manos desnudas, colocaban los alambres de espino a lo largo de las cercas que ya habían terminado. En lo que se refería a electrificar las cercas —algo que Hempel insistía en que se hiciera—, había otros usos más urgentes para el generador cuando lo tuvieran listo y funcionando. El primero y principal sería iluminar el complejo por la noche, además de bombear agua al depósito, si la lluvia no lo mantenía lleno.

Dirigió la mirada desde el campamento a la segunda colina que lo flanqueaba, un segundo otero. La loma en sí era más sombría y estrecha que aquella en la que se encontraba, y parecía casi una chimenea natural. Estaba amparada por un baldaquín de árboles a lo largo de la escarpada caliza que formaba su borde oeste. El camuflaje natural la convertía en un lugar idóneo para situar una torre de vigilancia al sudeste del campamento. Haría que los judíos abrieran un camino en la parte de atrás y que construyeran un parapeto; un trabajo fácil, una vez que ese judío, Goldman, terminara de soldar el blindaje de la parte delantera del tanque para transformarlo en una pala. El kleiner Panzerbefehlswagen, con su ametralladora y su blindaje, serviría como excavadora y, más tarde, como fuerza disuasoria ante cualquier posible ataque a la isla principal. Así que traer el tanque en lugar del equipamiento normal había resultado ser una buena idea, después de todo. Lo cual demostraba que nadie, ni siquiera Otto Hempel, podía equivocarse en todo. Por supuesto, Hempel también había querido desperdiciar el valioso espacio de carga con una gigantesca y primitiva balsa para transportar el tanque hasta la orilla. Erich había encontrado una solución mucho más sencilla al utilizar los bidones de combustible vacíos del reabastecimiento del Spee para hacer una balsa más parecida a los puentes flotantes que habían construido en sus días de Wandervbgel.

Lo que dejaba solo la avioneta, en términos de equipamiento de gran volumen. Ciertamente, no había sitio en esa pequeña isla para una pista de aterrizaje, de modo que el Storch había sido reacondicionado con patines. Podría despegar desde el lago. Aunque eso quedaba en los dominios de Hempel, así como los vuelos de reconocimiento que debían hacerse sobre el continente.

Sí, pensó Erich, podría ser feliz allí si Tauro no se estuviera adaptando tan mal al clima, y si pudiese evitar el conflicto entre sus adiestradores y los hombres de Hempel y el amigo sifilítico del mayor, y...

Dejando la cuestión de Miriam y Solomon a un lado para examinarla más tarde, junto a la evaluación de los verdaderos motivos de Hempel para aceptar esa misión, observó a sus adiestradores, al otro lado del prado, ejercitando a sus animales

mientras Tauro yacía imposibilitada en la tienda que hacía las veces de enfermería. Al imaginarse sus patas tambaleándose como el trasero de una vieja, maldijo las responsabilidades que lo separaban de la perra. No obstante, y no sin cierta culpabilidad, admitió que también se sentía agradecido por el frenesí de actividades. La ejecución de Aquiles fue compasiva en comparación con lo que estaba viendo padecer a su hija.

¡Ya quisieran las pampas argentinas tener pastores como los suyos! Tal vez debiera utilizar la avioneta para escapar. Coger a los perros y al bebé y dejar que el resto se pudriese. Por lo que Perón le había contado, Buenos Aires estaba plagado de mujeres que harían que Miriam pareciese una fregona.

Sin embargo, a pesar de su deseo de marcharse, la isla de Mangabéy parecía hablar un idioma que él comprendía. Era suya, de un modo en que jamás podría haberlo sido la propiedad de Rathenau.

Contemplando el horizonte, trató de imaginarse qué renovadas esperanzas habría albergado Benyowsky mientras contemplara, desde esa misma colina, la bahía de color aguamarina que iba a convertirse en su reino, el lugar de su heldentod, el lugar donde había muerto su héroe. Después de la blanca opresión de Siberia, el húngaro debió de sentirse fascinado por los mantos verdes de la jungla y el pantano. Era allí, en Mangabéy, donde había construido un hospital de piedra y bambú para poner en cuarentena a aquellos de sus hombres que tenían la viruela. Allí, había encontrado un descanso para los rigores del continente... hasta que se vio obligado a abrir las venas de su hermosa esposa francesa, para sangrarla y eliminar la malaria.

O puede que la otra versión fuera cierta, la había visto tantas veces en sus sueños como en el diario de Benyowsky. Erich había soñado con los barcos Peter y Paul, que el conde y sus compañeros prisioneros habían robado en Vladivostok con la ayuda de Aphanasia, la hija del comandante. Expulsado de Francia por fundar una colonia en Formosa, pero con permiso para intentarlo en Madagascar, había vendido los desvencijados navíos en Cantón, donde Aphanasia había perecido de fiebre. Entonces, Benyowsky navegó hasta París, en busca de su esposa francesa. En el sueño, ella se había convertido en una bailarina del Stuttgart y estaba de gira en París. Él los había visto navegar hacia Mangabéy.

Erich se esforzó por recordar el resto, pero los recuerdos lo eludían. Levantó una mano y recorrió con el índice la línea de la orilla, hasta localizar la desembocadura del río Antabalana. Allí, en 1776, Benyowsky declaró la independencia de Madagascar e, inspirado por su amigo Benjamín Franklin, escribió su primera Constitución. Podía sentir la presencia del conde, resplandeciendo pura y trascendente en el atardecer, como las luces de las luciérnagas que brillaban a lo largo del perímetro del prado. Incluso los murciélagos, que volaban en círculos y se lanzaban en picado para luego remontar el vuelo, parecían negras ofrendas aladas en honor al húngaro, y las mismas ranas parecían corear su nombre: Ben-yow-sky, Ben-yow-sky, Ben-yow-sky.

Cerró los ojos para recordar mejor uno de sus pasajes favoritos del diario del conde. Podía verlo con toda claridad: tres mil guerreros sakalava, dispuestos en círculo según su región y rango, postrados a los pies del húngaro. Podía escuchar el retumbar de los tambores mientras los bailarines danzaban a la luz de la luna; podía ver al conde y al Rey del Norte abrirse el pecho con una assegai, arrojar la lanza a un lado y chuparse la sangre del pecho el uno al otro para jurarse fidelidad, mientras los guerreros se ponían en pie para brindar por Benyowsky con cálices de barro rebosantes con la sangre de cebúes recién sacrificados.

¡Ampanandza-be!, gritaban.

—¡Jefe de jefes!

¡Ampanandza-be!

—Hemos regresado —dijo Erich en voz baja y ahogada, mientras los gritos de los guerreros resonaban dentro de su cráneo.

Aprender del conde y saber que él, Erich, iba a ir a ese mismo lugar, había sido más que suficiente para inducirlo a hacer sus deberes.

¿Y qué era lo que había aprendido, además de lo obvio?, se preguntó.

Que la selva del noreste de Madagascar, la más densa del mundo, era el hogar de los betsileos, y que grupos dispersos de antandroy y tstimileos también vivían allí, así como los tanal, guerreros legendarios por su ferocidad. Que, juntas, las tribus podían formar un ejército formidable, y que, con la probable excepción de los tanal, se sabía que se unían para luchar contra un enemigo común. ¿No había dicho Benyowsky en su diario que treinta mil malgaches del noreste se habían reunido para rendirle homenaje? El conde era dado a las exageraciones, pero la cuestión no pasó desapercibida para los financieros de las colonias europeas: las tribus podían aliarse, y con rapidez, para apoyar una nueva empresa. O contra ella.

Lo que con más frecuencia se decía del conde no era una exageración: que su talento más desarrollado consistía en convertir en amigos a sus enemigos.

A Erich le pareció oír un suave gimoteo. Inclino la cabeza y escuchó con atención. Convencido de que era Tauro pidiéndole ayuda, y furioso consigo mismo por desperdiciar el tiempo en lugar de aprovecharlo, bajó a toda prisa la colina y atravesó el suelo pantanoso en dirección al campamento.

Miriam despertó en medio del estupor y miró sin ver el interior de la enfermería, con los ojos inflamados y llenos de legañas. Recordaba el intenso calor del prado; los guardias, sacando sus cuchillos y clavándolos sobre el cebú derribado; el súbito mareo. En ese preciso instante, no tenía un recuerdo consciente de lo que había hecho después de contemplar el nauseabundo despliegue sangriento que había tenido lugar en el claro.

Se quedó allí tumbada, concentrándose, y las briznas y pedazos del recuerdo volvieron a su cabeza. Al igual que los fragmentos de un sueño, no encajaban del todo, pero estaba convencida de que al final lo harían. Se vio a sí misma sentada en la hierba; la melodiosa voz de Bruqah y sus manos amables la mantenían a salvo y ella no se separó.

—¿Qué es lo que pretendes decirme, Bruqah? —preguntó, mirándolo a los ojos.

—Nosotros creemos que los muertos hablan suavemente a través de las voces de los nonatos, pero solo algunos pueden oírlos.

La selva pareció cerrarse sobre ella, como si el pastizal y el complejo se hubiesen hundido. Se sentía protegida por ella. La luz del sol se colaba entre los frondosos brotes. Donde antes solo había visto oscuridad, ahora vislumbraba delgados troncos sin ramas, salpicados con gotas de luz y engalanados con celosías de helechos arborescentes y abanicos de encaje de liquen y musgo.

Existe un camino a través de la selva, le decían los ojos de Bruqah. Los hombres de Hempel arrastraban el cadáver del cebú hacia el campamento, dejando un rastro húmedo y cubierto de moscas. Pleshdimer se pavoneaba por allí, como un payaso en un desfile, con los intestinos enrollados alrededor del cuello como una estola, y ella se sintió avergonzada de pertenecer a la raza humana...

Con mucho esfuerzo, logró sentarse. Tenía la piel húmeda y pegajosa. Una bata de hospital, humedecida por el sudor, se le pegaba al cuerpo. Algien la había desvestido, con toda probabilidad Franz, el auxiliar médico. Desde luego, no Erich, a quien recordaba vagamente haber visto caminando hacia una de las colinas.

Sin duda estaría enfadado con ella por algo y, si no con ella directamente, consigo mismo por amarla.

Se llevó la mano a la cara, como si todavía le doliese... como si la huella de la mano estuviese grabada todavía sobre la piel de su mejilla, donde el cabrón la había abofeteado cuando estaban a bordo del barco.

¿Y por qué la había golpeado?

Eso era fácil de responder, pensó. Porque ella había perdido la paciencia con todas aquellas mentiras y había confesado su amor por Sol. Como si Erich no lo hubiese sabido desde hacía tiempo... Mucho menos sencillo de responder era el

interrogante de por qué su golpe le había resultado inesperado; hacía mucho que conocía su temperamento incontrolable, su violencia, sus posteriores remordimientos... en apariencia tan sinceros, pero tan insustanciales a la postre.

No solo le había pegado, sino que lo había hecho con tanta fuerza que había dado lugar a lo que más tarde demostró ser un amago de parto. En medio de las contracciones, le había suplicado a Erich que no hiciese daño a Solomon.

—No voy a matarlo, si eso es a lo que te refieres —había dicho Erich, mirándola con un desprecio que, en el pasado, había reservado solo para los que eran como Otto Hempel—. Voy a permitir que se acerque a ti tanto como le sea posible antes de separarte de él. Para siempre. —Su mirada de desprecio se hizo más profunda—. Puedo soportar un matrimonio de conveniencia, ¡pero no que me hagan pasar por tonto!

Desde entonces, con cada hora que pasaba, se sentía cada vez más indispuesta a causa de la ansiedad. No eran solo el embarazo o el calor agobiante los causantes de su malestar; era el hecho de esperar a que la ira de Erich saliera de nuevo a la superficie. Algún día, estaba segura de ello, dejaría a un lado su pretensión de querer ayudar a los judíos exiliados, por mucho que él mismo se creyera esa falsa fachada, y sacaría a la luz el odio que sentía por Sol. Si eso significaba tener que matar a todo el mundo para poder racionalizar de alguna forma su venganza, que así fuera. Era muy capaz de hacer una cosa semejante, aunque jurara que repudiaba la violencia. En realidad, era la violencia de los demás lo que despreciaba, no la suya propia.

En un esfuerzo por evitar los derroteros que estaba siguiendo su mente, echó a un lado la mosquitera, cogió su cepillo de la mesilla y comenzó a cepillarse el pelo con movimientos firmes y prácticos. Cómo le gustaba a Erich mirarla, pensó, cómo le gustaba acariciarle las piernas y el cabello. Sobre todo el cabello. ¡Y cómo odiaba ella ese cabello en aquel preciso instante!... lacio y pegado a su piel. Intentó darle forma con el cepillo pero, perdiendo los nervios, dejó caer la mano sobre la sábana. Se quedó mirando fijamente el cepillo, demasiado exhausta emocionalmente como para llorar siquiera.

Por detrás del biombo que separaba su catre del resto de la tienda, podía escuchar los gemidos de los perros.

Tijeras, pensó. El equipo del auxiliar médico.

Sacó las piernas por un lado de la cama y luchó para ponerse en pie. El movimiento, aunque mínimo, hizo que le diera vueltas la cabeza. El suelo de tierra apisonada estaba frío bajo sus pies desnudos e hinchados, pero sirvió para calmar su estupor momentáneamente. Se quitó la bata y se puso un ligero vestido de algodón. Rindiéndose, agarró el espejo de mano de la mesilla y caminó con torpeza hacia delante.

Los dos perros enfermos, que eran sus compañeros de tienda, levantaron la cabeza cuando se acercó. Por el momento, eran los únicos pacientes de la enfermería, además de ella misma. Otros dos enfermos, que habían mostrado síntomas de

malaria, habían sido puestos en cuarentena dentro de sus tiendas. Algunos de los prisioneros sufrían también enfermedades y accidentes, pero Erich había accedido a la demanda de Hempel de que debían ser tratados en la zona alambrada donde dormían los judíos, que los guardias habían llamado «el gueto».

Miriam acarició a Tauro, que era la que más había estirado el cuello, entre las orejas y miró a su alrededor. Sin contar la tienda que servía de comedor, la de la enfermería era la más grande del campamento. Una esquina separada por un biombo, y con el suelo formado por camillas, hacía las veces de consultorio y daba cobijo a la mesa que sería su paritorio. Aunque la asustaba dar a luz en una zona tan alejada de la civilización, confiaba en Tyrolt. El médico del barco era amable, compasivo, y era obvio que había adquirido ciertas habilidades a lo largo de los años de ejercicio curando a los hombres en el mar, a pesar de carecer por completo del entrenamiento académico que un médico de ciudad debía poseer.

Encontró el neceser con el equipo del auxiliar junto al microscopio, y rebuscó entre los tubos, las herramientas y las gasas hasta localizar las tijeras. Escuchó zumbiar un mosquito junto a su oreja; le dio un manotazo lo bastante fuerte como para matar un tábano. ¡Malditas cosas! A pesar de su petición de que dejaran las solapas abiertas con la esperanza de que entrara algo de brisa, la tienda parecía un invernadero lleno de bichos. La vaselina untada en el armazón de su catre ayudaba a mantener a los insectos reptantes fuera de la cama, pero los bichos voladores eran imposibles de contener. No importaba lo bien que colocara la mosquitera, los insectos encontraban una forma de atravesarla, sobre todo los repugnantes mosquitos que los soldados llamaban «jejenes».

Se inclinó sobre una camilla que habían dejado apoyada sobre uno de los postes de la tienda, sujetando lo que pasaba por ser un espejo entre los listones, y agarró un mechón de cabello. Tauro gimió y agachó la cabeza, mirándola con ojos angustiados. Miriam contempló el espejo, y vio una cara inflamada y llena de manchas que apenas reconocía. ¿Tanto la había cambiado el embarazo? ¿O había sido el viaje y ese calor tan horrible?

¿O había sido su matrimonio con Erich Alois?

Dio un tijeretazo... uno grande. El cabello cayó sobre su regazo. Cortó de nuevo, y el segundo mechón pareció caer a cámara lenta. Se sentía débil y con el estómago revuelto a la vez.

Tauro acarició con la cabeza la mano de Miriam.

—Pobrecita —dijo ella, dejando caer las tijeras. Levantó la mirada para echar un vistazo a Acuario, que estaba haciendo un débil intento por participar—. Y tú también —añadió con dulzura—. No vas a conseguirlo, ¿verdad?

La perra de Erich padecía unos dolores terribles debido a la displasia, pero era Acuario, incapaz de recuperarse de la enfermedad, el que estaba muriendo. Miriam escuchó el ritmo de la respiración. El suyo, el de ellos. El de Tauro, ronco pero regular; el de Acuario, como una olla hirviendo. Sintió pena por Ernst Müller, el

adiestrador de Acuario. El hombre estaba tan alterado por el estado de su animal que se había puesto histérico la última vez que lo había visitado, y le habían ordenado que saliera de la tienda. Ella había visto el dolor en los ojos de Erich cuando se había visto obligado a dar la orden, y se preguntó de nuevo cómo un hombre podía amar y odiar tanto a la vez.

Si no hubiese sido por el niño, ya estaría con Sol.

O tal vez ni siquiera estaría en esa isla. Tal vez ninguno de ellos estaría allí. Con la ayuda de Juan Perón, y sin el conocimiento de Erich, había apanado la liberación de Sol de Sachsenhausen y su puesto en el barco que partía para Madagascar. Lograr su propia presencia a bordo no había supuesto ningún problema, ya que Erich creía que el niño que llevaba en su interior era suyo.

La verdad es que no tenía la menor idea de quién de los dos hombres era el padre. Sol y ella se habían casado en secreto, no por decreto civil, sino a los ojos de Dios, antes de que Sol se marchara a Ámsterdam. Su matrimonio civil con Erich había llegado después, cuando él le dijo que Sol había sido capturado y enviado a uno de los campos. Miriam pensó que necesitaría a alguien con influencia dentro del Partido para mantener a Sol con vida.

La invadió una nueva oleada de furia. Volvió a coger las tijeras y se cortó un nuevo mechón de pelo. Si eso menguaba el calor y el ardor de Erich, se lo cortaría hasta quedarse calva.

Se detuvo y cerró los ojos. Olvídate del resto del mundo, pensó. Deja que me desmaje...

Está tendida sobre una roca, los tobillos atados con correas. Los huecos de la superficie de la piedra encajan con su silueta a la perfección. Como si hubiesen sido hechos para ella. Gira la cabeza y, más allá de la puerta abierta, ve a unos hombres diminutos girando, danzando a sacudidas, como si fueran marionetas. Pequeños regueros de sudor caen por su frente mientras las contracciones se suceden, provocándole un dolor que ella jura que no puede soportar. Ni una más...

El bebé le dio una patada fuerte, sacando a Miriam de su sueño. Si de verdad había sido un sueño. En un estado de semiinconsciencia, sintonizó con distintas conversaciones que parecían estar teniendo lugar a su alrededor. Había oído unas cuantas voces antes, en momentos similares a ese, pero no podía recordarlas ahora. A nivel emocional, tenía una sensación de *déjà vu*, esa sensación de estar espiando en el pasado que, no obstante, no parecía ser realmente su pasado. Judith, Emmanuel, Lise... los nombres estaban relacionados tan solo por una cosa: las visiones de Solomon inspiradas por el dybbuk.

Como amante y amiga, como esposa y judía, Miriam sabía que tenía que —debía— creer que las visiones de Sol eran reales; tanto las inspiradas por el dybbuk, que parecían accidentes en alguna especie de universo paralelo, como los lapsos psíquicos, las visiones momentáneas de sus propios futuros, a las que parecía mucho más predispuesto desde que el dybbuk lo abandonara.

¿No lo había llamado el párroco Cohen visionario? ¿No lo había reafirmado el rabino Nathan, internacionalmente reconocido por sus escritos sobre la Cábala?

¿No habían dicho ambos que estaba poseído por un dybbuk, un alma errante que pretende la expiación de los pecados cometidos en vida de manera involuntaria? Sin embargo, cuando Nathan trató de exorcizarlo, el dybbukya se había ido. Tan solo quedaban las visiones. Acosando a Sol.

Y ahora a mí, se dijo Miriam con pavor. Y ahora a mí.

Sacudió la cabeza. No podía venirse abajo, tenía que tener en cuenta al niño. Además, sus experiencias no eran nada en comparación con las que Solomon y los demás prisioneros habían tenido que soportar.

De una u otra forma, resolvería aquello.

—¿Verdad, Tauro? —Acarició la cabeza de la perra de nuevo.

Tauro la contempló con esos ojos oscuros y aterciopelados llenos de dolor, y le respondió con un gemido. Trató de salir de la caja, pero no pudo. Miriam se puso de pie y, sujetándose a uno de los postes de la tienda para mantener el equilibrio, miró el campamento a través de la mosquitera verde. Había comenzado a caer una fina lluvia, más bruma que llovizna, completamente diferente a los anteriores chaparrones tropicales que habían atacado con la rapidez de una nube pasajera y terminado con la misma velocidad. Salió al exterior y alzó el rostro hacia la bruma, como si estuviese dando la bienvenida a un amante. El aire, casi fresco, la envolvió como una gigantesca mano sudorosa. A la hierba le vendrá bien esto, pensó, notando que ya había desaparecido una considerable cantidad de la misma, aplastada por la roja y esponjosa laterita en la que trabajaban los hombres. Durante el tiempo que ella había permanecido en la tienda —más o menos una hora, supuso, contemplando la oscuridad del cielo durante la puesta de sol y sus nubes de apariencia similar a unas gasas sucias—, los prisioneros habían terminado de levantar la cerca norte. Una tensa alambrada de espino se retorcía entre los rollos de alambre. Aquello estaba empezando a parecerse a Sachsenhausen.

En aquel momento, escuchó la sosegada cadencia del hebreo, procedente de las cercanías del manantial, y sintió que su espíritu se aligeraba.

—¡Seguro que la comida de los perros sabe mejor que lo que nos han estado dando! —dijo una voz que llegaba desde el toldo bajo el que se servía el rancho.

—¡No podría saber peor! Estoy deseando que el cebú esté listo.

Dio un respingo cuando un guardia golpeó con su plato contra el cubo de los desperdicios para dar énfasis a sus palabras, y se escuchó el ruido del metal contra metal.

—¿Comida de perros? Esos malditos pastores alemanes comen mejor que nosotros —dijo uno de los hombres en voz lo bastante alta como para que todos lo oyeran.

Algunos, con el máuser al hombro, formaron un círculo a su alrededor, sujetando sus tazas por el asa, como un grupo de mendigos armados.

Como era habitual, con una especie de placer perverso, hizo lo opuesto a lo que Erich hubiera deseado. Se abrió camino a través de los hombres y, consciente de la ávida lujuria que reflejaban sus ojos, entró en la tienda comedor. ¿Qué nuevas técnicas sexuales inventarían para una mujer embarazada de nueve meses?, se preguntó.

El olor de la tienda hizo que sus náuseas aumentaran.

El cocinero dio un paso adelante y se unió a las quejas.

—¡Es esa maldita carne de lata! ¿Cómo esperan que cocine un Kloppen decente con carne de lata? Esta noche, durante la fiesta, nos comeremos a la vaca, y sabréis lo que es cocinar. —Juntó las puntas de sus dedos, las besó ruidosamente y las sacudió en el aire—. Una vez que el generador esté preparado para la refrigeración, toda la comida será buena. O eso es lo que dice el Sturmbannführer.

El hombre se separó del resto y se quedó de pie, cuchara en mano y apoyado contra uno de los postes de la tienda, contemplando a los judíos.

—Utilizó carne mala a propósito. Estoy seguro —dijo entre dientes uno de los hombres.

Con toda seguridad, allí hay algo que les gustaría comerse, pensó Miriam. Observó la tienda de abastecimiento, que contenía la comida suficiente para mantener a cerca de doscientos hombres durante tres meses, hasta que aprendiesen a vivir de lo que les proporcionaba la tierra y de lo que cultivasen los prisioneros. Se le ocurrió que la comida no era la cuestión. El asunto era vanagloriarse. Aquellos idiotas estaban en realidad vanagloriándose de las penalidades que estaban aguantando. Los buenos soldados alemanes se enorgullecían de las adversidades. De las adversidades y de la victoria, sin importar a qué precio.

Incómoda bajo las libidinosas miradas de los guardias, cruzó los brazos sobre el pecho y observó con ansiedad el otero. Mientras ella permanecía en el interior de la tienda del rancho, la oscuridad había caído con la rapidez del telón de cualquier escenario. Podía imaginarse a Erich, medio andando medio corriendo hacia el campamento. A uno de los lados, vio al médico de a bordo y al auxiliar, que caminaban en su dirección absortos en la conversación.

—No te preocupes por el parto —escuchó a Tyrolt decirle al auxiliar en voz baja—. Lo harás bien. Siento muchísimo tener que dejarla en estas circunstancias, pero las órdenes son las órdenes. El *Altmark* debe partir por la mañana. Desde luego, no echaré de menos este calor.

¿Partir? Miriam sintió que empezaba a invadirla el pánico. El auxiliar era bastante agradable, pero no era médico. Había creído —le habían dicho— que Tyrolt y el *Altmark* se quedarían hasta que ella diese a luz.

—Ella está más blutarm de lo que hubiese esperado —continuó el doctor—, pero la anemia es común bajo semejantes circunstancias. Asegúrate de que come carne roja; y líbrate de ese hombre, Pleshdimer. Sé que ha estado ayudando, pero no tiene nada que hacer en la enfermería.

¡Así que los análisis de sangre eran algo más que simple precaución!

—Yo no molestaría a *Herr Oberst* a menos que fuera una emergencia. Incluso en ese caso, habría que ser muy cuidadoso, a no ser que el problema tuviese relación con los perros.

Tyrolt miró a su alrededor, y después replicó en voz baja:

—Una cuarta parte de esta compañía trata a los perros como si fuesen humanos, y el resto trata a los humanos como perros. Me alegro muchísimo de ser un marino. Tu trabajo, Franz, si eres la mitad de humanitario de lo que creo que eres, consiste en aportar toda la cordura posible a esta locura, dedicándole a la mujer todos tus esfuerzos. Necesita descansar, comida apropiada y tiernas atenciones. Mantén al *Rottenführer* y a ese maldito sifilítico lejos de ella. Los he visto observándola a escondidas por detrás del biombo mientras dormía. ¡Imagínate despertarte y ver a esos dos!

En ese momento, la vio entre las sombras.

—¿Cómo se encuentra, Miriam, y por qué no está descansando? —preguntó con voz grave.

Le dedicó a la mujer una sonrisa y ella se la devolvió. Le caía bien aquel hombre alto y delgado, con su mostacho a lo *Kaiser Guillermo* y su omnipresente sombra de barba. Había hecho que el largo viaje por mar fuese soportable y, junto con *Bruqah*, la había ayudado a mantener la salud, tanto física como mental, después del golpe de *Erich*. Puede que Tyrolt careciera de la experiencia y el bagaje académico de un médico de ciudad, pero era amable, cuidadoso y, a todas luces, hábil. Ojalá el *Altmark* no partiera tan pronto, o, al menos, tuviese alguna garantía de que regresaría con nuevas provisiones y, de acuerdo con el plan, un nuevo cargamento de judíos.

—¿Que cómo me siento? Acalorada, irritable y sin nada de miedo. ¿Y usted?

—Me siento... apolítico. —Colocó un brazo de forma afectuosa sobre sus hombros—. Y un poco filosófico. Pero eso es lo normal en mí... y, sin duda, la razón por la que me mantienen durante tanto tiempo en el mar. Mataría a mis pacientes de aburrimiento si no se vieran obligados a escucharme.

Soltándola, se echó hacia atrás y la observó con atención.

—Su cabello —dijo—. ¿Qué es lo que ha...?

—Me lo corté. ¡Es mi pelo!

Tyrolt rió entre dientes.

—Me parece razonable —dijo—. Confío en que *Herr Oberst* no se moleste demasiado.

Miriam se encogió de hombros. Tenía cosas más importantes en las que pensar, como lo que significaría dar a luz allí, solo con la ayuda de Franz, un auxiliar inexperto. Las miradas de los guardias le taladraban la espalda, y hacían que se sintiera cualquier cosa menos segura. ¿A quién odiaban más, a los prisioneros judíos o a la esposa judía del coronel al mando de las operaciones?, se preguntó.

No es que ella fuese judía todavía, de acuerdo con el Reich. Hitler había decidido

que ella era una «huérfana robada por los judíos». Era una Rathenau, había dicho, solo de nombre, no de sangre.

Una charada ridícula, pero no tan infrecuente. Uno de los generales más importantes de Hitler había sido judío, según tenía entendido; su ascendencia había sido alterada de la misma forma: por decreto oficial. Los políticos y los militares necesitaban obviar los prejuicios cuando la situación lo requería. Ella había aceptado el decreto, incluso había accedido a participar en un documental propagandístico en el que renunciaba al judaísmo «y a todas sus maldades», no solo para salvar su propia vida y posiblemente la de Sol, sino también para colocarse en una posición que le permitiera ayudar a otros judíos menos afortunados.

Muchos de los prisioneros no la consideraban judía. «Antes muerto que converso», había escuchado susurrar. Y los guardias, estaba segura, la consideraban «una puta judía disfrazada de alemana».

Y en cuanto a la opinión de Hempel sobre ella, pensó cuando el mayor estuvo a la vista, podría sin duda llenar todo un libro. Estaba flanqueado por el capitán Dau del *Altmark* a un lado y por Misha al otro. Golpeando la porra contra la palma de su mano, caminaba sin prisas a lo largo del complejo. De inmediato, algunos de los guardias se colocaron tras él. Perteneían a la Totenkopfoerbünde, miembros de la División de las Calaveras, y la horrible expresión de sus rostros reflejaba su deseo de hacer honor a su nombre.

—Qué desgracia —dijo Hempel—. Jamás había presenciado semejante comportamiento en un oficial. Mimando a los judíos. Satisfaciendo cada una de sus demandas. ¡Un servicio religioso! ¿Qué será lo siguiente?

—Alois me dijo: «un judío sagrado es un judío feliz», signifique eso lo que signifique —replicó el capitán del barco—. Bien, yo me lavo las manos. No tengo autoridad sobre cómo entrena a sus animales, ni a los de dos patas ni a los de cuatro, pero esto no pasará desapercibido en mi informe, puedo asegurárselo. Como le he dicho, ¡esto raya en la traición!

—Cruzó esa línea hace mucho tiempo —dijo Hempel con desdén.

Casi de forma involuntaria, Miriam entrelazó su brazo con el de Tyrolt y apoyó la cabeza sobre el hombro del doctor. Necesitaba de alguien fuerte que le impidiera atacar a Hempel. Sin embargo, no pudo evitar seguir preguntándose cuál era el verdadero motivo que subyacía tras las órdenes de Erich de tratar a los judíos como si fueran personas... mientras el trabajo siguiera adelante según lo previsto. Quería creer en su compasión, pero no podía convencerse del todo de que Erich no se hubiera deshecho hacía mucho tiempo de cualquier ápice de ese sentimiento que hubiese albergado alguna vez. ¿Creería posible que ella le entregara su corazón si demostraba que ahora era capaz de amar?... ¿O había renunciado a esa posibilidad para reemplazarla con alguna nueva presunción?

Tal vez fuera mucho más simple que eso. Quizás había temido lo bastante la ira de su propio Dios como para rebajarse a hacer cualquier cosa que le otorgara el

perdón, incluso si eso significaba encolerizar a Hempel y que este los matara a todos. ¿O había sido ese su propósito? ¿Asegurarse de que Hempel los matara a todos?

—No puedo soportar esto ni un momento más —dijo Miriam—. Quiero reunirme con Sol y con los demás.

—No puede, querida, y lo sabe —le susurró Tyrolt, mirándola con seriedad—. No importa cuánto desee hacerlo. —Echando un rápido vistazo a Dau, añadió—: Perdóneme por decirlo, pero últimamente sus sentimientos se han vuelto transparentes.

Tenía razón, por supuesto. No podía reunirse con los judíos, de igual forma que Erich no podía renunciar al Partido. Por el bien de Sol, del niño, por su propio bien, debía permanecer bajo la custodia de Erich durante... ¿cuántos meses más? ¿O cuántos años?

Hempel y Dau pasaron de largo junto a ellos. Tyrolt se separó de Miriam y se colocó frente a los oficiales, haciendo que se detuvieran.

—No deberían juzgar a *Herr Oberst Alois* con demasiada dureza. —Tyrolt alzó una ceja, dando a entender que desearía que los oficiales considerasen con cuidado sus palabras—. La gente con esperanza de libertad trabaja más que un esclavo en una relación de, más o menos, cinco a uno.

Dau lo miró y puso los ojos en blanco.

—¿Es una opinión médica? Si no, será mejor que se guarde sus ideas paganas para usted mismo, *Herr Doktor*. —Se giró hacia Hempel—. Me despido aquí, *Herr Sturmbannführer*. Espero tener noticias de que mantiene el campamento en marcha y asegura un buen abastecimiento de agua. No cabe duda de que seré uno de los primeros en saberlo, ya que, una vez que haya completado la parte inicial del plan, tengo órdenes de volver aquí con nuevas provisiones y —soltó una carcajada— viejos judíos. Es gracioso, ¿no cree? A mí todos me parecen viejos.

Hempel lanzó el cigarro a medio terminar a los pies de Tyrolt y dio un paso, mirándolo fijamente mientras lo aplastaba con la punta de la bota.

—¡Rottenführer Pleshdimer! —gritó.

El Kapo corrió desde la perrera.

—¡Heil Hitler!

—El Oberst ha dicho que se les permita a los judíos practicar sus asquerosos ritos si completan el trabajo del día, ¿no es cierto?

El Kapo sonrió con desprecio.

—Ja, *Sturmbannführer*.

—La zona no está apropiadamente adecuada. —Con la punta de su bota de militar, Hempel señaló la colilla del cigarro.

El Kapo hizo un saludo y se dirigió con torpeza hacia los judíos. Los hombres no se dieron cuenta, pero desde la penumbra de la jungla, una docena de ojos reflejaron la luz mortecina del ambiente. Es muy probable que sean lémures, pensó Miriam con el corazón latiendo con fuerza debido a la furia que le había provocado Hempel. Si

las criaturas del bosque no tenían cuidado, su curiosidad podría llevarlas a la cazuela.

De forma distraída, se rascó la picadura de mosquito que tenía en un brazo. Cuando se detuvo, había sangre bajo sus uñas.

—Esos malditos bichos —dijo—. Sin importar cómo coloque la mosquitera, siempre encuentran una manera de entrar. Por si no le preocupaba ya mi falta de hierro... y será mejor que mantengan a ese letón de Pleshdimer lejos de mí —dijo, irritada—. No puedo soportar mirarlo siquiera. Anoche le oí fuera de la tienda, murmurando algo sobre la llegada de los kalanaro. Dios sabe cuánto tiempo se quedó allí, mirándome. Él y ese espantoso Zana-Malata.

Quería añadir, aunque no lo hizo, que Pleshdimer le recordaba al médico personal de Hitler, ese repulsivo doctor Morrel que había llevado a cabo las pruebas del embarazo. Incluso Eva Braun, que aceptaba cada palabra del Führer sobre quién y qué era lo mejor, le había dicho a Miriam que encontraba a Morrel sucio y desagradable.

—Vayamos a la enfermería —dijo Tyrolt—. Quiero examinarla a fondo. Mañana... —Hizo una pausa—. Tengo deberes que me retendrán a bordo del *Altmark* durante algún tiempo.

—Escuché lo que decía —le dijo Miriam. Respiró hondo para aplacar su furia y la amenaza de lágrimas, preguntándose por qué Dios no podía mantener a Tyrolt en la isla durante unos días más.

—He examinado a Miriam tan a fondo como las circunstancias me lo permiten —le dijo Tyrolt a Erich en voz baja mientras se dirigían a la entrada del campamento—. Debería ser capaz de soportarlo. Físicamente. Tan solo mantenga a Pleshdimer y a ese sifilítico lejos de ella, o es muy probable que sufra una crisis nerviosa. —Vaciló un instante—. Y muéstrese sensible con su condición cuando vea lo que ha hecho con su cabello.

—¿Su cabello?

—Se lo ha cortado. No puedo decir que la culpe, con este calor.

—¿Qué pasa con Tauro? —preguntó Erich, casi como si no hubiese estado prestando atención. Se había sentado con su perro mientras Tyrolt examinaba a Miriam.

—No soy veterinario, *Herr Oberst*. Ya se lo he dicho antes. Sabe que el animal tiene displasia. También sabe que hay poco que pueda hacerse en estos casos. Podría ponerle una inyección de morfina, pero los resultados solo serían temporales, en el mejor de los casos...

Habían llegado a la entrada del complejo. Tyrolt le tendió la mano.

—Casi lo olvido —dijo—. El capitán Dau le envía sus saludos.

—Y yo los míos = Erich sacudió la mano del hombre —¡Heil Hitler!

—¡Sieg Heil! —El doctor sonrió con sorna.

Erich observó al médico mientras este caminaba hacia el amplio sendero que conducía hasta la playa. No era un veterinario. ¿Entonces de qué servía?

Por el rabillo del ojo, vio a Pleshdimer caminando hacia el comedor.

—¡Rottenführer! —gritó.

El sargento miró con nerviosismo hacia la enfermería, y Erich vio al Zana-Malata escurrirse como un escarabajo hacia la cerca alambrada. Puede que Tyrolt tuviese razón. Tendría que vigilar de cerca a esos dos, y a Hempel también. Con la preocupación por Tauro, había pasado por alto una regla principal: en el ajedrez de la vida, había que estar siempre seis movimientos por delante del adversario. Ya le había permitido a Hempel demasiados movimientos desde la muerte del perro.

Comenzó a caminar más rápido para alcanzar a Pleshdimer.

—Me gustaría tomar una taza de buen café alemán —dijo con tanta afabilidad como pudo al llegar junto a él.

—¿Quiere que le traiga uno... señor? —Pleshdimer evitó mirarlo a los ojos.

Llegaron a la apertura de la tienda del comedor. Erich observó que los hombres lanzaban los platos de latón y un montón de cubiertos dentro de un molde de aluminio. El sonido del metal contra el metal era lo único que se escuchaba; habían desaparecido las groseras carcajadas de camaradería habituales entre los guardias y

los marineros. Los guardias permanecían en fila a un lado de la tienda, los adiestradores a otro, y cada grupo observaba al otro sin ocultar la ira.

—Siento haberme perdido la cena de despedida del *Altmark* —dijo Erich con voz ligeramente alta, tratando de aliviar la tensión. Fingiendo no darse cuenta del antagonismo entre los hombres, utilizó una de las manoplas de horno acolchadas para levantar la tapadera de la cazuela más grande—. De modo que así huele el cebú. Más fuerte que la vaca, pero ternera, de cualquier forma.

—¿Quiere que le ponga un poco en un plato, señor? —preguntó el cocinero.

—No tengo hambre —respondió Erich—. Lo que sobre se repartirá entre los perros y los judíos.

Los hombres de Hempel se pusieron rígidos y algunos de los adiestradores sonrieron.

—¿Tiene algún problema con mi decisión? —le preguntó al guardia que estaba más cerca. El hombre siguió mirando al frente con frialdad—. Bien. Y mientras se encarga de eso, asegúrese de que la mosquitera de los judíos está en su lugar. No tenemos ninguna necesidad de enfrentarnos a una epidemia de malaria.

—El *Sturmbannführer* se opondrá a ello, señor —dijo Fermi.

—¿A qué, a la comida o a la mosquitera? Le informaré de mis órdenes yo mismo. Supongo que podré encontrarlo con su nuevo amigo...

—Comiéndose los restos del perro, ya que parece preferirlo a esto —dijo el cocinero.

Era obvio que no sentía cariño hacia Hempel, pensó Erich antes de que el significado de las palabras penetrara en su cerebro.

—¿Se ha comido a Boris? ¿Está diciendo que el hombre se ha comido a su perro? Si es una broma... —Recordó a Hempel saliendo de la choza del Zana-Malata masticando; recordó el cartílago que había escupido. Erich había asumido que era de lémur, o de algún otro animal de la zona.

—Como usted ha dicho, era su perro... señor —puntualizó uno de los guardias.

Sin añadir una palabra más, Erich salió a grandes pasos de la tienda para dirigirse a la choza del Zana-Malata. Encontró a Hempel sentado a solas frente a una fogata. Con toda probabilidad, el mismo lugar donde había asado a su perro, pensó Erich con repugnancia e incredulidad. Se preguntaba hasta qué punto el dolor del mayor le había hecho aceptar la idea de comerse al animal.

¿Dolor?

Erich pensó en Tauro y en el dolor que lo embargaba cada vez que la visitaba.

La hoguera chisporroteó, lanzando chispas hacia las estrellas, y, en ese momento, apareció otra figura. Al principio, creyó que era Misha o Pleshdimer pero, con una sensación de furia e inquietud, se dio cuenta de que era el Zana-Malata. El mayor continuó sentado con la cabeza gacha.

Permaneciendo fuera de su vista, Erich observó al hombre negro. Etapa terciaria de la sífilis, supuso. Bruqah, como era habitual, se había mostrado enigmático a la

hora de proporcionarle información, con esa manía enfurecedora de hablar mediante acertijos y de dejar a un lado la sintaxis cuando le convenía. De cualquier forma, una imagen había quedado clara sobre la tribu Zana-Malata, si es que se la podía llamar de esa manera. Eran mulatos marginados, desterrados al ostracismo a causa de la sífilis congénita que la mayoría de ellos padecía. La enfermedad era un legado de sus ancestros piratas europeos, William Kidd entre ellos, que habían convertido el norte de Madagascar en su base de operaciones.

Esa boca reconcomida, con la carne rosada colgando; los ojos legañosos; la piel negra tirante sobre los pómulos, o tan suelta que colgaba como una especie de murciélago de esos brazos que parecían mondadientes... el resultado general hizo que Erich sintiese un hormigueo en la piel. ¿Cómo hacer el amor podía conducir a semejante horror?

El cuchillo de Hempel relampagueó y le ofreció al malgache un trozo de carne.

Erich sintió que el aliento se le quedaba atascado en la garganta. Sabía que entre aquellas dos siluetas estaba ocurriendo algo más que una simple cena, algo que exigía más que cortesía o afinidad. Hacia un tipo infrahumano, nada menos... Erich luchó contra el impulso de sacar la pistola y meterle una bala a cada una de las figuras que se encontraban frente al fuego.

Ya habría tiempo de sobra para eso, decidió. En el momento en que las cosas se solucionaran como era debido —si es que lo hacían—, o en el caso de que no se solucionaran en absoluto, no vacilaría en disparar. Sobre todo a alguien como Hempel.

—*Herr Sturmbannführer* —dijo en voz alta.

Hempel levantó la mirada.

—Lo que voy a hacerle no es una petición. Es una orden. He dado instrucciones a sus hombres para que entreguen una mosquitera a los judíos en este mismo momento. También he ordenado al cocinero que reparta las sobras de la carne de cebú entre los judíos y los perros...

—Les ha dado órdenes a mis hombres... —Hempel se puso en pie—. ¿Cómo se atreve? Soy yo quien manda sobre ellos. Yo...

Erich se dio la vuelta y se encaminó hacia la tienda del cuartel general. Apartó por esa noche al joven y estúpido Johann de la radio, cogió una botella de aguardiente de la caja de embalaje de la esquina, y se sentó.

Los borrachos como su padre lo sacaban de quicio. Pero él podía aguantar el alcohol y, en ese momento, necesitaba un trago. Solo una copa, para calmar los nervios. Puede que dos.

—¡Arriba! —gritó Pleshdimer.

Sol metió el hombro debajo del estrecho madero enmohecido que le servía como palanca. Solo unos centímetros más, pensó, mientras el generador se desplazaba, casi colocado en su posición.

Ayudar a transportarlo, ascendiendo por el camino desde el mar había sido como transportar su propia cárcel hasta la colina. Todo el mundo sudaba y jadeaba, y los insectos los bombardeaban en ese ambiente casi irrespirable que se extendía bajo las copas de los árboles. Hasta ese momento, el tanque había estado empujando el generador mientras Sol y los demás hombres se encargaban de deslizar los delgados maderos debajo del generador a medida que este se movía. Pleshdimer, como un dios menor al que Hempel hubiese deificado, estaba sobre la parte trasera del tanque, adulándolos, quejándose, amenazando.

Ahora que estaban a punto de terminar, se habían llevado el tanque y solo quedaba su propia espalda y las de sus compañeros judíos para colocar la máquina.

—¡Otra vez! —bramó Pleshdimer—. ¡Empujad, escoria!

Media docena de hombres gruñeron, el metal crujió y, por fin, el generador quedó nivelado. El Kapo se adelantó, limpiándose el polvo de las manos. Sonreía.

—¡Lo conectaremos esta noche!

La electricidad era esencial, pensó Sol. Eso era lo que había dicho Erich.

Por supuesto, no tenía pensado electrificar la valla que rodeaba los barracones de los judíos. Se lo había asegurado a Miriam; y esta, a su vez, se lo había contado a Sol.

Contempló las cercas con furiosa resignación. Era como si la realidad hubiera surgido con la llegada de la luna; la alambrada de púas sobre la cerca tenía un aspecto recio e imponente.

Había muchos más usos para la electricidad. Por la mañana, el *Altmark* se haría a la mar y se tendrían que restablecer las comunicaciones con las fuerzas alemanas en la parte italiana de Etiopía, quienes se encargarían de enviar los mensajes a Berlín y transmitir los que de allí llegaran. Había que extraer el agua del manantial y llevarla al depósito del campamento. Este necesitaría luces, en especial para los focos de los centinelas. Pero las vallas solo se electrificarían en caso de que fuera necesario repeler intrusos.

—O mantenernos a nosotros dentro —musitó Sol.

—¿Qué dices? —gruñó Pleshdimer.

—Nada, mein Kapo.

Sol salió de debajo de la lona y esperó en las sombras de la tienda a que uno de los guardias lo escoltara hasta la tienda de suministros para conseguir una caja de herramientas. El ritual para obtener suministros necesarios dentro del campamento se

le antojaba de lo más irónico. Los guardias rara vez recogían en persona las cosas, aunque fueran ellos quienes iban a utilizarlas. Y dado que no se le podía confiar ninguna herramienta a un judío, conseguir algo tan simple como un destornillador requería de dos personas, una de las cuales mantenía el dedo en el gatillo.

—¿No podéis trabajar sin armar tanto escándalo? —Erich golpeó la esquina interior de la tienda.

Pleshdimer saludó hacia la lona.

—¡Heil Hitler!

—¡A la mierda el saludo! ¡Dejad de hacer ruido!

—Pero estamos... —El confuso Kapo miró a los guardias, que estaban riéndose, y bajó el brazo— proporcionando la electricidad, *Herr Oberst*.

—Lo que me estáis proporcionando es un maldito dolor de cabeza. ¿Y quién coño está ahí fuera?

—Pleshdimer, mein Oberst —añadió con una sonrisa llena de orgullo en el rostro—. ¡Rottenführer Pleshdimer!

Solomon advirtió con cierta diversión la forma en que el Kapo había adoptado el rango que Hempel le otorgara, aunque no fuese acompañado de una paga, un uniforme, ni de ningún otro beneficio. ¿Un sargento en el zoológico de la SS? ¡Ja!

—Coja su ruido, Rottenführer, y lléveselo a otra parte.

—Ja, mein Oberst —replicó el Kapo en voz baja.

—¡Ahora!

Con un gesto irritado de la mano, Pleshdimer despidió a los hombres. Solomon caminó hacia la parte judía del complejo con paso triunfal. Después de saludar al guardia de la puerta y ser cacheado, se tendió en la enmarañada hierba y escuchó el canto de los pájaros y los lémures, con la cara bañada por el sol. Ni siquiera le importó cuando una neblina azul cobalto lo envolvió...

... Como envuelta en la niebla, ve a Miriam desnuda y tumbada, dando a luz, con las piernas separadas y las rodillas dobladas sobre lo que parece ser una losa de piedra con depresiones labradas cuidadosamente para los hombros, las nalgas y los talones.

La luz de las velas revela las telarañas que hay sobre ella. Más allá de sus pies, un esqueleto con el uniforme de un oficial del ejército está sentado sobre una silla de mimbre ovalada que cuelga de una cadena.

Las velas gotean. La brisa que entra por una puerta toscamente tallada dispersa la niebla dentro de la cámara de piedra. Ella mira las velas con los ojos entrecerrados; intenta levantarse de la piedra, pero las ataduras de sus tobillos y muñecas se lo impiden.

Ahora Sol puede ver a través de la puerta. Al otro lado hay una pequeña ladera cubierta de hierba, bordeada de matorrales. En lo más alto, unas piedras de gran envergadura parecen querer alcanzar la luna. Hay postes entre ellas, tótemes grabados, coronados con algo que se asemeja a los cuernos de los búfalos.

—¿Papá? ¡Ayúdame, papá!

Una niña está atada a uno de los tótemes, desnuda y forcejeando. Puede verle la cara con claridad, tiene una expresión angustiada; el cabello le cae, enmarañado, sobre la nariz. Sopla los mechones y comienza de nuevo a debatirse contra las ataduras.

Tres figuras, masculinas aunque encorvadas, vestidas con pieles de animales, bajan la cuesta al acecho, con los cuchillos en la mano, en la dirección a la niña.

—¡Papá!...

Con la misma rapidez con la que había llegado, la neblina azul cobalto se disipó. Negándose a recrear el significado profético de la visión, Sol cerró los ojos y luchó por vaciar su mente de todo menos de la algarabía de la jungla. Con la ayuda de Bruqah había aprendido a distinguir la llamada del tretéky de cabeza blanca —un vanga— del trino del poretika y de los omnipresentes estorninos, pero no había forma de averiguar los nombres alemanes de los pájaros sin implorarle a Erich que le dejara algunos libros, cosa que odiaría hacer. El conocimiento que Bruqah tenía del alemán no abarcaba las criaturas aladas.

Salvo para el Spatz.

En Berlín, el malgache había visto que la gente daba de comer a los gorriones y le había divertido el hecho de que se malgastara comida en un animal que, a su vez, no se comía. Su diversión había aumentado al saber que Sol los había alimentado de forma tan habitual que Erich lo había apodado Spatz, para disgusto de Sol.

Como si el canto de un pájaro lo hubiera despertado, un lémur nocturno que aún no se había lanzado a su vagabundear se unió a la letanía de la jungla. Su voz sonaba estridente y solitaria, aunque Sol estaba seguro de que su percepción se veía alterada por la explicación que le diera Bruqah de que los lémures nocturnos suelen ser animales solitarios, mientras que los que se mueven de día son más sociables y sus sonidos difieren mucho de sus hermanos noctámbulos.

A lo lejos, a la izquierda, otro lémur respondió. Su chillido se impuso sobre el zumbido de las chicharras. En ese momento comenzó a sonar el tintineo de una caja de música con la melodía de «Luciérnaga».

—Glühwürmchen, Glühwürmchen, Glimmre, Glimmre —cantó Sol en voz baja.

No importaba lo que pasara en su vida, jamás podría escuchar esa canción sin recordar la primera vez que vio a Miriam. La primera vez que Erich la vio. La noche en que ambos se habían enamorado de la bella y encantadora sobrina de quince años del viejo Walther Rathenau mientras actuaba en KAVERNE, el club nocturno que su rica y mundana abuela había abierto al lado de la tienda de tabaco Freund-Weisser.

Qué increíblemente hermosa era entonces, pensó Sol. Y no es que ya no lo fuera, pero ahora era mayor, más sabia.

Abrió poco a poco los ojos y se sentó para descubrir que el área cubierta por lonas bullía de actividad. Se dio cuenta de que había estado ensimismado mucho más

profundamente y por más tiempo del que había creído. Entornó los ojos y miró hacia el lugar de donde provenía la música; allí vio a Bruqah, con la vahila en la mano, sentado con las piernas cruzadas en el camino que había entre la zona de descanso de los judíos y la cerca principal.

El malgache escuchaba con atención la melodía de la caja de música para luego tocar una versión aceptable.

—¿Tienes que hacer eso? —preguntó alguien.

—Quizás a algunos nos guste la música —dijo una voz diferente—. Tápate las orejas si no quieres oírlo.

La vahila y la caja de música transportaron a Sol sobre una ola de sentimientos y lo dejaron, como un naufrago, en un Berlín separado del mundo real. Por un momento, yacía bajo su edredón, en el dormitorio cuyo techo, con sus tres vigas de madera de cedro, flotaba en la neblina que era la vida sin sus gafas. Entonces era muy joven. Al menos, eso le parecía. Intentó manipular el recuerdo, plasmarse a sí mismo doce años más tarde, con Miriam a su lado, pero no le sirvió de nada. El miedo y la duda resonaron en su cabeza, y se encontró mirando fijamente al malgache con suspicacia.

¿Qué motivo se escondería tras la aparente devoción de Bruqah hacia Miriam y, aunque en menor grado, hacia el propio Sol?, se preguntó. El viaje, que le había supuesto un billete gratis de regreso a su hogar, era más que comprensible. Sin embargo, Miriam le había dicho que el malgache había rechazado todas las ofertas de dinero, no solo las de Erich, sino también las de ella. ¿Qué quería entonces? Después de todo, en el momento en que Erich puso un pie en Nosy Mangabéy estaba invadiendo el país de Bruqah; a menos, claro, que Bruqah fuera un colaboracionista que esperara una recompensa mayor en el futuro.

En tal caso, trabar amistad con los judíos no tenía sentido alguno.

Sol lo estudió mientras tocaba la vahila. Bruqah estaba tan absorto en su intento por imitar la música, que apenas si levantaba la vista de las cuerdas para contemplar, desconcertado, la caja de música justo antes de probar otro acorde. Tras una docena de intentos, frunció el ceño y cerró la tapa de la caja. Buscó debajo de su lamba, se sacó un pequeño lémur de cola anillada que estaba pegado a su estómago, y lo sustituyó por la caja. Mirando de reojo a los perros, que deambulaban y gruñían nerviosos, le dio unas palmaditas al lémur en las patas traseras para que se acercara a la valla. El animal lo hizo con vacilación, sin dejar de mirar hacia atrás, como un mapache que odiara renunciar a la comida que ha encontrado en un campamento. Cuando llegó a la cerca, alzó la cola y, como si fuera consciente de que los perros estaban encadenados, se coló dubitativamente por entre los alambres.

—Mí despertarlo demasiado pronto. Muy social ese ejemplar.

—¿Igual que tú? —preguntó Solomon.

Bruqah se rió mientras colocaba la vahila sobre sus rodillas.

—Este Bruqah nunca está solo, pero tampoco forma parte de manada. Ser como

palma del viajero.

—Ayudas a todo aquel que lo necesite —intervino Solomon. Conocía la leyenda de la palma del viajero. Símbolo del pueblo de Madagascar, proporcionaba agua y alimento a aquellos cuya vida podría peligrar de otra forma.

Bruqah asintió con la cabeza.

—No voluntariamente.

Cuando miró a Solomon, los ojos del malgache rebosaban de tal conocimiento que Sol sintió que el miedo le recorría la espalda, como si su lomo se arqueara igual que el de los gatos.

—Aquel que piensa que Zanahary, Príncipe de la Creación, creó tierra solo para servir a hombre se despertará enterrado en ella —dijo Bruqah.

—¿Entonces por qué estás aquí? —le preguntó Sol en un susurro—. ¿Por qué quedarte con nosotros cuando ya estás...? —Para su mortificación, le costó pronunciar esa palabra—. Ahora que estás en casa —consiguió terminar.

Bruqah se inclinó hacia delante, con el pulgar y el índice de la mano derecha estirados como si quisiera introducirlos entre los alambres y atrapar la nariz de Solomon, al igual que en un juego infantil. En su lugar, aferró un espino y lo giró hacia los lados, como si lo estudiara.

—Cerca es fady —dijo.

Fady. Tabú. La música de su voz había desaparecido y el brillo de sus ojos había pasado de la normalidad a la fiereza. Solomon se percató de que el fady del que hablaba ahora Bruqah no era el mismo al que solía hacer referencia. Fady comer alimentos blancos los miércoles; fady sentarse con las piernas extendidas hacia el Este; fady que las mujeres no lleven falda. Este fady tenía un significado muy diferente, mucho más profundo. Más básico, presintió Sol. Y no solo para Bruqah.

—¿Por qué es fady? —tanteó Solomon—. ¿Porque los nazis la construyeron?

La confusión se reflejó en el rostro del malgache.

—Tu gente la levantó, Rabí. ¿También sois nazis?

—Sabes lo que quiero decir. No te hagas el tonto, Bruqah. —Con cuidado, Sol tocó con su mano los dedos de Bruqah, sobre el alambre—. ¿Por qué es fady la cerca?

—Barreras hacen retroceder selva... la vuelven oscura —respondió Bruqah.

—Hablas con acertijos. —Al ver que la afirmación parecía confundir al malgache, añadió—: Amigo mío.

—Se supone que debo hacerlo. Soy mpanandro... un astrólogo.

Sol apretó todavía más la mano del malgache.

—Dime, mpanandro, qué es lo que dicen las estrellas de que un vazimba llamado Bruqah entable amistad con nosotros los vazaha, con los europeos.

—Si te digo, ¿creerías? Con frecuencia, estrellas mienten. —Los delgados labios de Bruqah esbozaron una sonrisa cínica.

—Y es aún más frecuente que los astrólogos sean unos charlatanes.

—Eso también.

Por el rabillo del ojo, Solomon vio que Pleshdimer se acercaba con un enorme cubo en el hombro, como si se dirigiera a la perrera para dar de comer a los perros.

—¡Dímelo! —susurró Sol.

Los ojos de Bruqah miraron con furia hacia el Kapo, para luego volverse con rapidez hacia Solomon.

—Has estado perdido en sueños demasiado tiempo como para no conocer respuesta, Rabí. ¿Por qué palma del viajero crece junto al camino? ¿Por qué algunos hombres son fato-dra, con vínculos de sangre, o el espíritu de un recién nacido no encuentra paz hasta que es exaltado a través de la fiesta de tokombato?... Fafomba vao, porque es tradición. Saber nada más que responderte, Rabí. —Inclinándose todavía más sobre la cerca, dijo—: ¿Tu ánimo estaría tranquilo si te dijera que busco el niño?

—¿Mi hijo? ¿Mi hijo y el de Miriam?

—Sí, si ser tu hijo.

—¿Pero para qué quieres al niño? No lo entiendo.

—¿Y tú llamar a ti mismo «Rabí»?

—No soy un rabino. Nunca he pretendido serlo. Es solo un título honorífico que los demás...

—En tal caso, tú eres un necio.

Con una mirada furiosa, Bruqah se apartó cuando Pleshdimer se metió entre los dos.

—¿Contándoos secretitos al oído a través de la alambrada? —le preguntó a Sol. Alzó un cabo que le llegaba al hombro—. Cuando esté conectada, dejaremos que los judíos os peguéis a la cerca cuanto queráis.

—El Oberst - Sol había comenzado a decir «Erich» —... no aceptará eso. Sabe que somos hombres de palabra.

—Ningún hombre nacido judío es de fiar —dijo Pleshdimer con soberbia y cierta tristeza mientras dejaba en el suelo el cubo galvanizado.

Sobre un montón de lo que parecían ser ratas despellejadas, había un pernil medio crudo, entre rojizo y gris por la descomposición, y lleno de gusanos. A Sol se le revolvió el estómago.

Bruqah miró los animales, pálido de terror.

—¡Lémures! —dijo.

El Kapo cogió un trozo de carne desgarrada. Babeando mientras masticaba, se agachó hasta quedar sentado y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Te ofrecería un poco, Rabí, pero no es comida kosher. —Se rió a carcajadas de su propia ocurrencia, sacó una pechuga cruda de lémur del cubo y le ofreció la carne a Bruqah—. ¿Quieres probar a uno de tu especie, hombre mono?

—Zanahary no creó a Sus criaturas para que rellenes cubos —dijo Bruqah.

—No es para mí, Neger. —Pleshdimer se palmeó la enorme barriga—.

Sturmbannführer Hempel se encarga personalmente de que reciba la carne de mejor calidad. Nada mejor para comer que la carne de perro, salvo... —Guiñó un ojo y resopló— la de la mujer. —Mientras señalaba hacia la perrera, dio otro enorme bocado a la carne y tiró los restos al cubo—. ¡Los perros se van a dar un festín esta noche!

Se puso en pie, levantó una pierna para tirarse un sonoro pedo y echó a andar a lo largo de la cerca. Sol permaneció dentro de la zona judía, pero se desplazó en paralelo para seguir a su altura.

—¿Sabe el Oberst que haces esto? —preguntó—. ¿Saben los adiestradores que alimentas a los perros con lémures?

Pleshdimer se sacó un trozo de carne de entre los dientes podridos y comenzó a mover la mandíbula como si la ejercitara.

—¿Por qué tendrían que preocuparse por lo que les entra por la boca a esos perros y les sale por el culo? —dijo al cabo de un rato.

Soltando un eructo, caminó sin prisas por la hierba mientras Sol permanecía aferrado a la cerca.

¡Bueno, que los perros se coman a los lémures y también entre ellos!, pensó. Los perros no eran de su incumbencia y, además, posiblemente la carne les sentara bien. ¿Por qué tendría que importarle a Erich? ¿Y por qué tendría que importarle a él, Sol, que Pleshdimer les diera algo que no era adecuado ni —hizo una mueca para sus adentros— kosher? Hasta donde sabía, la única diferencia entre aquellos perros y los de Sachsenhausen era la mano que tiraba de la cadena.

Se aferró con tanta fuerza a la cerca que la alambrada se le clavó en las manos.

... la mano que tiraba de la cadena.

La mano de Erich.

Suya era la mano que controlaba la llave de la radio, junto con su conexión con Berlín y la Sicherheitspolizei; la que sustentaba la vida de más de ciento cuarenta judíos, incluido el que aún estaba por nacer... si es que el niño era hijo de padres judíos.

La voz de su padre le llegó desde el pasado: «No se puede ser medio judío».

Pensó un segundo en lo que acababa de ver y en la forma en que podría utilizar esa información. Si Erich no sabía con lo que se alimentaba a los perros, contárselo podría conseguir que se sintiese en deuda con Sol. Incluso si lo sabía, decírselo no podría acarrearle represalias. De cualquier forma, el gesto se vería como un acto de buena voluntad que traería beneficios a los judíos.

—¡Un judío desea salir para entregar un mensaje! —gritó mientras corría hacia el guardia de la puerta—. ¡Un judío solicita permiso a sus superiores!

Erich había hecho algunas concesiones para mantener contentos a los guardias.

Después de que Sol explicara que tenía importantes noticias que solo podía oír Erich, se le permitió ir sin compañía a la tienda del cuartel general, con la mirada del guardia taladrándole la nuca. De todos los judíos, Sol era el único que podía moverse

por el campamento con relativa libertad. A los soldados, incluso a los adiestradores, no les gustaba, y no podía culparlos. Después de todo, era un enemigo. Cuando no estaban de guardia, los soldados apoyaban sus armas unas contra otras formando un trípode a la puerta de las tiendas. Y las tiendas de suministros, llenas de cajas de munición y armamento, estaban al alcance de cualquiera que quisiera destruirlos si no eran vigiladas con suma atención. En cuanto el generador estuviera en marcha, la radio podría transmitir un mensaje a las fuerzas francesas que había en Diego Suárez o en la capital, Antananarivo, si se tuviera acceso al cuartel general durante unos minutos. Incluso el arma de Erich...

—Un regalo para ti, Rabí. —La voz de Bruqah, baja y cargada de sentimientos, salió de las sombras cuadrículadas que creaba la cerca del gueto.

Sol miro furtivamente para comprobar si el guardia los observaba, cosa que, en efecto, hacía. El hombre cambió el peso de una pierna a otra.

—Si no es importante, ¡que salgan serpientes de los ojos de mis ancestros! —dijo Bruqah, pasando las manos por las de Sol y dejándole algo metálico entre las palmas. Aunque la forma le resultaba familiar, no se atrevió a mirar por miedo a que el guardia se acercara a la carrera—. Estaba en la caja de música —susurró Bruqah—. *Lady Miriam* decir es tuyo. A Ciudadano Alemán le encantaría tenerlo, eso creo.

De repente, la forma adquirió sentido. Sol tocó el objeto con el pulgar, y su mente se llenó al instante de dolorosos recuerdos.

La medalla de papá.

—Es una Cruz de Hierro —musitó. Limpió el barro de los bordes y los acarició con la yema de los dedos. Podía palpar la inscripción, grabada tan superficialmente en el reverso que alguien que la mirara por encima podría pasarla por alto.

Recordaba la forma en que Jacob Freund había trabajado el grabado original, profundizando mucho en el metal por temor a que alguien pudiera intentar borrarlo.

Solomon apretó la muñeca de Bruqah y acercó al malgache.

—¿Dónde la conseguiste?

—Ciudadano Alemán cogerla del cajoncito de la caja de música. Dijo: «Es de mi padre». *Lady Miri* decir que mentía.

—¿Erich te dijo que era suya? —El alcance del autoengaño de Erich hizo que le flaquearan las fuerzas. De pronto, el mundo de Erich Alois cobró sentido. Al apropiarse de la Cruz de Hierro que Sol le había dado a Miriam, Erich se había librado de un padre y había creado a otro. Ya no tenía que pensar en sí mismo como el hijo de un granuja callejero criado por un judío para ser un hombre de provecho. Había renacido de su propia imaginación con el Imperio Germánico; su herencia patriótica había surgido con tanta facilidad como el nuevo apellido que se había inventado. Nacido Erich Weisser, se había convertido en Erich Alois para adular a Adolf Alois Hitler.

—Esto me pertenece —respondió Sol con calma. Apretó la Cruz de Hierro y se dirigió hacia la tienda del cuartel general.

Oyó un sonido que subyacía bajo el ruido del generador y la selva. Parecía surgir a lo largo de la cerca. Miró con alarma a Bruqah, que se llevó un dedo a los labios.

—¡Mira! —musitó Bruqah.

A lo largo del perímetro de la cerca había un grupo de lémures, demasiado numeroso para ser una sola familia. Sol los había visto moverse mientras él y otros trabajadores cortaban los delgados troncos de la selva para construir el campamento; pero nunca los había visto de esa forma, saltando de un lado a otro y con los ojos tan enormes como preguntas eternas.

—Mis amigos —dijo Bruqah, sonriendo. Escrutaba la selva—. Los lémures y yo compartir un pasado. Ser iguales, ellos y yo. —Movía la mano adelante y atrás. Levantó la vista y miró fijamente a Sol—. Los sueños ser espejos y los espejos, sueños, señor Rabí. Deber bailar allí... entre tus sueños.

Una miríada de imágenes acudió a la memoria de Sol.

—Te conozco, Solomon Freund —decía una gitana—. Soy la que baila allá donde residen los sueños. —Un viejo ciego con un lémur indri le preguntó—: ¿Eres el chico con cabeza de perro, Solomon? ¿Es eso lo que dicen tus sueños?

Solomon miró la Cruz de Hierro.

—¿Quién eres de verdad, Bruqah? —le preguntó—. ¿Puedes ayudarnos? ¿Puedes ayudarme a mí?

—Solo el hombre que ayudar a sí mismo gana batalla, Sollyman —le contestó Bruqah, girándose hacia los últimos rayos de sol—. Niño llegará pronto —dijo—. Los kalanaro estar esperando.

Solomon observó a los nativos en los confines de la jungla. Tan negros como el Zana-Malata, salían de entre la vegetación, empuñando machetes y assegais. Parecían pequeños guerreros, con los cuerpos resplandecientes por el ungüento en la repentina oscuridad del crepúsculo.

Durante un instante, Bruqah se quedó mirando a Solomon fijamente.

—Buena suerte a todos, Rabí. El peligro encontrar a ti, y tú encontrar colina de la isla —susurró Bruqah en un staccato apresurado—. Lugar para enterrar. Sagrado por el alma del lémur. Ni siquiera Ciudadano Alemán lo perturbará.

El malgache se dio la vuelta. En unos segundos, había desaparecido en la negrura de la visión periférica de Solomon.

—¡Vuelve! —dijo Sol con voz ronca, girándose para seguirlo, pero no pudo encontrarlo.

En cambio, se dio cuenta de que un guardia había abandonado su puesto en la puerta y se encaminaba hacia él. Si lo atrapaban con la medalla, eso significaría su muerte. ¿Quién iba a creerle si decía que no la había robado?

La tienda del cuartel general. Su única oportunidad: esconder la cruz, dejar que Erich la descubriera. Sol se apresuró, fingiendo no haberse percatado de la presencia del guardia.

Cuando se acercaba a la tienda, oyó una voz que provenía del hospital de

campana que había al lado.

—¿Podrás perdonarme alguna vez? —preguntó Erich.

Sol se acercó al cuartel general con el profundo respeto que se le suponía a un ser inferior... a un judío: la gorra bajo el brazo, la cabeza gacha y los pasos cortos. Levantó los nudillos para golpear el madero de la tienda que sostenía el dosel delantero. Y, todo el tiempo, sus oídos no se perdían detalle de las voces que salían del hospital.

—No es mi perdón el que de verdad buscas, Erich —dijo Miriam.

—¿El de Solomon?

—El tuyo propio.

—¿Seguiría Solomon tu ejemplo... si me perdonaras de corazón?

El frío cañón de un rifle se clavó en el cuello de Solomon.

—Muévete o te mato.

—¿Te gustaría que él te perdonara? ¿Te rebajarías de esa forma, Erich Alois? —agregó Miriam—. Porque seguro que para ti supondría rebajarte, ¿no es así?

Solomon permaneció con las manos en alto, con la medalla clavada en la palma, mientras el guardia lo rodeaba para quedar cara a cara con él y mirar dentro del cuartel general.

—El *Herr Oberst* no está ahí dentro —dijo el guardia, entrecerrando los ojos por la sospecha—. Tampoco el operador de radio. No hay nadie. —Se movió alrededor de Sol con la furia precavida de un chucho que olisqueara a su rival—. ¿Qué pretendías llevarte de aquí, judío?

Le clavó el cañón en el estómago. Sol se dobló de dolor pero consiguió que la medalla no se le escapara.

—¡Vuelve a tu pocilga! *Sturmbannführer Hempel* se enterará de esto.

—El *Oberst* está por aquí...

—¡Silencio! —El guardia lo golpeó con la culata del rifle, y no le dio en la frente por apenas un centímetro.

Sol fue tambaleándose hacia la zona judía. Dudó al entrar por la puerta, y permitió que el guardia le diera una patada porque una bota era mejor que una bala; y así, gimiendo, cayó sobre la hierba. Mientras permanecía con la cara contra el pasto, intentando tomar aire y sobreponerse al miedo y la humillación, se preguntó si podría hablarle a Erich de ese incidente. Las órdenes del coronel eran explícitas: no se pegaría ni maltrataría a los prisioneros a menos que lo merecieran. El problema era que no podría decir nada sin revelar que había oído la conversación de la enfermería, y Erich muy bien podría matarlo por conocer su debilidad.

El dolor se fue atenuando y el guardia se ocultó entre las sombras para fumarse un cigarrillo. Sol gateó hacia el filo de la cerca. Sentía el mismo terror que lo había paralizado en Sachsenhausen. La única diferencia radicaba en que la construcción inacabada del campamento hacía que moverse dentro de sus límites fuera relativamente más sencillo.

En ese momento, una rodilla se clavó en la espalda de Sol y un guardia le tiró del pelo, obligándole a levantar la cabeza. Sonriendo, el guardia deslizó la hoja de su bayoneta por la mejilla de Sol.

—¿Los has invocado, Rabí? —dijo el hombre, haciendo que Sol mirara a los lémures—. ¿Tú y tu brujería judaica?

—Apaléalo —dijo otra voz.

El guardia retiró el arma.

—¿Para qué estropear la diversión? El Sturmbannführer tiene planes para él.

Erich creyó recordar a Tauro llamándolo en algún momento de la noche. Recordaba haber ido dando traspiés hasta la enfermería y, una vez allí, caer de rodillas frente a la perra y abrazar ese cuello cálido, mientras le pedía mentalmente perdón por haberla traído hasta un lugar tan horrible. Recordaba haberse detenido junto a Miriam, que yacía bajo una mosquitera tan vaporosa como el velo de una novia.

—¿Lo has visto alguna vez en tu corazón? —creía haberle preguntado.

Tras un prolongado silencio, ella le había contestado:

—Quizás algún día... si crees que mi perdón puede servir de ayuda.

—¿Y Solomon?

—¿Qué pasa con Solomon?

—¿Seguiría tu ejemplo?

—¿Crees que podría hacerlo? ¿Querrías, honestamente, que lo hiciese?

Despertó bajo la luz de un falso amanecer cargado de humedad, que le provocó una inflamación de los senos nasales y un punzante dolor de cabeza. Cuando consiguió levantarse de la silla en la que había dormido y echó un vistazo al exterior, le dio la sensación de que el aire tenía una especie de brillo, como si el cielo se hubiese resquebrajado y hubiese caído a la tierra. Hizo una mueca de dolor y cerró los ojos, deseando poder recluirse durante el día... sin más compañía que la de sus libros y sus mapas, con el olor polvoriento de la lona de la tienda y lo poco que quedaba en el fondo de la botella.

—Cabrones —dijo, con una imagen nítida del triunvirato formado por Hempel, Pleshdimer y el sifilítico en la mente—. Veremos lo que queda de vuestro pellejo cuando los perros y yo nos encarguemos de vosotros.

No tenía la más mínima intención de utilizar a sus perros para vigilar a los judíos. Ese era el trabajo de los... «chicos» de Hempel, como a Miriam le gustaba llamar a los guardias. Erich nunca había visto a los perros como guardianes, sino como centinelas y tropas de combate. Con Tauro y Acuario de baja, habían aumentado — hasta el punto de parecerle abominables— sus sesiones de adiestramiento; los perros necesitaban aclimatarse a las altas temperaturas. Había asignado tareas ligeras tanto a los perros como a sus adiestradores, cosa que había despertado la ira de los guardias.

Una mano se posó sobre su hombro.

—¡Los animales, señor! ¡Venga, rápido! —la voz de Fermi sonó como amplificada por un megáfono.

Sintiéndose de pronto completamente despejado, Erich siguió al adiestrador. Le dio la impresión de que corría a cámara lenta hacia el área de las perreras, al tiempo que una renovada oleada de desesperación se pegaba a su piel como una capa de sudor. Los adiestradores se afanaban por controlar a un pastor alemán enfurecido.

Piscis había enrollado su cadena alrededor del mástil y estaba de pie sobre las patas traseras, tirando de las ataduras y lanzando dentelladas con los ojos cargados de terror. Sin dejar de gruñir, Géminis corría con semejante fuerza que, cada vez que llegaba hasta el límite que le permitía la cadena, era arrojada hacia atrás y acababa tumbada en el suelo retorciéndose, gimoteando y tirando del collar que le rodeaba el cuello.

—Tienen fiebre, señor. Creo que les afecta esta maldita humedad. —No sin un gran esfuerzo, Fermi se las arregló para colocar un collar de ahogo en el cuello de Piscis y lo levantó en vilo, controlándolo por un momento mientras Erich, que se esforzaba para mantener los ojos abiertos y no ceder al sueño, le cerraba las mandíbulas y le ponía un bozal—. Tóquele la trufa, señor. Está más caliente que el pezón de una puta francesa. Lo mismo sucede con el resto de los perros.

Temblando y rechinando los dientes bajo el bozal de piel, Piscis se giró súbitamente y se liberó de Erich, dando zarpazos frenéticos en el aire mientras Fermi luchaba por controlarlo.

—No se tratará del moquillo, ¿verdad? —Era obvio que Fermi estaba preocupado.

—No les afectaría a todos a la vez. —La voz de Erich no parecía salir de sí mismo. Se dio cuenta de que parecía estar observándose a distancia—. ¿Lo ves? —le preguntó, arrodillándose para alzarle al perro los belfos y dejar los colmillos al descubierto—. No hay espuma rosada. —Escudriñó la selva con ansiedad—. Hay algo fuera del campamento que los enfurece. ¿Los kalanaro, tal vez?

—¿Los kalanaro, señor? —preguntó Holten-Pflug, el adiestrador de Sagitario, un sargento primero de mofletes regordetes y rasgos infantiles.

—Esos pigmeos con la cara embadurnada de pintura reluciente. —Erich se maldijo a sí mismo por haber pasado toda la noche en compañía de la botella.

Trató de concentrarse en los kalanaro al tiempo que se ponía en pie y ojeaba el perímetro de la selva. Creyó recordar haber estado buscando en los libros de su armarito la noche anterior. No había encontrado mención alguna acerca de los kalanaro en los volúmenes del ejército, ni en las guías complementarias. Había contado dieciocho tribus —más la Vazimba y la Zana-Malata que, en realidad eran más individuos que tribus en sí mismas—. Recordaba haber buscado en mapas demográficos; incluso había localizado el emplazamiento de Mikea, una tribu tan reducida y misteriosa que, una década atrás, ya había sido catalogada como mítica.

Los kalanaro no se encontraban entre las dieciocho tribus.

No aparecían en ningún listado de grupos secundarios, como los clanes o las tribus consanguíneas. Ni tampoco en las listas de los pueblos de origen no malgache que habitaban el país.

Bruqah no había resultado ser de mucha ayuda.

—Kalanaro —fue su única respuesta—. No hacerte ningún daño. Ellos espíritus guardianes de Madagascar.

—¿Espíritus? Y una mierda —le había contestado él, pero el malgache se había negado a decir una sola palabra más.

Volviendo al presente, Erich respondió:

—No, no creo que esto tenga nada que ver con los kalanaro. Todos los perros parecen querer acercarse a la puerta principal.

—Entonces, ¿qué? —preguntó Fermi que se apresuró a prestar ayuda al adiestrador de Virgo.

—No estoy seguro —reconoció Erich, mirándolo por encima del hombro.

Virgo forcejeaba entre los brazos de su adiestrador y chasqueaba los dientes. Tenía los ojos abiertos de par en par, pero al menos, al verse rodeada por los cariñosos brazos del hombre, pareció calmarse un tanto y comenzó a gimotear entre temblores. Erich siguió la mirada de la perra. Sus ojos, de expresión furiosa, estaban fijos más allá del gueto y la puerta del campamento; estaban fijos en la cabaña.

En ese momento, el Zana-Malata salió por la puerta y se colocó a un lado, mientras unos cuantos guardias formaban en fila y se encaminaban, olvidando la formación, hacia el campamento. Hempel iba a la cabeza, con Misha trotando a su lado, sujeto por un collar de ahogo. El sifilítico iba tras ellos. Los dos guardias que flanqueaban la puerta se aprestaron a hacer el saludo militar en cuanto Hempel entró.

Con los belfos alzados y los ojos a punto de salirse de las órbitas, Virgo retomó sus gruñidos roncros y furiosos. Erich escuchó ladrar a Tauro en la enfermería. Estaba intentando decirle algo.

¡Eso es! ¿No es cierto, bonita? Cuando estábamos en la cripta percibiste algo y quisiste avisarme.

Otros guardias habían salido de sus tiendas y se acercaban a Hempel. Varios de ellos se golpeaban en la palma de la mano con las porras mientras se encaminaban en tropel hacia los judíos.

—Soltad a los perros —ordenó Erich.

Totenkopfverbünde: la División de las Calaveras... ¡Él se encargaría de enseñarle a Hempel lo que significaba la muerte!

—¿Señor? —inquirió Fermi.

—¡Haced lo que os ordeno!

Fermi apartó la mirada de su comandante para observar a la multitud y, en ese momento, como la unidad de élite que eran, los adiestradores percibieron al unísono el aprieto en el que se encontraban. Las únicas armas con las que contaban eran los perros. Entre ellos y sus rifles, apilados en el exterior de sus tiendas, se interponían Hempel y sus hombres a un lado y, en el otro, unos ciento cuarenta judíos que no dudarían en despedazar a cualquier soldado alemán, si les daban la oportunidad.

Los guardias comenzaron a corear:

—¡Matemos a los judíos! ¡Matemos a los judíos!

Erich observó con malévolas satisfacción cómo los rostros de sus hombres se endurecían. Los había entrenado bien; aunque no estuviesen preparados para entrar

en combate, estaba seguro de que podían llegar a ser tan feroces como los perros. El semblante de Fermi, que le estaba quitando el bozal a Piscis, resplandecía con salvaje deleite.

Los judíos, viendo que dos manadas de chacales se disponían a luchar por los trozos de carne —ellos—, comenzaron a correr alrededor de la zona donde dormían, en busca de cualquier instrumento con el que pudieran defenderse, mientras se gritaban los unos a los otros.

—¡Soltadlos... ahora! —gritó Erich.

Y, entonces, ordenó mentalmente a los perros que detuvieran a los guardias.

Diez de los doce perros del zodiaco, babeando y enloquecidos, corrieron para atacar sin distinciones a cualquier cosa que se moviera.

—¡A por los guardias! —chilló Erich.

—¡MATEMOS A LOS JUDÍOS! —entonaban los guardias.

En lugar de responder como las máquinas de matar que Erich había entrenado, los perros se comportaban como tiburones en mitad del frenesí de un banquete.

—¡Herr Oberst! —vociferó Holten-Pflug por encima del estrépito—. ¡Los bebederos de los perros! ¡Parece que alguien ha echado sangre en ellos...!

No era de extrañar que los pastores alemanes se hubiesen vuelto locos. Habiendo probado el sabor de la sangre, querían más. Controlarlos iba a resultar una tarea mil veces más difícil.

—¿Quién ha echado sangre en el bebedero de mis perros? —preguntó a voz en grito una vez que estuvo lo bastante cerca como para que Hempel lo escuchara.

Los hombres de este se detuvieron y guardaron silencio; todos excepto Pleshdimer que gritó:

—¡Yo!

Erich sintió que el calor le invadía las mejillas.

—Dispara a ese hombre —ordenó al guardia que se encontraba más cerca de él.

El soldado no se movió.

—Rottenführer Pleshdimer pertenece a la SS y, por tanto, no está sujeto a sus órdenes. —Hempel sacó un puro de su bolsillo y humedeció el extremo con los labios—. Ninguno de los guardias lo está. Usted es un Abwehr y nosotros pertenecemos a la Totenkopfverbände. —Tras encender el puro con una cerilla, colocó el extremo prendido delante de la boca del Zana-Malata.

El sifilítico rodeó el extremo con la carne retorcida que una vez fueron sus labios y aspiró profundamente con una expresión satisfecha en los ojos.

—Puede hacer lo que quiera con sus perros y sus chimpancés del Abwehr —prosiguió Hempel—, pero mi unidad es mía.

—En ese caso, ordene a su unidad que lleve a cabo la ejecución. O hágalo usted mismo. Aún se encuentra bajo mis órdenes.

Con la pistolera libre de la trabilla de cierre y acariciando la culata del Walther, Erich observó furioso al Zana-Malata que, de algún modo, debía ser el responsable de

la insurrección. Hempel estaba loco, pero no era ningún estúpido; o, al menos, no lo bastante estúpido como para arriesgarse a ejecutar semejante maniobra tan a destiempo. Actúa de modo profesional, se recordó a sí mismo. Si ven una sola grieta en la muralla, derrumbarán el castillo.

Desenfundó el arma y la amartilló mientras apuntaba a Hempel.

—¿O acaso pretende desobedecer a su comandante, Sturmbannführer?

Hempel esbozó una sonrisa tranquilizadora, como si intentase atrapar en ella a Erich y abrumarlo con su aplomo.

—Entonces —continuó Erich con vez tensa y brusca—, ¿está desobedeciendo oficialmente una orden directa?

—Correcto.

El dedo de Erich se tensó en torno al gatillo.

Puf.

El Zana-Malata había estirado el cuello, de modo que su cabeza quedara al mismo nivel que el arma en el momento en que lanzó el anillo de humo. Compuesta de llamas azules y de gusanos que no cesaban de retorcerse, el humo flotó alrededor del cañón y se posó sobre la piel de Erich que, de inmediato, estalló en llamas. Gritó, disparó y arrojó el arma al suelo.

La bala salió muy desviada.

Protegiéndose los dedos que habían quedado inutilizados con su mano sana, intentó asestarle una patada en giro al Zana-Malata pero, perdió el equilibrio y falló.

—Cada uno de nosotros tiene el control sobre una unidad —le dijo Hempel.

—¡Eso ya lo veremos! Guardias, ¡arrestad a esos tres! —gritó, intentando hacerse oír por encima de los ladridos y los gruñidos. Cuando nadie hizo intención de obedecerlo, añadió—: ¡Deben ser fusilados por traición a nuestro Führer!

Los hombres siguieron sin hacer nada. Actuaban como si ni siquiera supiesen que Erich estaba allí. Sin prestar atención al dolor de la mano, agarró por la camisa a un soldado bastante alto.

—¡Ya me has oído! ¡Arréstalos!

El guardia miró por encima del hombro de Erich, sin la más mínima intención de contestar.

Con el dorso de la mano herida, Erich le cruzó la cara. La sangre comenzó a brotar de la nariz del soldado y Erich se miró la mano, horrorizado. Dios mío, he golpeado a un soldado.

El hombre no pareció darse cuenta de lo sucedido. Desde algún lugar próximo, Erich escuchó de nuevo el sonido de la goma al golpearla carne. Lanzó una maldición para sus adentros, pasó al lado del guardia y se dirigió a su tienda... en busca de su MP-38 automática. Ya se encargaría en persona de todos ellos, pensó de modo irracional. A sus espaldas, escuchaba a Hempel dando órdenes y hablando con el Zana-Malata.

—Nuestro venerado *Herr* Oberst ha golpeado a un soldado —dijo—. Tranquiliza

a los perros, amigo mío. Todos vosotros podéis retiraros. Hemos ganado.

Aún no has ganado nada, pensó Erich. Lo que necesitaba era más hombres. Una unidad de guerrilla. Los kalanaro, tal vez, que se pasaban la vida apareciendo de la nada con la cara embadurnada con esa mierda de pájaro, como si fuesen objetivos móviles en una galería de tiro. Pero lo que él quería eran mercenarios que actuaran como soldados, decidió, no como una manada de monos parlanchines.

La orden militar de «siéntate y espera», suponía él, no era una Führebefehl —una orden directa de Hitler, imposible de cuestionar—, pero procedía de Goebbels. Como comandante de la unidad, gozaba de cierta libertad. Los guardias eran jóvenes y, a su desquiciada manera, idealistas; querían luchar, no supervisar a los judíos mientras creaban una colonia en mitad de la nada. Si les prometía marchar hacia Antanarivo, la capital del país, localizada en la fresca meseta central de la isla, abandonarían a Hempel como las ratas abandonaban un barco que se hunde. La toma de Madagascar con un puñado de tropas alemanas que jamás había entrado en combate y con la ayuda de las tribus locales... sin duda les parecería muy apetecible.

Entró como una tromba en su tienda, que hacía las veces de cuartel general, y cogió la pistola automática.

Unos cuantos adiestradores, junto con sus perros, —todos ellos dignos de confianza puesto que pertenecían al Abwehr—, permanecerían en la retaguardia y asegurarían la posición del campamento base de la isla, así como la radio. También se encargarían de la protección del ayudante médico y de Miriam y su bebé. Él se llevaría a Tauro, al resto de los adiestradores y a los pastores alemanes.

Cuando se giró para salir de la tienda, vio la botella de aguardiente, no del todo vacía tras la noche anterior.

Un sorbo, para calmar los nervios. Según servía el líquido ambarino en el vaso, se le ocurrió que lo que Hempel esperaba de él era una actuación atropellada. Bien, pues no caería en la trampa. Otto Braun le había enseñado cómo decepcionar a sus enemigos. El secreto de la potencia ofensiva de la guerrilla, le había dicho Braun, era adelantarse a los movimientos del adversario.

Se sentó y colocó los pies sobre el escritorio. Mientras bebía el aguardiente, estiró el brazo, apartó la lona que hacía las veces de puerta y vio que el campamento estaba vacío. Los judíos habían vuelto a la calma, los animales estaban de nuevo en la perrera y los guardias se habían dispersado. Hempel estaría, seguramente, hirviendo de furia por el hecho de que el joven coronel hubiese demostrado su serenidad, rechazando el cebo que había plantado ante él.

Se acomodó de nuevo en la silla, sonriendo con complacencia ante su propio sentido común, y cerró los ojos para imaginarse a sus tropas desfilando por Antanarivo, con las ventanas de sus encalados edificios abiertas de par en par y las mujeres arrojando flores mientras los hombres vitoreaban a su paso.

Misha fingió que era otra persona, que no estaba sentado sobre un tronco junto a la hoguera en el exterior de la choza del Zana-Malata, sino sobre las rodillas de su padre, en una cómoda silla del diminuto apartamento a las afueras de Ku'damm.

En su imaginación, su padre, un rabino, estaba leyéndole de nuevo cómo Abraham se negó a hacerle daño a su hijo y rogó a Dios, y sobre cómo Abraham conoció a Sara, y a Agar, con la que tuvo un hijo llamado Ismael y que dormía junto a un pozo. Se dijo a sí mismo que, cuando la historia terminara, sería hora de irse a la cama, momento en que su padre cerraría el libro con un golpe dramático y le daría un beso de buenas noches. Su madre lo llevaría a la cama, y él sería feliz, porque la vida era buena.

El muchacho solo pudo condurar la ilusión durante un rato antes de que la realidad se inmiscuyera. Cambió de posición, sentándose a horcajadas sobre el tronco y utilizó la mano para tirar de la correa y tener así más libertad de movimientos. Con la otra mano, se dedicó a arrancar la corteza del tronco, preguntándose qué podría hacer para que algo malo le sucediera a Hempel, algo como un fuego que consumiera la cabaña mientras el mayor dormía.

Cuando estaban en la cabaña juntos, el Zana-Malata se tomaba mucho tiempo haciendo cosas parecidas, usando raíces, palos y polvos para impresionar a Hempel con sus aplicaciones. Estaba seguro de que algo podría ocurrir si él, Misha, seguía intentándolo con el ahínco suficiente.

El Zana-Malata era solo el segundo hombre negro que había visto en su vida. No le gustaba nada, pero no porque fuera feo. Su padre le había enseñado que ningún hombre era feo a menos que su corazón fuera malvado. La fealdad, al igual que la belleza, según decía su padre, era algo que yacía bajo la superficie.

Qué distinto era el Zana-Malata de Bruqah, pensó el muchacho. Hempel decía que el vazimba no era más que otro negro africano, no más digno de confianza que una hiena, pero se equivocaba. Bruqah era maravilloso.

El Zana-Malata se levantó del sitio en el que estaba sentado e, inclinándose hacia delante, pareció sacar un dedal de la nada. Lo pasó tres veces alrededor del perímetro del humo, cerrando los ojos con serenidad, como si estuviese saboreando el olor. Colocó el rostro en medio del humo y sorbió lentamente tres veces del dedal para luego ofrecérselo a Hempel, que había llegado a cuatro patas y tenía la mano colocada sobre la espalda del hombre negro. El dedal todavía estaba lleno. Hempel lo cogió y miró al Zana-Malata con ojos solemnes antes de beber, echó la cabeza hacia atrás y vertió el líquido en el fondo de su garganta, como Misha le había visto hacer a su padre con el aguardiente en algunas ocasiones.

Hempel le tendió de nuevo el dedal al Zana-Malata, se sentó en el suelo, y apoyó

la cabeza contra el tronco. Miró hacia las estrellas y suspiró con satisfacción.

—¿Sabes... —le dijo a nadie en particular— que una vez me quedé bajo una tormenta de cellisca, a pie firme y sin abrigo, sólo porque sabía que el Reichsführer Himmler miraba algunas veces desde su ventana? Debíamos de ser cientos, hombres de todas las edades, y permanecimos haciendo la vigilia sin haberlo acordado siquiera entre nosotros, sin haber discutido hasta cuándo deberíamos continuar una vez que empezáramos. Fue durante la celebración del solsticio de invierno, en el castillo de Wewelsburg. Después de una quema de libros. ¡Dios, menuda noche!

Estiró los brazos, al parecer, perdido en sus pensamientos. Misha lo observó. Ya no sabía qué pensar de Hempel. Recordaba que lo odiaba, pero últimamente ya no sentía nada salvo vergüenza. Había aprendido a separarse del dolor y el odio que lo habían abrumado en un principio, cuando el mayor le hizo «la cosa».

—Tráeme un poco de vino, muchacho —dijo Hempel, soltando un poco la correa que estaba unida al collar de Misha—. Pensándolo mejor —cogió la Walther de Erich, que estaba encima de la hierba, le quitó las balas, y colocó el arma entre los dientes de Misha—, seguro que el Oberst está durmiendo la mona en estos momentos. Métele esto en su tienda y tráeme lo que quede del aguardiente que ha estado bebiendo.

Misha dejó caer el arma, que era demasiado pesada para llevarla de esa manera.

—Cógela y llévala —concedió Hempel—. Si se despierta mientras estás allí, no le hables. Y date prisa.

Obedientemente, Misha atravesó la hierba alta que bordeaba la choza.

—He dicho que te des prisa —gritó el mayor, y le lanzó una piedra.

No iría más rápido, pensó Misha. Si eso significaba más piedras o algo peor, cosa casi segura, que así fuera. Sabía que era una rebelión pequeña, pero era suficiente para darle el coraje que necesitaba y poder detenerse de camino al campamento y desenterrar el cuerno de cebú que los guardias habían dejado después de desguazar al animal. Se parecía tanto al shofar que el cantor usaba en los servicios de su padre en el Día Sagrado que lo había enterrado junto a la base de la cerbera, con la esperanza de entregárselo a Solomon a tiempo. De esa manera, aunque él no pudiese estar allí, estaría presente de alguna forma.

Se metió la Walther en la cinturilla del pantalón y, sujetando el shofar en la mano, rodeó a dos prisioneros que se interponían en su camino hacia la tienda del cuartel general.

—Malditos sean la correa y el collar. Deberíamos quitárselos —dijo uno de los prisioneros mientras se acercaba a Misha.

El otro hombre agarró a su compañero por la muñeca.

—¡No seas estúpido! —dijo—. ¿Crees que eso nos facilitaría las cosas a alguno de nosotros? ¿Crees que le pondría las cosas más fáciles al muchacho?

Misha levantó el cuerno.

—Un shofar —dijo entre toses; su voz salía ronca por la falta de uso—. Para *Herr*

Freund.

Fue el primer hombre quien lo cogió.

—Me aseguraré de que le llegue al rabino —dijo.

Misha vio que en los ojos del hombre brillaban las lágrimas. Hizo un débil intento por sonreír y siguió su camino, guiado por la luna en cuarto menguante que colgaba del cielo como una sonrisa e iluminaba el Panzerfelswagen, en el que Goldman y Bruqah estaban trabajando. Recordaba haber escuchado a Hempel decir que debería usarse para volar a todos los malditos diablos que encontraran en el continente, y al coronel Erich decir... no podía recordar qué había dicho el coronel.

—¡Alto o disparo!

El chico se dio unas palmaditas en la cinturilla para asegurarse de que la pistola seguía allí, y levantó las manos. El guardia que le había gritado bajó su rifle y Misha entró en el cuartel general, que sabía que tenía un doble propósito: servía como dormitorio del coronel y como estación de radio. Era mucho más pequeño de lo que había esperado, y estaba muy desordenado.

El coronel Erich, que parecía profundamente dormido, estaba despatarrado sobre una botella.

—¿A qué has venido? —dijo, mirándolo con ojos desenfocados—. ¿Hempel te ha enviado para que me azotes con la correa del perro?

Rió por lo bajo y su cabeza se movió hacia los lados, como si no pudiese controlarla. Después volvió a echarse, se estiró, soltó la botella y empezó a roncar.

Allí de pie, bajo la luz de la luna, Misha se sintió separado de Hempel por primera vez en meses. Sintió que una parte de sí mismo regresaba; lo mismo que había sentido cuando, después de que se llevaran a sus padres, había trabajado para Miriam en el subterráneo. Un mensajero cuyo mundo eran los callejones y las cloacas de Berlín. Trató de recordar lo que había sentido durante esos rápidos vuelos a través de la ciudad, deslizándose entre las muchedumbres, escuchando el eco de sus pasos en las callejas desiertas, con los calcetines siempre arrugados alrededor de los tobillos. ¡Ojalá no hubiese sido su error lo que hizo que arrestaran a *Herr Freund*!

Pero el miedo y el recuerdo del dolor se atascaron en la garganta de Misha y allí se quedaron. A toda prisa, colocó la pistola al lado de Erich y cogió la botella. Estaba casi vacía. Por un momento, fue como si todavía estuviese trabajando para Miriam y el subterráneo, y siguiera siendo fuerte e invencible.

Hasta que Erich se sentó, se llevó ambas manos a la cabeza y, alzando el rostro hacia el techo, comenzó a reír. Muy alto, con esa fuerza que concede el alcohol y que hizo a Misha salir corriendo de la tienda al escuchar el sonido.

—Esto —dijo Hempel con una calma que Erich sabía que pretendía ocultar su furia— es un ultraje.

Erich se colocó entre el mayor y el Panzer, interponiéndose ligeramente cada vez que Hempel trataba de pasar y llegar hasta el vehículo.

El mayor no lo asustaba, se aseguró Erich a sí mismo. Puede que así fuera años atrás, en Berlín, junto a aquellas hogueras de campamento del lago Wannsee, cuando había temido que al líder de las Juventudes de las Freikorps pudiera no caerle bien; pero ya no. El temor por los hombres como Otto Hempel había muerto a la vez que su niñez... cuando fuera que eso sucedió.

Tras él, Goldman encendió de nuevo el soldador, añadiendo una lluvia de chispas al resplandor de la mañana. Erich no se giró a mirar. Sonrió por dentro al ver encogerse a Hempel. ¿Solo por la luz de la soldadora?, se preguntó Erich. ¿O tal vez porque Goldman, un judío nada menos, estaba cortando y soldando el juguetito del mayor?

Transformándolo en una pala. Convirtiendo un tanque en una excavadora.

Pensó en arrancar el cañón del vehículo solo para fastidiar al mayor —como un soldado orgulloso al que le cortaran la polla—, pero no se atrevió a llevar las cosas tan lejos, ni tan rápido. Había que tener en cuenta a los temperamentales guardias. El día anterior había comprobado lo frágil que era su posición ante ellos... si es que realmente no había soñado todo el episodio.

Además, ¿quién sabía si los malgaches atacarían Nosy Mangabéy una vez que se corriera la voz de la invasión germana, por pequeña que fuera? Madagascar era una colonia francesa, e incluso las tribus que no sentían simpatía alguna por los franchutes —que, según suponían, serían la mayoría—, podrían no tomarse bien que algún extranjero más se instalara en su adorada tierra roja.

—La próxima vez que tenga algún problema con mis órdenes, diríjase a mí, su oficial superior, en busca de información. —Erich clavó la vista en los gélidos ojos grises de Hempel—. ¿Queda claro?

Sus ojos no reflejaron ni la más mínima emoción. A Erich le enervó ese vacío.

—Cumpliré con mi deber... *Herr Oberst*.

—Me encargaré de que lo haga, *Herr Sturmbannführer* —dijo Erich, articulando cada palabra con lentitud—. Hay un cementerio en lo alto de la colina oeste, en la que los judíos están trabajando. Una especie de cripta. Haga que uno de los jud... que uno de los obreros judíos la abra. Quiero determinar el potencial de la colina como fortín para proteger ese flanco. Si la cripta demuestra ser apropiada, comience a erigir las fortificaciones. Envíe a diez hombres. Me reuniré con usted más tarde, para la apertura de la tumba.

—¿Diez hombres? ¿O diez judíos?

—Diez en total.

—Entonces, dos hombres y ocho judíos.

—Lo que sea. Puede retirarse, *Herr Sturmbannführer*.

Hempel saludó con rigidez. Sin demostrar emoción alguna, dio unos pasos hacia atrás y se giró de forma brusca. Mientras caminaba hacia la zona donde dormían los judíos, levantó un brazo y chasqueó los dedos. Tres guardias, carabina en mano, salieron a la carrera de sus tiendas, al otro lado del campamento.

Erich se maravilló ante semejante lealtad, pero se preguntó lo efectivos que resultarían como soldados de verdad. Reunir y aporrear a los judíos en Sachsenhausen no tenía comparación posible con luchar contra los franceses y los británicos en las trincheras. No es que él mismo fuese un verdadero soldado, o que luchar por el Imperio Nazi fuera un honor. «El cenit de mi vida fue el tiempo que pasé en las trincheras», había escrito Adolf Hitler. Erich lucharía, y lo haría bien, se dijo a sí mismo; y lo haría con ganas. Pero no por Hitler. Erich lucharía con la esperanza de que los tiempos pasados regresaran, de que fuese proclamado un nuevo Kaiser.

Recordó los soldados de Hesse de peltre que tenía Solomon, y lo invadió la nostalgia. Qué valientes le habían parecido, alineados sobre las colchas alrededor de las colinas de sus rodillas. Cuando Solomon y él jugaban con ellos, podía levantar a un soldado de caballería o de infantería y mirarlo con tanta atención que el uniforme parecía adquirir colores, y el rostro, expresión. ¿Cómo podían pensar esos chicos de granja y de ciudad que seguir a Otto Hempel podía compararse con eso de alguna manera? ¡Qué bajo había caído Alemania!

—¿*Herr Oberst Alois*? ¡Listo para la inspección, señor!

Goldman permaneció firme, con la máscara de soldar bajo el brazo y una expresión de respeto en la mirada, o eso creía Erich. ¿O se estaba engañando a sí mismo?, se preguntó. Uno nunca podía estar seguro con los judíos.

Ahora hablo como Hempel...

Se movió alrededor de la máquina, fingiendo inspeccionar las soldaduras pero sin tener ni la más mínima idea de lo que debía buscar. ¿Quién, aparte de un maestro soldador o un ingeniero, podría determinar sin hacer una prueba si las palas de la excavadora, fabricadas a partir de dos de los blindajes laterales del tanque, no cederían con la primera carga? Necesitaría una maquinaria completa para crear unas instalaciones con todas las de la ley en el continente, una vez que el campamento base estuviera establecido aquí, en Mangabéy; pero por ahora, el Panzerfelswagen reformado serviría. Tenía que servir.

Se echó hacia atrás cuando se acercaron más hombres. Judíos que cumplían con su deber en el interior del campamento, en su mayoría, y un par de adiestradores con sus perros, que miraban con curiosidad. Los guardias evitaban aproximarse al tanque modificado, apartándose del camino de los curiosos para que no se les acercaran

demasiado.

Erich se dio cuenta de que estaba a punto de alabar al judío, y atajó el cumplido al declarar:

—Encárgate de que esté en perfectas condiciones. ¡Te hago personalmente responsable de ello!

—¡Sí... señor! —Goldman hizo cualquier cosa menos sonreír.

Erich se ablandó un poco.

—Buen trabajo —dijo—. ¿Hay algún pequeño favor que pueda garantizarte para demostrar mi... la gratitud del Reich?

—La Torá, señor —dijo el hombre sin vacilación—. La necesitamos para el servicio de esta noche.

—Veré que puedo hacer —dijo Erich, recordando que Sol le había pedido el texto cuando solicitó el servicio, pero sin la más mínima idea de dónde había ido a parar.

Como si Goldman le hubiese leído la mente, dijo:

—Creo que está en la choza del negro... señor.

—¡¿Dónde?!

—¡Va a matar jungla con esto, señor Ciudadano Alemán! —dijo Bruqah, asomando la cabeza por la parte superior de la torreta. Sonrió y le dio unas palmaditas a la máquina.

Lo que me gustaría es matarte a ti por perturbar mi territorio, creyó ver Erich en los ojos del malgache. Se preguntó si Bruqah había estado dentro del tanque durante todo el tiempo que Goldman había estado soldando, pero eso también pasó a ser una cuestión secundaria cuando el Panzerfelswagen cobró vida, expulsando una nube de humo azul.

—¡Yo conduzco! —gritó Bruqah.

Erich saltó sobre la máquina, dispuesto a arrancarle la cabeza al malgache, pero tan pronto como estuvo cerca, Bruqah le sujetó la muñeca. El africano tenía una fuerza sorprendente para alguien tan delgado, descubrió Erich. El agarrón estuvo a punto de romperle los huesos.

—Yo buen conductor —dijo Bruqah con una voz solo lo bastante alta para que la oyera Erich. Les dedicó a los guardias, que asomaron por debajo del baldaquín del comedor, una amplia y teatral sonrisa.

Erich contempló los dedos del malgache que le sujetaban la muñeca.

—¿Dónde diablos has aprendido...?

Bruqah continuó sonriendo a los guardias.

—En parte alemana del sudoeste africano, donde aprendo a hablar alemán. Guerra con Sudáfrica. Muchas, muchas batallas.

Erich sabía que Bruqah había vivido en el protectorado alemán, donde había ganado o le habían concedido un viaje a Berlín. Un estudio botánico para la universidad, o algo así; hasta ahora, Erich había asumido que había sido algo político, una excusa para entrenar a otro operativo africano. Cómo y por qué había

abandonado Bruqah Madagascar, de eso Erich no estaba seguro. Quizás Miriam lo supiera. El malgache y ella habían pasado mucho tiempo juntos en el barco. Demasiado, en opinión de Erich.

—Te llevaré... ¿Cómo dicen los norteamericanos? A dar una vuelta. Llevaremos a *lady* Miri también, ¿sí? ¿O acaso señor Ciudadano Alemán planea hacerse el perezoso por aquí todo el día, como un lémur doméstico?

Erich se apoyó sobre sus inestables piernas mientras Bruqah se metía de nuevo en la torreta y conducía la máquina hacia la entrada; los soldados se apartaban a su paso como las aguas del Mar Rojo.

—Buen paseo, ¿eh, Ciudadano Alemán? —gritó el malgache desde el interior.

El tanque se movió con lentitud alrededor del complejo, levantando polvo y aplastando la hierba.

—¿Volvemos a por *lady* Miri como decir antes? —preguntó Bruqah—. ¿Damos paseo a ella y niño?

—No —contestó Erich. Pero una imagen de Miriam de jovencita, subida con él en la noria de Ferris en el parque Luna de Berlín, le indujo a cambiar de opinión. Poco tiempo después, Miriam estaba encaramada, con tanta comodidad como era posible, sobre el Panzer.

De pie sobre la torreta, Erich dirigía la conducción. Era una sensación embriagadora, como si estuviese dirigiendo un ataque acorazado. Su dolor de cabeza, que últimamente era algo habitual todas las mañanas, se había convertido en una molestia tolerable, y no permitió que ver a Solomon, que partía con un grupo de leñadores, le arruinara la diversión. Lo único que tenía que hacer la gente era ser paciente, y él más que nadie, decidió.

Las cosas marcharían a la perfección, si se tomaba al Panzer como indicativo. ¿Pero quién sino un judío podría convertir una espada en un arado? Ese, y no otro, sería el motivo de que el «Experimento Madagascar» tuviera éxito... porque él, al contrario que esos ciegos estúpidos de Hempel y Hitler, comprendía el valor y la voluntad del pueblo judío.

Tenían tres meses para asegurar Mangabéy como base de operaciones y construir un muelle y un centro de recepción en el continente, en la desembocadura del río Antabalana. Si fracasaban, Goebbels no enviaría más judíos.

Bien, todo estaría acabado dos semanas antes de la fecha límite.

Se apoyó con indiferencia contra la torreta mientras Bruqah conducía la máquina a través del patio del campamento, e hizo un gesto para que abrieran las puertas. Ahora se encontraban en el prado propiamente dicho, haciendo que salieran despedidos polvo y astillas a medida que Bruqah se internaba en el rastrojal de la savoka que había junto al bosque.

Erich dio la señal que indicaba que siguiera todo recto, sintiéndose como el comandante de una división acorazada a punto de entrar en la batalla.

Se acercaron a la choza del Zana-Malata.

Con una inspiración nacida del odio, Erich dio un puñetazo sobre la torreta para llamar la atención de Bruqah.

—¡Allí! —Señaló hacia la choza—. ¡Ve hacia allí! ¡Derríbala!

El tanque se detuvo. Bruqah cambió las marchas, pero la máquina solo traqueteó y se quedó donde estaba.

—¿Qué significa esto? —gritó Erich.

—Zana-Malata protege su hogar. —Bruqah encendió el motor otra vez y metió la marcha. En cuestión de metros, el tanque se detuvo de nuevo.

Erich agarró al malgache por el borde de su lamba y, sorprendido ante su propia fuerza, lo sacó sin dificultad del asiento del conductor. Bruqah se levantó medio ahogado, golpeando con los brazos a su atacante sin el menor efecto. Erich saltó al sitio del conductor y se preparó. ¿Por dónde empezar?, se preguntó. Le puso furioso saber que, a pesar de los años que llevaba en el ejército, carecía de conocimientos útiles sobre los acorazados. Como miembro del Abwehr, la división de inteligencia, había tenido menos oportunidades para el entrenamiento de combate que un oficial de campo, e incluso la mayoría de ellos carecían de habilidades especializadas que se necesitaban para manejar la mayoría de las armas; de todas formas, le enfurecía saber tan poco. Pisó el acelerador. El tanque comenzó a andar hacia atrás. Colocó el freno, dejó el motor en punto muerto, y salió de la torreta.

—Llévanos a casa —le dijo al malgache, que estaba reclinado sobre el blindaje superior.

Las palabras habían salido de la boca de Erich cuando, del interior de la cabaña, salió un lastimero aullido de terror, tan agudo que se escuchó incluso por encima del ruido del tanque. Al principio, pensó que era un perro, o un animal de esos que parecían una mezcla entre lince y zorro que salían de vez en cuando de la jungla. Civetas, las llamaban en uno de los libros que había traído. Tenía un armario lleno de libros. Madagascar, estrategias, El pastor alemán en palabras e imágenes, de Rittmeister Max von Stephanitz. El único libro que guardaba desde que era un niño.

Un momento después, la pequeña figura de Misha salió volando de la choza, se puso a cuatro patas y gateó hacia las humeantes cenizas de la hoguera. Una ira hirviente desplazó el sentimiento de bravuconería de Erich.

Bajando de un salto del tanque, caminó a grandes zancadas hacia el muchacho. El chico comenzó a dar vueltas, pasando con los pies descalzos sobre las brasas del fuego, la cara distorsionada con semejante expresión de terror que uno habría creído que el tanque lo estaba persiguiendo. Erich notó el sabor de la bilis en la boca... un recordatorio de la bebida de la noche anterior, se dijo a sí mismo; como soldado, podía soportar cualquier cosa.

Salvo por un collar de perro y un par de pantalones rasgados y harapientos, el muchacho estaba desnudo. Encolerizado, Erich recordó su propia juventud, y los años en la Freikorps, con Otto Hempel como líder del grupo de jóvenes. Recordó la noche que huyó de casa y se encontró con Hempel y otros dos muchachos que no eran más

que unos niños. Recordó los gruñidos del hombre y el sonido del látigo contra la carne rosada de las nalgas de uno de los niños, en esa callejuela de Ku'damm.

—Ven aquí, Misha —dijo Erich, y el odio que sentía por Hempel alcanzó nuevas cuotas.

El rostro del muchacho, que solo un momento antes había estado tan lleno de terror, se quedó inexplicablemente vacío de repente. Dejó de balancearse y se arqueó de forma mecánica, como un diminuto mono de madera sujeto entre dos palotes.

—Soy un judío asqueroso, indigno de besarle los pies —dijo. Tenía huellas de perro sobre el pecho. Las lágrimas se desbordaron y comenzaron a deslizarse por sus mejillas—. ¡Asqueroso e indigno! —dijo de nuevo.

Tosiendo, inclinó la cabeza y empezó a darse furiosos puñetazos en la coronilla, como si estuviese tratando de molerse el cerebro a golpes.

—¡Basta!

—... de besar sus... pies.

—¡Basta, he dicho! —Erich sujetó al muchacho por los hombros y lo sacudió. de besar sus pies... ¡señor!

Los ojos del muchacho se quedaron en blanco y se desplomó hacia un lado. Erich lo agarró por la cintura, y Misha se dobló a la mitad, como un saco de arena. Levantándolo, Erich se encaminó hacia la choza, pero cambió de opinión y llevó al chico hasta el tanque. Propiedad de Hempel o no, el chico no iba a tener que aguantar de nuevo lo que fuera que hubiese sucedido en el interior de esa cabaña. Al diablo con Hempel: un hombre que no era dueño de su propia alma no tenía derecho a ser dueño de ninguna otra cosa.

Entonces recordó la Torá.

Le dejó el niño a Bruqah y caminó con rapidez hacia la choza. A medida que se acercaba, el olor acre de las naranjas podridas inundó el aire. Vio a uno de los kalanaro gatear hasta poder espiar por debajo de la cortina de piel y observó cómo retrocedía, susurrando y señalando con el dedo mientras otro se unía a él, asintiendo con entusiasmo. Al ver a Erich, corrieron a ocultarse detrás de la cerbera: pigmeos con cabezas como cocos peludos y ojos de lémur ratón demasiado grandes para sus rostros, negros y brillantes como una bota recién lustrada. Verlos esconderse y correr con sus cortos pasos a lo largo del borde de la savoka le puso los pelos de punta, pero renovó su intención de descubrir si se podían entrenar.

Apartando a un lado la piel de cebú, entró en la cabaña, donde tuvo que parpadear para librarse del humo que salía del brasero. Cuando se le aclaró la visión, vio al mayor sentado sobre una estera e inclinado sobre la Torá que había en el barco y que se había utilizado en el documental que estaba realizando Leni Riefenstahl, la productora de películas propagandísticas favorita de Hitler. Le habían quitado al rollo de pergamino las tapas plateadas. Hempel tenía una; el Zana-Malata, la otra. El sifilítico llevaba puesto un peto de piel de cocodrilo, adornado con penachos de brillantes plumas. Estaba sentado en una tosca silla de rafia, con las piernas

separadas, y el taparrabos arrugado sobre su entrepierna.

Soltó una risilla estridente en respuesta a algo que había hecho Hempel, y se inclinó para sorber ruidosamente un erizo de mar que sujetaba en la otra mano, masticando con las encías la blanda carne, como una arpía desdentada. Después de lamerse los dedos, levantó la tapa y rió con entusiasmo.

—¡Prosit! —brindó Hempel, levantando la otra tapa. Con la otra mano, cogió un palo y removió el contenido de una gran cacerola de hierro que había sobre las ascuas del brasero. Desde la cazuela, se elevaron el vapor y un aroma que recordaba al del Grand Marnier.

Hempel inhaló profundamente.

—Aderezado con panique. Al principio encontraba la idea repulsiva, como algo sacado de la Edad Media, pero es delicioso.

Sonriendo, levantó la mirada hacia Erich, con unos ojos legañosos que reflejaban el resplandor del brasero, y levantó la tapa del pergamino llena de líquido.

—Rano yola —dijo—. La bebida nacional. Añaden agua a los restos de arroz que se quedan pegados en el fondo de la cazuela y lo hierven.

Sorbió y, después, con el dedo índice y el pulgar, sacó un ala cubierta de salsa. Metiéndosela en la boca, trituró los diminutos huesos y se lamió los labios.

—Justo lo que deberíamos hacer con sus amigos judíos. Usarlos como condimento. ¿Sabe lo bien que huele la grasa humana?

Soltó una carcajada y, cerrando los ojos, inspiró con fuerza en fingida anticipación.

—Pero disculpe mis modales, *Herr Oberst*. —Hizo un gesto a Erich para que se sentara—. Coja una estera. El almuerzo en Madagascar es algo delicioso.

Con un último trago a la bebida, Hempel dejó la tapa y, acurrucando la cabeza sobre el regazo del Zana-Malata, usó el borde del taparrabos para limpiarse los labios, cosa que hizo que al sifilítico le diera un nuevo ataque de risa.

Enderezándose, Hempel levantó una mano como para detener la acusación antes de que el oficial superior tuviese oportunidad de hablar.

—No, *Herr Oberst*. No estoy borracho. Jamás en mi vida he estado borracho, ni lo estaré. Solo estoy alegre.

Estiró un brazo y recorrió las oscuras y demacradas mejillas del Zana-Malata con la punta de los dedos, como un fotógrafo percibiendo el espíritu de la modelo antes de la sesión.

—Él me ha mostrado mis sueños.

A Erich se le revolvió el estómago, y luchó por contener la ira. El mayor necesitaba una camisa de fuerza, pensó. La insubordinación ya no era la cuestión; las pruebas para un consejo de guerra yacían a sus pies. Coger la Torá podía ser considerado un robo, un delito criminal en una misión de combate.

Pasando la mirada de la Torá sin cubiertas hasta las diminutas pirámides de zafiro y perlas que brillaban en las cuencas de la calavera del búfalo de agua del rincón,

Erich preguntó:

—¿Con qué autoridad ha robado y profanado una propiedad del Partido?

Hempel soltó una carcajada llena de sarcasmo.

—Con la suya y la de Dios, ¿o acaso considera que ambos son una misma cosa?

—Es usted una desgracia para el uniforme del Reich.

—¿Y usted, *Herr Oberst*? Supongo que ha venido a reclamar la Torá con el fin de prestársela a esa sabandija judía para que puedan practicar sus ritos paganos... ¡dentro de una instalación militar alemana, nada menos! —Hempel estaba sonriendo, con los ojos entrecerrados mientras hablaba—. Para su información, usted dio permiso para matar al cebú, e insistió en que se le hiciera la adecuada retribución al propietario. —Señaló al Zana-Malata y después la Torá—. Propietario, pago. Esto era lo que él quería. Yo solo me he limitado a entregárselo. Ahora, si no tiene nada más que decir, le sugiero que se vaya.

—No sin la Torá —dijo Erich—. Y también debería saber que voy a llevarme al muchacho, Misha, conmigo. Lo ha sodomizado por última vez.

Su mano derecha voló hacia la empuñadura de su pistola y abrió la funda, esperando y deseando que Hempel intentara golpearlo con lo que fuera que tenía en la mano. Tensó el antebrazo y utilizó la visión periférica para localizar la rodilla adelantada de Hempel. Ahí era donde iría a parar la bala. Eso lo haría caer sin problemas, pero no impediría que asistiera al tribunal militar. Una buena lección para las tropas.

Para su asombro, Hempel se limitó a encogerse de hombros.

Ese cabrón retorcido estaba sin duda jugando con él, pensó Erich, deseando que creyera que lo pillaría con la guardia baja con su ataque... llegara cuando llegara, y cualquiera que fuera. Tenía la sensación de que más le valdría guardarse las espaldas.

Sin una palabra más, Erich cogió la Torá y las cubiertas, y abandonó la choza.

Encontró a Bruqah mirando hacia la cabaña.

—Zana-Malata acumula magia como las abejas acumulan miel. —Se alisó el lamba y volvió a meterse en la torreta, echando un vistazo al coronel—. Señor Erich... Ciudadano Alemán ser sabio si controlar su temperamento de ahora en adelante.

Cerró la escotilla y encendió el motor.

Erich observó a Miriam, que abrazaba a Misha. El muchacho estaba tan delgado que, a pesar del embarazo, podía acurrucarlo sobre su regazo. Erich se encaramó a la máquina y, sentándose sobre la placa superior, acarició la cabeza del chico.

—Misha —dijo con suavidad.

Mirando por encima del hombro, Erich le dijo a Bruqah:

—Conduce colina arriba. —Sería bueno para Miriam y para el chico estar allí arriba, lejos del campamento. Además, quería estar presente cuando abrieran la cripta, cosa que ocurriría de un momento a otro.

El Panzer gruñó, resopló y volvió tras sus pasos sin más dificultades. Los ojos del

niño se abrieron de repente, y su cuerpo se tensó. Creyendo que el muchacho podría caerse del regazo de Miriam, Erich estiró una mano para sujetarlo. Miriam la apartó con un extraño movimiento. Aunque tenía los ojos abiertos, a Erich le dio la inquietante sensación de que estaba dormida; sonriendo con serenidad, ella colocó el índice y el pulgar bajo las cejas del chico y le bajó los párpados, de la misma forma que se hacía con los de un muerto.

—A la jaula, Hundescheiss.

Agarrándose a los manojos de hierba, Solomon gateó hacia la diminuta prisión. Llegó a la jaula y abrió la puerta de un tirón, haciendo que la cadena tintineara.

Se metió dentro y se sentó, como había hecho tantas veces en Sachsenhausen, con la cabeza metida entre las rodillas. Hempel le dio una patada para que se colocara aún más adentro y luego cerró la puerta de golpe y echó la cadena.

Haz conmigo lo que quieras, pero mantente apartado de Miriam, rogó Sol, preguntándose por qué creía que esas palabras tenían algún significado para el Dios que parecía haberlo abandonado una vez más. En ese momento, la plegaria parecía una posibilidad tan improbable como la de que una súplica a Hempel tuviese algún efecto.

Algún efecto positivo, corrigió mentalmente.

—Ya veremos de qué te sirve tu preciosa Torá mientras estás aquí sentado bajo el sol —dijo Hempel, y añadió—: Y te recuerdo de nuevo que puedes agradecerle a tu amigo, el buen *Herr* Oberst, este pequeño descanso.

Los guardias que habían construido la jaula a toda prisa se echaron a reír.

Sol escuchó el familiar ruido metálico cuando Hempel comprobó el cargador de su pistola. Luchó contra el pánico que amenazaba con inundarlo. Otra vez hemos vuelto a lo mismo, pensó. La mayor parte de mi vida depende de las acciones de Erich.

El corazón le latía con fuerza, golpeando a un costado de su pecho. No dejes que te invada el odio, se dijo a sí mismo. Con toda seguridad, Erich te salvará, aunque solo sea para conservar su orgullo.

Escuchó cómo se alejaban Hempel y sus hombres, aún riendo.

La tensión de Sol se descargó de pronto y su cuerpo se hundió con la impotencia. Dejó de abrazarse las piernas y los brazos cayeron a sus costados. Creyó oírse a sí mismo murmurando una plegaria, pero no parecía tener la energía suficiente como para escuchar o detenerse. Su mente parecía incapaz incluso de vocalizar las palabras, aunque sus labios seguían moviéndose. Los insectos zumbaban y le picaban, recorriendo sus piernas y brazos en busca del sudor.

Deborah, murmuró el sol resplandeciente dentro de su cabeza. Deborah.

El nombre llegó hasta él con la humedad del viento, acariciando la hierba y tocándolo con tanta suavidad que se sintió tentado de repetirlo.

—De-bor-ah. —La lengua contra los incisivos, una breve compresión de los labios, un diminuto suspiro de aliento.

Las sílabas susurradas le dieron tanto consuelo que abrió los ojos, a pesar del dolor y la desorientación; sin embargo, en lugar del campamento y la choza, vio el

resplandor azul cobalto remolinear delante de él...

... Unas figuras amorfas se mueven sobre él dentro de una bruma azul intermitente. Manos desconocidas lo agarran. Le grita a la mujer que yace a su lado, desea su amor.

Mamá, quiere decir, pero solo puede sollozar.

Unas cabezas blancas y zarrapastrosas emergen de entre los límites de la niebla. Ve cráneos de cebú. En el rincón de una choza.

Un millar de agujas se clavan en sus ojos, pero Solomon los entrecierra con más fuerza, concentrando su enfoque, deslizando su rostro todo lo posible entre los barrotes.

Con un destello copado al momento por el dolor azul, la niebla se alza...

¡Cráneos de cebú! ¡En los rincones de la choza!

La brisa flotó hasta su rostro, refrescándolo lo suficiente para permitir que el dolor de la paliza que había recibido a manos de Pleshdimer —y según las instrucciones de Hempel— se reavivara. Invadiendo el dolor, llegó un nuevo remolino azul...

... Unas uñas tan largas como garras atan un trozo de alambre alrededor de una frazada de palma de ciprés...

... A través de la puerta del Storch, ve a Hempel levantar su Mann...

... El Zana-Malata corre hacia un bebé envuelto en un trozo de tela...

—¡Déjala en paz! —gritó Sol, zarandeando los barrotes de bambú.

Por un momento, la charla en el campamento, el sonido de los martillos contra el metal, el sonido de la sierra en la jungla... todo se detuvo. Lo único que se oía en todo el universo parecía ser el retumbar de su angustia.

—¡Deborah! ¡Dios mío! ¡Miriam!

Las lágrimas se derramaron en un torrente furioso y se apretó los nudillos contra los ojos, aborreciendo los tormentos que habían presenciado.

—¡Haz algo, Erich! —vociferó—. Demuéstrale al mundo que tienes algo de coraje.

Su cuerpo se desplomó contra los barrotes y gritó, respirando entre furiosos jadeos. Cuando se aplacó la ira, su visión normal —tan menguada como siempre— había regresado. Vio el bambú, la hierba y los alambres, y un sol naranja, como también pudo oír los gemidos y aullidos de los perros, paseándose de un lado a otro como padres expectantes.

—Erich —susurró—. Cuida de Miriam y del bebé.

Debes morar entre tus sueños, le susurró a su vez el viento.

Era la voz de Bruqah, pero le recordaba a algo más profundo de su pasado. Pudo oler los pasteles de jengibre y el té de manzana, y creyó escuchar el crujido de las hojas de otoño bajo los pies. Cuando levantó la vista, la luz del sol parecía haberse reunido para formar un abrupto túnel de escaleras con un orbe anaranjado al fondo, y tuvo la sensación de que podría caminar por el cielo y abrir el sol, una cámara

acorazada que contenía el poder de sus reflexiones y recuerdos, si estuviera dispuesto a enfrentarse a la luna y a sus pesadillas.

—Miriam —escuchó pronunciar a sus labios, como si sus músculos se contrajeran y su cuerpo se convulsionara en un único espasmo. Su consciencia se desintegró y cayó en un estado que no era ni visión ni delirio, sino algo al mismo tiempo más nuevo que la vida que Miriam llevaba en su interior y más antiguo que el propio universo...

Subió con esfuerzo las escaleras hacia los cielos, siguiendo la llamada de una gitana, agarrándose a las barandillas de bambú que eran los pergaminos de la Torá y el Zarah, para no tambalearse ni darse la vuelta. El campamento, la isla y la Tierra quedaron tras él, mientras que, a su alrededor, las diez estrellas de la Cábala brillaban en el cielo nocturno. Cuando se acercaba a la luna, empezó a oír voces, cada vez más claras, que lo saludaban y le reprochaban con dulzura no haber viajado hasta el cielo antes. Su padre estaba allí, y Hans Hannes, su amigo del campamento. El rabino Czisca estaba allí también, una versión más vieja de Misha. Sus almas, todas ellas, danzaban con alegría dentro de una luna bosquimana.

Vaciló un instante, temiendo que, si se quedaba allí un minuto más, nunca regresaría al mundo que conocía. Ya que no estaba preparado para abandonarlo, extendió una mano temblorosa y tocó la realidad... y un halo azul cobalto...

... —No creo que Wilhelm trabaje para la SD por dinero— dice la voz de una mujer —Y jamás me creí la explicación que nos dio sobre cómo llegó a convertirse en espía sencillamente porque era alemán. Estoy segura de que vivió en Teherán porque el contenido en morfina del opio iraní era del trece por ciento, un cinco por ciento mayor que en Pekín, donde había vivido con anterioridad.

Solomon mira a su alrededor. Está en una enorme celda con una pequeña ventana, situada por encima de su cabeza. Hay cinco personas más en la celda: un negro musculoso con harapientos calzones, retirado en una esquina y mirando con indiferencia su pantorrilla izquierda, llena de cicatrices; una mujer canosa apoyada contra la pared y fumando un cigarrillo; un hombre que lleva un fez, de pie detrás de un organillo; y una mujer joven con una túnica de peregrino Siit, arrodillada junto a un anciano que llevaba una andrajosa pelliza de lana con una vieja carabina sobre los muslos.

—Entonces estalló la guerra —le sigue diciendo la joven al anciano—, y Wilhelm se encontró en lo que era, con toda probabilidad, la capital más aislada del mundo. ¡Deseaba tanto formar parte del conflicto!

El anciano levanta un poco la carabina y comienza a limpiarla con un trapo.

—Suenan como si fuera adicto a ser adicto.

La vieja tira la colilla de su cigarrillo al suelo y la aplasta con la punta del zapato.

—¡Hablar! ¡Lo único que hacéis vosotros dos es hablar!

La joven agarra la carabina y la sacude en el aire.

—¿Qué es lo que quieres que haga? Hablar alivia el dolor. Fui violada... solo

Dios sabe cuántas veces. —Su voz se apaga de repente, y su rostro se convierte en una máscara de ojos claros y distantes—. Pero el dolor no es nada comparado con lo que sentí al...

—Yo albergo también más que un poco de culpabilidad —dice la anciana con voz temblorosa.

Llevándose las manos a la espalda como si tuviera bursitis, el anciano se levanta.

—Afrontémoslo, fuimos unos estúpidos.

—Excepto él. —La vieja hace un gesto con la cabeza para señalar al hombre negro, que llora en silencio—. De todos nosotros, solo él es inocente de verdad.

El hombre organillo, con la cabeza agachada por la vergüenza, levanta perezosamente el mango de su aparato. Los dedos de metal tocan sin ritmo «Luciérnaga» de forma desafinada, volviéndola plana y fúnebre.

Solomon anda a tientas a través de la luz azul, como si el aire pudiese apartarse igual que una cortina.

—Wanda —se oye decir a sí mismo, dirigiéndose a la joven. Contempla su cuerpo delgado, casi de niña, y esos ojos que parecen vacíos por el pesar—. Wanda Pollock.

Da unos pasos hacia delante y coloca la palma de su mano sobre el hombro de la anciana.

—Estoy soñando —le dice.

—Un Solomon más inteligente diría otra cosa —replica ella en voz baja.

—Durante veinte años he escuchado los sollozos de una mujer. «Mi alma está sucia, déjame morir», decía. ¿Eras tú?

La anciana asiente con la cabeza.

—¿Y eras tú el que suplicaba borscht y té de jengibre? —le pregunta al hombre del abrigo andrajoso, al que en sus sueños llamaba Schutze Margabrook.

El viejo se gira y contempla con ojos perdidos la luz de la luna que se derrama a través de los barrotes de la ventana, mientras Solomon pasa junto al organillo y se queda de pie, con las manos unidas, al lado del hombre negro, como si estuviese junto a una tumba.

—Soñé que los malvados te extirparon el tendón que te convertía en una gacela humana.

Con los ojos brillantes, él no alza la vista. El hombre organillo deja de tocar.

—Soñando —dice Solomon de nuevo.

—Los sueños son espejos, y los espejos, sueños —dice la anciana con suavidad—. Tal vez, todavía estés dormido sobre tu cama en Friedrich Ebert Strasse.

—Hemos esperado todos estos años a que te enfrentaras a tu Yo y tocaras la verdad —profiere Wanda.

—¿Y cuál es esa verdad? —pregunta Solomon.

Ella le dedica una ligera y condescendiente sonrisa mientras su atención parece desvanecerse.

—Las tropas alemanas me violaron después de tomar Varsovia. Escapé a Pinsk, donde las tropas rusas me violaron y me embarcaron hacia Siberia. Más tarde, fui enviada a Irán. Cuando la KGB descubrió que estaba viviendo con Wilhelm, mandaron a un grupo de cuarenta soldados a violarme, esperando descubrir cosas sobre él que yo no sabía. Duró cuatro días, hasta que fue capaz de rescatarme.

—La verdad —dice la anciana con la voz cargada de pesar—, es que el niño que está a punto de nacer tendrá el alma de un dybbuk. Un dybbuk cuya colaboración ya ha sido puesta de manifiesto.

»Un dybbuk al que deberás jurar matar...

—Ay, Dios mío, te han matado.

Solomon parpadeó y vio a alguien gateando con rapidez hacia él a través de la hierba. Cuando se acercó lo suficiente, Sol pudo ver que era Max, un hombre de poco más de veinte años. Miraba por encima del hombro para asegurarse de que no lo veían.

—Estoy vivo —dijo Sol en un murmullo ronco. Sacó una mano entre los barrotes de la jaula con la intención de hacerle un gesto a Max para que se fuera—. Vuelve con los demás. Los nazis te pegarán un tiro si te pillan merodeando por aquí.

Max se arrastró un poco más cerca y se detuvo, jadeando con fuerza.

—Nadie nos presta atención. Incluso los centinelas han dejado de vigilar. —Señaló con el dedo índice la torre más cercana—. Todos los demás han bajado al extremo este, con los rifles preparados. ¡Mira! ¿Los ves? —Señaló hacia el lado opuesto del perímetro, más allá de la choza del Zana-Malata—. Y allí, justo al borde de la jungla. ¿Puedes verlos?

—¿Los kalanaro? —preguntó Sol.

Max asintió.

En el extremo este, alguien estaba disparando al aire, y Sol observó con repugnancia cómo los nazis gritaban y saltaban, celebrando su triunfo cuando los kalanaro desaparecieron entre los arbustos.

—Es este lugar. —Max miró a su alrededor con cautela, contemplando la jungla—. Esta África. No es real.

—Supongo que en África ocurren cosas bastante extrañas —dijo Sol—. Cosas que los blancos no comprenderán jamás. Pero esto... —Miró los alrededores, aunque con más furia que temor—. Esto no es África. Esto es Europa... trasplantada.

Sin embargo, no tenía la mente puesta en sus palabras. Estaba reflexionando sobre lo que Max había dicho. ¿Dónde, entre las sombras del campamento, terminaba la realidad y comenzaba la ilusión?, se preguntó. ¿Y dónde estaba el límite, si es que existía, que diferenciaba sus sueños de sus vigiliadas?

—¿Por qué odian los nazis a los judíos? —preguntó Max de pronto. Se giró a un lado y contempló el espectáculo que tenía lugar al otro lado del campamento, como si estuviese haraganeando en el césped de un pueblo, escuchando una tonada veraniega—. He estado pensando mucho en eso últimamente. Es imposible que crean que

nosotros fuimos los responsables de la muerte de Cristo. De cualquier forma, han renunciado de forma oficial al cristianismo. Saben que luchamos a su lado en la Gran Guerra, y, con toda seguridad, no pueden estar todos tan ciegos como para creer esa estupidez de que somos «infrahumanos». ¡Mira lo que hemos hecho, Rabí! Las escuelas que hemos fundado, los Premios Nobel que hemos ganado, los juicios... — La serenidad lo abandonó y entrecerró los ojos, incapaz de comprender.

Miró al cielo, al parecer demasiado triste como para seguir expresándolo con palabras.

—No odian a los judíos —dijo Sol.

—¿Qué? —Max lo miró con incredulidad—. ¡Y pensar que te llamamos «rabino»!

—Esta vez la persecución no es para purificar o hacer otra matanza. Esos días murieron con los reyes cristianos, que querían matarnos solo en el caso de que no pudieran convertirnos. En sus mentes, nuestra religión era una amenaza para la salvación del mundo. Lo que el párroco Treichzat llamó un odio «racional». Como odiar al enemigo.

Entrecerrando los ojos, Sol pudo ver las caras de los kalanaro, salpicadas de manchas blancas, emerger lentamente de entre el follaje.

—Con el nacimiento de los modernos dictadores, nos hemos convertido en el foco de un odio irracional. Como tener miedo a la oscuridad. Los nazis no nos odian... nos temen. No quieren convertirnos al Nacionalismo Socialista, quieren exterminarnos. Representamos la razón, la sabiduría y la justicia, las mismas cosas que los fascistas y los comunistas deben hacer desaparecer del globo si quieren que sus ideologías sobrevivan. Somos como una señal... aquellos que le recuerdan a la conciencia del mundo que «no debes hacer eso».

—La ley moral —dijo Max, con los ojos resplandecientes de admiración al descubrir el hilo de la lógica de Sol— contra la ley de la jungla. —Apretó la mano de Solomon y sonrió—. Encontraré al Oberst y le pediré que te libere —añadió—. Si quieren tener a alguien allí, les dejaré que me lleven. A ti te necesitan aquí.

Sonrió una vez más y, dándose la vuelta, se arrastró sobre el vientre como un guerrillero.

Bruqah condujo el ruidoso tanque a lo largo de la senda que ahora atravesaba la selva y ascendía hacia el cementerio. Erich alzó la mirada para observar entre la vegetación que el sol, que parecía haberse pintado con el colorete de Miriam, colgaba de un cielo tan azul como su sombra de ojos. Justo sobre su cabeza, unos cirros del color del cobre fundido flotaban como plumas en el cielo. Mientras contemplaba cómo la intensidad de la luz disminuía y la superficie ondulada de la bahía, con el agua de un vivo azul turquesa, adquiría una pátina brillante, se preguntó por qué nunca había percibido ese tipo de cosas antes de que Miriam se fuese a vivir con él.

¿Fuese a vivir con él?

La frase no era precisamente acertada... pero él ya había dejado atrás la amargura, sin duda alguna. Aquellos días en los que se preocupaba por los sentimientos que Miriam tuviera hacia él —y en los que no dejaba de hacer cosas humillantes para ganarse su aprobación—, formaban parte de un mundo que se había vuelto loco. El amor adoptaba multitud de formas, cientos de rostros; los sentimientos de Miriam hacia él cambiarían en cuanto le demostrase que era capaz de alzarse muy por encima de la pestilencia nazi.

El tanque alcanzó el fondo del valle que se formaba entre las dos colinas y giró para subir la segunda pendiente, con la selva rodeándolo, una vez más, como si fuese un túnel. La luz del sol se filtraba entre las frondas, llenando de motas el vehículo y adornando las hojas con puntitos brillantes. Las ramas arañaban los laterales o se lanzaban en picado hacia abajo, como si quisieran decapitarlo. El tanque gruñía y se sacudía mientras la pala apartaba los árboles caídos y los arbustos. Suponía que debía sentirse eufórico por la rapidez con la que los judíos abrían los caminos pero, sorprendentemente, descubrió que lo apenaba ver las sendas y los claros que las hachas y las cargas explosivas habían creado. La selva tropical le había devuelto esa pueril ilusión de descubrir lugares y objetos secretos; misterios que suplicaban seguir siendo ignorados. Tal vez se había equivocado al ordenar que los judíos ensancharan el más largo de los dos senderos que iban desde la cabaña hasta el valavato, por mucho sentido que tuviese la decisión desde el punto de vista militar. Hubiese preferido mantener la colina menos accesible. Que siguiera siendo su refugio, hasta el momento de necesitarla como defensa frente a un ataque.

De repente, el tanque se detuvo.

—Mire allí, señor Ciudadano Alemán.

La voz de Bruqah sonó tan gélida como el hielo. Apartando una rama, Erich observó al malgache, que tenía los ojos cargados de furia y la vista clavada en la espesura de la selva. Allí delante, tras las capas de arbustos cuajados de orquídeas y rodeados de lianas, Erich distinguió las siluetas de los judíos que trabajaban entre la

maleza. El «chas, chas, chas» de los machetes y las hachas se alzaba sobre el ruido perezoso del motor. Aunque veía a uno de los guardias allí de pie, con el arma apoyada en el brazo, no se escuchaban voces; no se gritaban órdenes ni había hostigamiento de ningún tipo. Le alegró que los guardias estuvieran, en apariencia, cumpliendo sus órdenes en lo concerniente a los judíos. No se adiestra a un perro a base de golpes, les había recordado a los hombres de Hempel.

—No veo nada extraño —dijo Erich.

Bruqah bajó la mano, pero su semblante siguió mostrando la misma expresión furiosa.

Perplejo —por lo general, el malgache era bastante afable—, Erich siguió la dirección de la mirada de Bruqah hasta los arbustos. Miraba algo que estaba bastante más cerca que los hombres que trabajaban en el claro de la jungla. Intentó distinguir lo que era, pero las flores y los helechos lo distraían y le hacían olvidar sus intenciones, embriagándolo con la belleza de sus colores.

—¡Explícate! —le ordenó al final, exasperado.

El malgache meneó la cabeza con incredulidad, dejó el volante y bajó al suelo. Con la gracia de un lémur, se acercó a la vegetación.

Erich soltó un juramento en voz baja y lo siguió, apartando la maleza que el otro hombre parecía haber sorteado sin ninguna dificultad. El musgo colgaba en diáfanos cortinas que le rozaban la cara, acariciándolo como lo haría la mano de una mujer. Los enormes brotes de una liana, semejantes a unos dedos grotescos, le arañaron los hombros.

A través de una gruta de arbustos, plagada de mosquitos y tan sofocante que el sudor se deslizaba desde el pelo en irritantes regueros, Erich consiguió alcanzar a Bruqah, que estaba en cuclillas con la cabeza inclinada delante de un tótem poco más grueso que la muñeca de una mujer. Estaba roto, con un corte sesgado, a una altura aproximada de un metro sobre el suelo. El malgache tenía los ojos cerrados y en su rostro se apreciaba una intensa emoción.

—Lo prometiste, señor Ciudadano Alemán —dijo con tristeza—. Dijiste que pasado de isla sería perseverado.

—Preservado —lo corrigió Erich de mal humor, buscando el resto del tótem entre las ramas quebradas y la hojarasca del suelo.

Para Bruqah, cualquier mención del pasado era inviolable. No tenía sentido discutir con el malgache por la pérdida de una reliquia; había sido él quien pronunciase el decreto que estaba siendo ampliado a un contexto mucho más extenso. La colina estaba plagada de indicadores ocultos que se extendían, siguiendo un diseño indescifrable, desde la cima —donde los más altos rodeaban la cripta de piedra—, hasta la base, donde se encontraban los más pequeños. Era inevitable destruir algunos de ellos según se iban desbrozando los caminos y los claros.

—Aquí está —dijo Erich, alzando el trozo de tótem que acababa de encontrar. El extremo dañado había sido cercenado de modo extraño. La madera de magnolio

estaba partida, como si se tratase de un trozo de esquisto. Parecía haber sido quebrada por un golpe, más que por la explosión en sí. Era posible, supuso, que la selva—capaz de intensificar la onda expansiva del mismo modo que la bloqueaba en ocasiones—hubiese sido la causante del daño; algo así como una cantante de ópera que hacía estallar una cristalería.

El tótem no tenía ningún otro daño aparente. Los adornos de hojas retorcidas le recordaban las intrincadas velas con forma de pétalos de flor, tan populares durante la Pascua. Otra serie de grabados más realistas—lémures que se balanceaban unos sobre las espaldas de otros y lo miraban con enormes ojos de pupilas en espiral—componían la parte media del poste. Unos diminutos cuernos de cebú, motivo bastante común en otros tótemes que había visto, adornaban la parte superior.

—¿Quieres que lo una de nuevo? —preguntó al malgache—. Hay algunos artesanos excelentes entre los judíos.

—Daño está hecho.

Será mejor que dejes correr el asunto, decidió el coronel. Si Bruqah no quería que el tótem se reparara, podría servir, al menos, como un estupendo bastón. Erich lo probó para comprobar el tamaño mientras se abría camino entre la espesura para regresar al tanque. El peso y la altura eran perfectos. Le proporcionaba una sensación de equilibrio y poder. No era de extrañar que los miembros de la Antigua Orden de Alemania hubiesen valorado tanto ese tipo de cosas.

Tras él se escuchó un chillido, y Bruqah surgió del camino con un lémur de cola rayada subido alegremente a sus espaldas y con los brazos alrededor de su cuello. No había hecho más que subir al tanque cuando Pleshdimer apareció tras ellos, caminando a grandes zancadas y agitando los brazos mientras se tropezaba con la maleza y los troncos de árboles que aún no habían sido retirados.

—Herr Oberst, venga rápido. ¡Ha llegado el momento de la apertura! —dijo el Kapo sin aliento.

—¡No creo que hayáis acabado de retirar la maleza que ya ha sido cortada! —Con un gesto irritado, señaló los árboles caídos entre los que se encontraban y añadió—: ¡Mira esto!

Pleshdimer agachó la cabeza, como una tortuga que se refugiara en su caparazón; no obstante, había un brillo codicioso en sus ojos.

—Los demás dicen que está bastante bien, mein Oberst. Ya habrá tiempo para despejarlo todo una vez que se realice la apertura.

A Erich le asqueaban esos ojos saltones, esos labios pringosos y esos pliegues de grasa que rodeaban su cuello. Siguió al hombre sin apresurarse.

El camino los engulló, estrechándose cada vez más. Los suaves y puntiagudos estambres de las arizas rojas lo cubrieron de polen al agacharse para pasar bajo el último tramo de espesura, antes de salir al soleado cementerio.

Había esperado encontrarse a los dos guardias fumando, sentados sobre el túmulo de la cripta cubierto de hierba, mientras los judíos trabajaban a su alrededor,

apartando los arbustos y ramas que acababan de cortar. Aquel lugar, con sus delicados y esbeltos tótemes de madera de magnolio y caoba, seguiría siendo inaccesible para el tanque una vez se hubiese hecho la limpieza preliminar. El trabajo tendría que ser lento y metódico; nada de cargas explosivas ni de errores.

Al contrario de lo que se había imaginado, los guardias estaban cavando con el mismo ímpetu que los judíos y no parecían resentidos en lo más mínimo.

Habían cavado una zanja a lo largo de la parte frontal de la tumba, dejando a la vista la entrada de piedra. Erich tenía la intención de convertir la cripta en un fortín, en su línea de defensa más occidental. Tendría una buena vista de la bahía y un excelente ángulo de tiro sobre la laguna con forma de media luna que se extendía a sus pies, lugar donde se encontraba el Storch.

Pleshdimer señaló hacia la zanja con un dedo.

—La selva me dijo que ahí encontraríamos oro y tesoros —dijo.

—La selva... —repitió Erich—. ¿Qué será lo siguiente: un arbusto en llamas que habla?

—Cree que ha escuchado viento susurrar —dijo Bruqah en voz baja, acercándose a Erich por la espalda. Los ojos del malgache tenían un brillo travieso—. Lugar de descanso de Ravalona lleva tanto tiempo olvidado, mi paciencia había acabado por agotarse.

Erich sonrió. Contemplar a los guardias cavando con semejante frenesí le proporcionaba una perversa satisfacción. Según Bruqah, la tumba estaba vacía —no solo no había oro, sino que tampoco había huesos—, un hecho que Erich había recalcado antes de que todo aquello comenzara.

—Es única cripta en Mangabéy —explicó Bruqah—. Hay más allí —dijo, señalando al continente—. Imagínate. Una tiene gran aeroplano —extendió los brazos hacia los lados—, como en los que hombres muertos vuelan en vida.

La cripta que estaban a punto de abrir no tenía ningún tipo de adorno, exceptuando los tótemes que la rodeaban y la capa de hierba, parecida al musgo, que la cubría y que no parecía ser autóctona de Mangabéy. Había sido construida, en palabras de Bruqah, como Ravalona hubiera querido; según se decía, apreciaba la sencillez por encima de todo. Quizás se tratase de un mito, pensó Erich, una consecuencia de la parte más triste de la verdadera historia: una princesa nativa que fue capturada, junto a su doncella, durante la época de la trata de esclavos, y que fue embarcada en dirección a la isla de Mauritius. Lo que quizás en un principio comenzara como un intento de secuestro con el fin de conseguir un cuantioso rescate había acabado en tragedia, ya que la joven murió de unas fiebres y jamás regresó a su hogar. Su cuerpo no había sido reclamado puesto que, tras el fallido intento de Benyowsky de rescatarla con vida, tampoco se consiguió recuperar el cadáver.

Al parecer, los guardias no habían oído lo que Erich les contara de la tumba; o, por lo menos, no le habían prestado atención... Un pequeño desaire, si bien uno de tantos. Murmullos a sus espaldas, ojos carentes de expresión al saludar o cambios en

los deberes asignados a cada cual porque Hempel así lo había aprobado... o eso era lo que alegaban.

Que excaven, pensó. Quizás así aprendan a prestar atención cuando se les habla.

Las palas se encontraron con la roca. Los bloques tallados y descoloridos desprendían un fino polvo amarillo que se extendía sobre la tierra rojiza recién levantada cada vez que uno de los guardias vaciaba una pala por la ladera de la cripta para desalojar la tierra. Los soldados hablaban entre susurros y evitaban mirar a Erich a los ojos. Lanzaron maldiciones y ahuyentaron a Goldman cuando este les preguntó si las piedras blancas que servían de base a los tótemes se dejaban donde estaban o había que apartarlas. Con una ligera sonrisa y un pequeño movimiento de cabeza, Erich indicó que se dejaran donde estaban, y Goldman regresó al trabajo.

Esa era la diferencia entre los guardias y los judíos, decidió. A los primeros se les pagaba para no pensar. Los últimos jamás dejaban de hacerlo, como habían demostrado al sobrevivir en los campos de concentración.

La aristida crecía en manojos a lo largo de la ininterrumpida línea vertical de roca que señalaba la puerta de entrada a la cripta; había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que alguien la abriera. Para Erich, ese detalle era un buen presagio, aunque no sabía explicar muy bien por qué. Quizás fuese porque, al igual que sucedía con la tumba, le gustaría que su propia historia permaneciera intacta, pensó.

El sonido ronco del Panzer interrumpió sus ensoñaciones. El tanque se acercó aplastando la maleza al tiempo que doblaba y partía las ramas más bajas. Erich se acercó al vehículo con aire resuelto e indicó por señas que se detuviera. El vehículo así lo hizo. Bruqah asomó la cabeza.

—¿No se te ordenó que dejases este vehículo donde estaba? —lo reprendió Erich—. Te quejas por la destrucción de las reliquias de la falda de la colina y ahora pones en peligro todas estas, que son mucho más grandes.

El malgache se encogió de hombros.

—Daño está hecho —contestó—. Te perdono. —Se apeó del tanque y colocó una mano sobre el hombro de Erich.

El coronel se zafó de la mano del hombre.

—¿Dónde has dejado a Miriam y al niño?

—Misha despertó. Han caminado un poco hasta aquí. —Desapareció por la torreta y apagó el motor del tanque, que dejó de hacer ruido con un último resoplido furioso. El malgache se alejó caminando hacia la recién despejada entrada de la tumba.

Bruqah arrancó un manojito de hierba y, sosteniéndolo por las raíces, pasó los dedos por las gruesas hojas, como si de un mechón de cabello se tratase.

—Difunto en interior de tumba sueña con luz del sol —dijo.

—¿Estás intentando provocarme? —preguntó Erich con voz amenazadora—. Dijiste que la tumba estaba vacía.

—Excepto de anhelos. —El malgache colocó la mano sobre las piedras y la

tristeza inundó sus ojos—. Ser enterrado lejos de casa igual estar perdido. Cuando no se puede traer cuerpo a cementerio familiar, se levantan piedras en carreteras o caminos principales para que alma sepa volver casa. —Guardó silencio un instante y se rascó la cabeza, como si estuviese buscando las palabras adecuadas para expresar unos conceptos tan complicados—. Para hombre normal suficiente así —prosiguió—, pero para vazimba... —Se detuvo de nuevo—. Gente engañada después de muerte Ravalona. Sirviente dijo que alma de Princesa entró en conde. Gente se postró ante él. Soldados franceses vinieron y...

—Conozco el resto de la historia —dijo Erich.

Benyowsky no tenía ningún tipo de poder en aquella época. Una vez supieron la verdad, la gente lo abandonó y fue asesinado por sus amigos los franceses... y no se levantó de entre los muertos tres días después, como había prometido.

—Cripta fue construida con esperanza de que reina volviera a casa —siguió Bruqah—. Ella volver pronto.

—Murió hace ciento cincuenta años —dijo Erich.

—Según tú cuentas tiempo...

Los guardias, hurgando en las grietas y con las espaldas dobladas a causa del esfuerzo, estaban intentando abrir la losa de piedra de la entrada. Bruqah se acercó a ellos, agitando los brazos para que se detuvieran. Los soldados se hicieron a un lado, suspicaces e inquietos.

—Ahora va a decir que necesitamos saber las palabras mágicas —se burló uno de ellos.

Bruqah le dedicó una sonrisa indulgente. De algún lugar oculto bajo el lamba — un bolsillo, suponía Erich— sacó un trozo de tendón.

—Sé testigo de ofrenda, Zanahary —le dijo al cielo—, procedente de un cebú suculento y bien criado, sacrificado ayer mismo.

Cerró los ojos y arrojó al aire el pedazo de carne, que fue a caer entre un grupo de judíos, quienes lo esquivaron. Los guardias estallaron en nerviosas carcajadas.

Bruqah sacó un segundo trozo de carne y lo sostuvo en la palma de la mano. Señalando a un lado y a otro, como si se estuviese dirigiendo a los vértices de la tierra, dijo:

—Sed testigos, ¡oh, ancestros! Aunque no conozcamos todos vuestros nombres, estáis incluidos en esta oración. No os convertáis en espectros sin hogar. ¡Proteged a vuestros hijos de brujería! ¡Dadnos vuestra bendición!

Lanzó el trozo de carne a los pies de uno de los guardias, que retrocedió con recelo.

—Sé testigo, ¡oh, Tierra! Te lo entregamos porque tú lo entregaste a nosotros.

El canto de los pájaros, el zumbido de los insectos y el sonido de la respiración de los congregados resonaban en los oídos de Erich, que, en ese instante, regresó al hogar. El padre Dahns estaba arrodillado frente al altar y las figuras de bronce de María y José miraban desde sus hornacinas al niño que lo contemplaba todo con los

ojos abiertos de par en par, de pie entre sus padres, mientras estos hacían la correspondiente genuflexión y él, sin soltar sus manos, se preguntaba acerca de la Santa Madre y su marido el carpintero.

—Maldito seas —dijo Erich en voz baja, mientras el vazimba se sentaba sobre los talones, con la cabeza agachada y los brazos colgando a ambos lados del cuerpo.

—¿Ya está? ¿Ya no hay más abracadabra? —preguntó un guardia, apoyándose sobre la piedra. Una boa constrictor, con la piel a cuadros anaranjados y rojizos, se arrastró entre sus pies. El joven soldado gritó y se hizo a un lado de un salto, pateando el suelo como si estuviese intentando apagar una hoguera. Se estremeció al ver al animal serpentear hacia las hierbas altas.

—Serpiente dó —explicó Bruqah. Sin perder un instante, se internó entre la hierba y cortó el paso al animal.

En cuanto vio los pies delante de ella, la serpiente alzó la cabeza, avanzó un poco y se enroscó alrededor de uno de los tobillos. El malgache miró a Erich, y sin separar los labios, sonrió al tiempo que alzaba la pierna con la serpiente colgando.

—Son recipientes para almas de muertos —informó.

—Creía que habías dicho que esta cripta estaba vacía —repitió Erich, que percibió de inmediato las miradas enfurecidas de los soldados.

—No siempre tengo razón, señor Ciudadano Alemán. —Retiró la serpiente de su pierna y, tras sostenerla con el brazo extendido para evaluarla, la agitó para que se desenroscara de su brazo y la arrojó, sin muchas contemplaciones, entre la maleza—. Abrid y lo descubriremos.

Los guardias se pusieron de inmediato a la labor y comenzaron a tirar de la piedra con todas sus fuerzas. La losa se movió con facilidad y pilló por sorpresa a los hombres, que perdieron el equilibrio.

No es más que un simple ilusionista, pensó Erich, más torpe que el sifilítico pero, probablemente, también mucho más inofensivo. Observó un instante a los guardias antes de encaminarse hacia la tumba. Los hombres apartaron los ojos para evitar su mirada.

Entró a la cripta pasando de lado por la estrecha abertura de la puerta. Al instante, lo envolvió una fresca oscuridad, que le proporcionaba una sensación de alivio después de tanta humedad. Permaneció sin moverse un instante, empapándose de la tranquilidad y el maravilloso sentimiento de estar alejado del mundo exterior, con todo el calor y los cambios de humor.

—Traedme una linterna —ordenó finalmente, casi esperando que, al encenderla, encontraría a Solomon escudriñando la mohosa oscuridad mientras acunaba a un terrier entre sus brazos, en el escondite de las cloacas de su juventud.

En lugar de eso, la luz reveló un cadáver putrefacto, vestido con uniforme militar y reclinado sobre una silla de rafia y caoba que colgaba del techo, sostenida por unas cuerdas desgastadas. Erich vio con total claridad que el cuerpo estaba descompuesto. La carne grisácea, con manchas provocadas por la edad, había desaparecido en

algunos lugares, dejando a la vista los huesos oscurecidos de los pómulos y la nariz. Las cuencas de los ojos estaban vacías, con la excepción de un trozo de carne ennegrecido en la parte inferior de cada una de ellas. Los labios habían desaparecido y los dientes estaban dispares.

Erich rozó accidentalmente la silla al acercarse para inspeccionar el cadáver. La cabeza se inclinó hacia delante, hasta que la barbilla quedó apoyada sobre el pecho, y lo que quedaba de la peluca a punto estuvo de deslizarse del cráneo. Sobre una camisa de gruesa muselina, el cadáver llevaba una chaqueta bordada, deshilachada por el paso del tiempo, cuyas mangas lo tapaban hasta las muñecas y estaban rematadas con un fruncido de batista que ahora colgaba como un harapo. Los que antaño fuesen brillantes botones, apenas si resplandecían ahora bajo la luz. Unas pequeñas hebillas adornaban las calzas de terciopelo negro a la altura de las rodillas. La parte inferior de las piernas, dobladas bajo el resto del cuerpo y no colgando como cabría esperarse, estaban cubiertas por unas botas altas y ajustadas, y unas polainas adornadas con un remate de tela blanca.

—Benyowsky —supuso Erich, pronunciando el nombre en un murmullo. Le latía el corazón con tanta fuerza a causa de la excitación que su habitual terror hacia los muertos parecía haberse evaporado.

La húmeda estancia, de techo bajo, resultó estar vacía salvo por el esqueleto y tres pequeños cuencos de cerámica, adornados con dibujos que representaban unos barcos azules que navegaban en un mar de flores, también azules. Las vasijas estaban dispuestas sobre una losa de piedra que sobresalía de uno de los muros laterales y que, quizás, hubiese estado destinada a ser el lugar de reposo de un cadáver. El suelo también era de piedra, aunque estaba cubierto con una delgada capa de musgo humedecido. Cuando lo tocó, Erich hizo una mueca de asco antes de limpiarse los dedos en los pantalones.

Bruqah entró en la tumba.

—Tú ya sabes quién es —dijo Erich al percibir la tranquilidad del malgache.

Brugah cogió uno de los brazos del esqueleto por la muñeca, como si le estuviese buscando el pulso, y volvió a dejarlo en su sitio.

—Creo recordar que dijiste que Benyowsky había sido enterrado en el extremo más alejado de la bahía, cerca de la desembocadura del río Antabalana —le recriminó Erich.

—Allí está su tumba —lo corrigió Bruqah—, pero no está enterrado. Y, por favor, recuerda mi gente mueve y cambia sudarios a muertos cada vez que lambdamena necesita ser reemplazado; o cuando espíritus de vivos sienten necesidad.

—Con los muertos malgaches lo entiendo, pero ¿también lo hacen con los europeos?

Bruqah rodeó lentamente el cadáver, mirándolo con atención.

—¿Conde nunca fue malgache? ¿No tenía raíces en nuestra tierra? —Alzó la mirada hacia Erich—. ¿Nunca fue un Ampandzakabe?

Las palabras del malgache dejaron helado a Erich. No es más que la humedad de la tumba, se dijo a sí mismo. Cruzó los brazos sobre el pecho y encorvó los hombros.

—Alguien trajo el cuerpo hasta aquí. ¿Quién se tomaría esa molestia?

—Zana-Malata aguarda regreso de alma de princesa.

—¿Y tú? —preguntó Erich mientras los guardias se asomaban para echar un vistazo. Erich los apuntó con la luz de la linterna—. ¡Fuera!

Los hombres se retiraron entre murmullos.

—Yo también —le respondió Bruqah en voz baja—. Yo también. —Y, en voz más alta, añadió—: Cuerpo mira al este, donde descansan espíritus de nuestros ancestros. Piernas plegadas. Está prohibido extender pies hacia este. Todo con mucho cuidado, sí. Todo bien hecho.

—Alguien se tomó muchas molestias —dijo Erich, temeroso de desvelar sus sospechas por miedo a que Bruqah disintiera... y a que el poco sentido que le encontraba a todo aquel asunto acabara por enredarse por completo.

—Conde ha esperado muchos años regreso de su mujer. Está ansioso por verla, creo. Sabe que ella cerca, creo.

—Tú sabes demasiado —espetó Erich con dureza—. O, por lo menos, eso es lo que crees.

Utilizando la linterna a modo de lanza o bastón, urgió al malgache para que saliera de la tumba. Cuando el haz de luz iluminó de nuevo los cuencos, creyó ver granos de arroz mezclados con lo que parecía ser grasa de pollo en dos de ellos pero, al alumbrarlos una segunda vez, se dio cuenta de que los tazones estaban vacíos. Salió de la cripta y entornó los ojos ante la luz del sol y el calor.

—Queremos ver el interior —dijo un guardia—. Queremos verlo nosotros también.

Erich le pasó la linterna y los dos guardias se apresuraron a pasar por la grieta.

—Si descubro que lo habéis tocado o que habéis registrado sus bolsillos, os acusaré ante un tribunal militar —les advirtió.

Ordenó a los judíos que recogieran y estos se marcharon con las palas sobre los hombros. En cuanto los dos soldados salieron de la cripta, los despidió también y envió a Bruqah en busca de Miriam y del niño. A solas en aquel lugar, el mundo —incluso este nuevo mundo— parecía estar muy lejos.

Todo iba a salir bien, pensó. Y, si todo lo demás fallaba, siempre quedaba el «Plan B»: el Storch que esperaba allá abajo, en la laguna. El problema residía en el hecho de que solo Hempel sabía cómo manejarlo. Además, el Storch solo tenía cabida para tres personas; no sabía si sería posible llevar un cuarto pasajero. ¿Y quién sería la tercera persona?

¿Miriam? ¿Sería feliz esta sabiendo que habían dejado atrás a Sol?

¿Tauro?

A lo lejos, un motor se puso en marcha con un ruido ahogado, en respuesta a sus pensamientos. Erich se puso en pie y contempló la laguna donde Hempel realizaba

las comprobaciones diarias del motor de la avioneta. La luz del sol arrancaba destellos al fuselaje del Storch. A esa distancia, el avión parecía de juguete.

Erich deseó haber tenido el tiempo y la ocurrencia de aprender a volar. En Berlín, había creído que el modo de escapar pasaba por embarcarse en los botes de goma que, unidos unos a otros, formarían la balsa flotante donde podrían trasladar el Panzer y el resto del equipo pesado para llevarlo a tierra.

Eso había sido entonces.

Ahora se daba cuenta de que perderse entre las selvas del norte de Madagascar o entre la jungla humana que habitaba Antananarivo, la capital, no sería suficiente. Tendría que abandonar su vida anterior por completo, lo que significaba que debía poner distancia entre él y Mangabéy tan rápido como fuese posible. Ergo, un aeroplano.

Ese aeroplano.

Ascendió por la ladera polvorienta de la tumba y se sentó sobre la hierba que cubría la parte superior del túmulo. Obedeciendo la admonición de no extender las piernas, las mantuvo dobladas. El cabello de las tumbas, pensó, recordando un poema que leyera en una ocasión. Arrancó un manojito de hierba, dobló una brizna por la mitad e intentó hacer un silbato. Cuando consiguió emitir una especie de chirrido balbuceante miró a su alrededor con aire culpable, temiendo que alguien lo hubiese visto o escuchado, y arrojó la hierba al suelo.

Misha estaba tumbado sobre la hierba, a los pies de Miriam, fuera de su cuerpo, viéndose a sí mismo, feliz de que, durante un rato, no hubiese otro dolor más que esa opresión en el pecho que lo hacía toser a todas horas. Pensaba acerca de lo que quería hacer cuando fuese mayor; si con desear bastara... ojalá aún viviera con sus padres en Berlín. Era un juego con el que se entretenía cuando no pensaba en el modo de matar a Hempel y a Pleshdimer.

Ese día, la respuesta estaba muy clara.

Se convertiría en un mago, como Jean-Jacques Beguin. Su padre lo había llevado a ver al ilusionista una vez y, después, ambos habían hablado de la posibilidad de que Beguin leyera realmente las mentes de los demás. Su padre decía que solo existían dos tipos de magia: la magia verdadera, la que hacía Dios, y la magia falsa, la de los hombres. Misha se preguntaba si su padre estaría en lo cierto.

Tal vez hubiese también un tercer tipo: la magia que Dios entregó a los hombres.

—Mishele, ¿qué estás pensando? —le preguntó Miriam.

Empezó a contestar, pero las palabras quedaron ahogadas por un nuevo acceso de tos.

—Qué tos más fea —le dijo Miriam—. Cuando volvamos a la enfermería, Franz tiene que darte otra vez la medicina y...

—No —contestó Misha con rapidez, al recordar el brebaje ardiente que el Zana-Malata le había dado.

«Es para curar la tos», le había dicho Hempel.

Pero no curó nada, y le produjo unas horribles pesadillas. Recordaba el rostro del Zana-Malata, adornado con unas rayas blancas resplandecientes, inclinándose para abrirle la boca y echarle la cabeza atrás mientras dejaba caer entre sus labios una pequeña cantidad de ese líquido de color rojo intenso. El Zana-Malata incluso recogió con el dedo las escasas gotas que se deslizaron por las comisuras de sus labios y se las volvió a meter en la boca. Estuvo a punto de ahogarse mientras los ojos del sifilítico lo miraban con sorna. Le estaba apretando los labios con fuerza para que no pudiese escupir. Intentó zafarse del hombre, pero le resultó imposible.

Y, entonces, el fuego se extendió por sus venas, haciéndole arder la piel desde el interior, al tiempo que dejaba su cuerpo somnoliento y relajado. Tuvo la sensación de haber cogido una hoja afilada para abrirse la carne y abandonar su cuerpo, como un payaso que saliera al escenario del circo de Berlín tras atravesar un aro de papel. Su mente se avivó mientras su cuerpo se adormecía. Y, entonces, comenzó a ver imágenes: dos civetas que lo observaban desde un rincón de la cabaña; el cráneo de un búfalo de agua con unas velas pequeñas y anchas en las cuencas de los ojos.

Recordaba haber estado tumbado en el suelo sobre un lecho de ramas mientras la

brisa agitaba la puerta de piel de cebú y, en ese momento, la cabaña desapareció. Las paredes lanzaron unos destellos antes de agitarse y esfumarse en el aire. Entonces, comenzó a flotar sobre el prado. El dosel de la selva se había convertido en una cubierta protectora que envolvía las dos colinas de la isla y, alrededor de las orillas negras y tostadas de Mangabéy, rompían pequeñas olas blancas. La bahía era de color azul turquesa, brillante como el satén, sobre las formas difusas de los corales y los salientes que se extendían en el fondo. Más allá se extendía la selva tropical, con forma de media luna, que se alzaba sobre las verdes colinas para acariciar las cumbres que destacaban sobre las copas de los árboles como los vértices de una corona. Era libre. Recordaba haber cerrado los ojos mientras sentía el sol sobre las mejillas y el viento enredándole el pelo. Y le había dado gracias al Zana-Malata y a su potente brebaje.

Pero entonces, regresó a la cabaña. La maravillosa y cálida sensación había desaparecido y el Zana-Malata se alzaba sobre él. Llevaba un sombrero de juncos sin rematar, y los tallos que colgaban de los extremos se recortaban contra el rayo de sol que iluminaba el oscuro interior de la cabaña. Misha sintió ganas de llorar. Pero no iba a hacerlo, él nunca lloraba. La mañana siguiente, después de dejar que el fuego se apagara en el lugar donde su padre lo había escondido y de regresar al matadero que había sido su hogar antes de que la Gestapo irrumpiera en él, se había prometido no llorar nunca más hasta que volviera a reunirse con su padre. No obstante, escuchaba los gimoteos que escapaban de su garganta y sentía los estremecimientos que lo sacudían mientras el Zana-Malata se ponía en cuclillas frente a él y, tras agarrarlo por la muñeca, sacaba una daga pequeña que hasta entonces había mantenido oculta contra un costado.

El Zana-Malata tiró de él lentamente hacia delante. Se dejó arrastrar como si fuese un objeto que estuviese amarrado al extremo de una cuerda. Los ojos del negro ardieron en cuanto le apoyó la punta de la daga en el cuello y la hundió en su carne.

Sin dejar de reírse a carcajadas.

Riéndose...

Estaban sentados a la sombra, pero la combinación de calor e inactividad estaba consiguiendo que a Misha le entrara sueño. En un par de minutos, estaba dormido y soñando... con Hempel, Pleshdimer y el Zana-Malata. En el sueño, estaba tumbado sobre el regazo de Miriam, ambos montados en el tanque que no dejaba de sacudirse, y miraba las nubes preguntándose si no estaría en realidad allí arriba, observando a otro chico que estaba sobre el tanque mientras la máquina araba el prado.

—Tenemos que irnos, Misha —le dijo Miriam, sacudiéndolo con suavidad.

El muchacho miró a su alrededor. Estaba sentado entre margaritas y altos tallos de hierba. A través de un claro entre la vegetación, veía la orilla del mar, en la falda de la colina. Sobre su rostro pasaban las sombras de las nubes que tapaban al sol y sintió que volvía a adormilarse.

—*Lady Miri*, Misha, señor Ciudadano Alemán dice que es hora de marcharse.

La voz de Bruqah surgió de entre la maleza y Misha se estiró perezosamente.

—Vamos, Misha. Dile a Bruqah que me apoyaré en su brazo.

Misha se puso en pie y le ofreció el brazo a Miriam. Ella sonrió y le dio las gracias antes de empezar a caminar en dirección a la voz del malgache. No les costó trabajo encontrarlo. Asumió el papel de escolta al instante, señalándole al chico que fuese en cabeza. Misha vio el tanque entre la vegetación y corrió hacia él, pero un acceso de tos lo asaltó en ese momento y tropezó con un tronco podrido, cubierto con enredaderas de flores de la pasión y habitado por saltamatas y mariposas cebrá. En cuanto se puso en pie, vio que había caído en un lecho de sarracenas del mismo color amarillo pálido y aterciopelado que la luna en una noche de verano. Había restos de escarabajos y hormigas flotando en una especie de almíbar transparente.

Parece miel, pensó mientras metía el dedo en la sustancia pegajosa que cubría el pétalo curvado de la flor y se lo llevaba a la boca para probar su sabor.

El agradable dulzor duró solo un instante. Casi al momento, comenzó a caminar en círculos, trastabillando y jadeando en busca de aire. Vio que Erich se acercaba corriendo por un lado y Bruqah por el otro.

—¿Qué pasa? —gritó Erich—. ¿Qué?

Misha no podía responderle. Se señaló la boca con un dedo; el jadeo se hizo más dificultoso, y cayó al suelo.

Erich agarró a Bruqah por la muñeca.

—¡Qué demonios!

—No es más que un truco —escuchó Misha decir a un guardia—. No es la primera vez que lo veo.

—Si hubiesen hecho esas piruetas en el campo de concentración nos hubiésemos meado en sus caras —dijo otro soldado—. Eso les hacía recobrar la razón.

La respiración de Misha era tan dificultosa que parecía tener toda una orquesta de cuerda en el interior del pecho. En ese momento, vio que Pleshdimer se acercaba a grandes pasos.

—Apártate de él —dijo Miriam, que se interpuso entre Pleshdimer y Misha. Se arrodilló torpemente y colocó la cabeza del niño sobre su regazo. Él la miró con el miedo reflejado en los ojos.

—¡Dios mío! ¿Qué tiene en la cara? Parece algún tipo de sarpullido.

—Vas a ponerte bien —le dijo Erich con suavidad.

Aterrorizado, Misha se estremeció y se quedó quieto. Apenas podía moverse, pero era plenamente consciente de lo que sucedía a su alrededor. Bruqah se puso en cuclillas a su lado y presionó los dedos sobre su garganta, en busca del pulso.

—¿Está...? —preguntó Miriam.

—¿Muerto? —Bruqah sacudió la cabeza—. A veces, eso más fácil. Muerte olvida dolor. —Alzó la vista y le dijo a Erich—: Trae agua.

—Dadle una cantimplora —ordenó Erich por encima del hombro.

Nadie se movió.

—¡Agua!

—Aquí tiene. —El guardia le ofreció a regañadientes la cantimplora.

Erich se la quitó de la mano con brusquedad y se acercó a Misha. Bruqah lo detuvo, colocándole la mano sobre la que sostenía la cantimplora.

—¿Agua buena?

—¡Cómo coño voy a saberlo! ¡Por supuesto que es buena!

—No ser Rano valo, pero servirá si Erichman dice que es pura —dijo el malgache.

—Ya me has oído: lo es —replicó Erich, furioso.

Bruqah le quitó la cantimplora de la mano.

—¿Qué estás haciendo ahora? —preguntó Erich a voz en grito.

—Lo que debo —fue la respuesta de Bruqah—. ¿No soy mpanandroVazimba... un astrólogo? Le advertí a Sollyman: plantas carnívoras muy malas para algunos.

De pie, delante del lecho de sarracénias, inclinó la cabeza, extendió la mano y, murmurando unas palabras que Misha no pudo comprender, derramó unas gotas de agua sobre cada uno de los alargados cálices.

Erich agarró al malgache por el pelo.

—¿Cómo demonios crees que eso va a ayudar...?

Miriam le colocó la mano sobre la muñeca y él soltó al malgache, que estaba vertiendo el agua sobre las últimas plantas, dejando que se derramara por la palma de su mano antes de caer sobre los cálices. Todo ello sin dejar de murmurar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Misha mientras se sentaba y respiraba hondo.

Bruqah se puso en pie, sin dejar de sonreír, y alzó la cantimplora como si de un brindis se tratara.

—Espíritus felices ahora. —Dio un buen trago y se relamió los labios—. Encantamientos dan sed a Bruqah.

Le ofreció la cantimplora a Misha, que bebió hasta saciarse.

—El sarpullido casi ha desaparecido —dijo Miriam, acercando al niño a su cuerpo.

—Ahora me siento bien —dijo él.

Haciendo caso de sus palabras, Erich abrió la marcha de regreso al tanque. Se acomodaron en el vehículo. Misha se sentó en el regazo de Miriam ante la insistencia de esta.

Se irguió con torpeza cuando pasaron junto a la cabaña y, al mirar hacia el lado contrario, vio a *Herr Freund* encerrado en una jaula, como si se tratase de un animal en el zoológico.

—Para —dijo, poniéndose en pie de un salto y pisando a Miriam en el pie—. Por favor. Para.

Erich miró hacia donde señalaba el dedo de Misha.

—Detén el tanque —gritó.

Saltó del vehículo y echó a correr. Misha lo siguió de cerca, dejando atrás a

Miriam que no dejaba de sollozar y de agarrarse a Bruqah, quien acababa de salir del interior del tanque para ver lo que estaba sucediendo.

—No hay que preocuparse. Yo traigo la Torá —chilló Bruqah.

En cuanto llegaron a la jaula, *Herr Oberst* comenzó a impartir órdenes, lo que provocó una discusión pero, al final, *Herr Freund* fue liberado. Tenía la piel de un rojo intenso, cubierta de ampollas.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó el coronel Alois con el mismo tono engañosamente suave que Misha había visto utilizar a su padre cuando sobrepasaba el límite de la furia.

En un principio, la cuestión obtuvo un silencio por respuesta. *Herr Freund* miró entonces a *Herr Oberst*.

—¿Quién crees que lo ha hecho? Él pensó que sería una forma de castigarnos a los dos —dijo *Herr Freund*.

—Acompáñanos —le ordenó Erich.

En aquel momento, Misha se encontró en los brazos de Bruqah con el coronel abriendo la marcha y haciendo a un lado la puerta de lona de la enfermería para dejar paso a Sol y al resto del grupo. El auxiliar médico se encontraba en el interior, con los perros enfermos. Era el tipo llamado Franz, que solía robar chocolate y pan para él en Sachsenhausen.

Con los párpados entornados, Misha observó cómo Miriam, Franz y Bruqah se acercaron a las provisiones y cogieron unas cuantas cosas. El malgache salió en ese momento, diciendo que tenía que recoger hojas de petitboom y de crucetillo para hervirlas y hacer una infusión que remediara la tos del niño.

Erich permaneció de pie, y había furia y dolor en sus ojos. Echó un vistazo a los demás, como si quisiera asegurarse de que no estaban mirándolo, y acarició con los dedos el pelo de Misha.

—Otto Hempel no volverá a hacerte daño —susurró—. Yo me encargaré de ello.

Misha sacudió la cabeza.

—Tengo que volver con él, *Herr Oberst* —le dijo.

—¡No! —gritó Miriam, sujetándolo con tanta fuerza entre sus brazos que apenas lo dejaba respirar—. ¡No permitiré que regreses junto a esos... esos monstruos!

—Tengo que hacerlo —contestó el niño cuando Miriam aflojó el abrazo.

Quería decirle el porqué pero, de algún modo, sabía que, si lo hacía, comenzaría a dudar de su decisión. Sin importar lo que le hiciesen, estar cerca de Hempel, Pleshdimer y el Zana-Malata conseguiría que lo que Misha debía hacer resultara más fácil.

En su mente, evocó la lista.

«Matar», se podía leer junto a cada uno de los nombres.

Matar.

Miriam contempló al niño que dormía. Lo vio parpadear y moverse inquieto, pero el somnífero estaba haciendo efecto; lo más probable era que tardara unas cuantas horas en despertarse. El sueño no le haría olvidar el trauma que había soportado, como tampoco le haría cambiar de opinión acerca de regresar junto a esos animales pero, al menos, estaría alejado de todo durante un buen rato.

Colocó la mosquitera a su alrededor y, después de hacer un gesto a Franz con la cabeza, salió de la tienda para reunirse con Erich, que estaba fumándose un cigarro mientras miraba hacia la parte oeste del campamento.

—Hay que detener a Hempel —dijo—. Tengo que acabar con él de algún modo.

—Hay que detener toda la operación —le contestó Miriam—. Toda esta locura acerca de Madagascar.

—¿Qué alternativa propones? ¿Dejar a todos los judíos de Europa en manos de Hitler y permitir que los aniquile?

—¿Y aquí será distinto? Todos estarán encerrados en la isla, sin posibilidad de escapar. En Europa, al menos, existe la posibilidad de que puedan huir a algún sitio.

—Una vez que la mayor parte de los judíos haya abandonado Europa, Hitler habrá cumplido la promesa que le hiciera al pueblo alemán: librar al continente de su presencia. Y tendrá lo que realmente deseaba: las propiedades que dejen atrás.

—Los nazis sois todos iguales... lo arregláis todo con respuestas simplistas.

Erich ladeó la cabeza y dejó escapar una larga bocanada de humo.

—Últimamente has estado muy rara. El viaje, el embarazo, el asentamiento en la isla... Tendré en cuenta esas circunstancias a la hora de escuchar tus comentarios. —Observó a Miriam y entrecerró los ojos—. Pero no te propases demasiado a menudo, Miriam Alois, porque podrían traspasar la línea y encontrarte en el bando equivocado.

—¿Y desde cuándo hemos estado en el mismo bando?

Erich alzó una ceja en un gesto insolente, como si aceptara con condescendencia los delirios de Miriam, y volvió a darle otra calada al cigarro.

En ese momento, llegó un mensajero a la puerta del campamento, alzó los brazos y dejó que los guardias lo registraran. El hombre se acercó, jadeando, al lugar donde estaba Erich. Se trataba de Max, el más joven de los prisioneros si no se tenía en cuenta a Misha. Durante una de sus frecuentes y breves conversaciones con Miriam, Max le había contado que había sido arrestado al ir en busca de ayuda para su esposa, que estaba a punto de dar a luz. Nunca supo el destino de su mujer ni el de su hijo nonato porque se había negado, a pesar de las torturas, a revelar su paradero. Por la condición en la que se encontraba —y quizás, tuvo que admitir Miriam, por lo increíblemente guapo que era—, Max ocupaba un lugar muy especial en su corazón.

Cuando llegó hasta ellos, Miriam le dedicó una sonrisa mientras el hombre, que aún respiraba con dificultad, saludaba y entregaba su mensaje.

—Me dieron permiso para buscarle en la cripta pero cuando llegué ya se había marchado, *Herr Oberst*, señor.

—¿Y...? ¿Para qué necesitas hablar conmigo con tanta urgencia?

—Para contarle lo que le han hecho a Solomon Freund, señor.

—Puedes estar tranquilo, muchacho —le contestó Erich—. Tu rabino ha sido liberado. Dime, ¿viste al *Sturmbannführer Hempel* mientras subías y bajabas la colina? ¿La considera ahora como el puesto de avanzadilla?

—Nunca me revelarían ese tipo de información, señor. La última vez que vi al *Sturmbannführer Hempel* bajaba por la falda opuesta de la colina, camino de la laguna. Dejó al *Kapo Pleshdimer*, al *Rottenführer Pleshdimer* —corrigió Max sin molestarse en ocultar su desagrado—, al mando.

Miriam percibió que el muchacho respetaba al coronel en cierta medida, a pesar del uniforme nazi. Era evidente que las condiciones de vida en Mangabéy eran muchísimo mejores que las de Sachsenhausen y que ese hecho se debía en su mayor parte al trabajo de Erich.

Y al mío, pensó. Si supiese cuanto me he esforzado...

En ese mismo momento se escuchó un «bum» procedente de la colina más alejada. Habrán empezado de nuevo a despejar el área que rodea la cripta, pensó Miriam.

Erich escuchó con atención, como si esperase ver parte de la selva caer de repente, incluso a esa distancia. Los pájaros que no habían alzado el vuelo antes lo hicieron en ese momento. Satisfecho, al parecer, de que la explosión formase parte de los trabajos de limpieza y no de algún tipo de rebelión, se relajó y metió la cabeza en el interior de la tienda.

—¡Bruqah! ¡Sal! ¡Necesito que conduzcas el tanque! —ordenó.

El malgache apareció casi al instante.

—¿Necesitar a Bruqah? ¿Quién es inútil que no hacer andar máquina?

—Limitate a meterte en el maldito tanque.

—¿Erich? —lo llamó Miriam—. Quiero ir contigo.

Erich la miró, ceñudo.

—Olvídalo. No en tu estado. Esto no es la *Autobahn*, por si no te has dado cuenta.

—Vas a la cripta y yo necesito ver lo que hay dentro.

Para entonces, ya era consciente de que, de algún modo, había perdido parte de los recuerdos de lo ocurrido durante el día y los había reemplazado con algunas de las horribles ensoñaciones —«visiones», como Sol las llamaba— que la asaltaban cada vez con más frecuencia desde la llegada a la isla. Algo le decía que podría encontrar las raíces de la última visión en el interior de la tumba. Si no hubiera sido por el desafortunado episodio de Misha con las sarracenas, habría pedido que la dejaran entrar en la cripta cuando estuvieran allí esa mañana.

Sin mucho esfuerzo, reconstruyó lo que había visto en su mente...

Con los tobillos atados mediante correas, yacía tumbada sobre una roca cuyas depresiones parecían encajar con la forma de su cuerpo a la perfección, como si la hubiesen esculpido para ella. El sudor le corría por la frente mientras las contracciones se sucedían de forma tan dolorosa que juraba que no podría soportarlo. No sería capaz de aguantar ni una más. En ese momento, giró la cabeza y más allá de la puerta vio a unos diminutos hombrecillos que no cesaban de dar vueltas y de bailar dando sacudidas como si fuesen marionetas...

—Por favor, Erich —dijo—. Franz puede quedarse con el niño.

—De acuerdo, entonces —le contestó Erich—. Pero luego no me echas la culpa si acabas agotada. Tú, como te llames, métete en el tanque con nosotros. Asegúrate de que mi esposa no sufra ningún daño.

—¡Sí... señor, *Herr Oberst!*

Miriam se preguntó si el entusiasmo del joven se debía a la posibilidad de ayudarla o al hecho de no tener que hacer el camino a pie... Ciertas cosas era mejor dejarlas en el aire, decidió.

Bruqah condujo despacio, de modo que el tanque apenas se sacudía, ni siquiera en los surcos más profundos. En esta ocasión, Miriam sintió un entusiasmo muy particular mientras viajaba en el tanque; un entusiasmo que no había experimentado desde la infancia; el tipo de alegría que había conocido aquel día en que Sol, Erich y ella fueron en bicicleta al Siegessäule —el monumento a la Victoria—, Y. por la tarde, empapados a causa de un repentino chaparrón, se colaron en la abandonada mansión Belford y jugaron en los cinco acres que conformaban la bodega, imaginando que eran dos caballeros y una dama. Erich había adoptado el papel de Tannhäuser y ella el de *lady Venus*; no recordaba qué personalidad había asumido Sol, pero sí que había resultado ganador. Fue la primera vez que lo vio en el momento en el que los fantasmas lo acosaban...

Hacía demasiado tiempo de aquello como para recordar los detalles con minuciosidad.

Se obligó a volver al presente y percibió un retazo de lo que significaba jugar los soldaditos. Tal vez, pensó, la atracción por la vida militar no se base exclusivamente en el deseo de matar.

—Esto es un desatino total y absoluto —dijo Erich de repente, cuando habían ascendido la mitad de la colina—. Detén el tanque, Bruqah. Regresamos. No tengo tiempo que perder. Ya hemos inspeccionado la cripta y todavía tengo que supervisar la construcción del muelle. Max, ayuda a Miriam a salir de esta cosa. Bruqah y yo seguiremos colina abajo.

Brugah hizo lo que le habían ordenado.

—Erich... —dijo Miriam, cada vez más furiosa.

—He tomado una decisión.

Por la expresión de su rostro, Miriam sabía que Erich no toleraría ningún tipo de

discusión. Cuando llegaron a la puerta, dejó que Bruqah y Max la ayudaran a bajar del vehículo.

—Cuéntame lo que encontrasteis en la cripta, Brugah —le pidió, sin soltarle las manos, mientras él se inclinaba sobre el borde del tanque.

Rápidamente, casi en un susurro, Bruqah se lo relató.

—Algunos dicen que conde no intentó nunca traerla aquí. Otros dicen que no la conoció siquiera, en realidad. Pero todos saben una cosa seguro: ella murió de fiebre y no volver jamás. Ni siquiera para ceremonia de lambdamena.

—La ceremonia en la que se viste a los difuntos.

El malgache la contempló con semblante afligido.

—Esperamos volver a enterrarla. Algún día.

Miriam percibió la creciente impaciencia de Erich, pero no hizo ningún esfuerzo por interrumpir a Brugah.

—Estoy segura de que ese día llegará.

—Todo es posible. Todo tiene una razón. Señor Sollyman saber bien. —Se encogió de hombros, como si acabara de quitarse un peso de encima—. Yo corro mismo riesgo cuando no estar en Madagascar. Hay lugar para mis huesos en cripta de laguna, donde caimanes trasladan almas de antepasados. Yo soy hombre y mujer, los dos. Mi gente necesita mi alma, y así sangre será fuerte otra vez. Aye-aye dice que...

—Su cuerpo se estremeció, presa del temor.

Tenía siempre una apariencia tan orgullosa y resuelta que Miriam detestó tener que soltarle la mano.

—¡Brugah! ¡Vámonos! —gritó Erich.

Miriam rió entre dientes al ver que el gran comandante del ejército necesitaba a un malgache para poner en marcha su maquinaria más moderna...

El tanque se alejó, dejando a Max para que la escoltara hasta la enfermería. Con la necesidad de dar un paseo tras el rudo comportamiento de Erich, ordenó al muchacho que regresara al campamento sin ella y deambuló por un camino que llevaba hasta un bosquecillo de espigados árboles.

Llegó hasta un pequeño claro, casi una gruta, donde había un banco desgastado por el uso y gran parte de la hierba estaba aplastada, como si el lugar fuese bastante frecuentado. Se sentó, agradecida por el hecho de poder descansar los pies. Echó la cabeza hacia atrás e inhaló el aire cargado de humedad mientras observaba el trozo de cielo, de un azul intenso, que las ramas de los árboles dejaban ver. Se sentía extrañamente tranquila, a pesar del calor... y también a pesar de las preocupaciones más acuciantes y terribles: el inminente parto y la supervivencia.

Analizó el cúmulo de acontecimientos que la habían llevado hasta aquel lugar y su propia manipulación de dichos acontecimientos. Había confiado en la amistad que la unía a Juan Perón, el que tanto la había adorado la primera vez que bailara con ella cuando era joven, hermosa y optimista. Se preguntó por un breve instante qué pensaría de ella ahora, con el pelo cortado a trasquilones y la torpeza del embarazo.

Aún era un misterio para ella que Erich jamás hubiese dicho nada acerca de su ataque con las tijeras. Incluso Sol se había mostrado escueto y se había limitado a decir: «Ya crecerá».

Que era, probablemente, lo que el tío Walther y Perón —o Domingo, como ella solía llamarlo utilizando su segundo nombre de pila—, habrían dicho. Ambos la habían malcriado. En aquellos días, Domingo era joven asistente de la embajada italiana y ella no era más que una muchacha a la que su tío estaba preparando para entrar en el escenario político. «Medio judía y, dentro de poco, toda una mujer; eso sí que llamará la atención del Reichstag», le había dicho su tío Walther. Y no es que ella hubiera querido ser otra cosa aparte de artista.

Perón, todavía ansioso por complacerla años después, había solicitado que fuera Erich Alois quien estuviese al cargo del «Experimento Madagascar». O, al menos, al mando de las operaciones iniciales. Contra todo pronóstico, Himmler había accedido a la petición. También había aprobado que ella acompañase a su marido y había firmado, sin la más mínima vacilación, la orden de libertad de un tal Solomon Isaac Freund, un judío que hablaba francés correctamente y que tenía experiencia como contable. Su misión sería la de intérprete y encargado de las provisiones en la partida inicial.

Miriam se había dejado embaucar al pensar que Himmler había basado su decisión en las habilidades de Erich. Después de todo, tanto Erich como sus adiestradores estaban a cargo de la seguridad en el cuartel general de Goebbels y de todos era conocido que su maestría en materia de seguridad y en el adiestramiento de perros bien podía llevar a su equipo del zodiaco hasta el codiciado puesto de guardia personal del propio Hitler.

Unas cuantas semanas después, descubrió que Himmler había accedido a la petición de Perón por motivos políticos más que militares. A pesar de que Hitler la había declarado «libre de sangre judía», a los ojos de Himmler seguía siendo judía. Y, además, la consideraba la estrategia perfecta. Goebbels, con la bendición de Himmler, había contratado a Leni Riefensthal para hacer una película propagandística con Miriam en un papel estelar: «La esposa embarazada del coronel Erich Alois, robada de su cuna por unos judíos y educada por el traidor Walther Rathenau — antiguo ministro de Asuntos Exteriores de Alemania—, ahora se dirige a la isla africana de Madagascar. Esta isla es lo único que queda del continente hundido de Lemuria, hogar de Roc, el gigante alado que atacó a Simbad». Allí se ocuparía de servir tanto a su marido como a su Madre Patria, como si, en su magnanimidad, el Führer hubiera creado un hogar para los judíos.

El documental se exhibiría ante los llorosos ojos del público de los distintos teatros del Reich; o, mejor aún, en teatros de todo el mundo. Como en su primera película, cuando la joven y hermosa *Frau Alois* —que ahora no se sentía ni joven ni hermosa—, renunciaba al judaísmo y a todas sus maldades, y colocaba una corona de flores sobre las tumbas de los jóvenes anarquistas que habían asesinado a su tío.

Para salvar a Sol.

Para mantener vivo su amor.

Cerró los ojos con un suspiro, deseando poder olvidar. El bebé le dio una patada. Sonrió y se colocó una mano sobre el vientre. Los nazis le habían quitado su mansión y su dinero, además de acabar con su carrera. Pero no se quedarían con el bebé. Ni con Solomon, si ella podía evitarlo.

—Deborah —susurró, repitiendo el nombre una y otra vez. Sintió que el bebé se movía, como siempre sucedía cada vez que pronunciaba su nombre en voz alta. Era una niña, estaba segura; una niña consciente de la madre que la llevaba en su vientre.

Las imágenes la asaltaron de nuevo y se entregó a ellas...

... De nuevo, yace en el altar de piedra cuyas depresiones parecen encajar a la perfección con la forma de su cuerpo, como si hubiese sido esculpido para ella. Su vientre se ondula como las olas del mar. Lo contempla horrorizada. El bebé va a nacer y el dolor la obliga a echar la cabeza hacia atrás, pero el extraño movimiento de su vientre no se detiene. A través de la puerta, ve a los bailarines pigmeos que se agitan y resplandecen con sus pinturas de color blanco. Pasa una eternidad antes de que el dolor remita lo suficiente como para poder moverse. Una mano con uñas semejantes a garras le toca la cara externa del muslo. Aterrada, alza la cabeza para mirar su propio cuerpo, pero la mano se aparta. Tras la débil luz de las velas, distingue una figura cubierta por una manta.

Una anciana blanca con anteojos y sombrero de safari sujeto bajo la barbilla con una cinta de gasa de un vivo color amarillo entra en la estancia de piedra. Se acerca a Miriam pero no la toca. Su mano, del mismo tono que los pantalones y la chaqueta de color caqui que viste, permanece suspendida en el aire como si temiera tocar a la mujer que se encuentra sobre el altar.

—Puedes elegir, Miriam —murmura—. Tu hijo te está transportando a otra realidad. No tienes por qué aceptarla.

—¿Quién es usted? —pregunta Miriam, esforzándose por levantarse a pesar del dolor.

—Soy Judith —le contesta la mujer—. La doctora Judith Bielman-O'Hearn.

—Gracias a Dios —jadea Miriam—. Un médico de verdad.

—No soy médico —aclara la mujer—. Soy antropóloga. Trabajo con los Falasha, los judíos negros de Etiopía. Hitler tiene planes para ellos... arrancarlos de su tierra ancestral y enviarlos aquí, a Madagascar. Mussolini ha dado su aprobación al proyecto. Al igual que Stalin, que piensa hacer lo mismo con los judíos ucranianos.

El dolor es insoportable. Miriam chilla, deseando que la mujer la ayude o se vaya.

—He venido a ponerte sobre aviso acerca del malgache. Quiere controlar al bebé.

—¿El Zana-Malata? No permitiría que esa... esa criatura...

—Sí, es malvado y el poder lo ha enloquecido. Confunde al dybbuk que habita el cuerpo de tu bebé con el alma de Ravalona...

—¿El qué?

—El dybbuk que habitaba en Solomon estaba en su simiente...

Antes de que Miriam pueda asimilar por completo lo que escucha, Judith prosigue.

—Pero también está el otro, ese tal Bruqah, que es de quien te hablo. Él sabe que la niña no es la portadora del alma de Ravalona, pero teme lo que esa falsa creencia pueda ocasionar a su gente. Es a él a quién debes temer...

... Tekiah.

La primera nota del shofar se alzó en el aire, larga y melancólica. En la antigüedad, era la encargada de convocar a los judíos para la batalla.

Así pues, el granjero de Juterbourg había logrado fabricar un shofar con el cuerno de cebú que Misha había encontrado, pensó Miriam, contenta de que el sonido hubiera disipado el trance de la visión. Por un instante, cesaron todos los ruidos: las conversaciones y el estrépito de los soldados; los aullidos y ladridos de los perros; la algarabía de los lémures y los insectos de la selva que rodeaba el pastizal de la cumbre de la colina, donde se asentaba el campamento... Todo quedó en silencio, como si tanto los hombres como los animales hubieran reconocido, sea cual fuere el motivo, la llamada tradicional del Rosh Hashanah, el primer día del año nuevo judío.

La puesta de sol volvió a sorprender de nuevo a Miriam. Estaba a punto de oscurecer y el aire fresco de la tarde se pegaba a su piel como una mano suave. Se dirigió al campamento con paso ligero, aunque con cierta torpeza debido a su abultado vientre. Al sudeste del complejo, bajo el altozano que hacía las veces de cuarta torre de vigilancia, Miriam vio que los prisioneros se habían reunido alrededor de Solomon, con las cabezas inclinadas pero con postura erguida, en desafío a las cuatro ametralladoras que apuntaban hacia ellos.

Miriam sintió una oleada de desesperación cuando Pleshdimer pasó junto a ella y le sonrió en su torpe camino hacia los judíos que, con las cabezas inclinadas, no parecían ser conscientes de la inminente llegada del Kapo. Sin embargo, desde la selva, una docena de ojos reflejaron los últimos rayos del sol. Lémures, lo más probable. Si no eran cuidadosos, su curiosidad los llevaría directamente a la cazuela.

Shevarim. La segunda nota. Rota. Lúgubre.

Si pudiese atender al servicio... pero habiendo renunciado «oficialmente» al judaísmo, cualquier cosa que pusiera eso en tela de juicio despertaría la ira de Hempel, por no mencionar la de Erich.

O tal vez no fuese así.

El mismo Führer al que adoraban la había definido como aria. Ni siquiera en una remota isla como Madagascar podían pasar por alto las órdenes de Hitler y vivir tranquilos. Estaba a salvo, por supuesto que sí.

—Solomon, ¿cuándo encontraremos la manera de estar juntos y llevar una vida más o menos normal? —susurró.

Quizás, pensó esperanzada, pudiese observar el oficio desde lejos, aunque lo bastante cerca como para mezclarse con los prisioneros si Hempel y los suyos

decidían intervenir. Si ella misma estaba en peligro, Erich no dudaría en interceder a favor de los judíos.

Meneó la cabeza, reprendiéndose por sus conjeturas, al tiempo que se enfadaba consigo misma por su egoísmo. Tenía que pensar en el bebé, se recordó.

Y, además, ¿qué derecho tenía a pensar que sería bien recibida entre un grupo de hombres que habían sobrevivido a Sachsenhausen?

Teruah.

La tercera nota sonó, aguda, en staccato, expresando el orgullo, el dolor y la esperanza del pueblo de Solomon. En esa ocasión, los animales de la selva contestaron como contrapunto.

Observando las cabezas gachas de los judíos congregados a su alrededor, Solomon recordó la última ocasión memorable en la que había subido al bimah: el día de su bar mitzvah.

Había sido un acontecimiento muy especial, tanto para él como para su familia.

En ese momento estaba de pie cerca del manantial que bajaba desde el terraplén a lo largo de la colina. A un lado, estaban los pocos hombres que creían que su Dios ya no escuchaba sus plegarias. Sobre él, apuntando al trozo de tela que llevaba a modo de yarmulke, había una ametralladora. Detrás de los prisioneros, dos de los adiestradores de Erich sostenían un par de pistolas automáticas Krupp mientras otros seis tiraban, nerviosos, de las respectivas cadenas de ahogo de sus perros.

Obedeciendo a las órdenes de Erich, los hombres de Hempel se mantuvieron a distancia.

—Baruch Ato Adonoy, Elohaynoo Melech Ha'olom —entonó en cuanto Goldman, que hacía las veces de cantor, bajó el shofar. «Que la gracia del Señor recaiga sobre vosotros y os traiga paz. Amén».

Sol hablaba con voz serena. No tenía sentido despertar a los muertos o, al menos, a aquellos que se enorgullecían de extender la muerte y que, moralmente, no eran más que cadáveres.

—Por razones que son más que obvias, la ceremonia será breve —comenzó—. Estamos aquí para honrar un nuevo comienzo. Para nosotros, este Rosh Hashanah es más que un año nuevo o que un momento para la reflexión y el recuerdo. Como judíos, debemos examinar nuestras equivocaciones pasadas, sopesar cómo hemos fallado, de obra y pensamiento, a nuestro señor... y *Führer* —añadió al tiempo que miraba con inquietud a los hombres que sujetaban los perros—. Estamos aquí, bajo la mirada de Aquel que nos creó. Nuestros hechos y conductas deben servir no solo como ejemplo a los que vendrán detrás, sino también como trampolín, comenzando con el campamento base, ya que ellos seguirán nuestros pasos... si no solo nos limitamos a obedecer... —«a nuestras conciencias», quiso decir— sino también a trabajar como posesos.

Y así continuó con el breve sermón, esforzándose para que sus compañeros entendieran su mensaje tanto implícita como explícitamente. En ese Día Sagrado, los suyos rezaban para ser incluidos en el libro de los justos que vivirían un año más. Hasta los muertos, según estaba escrito, oraban por los vivos. Durante ese día, los

judíos revisaban su historia y rezaban para encontrar la felicidad y la esperanza en Jerusalén. Ese era el sueño de todos los judíos desde la Diáspora. Estaba claro que aquel lugar no era Jerusalén, pero tampoco era Sachsenhausen. Qué sensación agri dulce producía el hecho de tener motivos para elogiar a Adolf Hitler...

Sol había meditado mucho el sermón. Quería asegurarse de transmitir el mensaje que se ocultaba tras sus palabras; un mensaje claro pero sutil que transmitía a través de la inflexión de su voz y de los distintos tonos que empleaba. La realidad era que, finalmente, todos y cada uno de ellos tendrían que decidir, a título personal, si ayudaban a los nazis —y se comprometían con el diablo— en la construcción de un santuario en la isla para el judaísmo europeo. Él, Solomon, sabía que los planes de Hitler no consistían, ni mucho menos, en transformar Madagascar en un hogar para los judíos, sino más bien en un gueto desde el cual pudiera aprovecharse de los bienes y las habilidades de los judíos en su propio beneficio. El Führer quería librar al mundo de los judíos al tiempo que echaba mano de todo lo que pudiesen ofrecerle. La lista de los descubrimientos realizados por judíos, especialmente en el ámbito de la ciencia y la investigación, era interminable. Hasta un demente como él no cometería la estupidez de dejar escapar algo así. Una isla judía controlada por los nazis en la costa este de África garantizaría el aprovechamiento tanto de las ideas como de la energía humana que los judíos desplegaban... a la par que protegería los intereses petroleros fascistas en los estados del golfo; aseguraría el imperialismo italiano en Etiopía; y acabaría con las rutas comerciales británicas entre la India y África del Sur.

La idea de una patria judía en Madagascar no había sido originaria de Hitler. Napoleón ya la había considerado; Bonnet, el ministro francés de Asuntos Exteriores había apoyado el plan. Los polacos habían enviado un contingente de hombres a Madagascar para sopesar la cuestión. Pero Hitler había sido el gran creador, si es que conseguía llevarlo a cabo. ¿Acaso no se lo había dicho a Rathenau allá por 1918?... Encierra a los judíos en Madagascar, y úsalos como si fuesen perros.

Y en ese momento, en esa pequeña isla de Mangabéy —casi tan pequeña como la infame Alcatraz, en los Estados Unidos—, el plan estaba aún en pañales. Solomon y el resto de los prisioneros podían ayudar a asegurar la supervivencia de los judíos europeos en mitad de un mundo trastornado por el odio; pero si accedían a construir lo que Hitler quería, correrían el riesgo de apoyar las intenciones del Führer en Madagascar, fuesen las que fuesen. ¿Deberían intentar crear un santuario... o debían sacrificarse y sabotear la misión?

Su historia personal lo conducía hacia la segunda opción, lo cual no era nada sorprendente tras años de estudiar los textos del gran cabalista Isaac Luria. Este creía que el galut, el exilio de los judíos, era un reflejo del exilio que el mismo Dios se impuso a sí mismo al retirarse del mundo para dejar espacio.

Todo sería mucho más simple, pensaba Solomon, si creyéramos lo mismo que la mayoría de los cabalistas: que el galut es una condición universal debida a la necesidad de redención, y no una circunstancia impuesta por el hombre. Tanta fe

tenían en esa premisa que muchos de ellos eligieron el exilio libremente, en busca, no sólo de la expiación, sino también de un método para participar en el, así llamado, exilio divino.

También habló de todo eso en el sermón. Con tantos oídos enemigos pendientes de sus palabras, no podía centrarse demasiado en la realidad actual. Si hubiese podido hacerlo, habría dicho que en el caso de que Hitler no encontrara un lugar adecuado para enviar a los judíos de Europa, se vería obligado a establecer un compromiso, si bien siempre redundando en su propio beneficio. Y si no, ¿qué iba a hacer con los millones de judíos a los que debía enfrentarse en esos momentos, tras la invasión de Polonia y la anexión de Austria y Checoslovaquia? Y, con total seguridad, no se detendría ahí. Parecía de lo más improbable que incluso el propio Hitler creyera que, sencillamente, podría matarlos a todos.

Los prisioneros mantuvieron las cabezas gachas durante el sermón de Solomon. No solo como muestra de respeto y para evitar sospechas, sino también porque cada uno de ellos estaba reflexionando acerca de las cuestiones que Solomon les planteaba, considerando las implicaciones... y recordando sus hogares y a sus seres queridos. ¿Se atreverían a destrozar la posibilidad, por remota que fuese, de volver a ver a sus seres queridos a cambio de la —poco probable— recompensa de ver Madagascar libre de las garras nazis? Aun cuando el proyecto fracasara, en cuanto Alemania atacara Francia, era posible que Madagascar, aunque colonia francesa, se posicionara junto a Hitler. Tanto en Sudáfrica como en la isla, los nazis gozaban de la simpatía general. Solomon sabía que existía otra variable, una que cada uno de los prisioneros tendría que considerar, aunque ninguno admitiera haberlo hecho: Solomon Freund, a quien habían elegido para que adoptara el papel de rabino, tenía —o había tenido— una relación con Miriam Rathenau Alois. Misha, que había trabajado con ella antes de ser hecho prisionero, se lo había contado a todos. Ella estaba allí. Y las mujeres que ellos amaban estaban... ¿dónde?

Si es que todavía seguían con vida.

Cuando el oficio estaba cercano a su fin, Sol hizo un gesto a Goldman para que se hiciera cargo de la lectura de la Torá. Esa noche, compartirían en la cena una cabeza de pescado, como símbolo de que todos ellos serían cabezas y no colas en el año que empezaba. Al amanecer, y de modo personal, ya que no se habían atrevido a pedir un nuevo permiso para volver a reunirse en grupo, cada hombre que todavía tuviese fe arrojaría sus pecados contra Dios junto al manantial.

Por el momento, tenía que preparar el pan que habían guardado para la ocasión y la miel que habían recogido, que simbolizaban su felicidad y alegría hacia Dios.

Profundamente concentrado en sus pensamientos, Sol no vio de inmediato a Miriam, situada cerca de la valla exterior. Unos segundos después, el pánico lo consumió. No por la visión de Miriam en el lugar, ni por los seis kalanaro armados con lanzas que no dejaban de bailar y de resplandecer en la penumbra del crepúsculo.

Lo que hizo que su pulso se disparara fue la presencia de la doctora Judith

Bielman-O’Heam, de pie en toda su inmensa estatura, junto a Miriam. La veía con total claridad bajo el reflector de la torre de vigilancia.

Sol parpadeó e intentó enfocar sus debilitados ojos, preguntándose si no sería otra de las visiones que lo habían acosado desde la infancia; visiones que se habían hecho más terroríficas tras haber presenciado el asesinato del tío de Miriam.

Sin embargo, no había ninguna luz azul cobalto que presagiara la llegada de la visión, como había sucedido de forma invariable hasta entonces. Y, a pesar de las sombras que su visión era incapaz de distinguir, la silueta de la mujer era mucho más clara que la de cualquiera de sus amorfos fantasmas.

Los kalanaro saltaban, hacían cabriolas y giraban en silencio, blandiendo sus armas. Sus cabezas se asemejaban a cocos peludos; sus ojos, pintados con carbón vegetal, eran demasiado grandes para sus rostros. Ojos de lémur ratón.

Obligándose a concentrarse, Sol observó que los pigmeos estaban cubiertos con una sustancia blanca que parecía lanzar destellos y parpadear...

—¿Te encuentras bien, Reb Solomon? —le preguntó el hombre que se encontraba a su lado, mientras le colocaba una mano sobre el brazo.

—Que seas inscrito y sellado para un buen año —contestó Solomon, eligiendo el saludo tradicional del Rosh Hashanah, con la esperanza de que le diera fuerzas.

—¡Prisionero tres-siete-siete-cero-cuatro!

Al escuchar su número del campo de Sachsenhausen, Sol volvió bruscamente la cabeza hacia la izquierda para compensar la falta de visión periférica. Pleshdimer, con esa boca de carpa gorda torcida en una mueca de desprecio, estaba de pie junto al manantial.

—¡Te estoy hablando, judío!

Solomon arrojó el cuenco y el pan a las manos del hombre más próximo y se apresuró a acercarse a Pleshdimer, que había conseguido captar toda su atención. Erich había prohibido al Kapo dirigirse a los prisioneros de modo despectivo, pero Sol sabía que bajo la grasa que cubría el cuerpo de Pleshdimer había una fuerza capaz de quebrar el cuello de un hombre como si de una ramita se tratara. Con o sin órdenes por parte de Erich, era una amenaza mortal no tratar al Kapo con el mayor de los respetos.

Sol lo saludó.

—¡Sí, *Herr* Kapo Pleshdimer!

—¡*Herr* Kapo Rottenführer Pleshdimer! —gritó en la cara de Solomon—. Ahora pertenezco al ejército, por si no lo sabías.

—¡Sí, *Herr* Kapo Rottenführer Pleshdimer! —¿Estarían los pigmeos aún allí?, se preguntó Sol. ¿Estarían viéndolo todo? ¿Estaría Judith?

Echó un vistazo por el rabillo del ojo. Como era habitual, solo vio una mancha de color gris oscuro allí donde la vista le fallaba. Giró la cabeza un poco. Los bailarines se habían marchado.

Judith se había marchado.

Pleshdimer lo golpeó.

El puñetazo vino desde uno de los lados. Sol escuchó el crujido de un cartílago en el oído antes incluso de sentir el dolor. Al instante, un rugido estalló en su cabeza y cayó de rodillas, esforzándose por sostenerse sobre la mano derecha.

Pleshdimer le asestó una patada bajo la barbilla; la fuerza del golpe impulsó la cabeza de Solomon hacia atrás, hasta casi tocar los omóplatos. Se quedó tumbado en el suelo. Había aprendido bien las terribles lecciones de Sachsenhausen y sabía que debía levantarse de inmediato o enfrentar otro castigo.

—¡Me mirarás cuando te hable, escoria! —tronó la voz de Pleshdimer desde arriba.

El Kapo se puso en cuclillas y metió la colilla de un cigarrillo entre los labios de Solomon, antes de recoger un puñado de barro rojizo de la orilla del manantial y restregárselo sobre la boca, presionando con fuerza con la palma de la mano.

Solomon consiguió a duras penas ponerse de rodillas y forcejeó hasta ponerse en pie, con cuidado de no escupir la colilla ni limpiarse el barro. Ningún hombre debía rechazar los obsequios que Wasj Pleshdimer le daba; y Solomon había aprendido la lección por la vía difícil.

—Sí... *Herr* Kapo... *Rottenführer*... Pleshdimer, señor —se obligó a decir mientras sentía que la sangre corría por su oreja izquierda y descendía por el cuello.

—¿¡Qué está pasando aquí!?

Con los ojos medios cerrados a causa del dolor, Solomon vio que Erich se acercaba a él a grandes zancadas, pistola en mano. Va a dispararme, pensó Sol. Que así sea. No volvería a soportar algo parecido a lo de Sachsenhausen. No volvería a hacerlo.

—¡Esta escoria judía... no muestra respeto! ¡Desobedece! —Pero bajó la voz al final de su estallido, como si, de pronto, no estuviera muy seguro de lo que estaba haciendo—. ¡He encontrado esto! —dijo al tiempo que señala, temblando de ira, la colilla que colgaba del labio de Sol.

Erich cogió la colilla y, asqueado, la arrojó al suelo. Amartilló la pistola, miró con furia a Sol y, abruptamente, dirigió el cañón del arma hacia Pleshdimer.

—¡No me importa lo que hayas encontrado! Vuelve a tocar una sola vez más a uno de mis judíos sin mi consentimiento y te arrancaré los ojos antes de metértelos por la garganta.

—*Rottenführer* Pleshdimer no encontró el objeto agravante. —El mayor Hempel caminó con indiferencia hasta colocarse en el ángulo de visión de Sol—. Fui yo. El capitán Dau y yo descubrimos la colilla hace unos días, cerca del comedor... cuya limpieza, a todas luces ha sido descuidada por parte de sus «colonos», sin duda alguna de forma premeditada. —El mayor pronunció la última palabra como si tuviese deseos de escupir.

—¿Está diciendo que los judíos no limpian correctamente la zona? —preguntó Erich.

—Todavía no los he visto limpiar una sola parte del campamento a mi entera satisfacción —contestó Hempel.

—Ya sabemos cuáles son sus exigencias, *Herr Sturmbannführer* —replicó Erich con la misma animosidad—. Sangre judía para fertilizar las plantas. Carne judía para alimentar a los cerdos... pero se olvida de que esto no es Sachsenhausen. Aquí en Mangabéy carecemos de esos apreciados cerdos. —Erich apenas llegaba a las solapas del mayor pero, sin alzar la cabeza, miró a Hempel a los ojos con una expresión tan desdeñosa que hizo que el hombre pareciera más pequeño—. Un niño judío que le caliente la cama —continuó Erich—. Eso sí que lo tiene aquí, y por insistencia del chico seguirá disfrutándolo. —Erich enfundó la pistola—. Esa es la única concesión que le permito —le dijo—. Tenga cuidado, *Herr Sturmbannführer*, o se quedará sin concesión alguna.

—No me amenace, *Herr Oberst*.

—No es ninguna amenaza, *Herr Sturmbannführer*. Es una promesa. Su relación con Himmler me trae sin cuidado en este lugar. Las órdenes que tengo de crear este campamento proceden, directamente, del mismo Führer.

—A través del Reichsführer Himmler —le recordó Hempel.

—El mensajero que entregara el sobre no tiene ninguna relevancia —dijo Erich—. Lo que importa es quién firmó el mensaje.

Y, como si intentase recuperar la dignidad, Hempel volvió al tema que había originado la discusión.

—¿Qué va a pasar con la cuestión del cigarrillo, *Herr Oberst*?

—¿Qué pasa con eso?

—Creo que va a encontrar muchas más colillas junto al comedor —dijo el mayor, alzando la voz—. Las que sus preciosos judíos no han visto.

Solomon echó un vistazo hacia el comedor y vio a dos o tres hombres de Hempel que, al ser testigos del desarrollo de los acontecimientos, arrojaban unos cuantos cigarrillos al suelo. Antes de volver a prestar atención a la discusión entre Erich y Hempel, observó a Miriam. Su semblante reflejaba un miedo atroz, aunque no sabría decir si era por él o por ella misma. Sabía que si Erich perdía esta batalla, o cualquier otra, ante Hempel, sería el principio del fin. Erich tenía las de ganar, pero se estaba quedando sin recursos. Hempel no era fácil de atemorizar y, si Erich fracasaba a la hora de exigir a los prisioneros que limpiaran la zona en ese mismo momento, estaría revocando su propia orden, según la cual los judíos debían mantener el campamento impecable.

—¡*Herr Oberst!* ¡*Herr Sturmbannführer!*

Johann, el operador de la radio, salió a la carrera del cuartel general agitando un trozo de papel. Solomon conocía muy bien a los de su ralea: joven, ario, ansioso por agradar y por ascender en las filas del Partido. Rubio y de rostro infantil, poseía ese entusiasmo de la juventud que Solomon había visto transformado, durante la última década, en fervor nazi.

—¡Nuestras tropas han sitiado Varsovia! —gritó el muchacho.

A Sol no se le pasó por alto el hecho de que Hempel cogiera la nota y no se la diera a Erich, el oficial de más rango. Estaba seguro de que Erich también había notado el desliz, pero el coronel se mantuvo distante, con una expresión severa, como si estuviese esperando a que el mayor le informara una vez acabara de leer la noticia.

El ánimo de Hempel se elevó a ojos vista mientras leía.

—Parece que las oraciones de sus judíos han sido en vano. —Le tendió el mensaje a Erich—. El Reich es imparable.

—Su referencia hacia los judíos es confusa, Sturmbannführer —dijo Erich mientras leía la nota—. Como siempre.

—En ese caso, quizás no sea consciente de que sus perros judíos están cometiendo un sacrilegio —contestó Hempel con tranquilidad.

—¿Sacrilegio?

Hempel señaló la parte superior del papel con el índice.

—¡Infrahumanos que adoran a un dios muerto en vísperas del triunfo del Reich!

Atraídos por el comunicado, los hombres del mayor comenzaron a reunirse en torno a él. Observaban a Erich con la misma expresión hambrienta con la que habían contemplado al cebú. Solomon era consciente de que el dilema del coronel acababa de empeorar de forma repentina. Si permitía que el oficio religioso continuara, parecería estar elevando el estatus de los judíos por encima del mismo Reich; y si detenía las oraciones, Hempel habría ganado la ronda con suma facilidad.

Erich retrocedió un paso y alzó la cabeza, adoptando una postura equilibrada y teatral, como la de un gran orador. Parecía estar tranquilo, pero Sol sabía que Erich Alois hervía de furia.

El coronel miró a los hombres uno por uno.

—¿No sabe qué responder a eso? —le preguntó Hempel.

Erich se metió las manos en los bolsillos y comenzó a balancearse sobre los talones. No era un pensador relajado e intuitivo como Solomon, sino que llegaba a la conclusión final a través de la lógica... o estallaba en un acceso de furia. Sol sabía, tras una larga experiencia, que el control de Erich pendía de un hilo muy frágil en esos momentos.

—No creo que se me haya planteado ninguna pregunta, Sturmbannführer —replicó Erich con evidente desprecio.

Un perplejo Hempel abrió la boca para contestar pero, en ese momento, Erich se encogió de hombros y se acercó a Solomon, que se enderezó hasta adoptar la misma rigidez de una estatua.

—Trabajador libre Freund —lo llamo Erich—, finalizarás el oficio de esta noche alabando a la Madre Patria y rezando a ese ente ficticio que llamas Dios para que la última misión alemana tenga el fin que merece. ¿Está claro?

—¡Ja, mein Oberst! —Sol sabía que debía hacer todo lo que estuviese en sus manos para mantener a Erich bajo control. Si eso implicaba tener que jurar fidelidad

eterna al Reich, y a Erich Alois en particular, lo haría sin duda ninguna. ¿Acaso no había lamido en una ocasión excremento de caballo de las botas de Hempel en Alemania, tiempo atrás, para seguir con vida? La humillación no tenía importancia alguna. Una vez que la superaba, la encerraba en una pequeña parte de su psique que jamás analizaba, a menos que se viese obligado a hacerlo. Era la humillación física lo que no podía seguir soportando... y no solo la suya propia. Presenciar la tortura y la lenta agonía de los amigos era mucho más horroroso.

—Cuando hayas acabado, encabezarás personalmente un destacamento de limpieza que registrará todo el campamento en busca de colillas.

—¡Ja, mein Oberst!

—Puedes retirarte.

Solomon dio media vuelta, se colocó al frente del resto de los judíos y formalmente los conminó a ponerse en pie y, convirtiéndose en el centro de atención, guió sus voces en oración. Aprender a separar el significado profundo de las irrelevancias, pensó. Había comenzado a caer una ligera lluvia, aunque era más niebla que llovizna. La humedad hizo que la ropa de Miriam se pegara a su piel.

—Eso ha sido un ardid —estaba diciendo Hempel a sus espaldas.

—Cualquier imbécil sabe que los judíos son demasiado retorcidos como para engañarlos —escuchó Sol que decía Erich, mientras se alejaba.

Solomon sonrió por la pequeña derrota que había sufrido Hempel. Este punto es para ti, Erich, pensó. Y para el resto de nosotros.

SEGUNDA PARTE

Quienes profesan en favor de la libertad y lamentan a pesar de ello la agitación son hombres que quieren cosechar sin arar la tierra. Quieren que llueva sin truenos y relámpagos. Quieren el océano sin el imponente bramido de sus aguas.
—Frederick Douglass

El humor de Erich fue empeorando con el paso de los días. Hempel no había intentado vengarse por tener que someterse a sus deseos con respecto a la ceremonia del Rosh Hashanah. Salvo por los cambios en la asignación de tareas, además de pequeñas quejas —el tipo de cosas que todo comandante debe soportar—, los días siguientes al Rosh Hashanah habían transcurrido sin incidentes. Que Hempel intentaría vengarse era un hecho; era la forma que elegiría lo que traía a todos de cabeza. Aquel asunto, el tener a Erich a la espera de recibir una patada, se había convertido en una rutina.

Los dos hombres se habían enfrentado en dos ocasiones. Erich se despertó una mañana para descubrir que los judíos cavaban una trinchera alrededor de su parte del campamento. Al parecer, el mayor había llegado a la estúpida conclusión de trasladarlos a la trinchera para que durmieran allí. No solo había quienes protestaban en voz alta por tener que preparar la tierra para lo que parecía una fosa común, sino que también estaba el detalle del agua estancada en un clima tropical, que se convertía en un caldo de cultivo idóneo para los mosquitos y cualquier otro insecto portador de enfermedades, así como para los hongos.

Erich se había visto obligado a detener aquello de inmediato, pero el mayor apenas si mostró resistencia, para sorpresa de todos.

El otro tema fue la electrificación de la cerca que rodeaba la zona de los judíos. Le había dejado bien claro a Hempel que no lo consentiría, a pesar de que hacerlo ayudara a relajar un poco la vigilancia, lo que le daría más tiempo libre o, como mínimo, lo liberaría de parte de la presión psicológica. El generador podría soportar sin problemas la carga extra: por primera vez, se alegraba de haber accedido a llevar aquel coloso, por muchas molestias que les hubiese causado subirlo a la colina, incluso con la ayuda del tanque.

Por el momento, lo que más lo preocupaba eran los perros; y no solo los dos enfermos, en particular Tauro, sino también los demás. A pesar de todos sus esfuerzos, no respondían bien ni ante él ni ante los otros adiestradores. Sabía que el resto echaba de menos el liderazgo de Tauro, pero eso no explicaba del todo el constante devenir entre el nerviosismo extremo y la apatía.

Él mismo se sentía nervioso y apático a un tiempo. Sobre todo, estaba aburrido, decidió Erich. Cuando llegaba el momento de acostarse y dormirse, acunando una botella, había pasado el día haciendo miles de cosas, pero ninguna era importante para él. Miriam no le servía de compañía alguna. Parecía estar drogada la mitad del tiempo, y enfadada o desinteresada la otra mitad. Aunque sentía cierto apego por los adiestradores, como su oficial que era, no tenía a ningún amigo entre ellos; y beber en soledad era un pobre sustituto de la camaradería.

—Me gustaría hablarle de la valla, Oberst.

Erich se había levantado al amanecer a pesar de la resaca y se encontraba en mitad del campamento, observando cómo los judíos elevaban la torre del agua para continuar llenando el depósito. Se cruzó de brazos mientras veía acercarse al mayor, si bien Hempel parecía de un inusitado buen humor.

—El asunto de la cerca ya está resuelto —respondió Erich.

—¡La revuelta llegará desde dentro! —exclamó Hempel. Señaló hacia Solomon, que salía del hospital de campaña y se dirigía a la zona donde dormían los judíos—. Solo tiene que ver lo relajada que está su seguridad. Ese judío... el número tres-siete-siete-cero-cuatro... va y viene a su antojo. Se cree que está en una reunión social.

Que Solomon hubiera pasado parte de la noche cuidando de Miriam avivó la furia de Erich, pero se esforzó por no demostrarlo.

—¿Cómo es que recuerda su número con tanta facilidad, *Herr Sturmbannführer*? —preguntó Erich—. ¿Tiene algún interés en él? Se llama Freund. Solomon Freund. Y no, no electrificaremos la cerca que rodea la zona de descanso. —Erich tomó una decisión definitiva—. El peligro que pueda existir proviene del exterior. ¿No vio a los dos kalanaro la noche pasada, bailando y riéndose de nosotros desde el límite de la jungla? ¡Como si pasara tanto tiempo dentro del campamento como para preocuparse por su seguridad! Le importa una mierda la seguridad, *Sturmbannführer*. Lo único que le preocupan son los judíos. Y ese maldito Zana-Malata.

—No utilice su nombre en vano, *Herr Oberst*. ¡No se... atreva!

Hempel dejó de lado cualquier intento de confraternización. Le dedicó una dura sonrisa a Erich antes de girar sobre los talones y desaparecer.

Deseando haberle prohibido a Misha que volviera con Hempel, Erich se acercó a la enfermería. Saludó de pasada a Miriam y se dirigió hacia donde estaban los perros. El estado de Tauro no había cambiado, pero Acuario yacía con la cabeza colgando por el borde de la caja llena de hierba que Müller le había preparado. La laboriosa respiración del perro resonó en los oídos de Erich.

—Misha —murmuró Miriam.

—Señor, mi perro se muere y nadie hace nada por ayudarlo —dijo Ernst Müller, que entraba en la enfermería—. Tiene que haber algo...

Erich describía a Ernst en términos sencillos: adiestrador de perros; hermano de Ursula Müller, la adolescente que había tonteado con la mitad de los estudiantes del Goethe Gymnasium, entre los que se incluía Erich. Su conducta le había causado mucho dolor a su hermano.

Tal vez esa fuera la razón por la que Ernst amaba tanto a su perro. El motivo por el que Erich y todos los adiestradores lo hacían: porque era un amor sencillo, sin dolor. Sin reproches.

La respiración de Acuario se hizo más audible y dificultosa, como si el perro intentara sacudir los laterales de la tienda, luchando por insuflar la vida del crepúsculo en sus debilitados pulmones. Al instante jadeó y exhaló el aire con un

ronco gemido que terminó en cortas respiraciones. Y después dejó de respirar por completo.

Los recuerdos del centro de entrenamiento de Berlín asaltaron a Erich. Acuario, el más obediente y respetuoso de los perros, acercándose a su comedero con ojos llenos de adoración incondicional. Fue el primero en terminar el entrenamiento con las escaleras horizontales en la finca; todos estaban tan contentos que Ernst gritó de alegría y lanzó su gorra al aire; el perro saltó desde el aparato para atraparla al vuelo, brincando hacia el sol...

Ernst se inclinó sobre su perro, con los brazos alrededor del animal. Estaba llorando.

—Ya basta —le dijo Erich en voz baja—. Conténgase.

Müller sacudió la cabeza.

—¿Cree que no sé por lo que está pasando? —La voz de Erich fue subiendo de tono—. ¿Cree que no he perdido un perro con anterioridad?

—No me importa... lo que crea. —Ernst respondió con jadeos entrecortados—. Usted no... es yo. No es como... ninguno de nosotros, no importa... lo que diga. —El sargento levantó la cabeza y añadió con calma en un arranque de sinceridad—: Cabrón. Fue usted quien nos trajo aquí. Le gustaría que todos creyéramos que fue idea de Himmler o Goebbels el venir a este agujero —dijo tras una pausa—. Puede que incluso usted mismo se lo crea. Pero usted lo deseaba. Deseaba probarse a sí mismo. Probarnos a todos. Al equipo. ¡Pero ya no somos un equipo, *Herr Oberst!* ¿No es cierto? El perro lobo de Hempel está muerto. Y ahora Acuario... muerto también.

Erich desvió la vista para mirar al exterior.

—Tal vez sea usted el único que deba contenerse, *Herr Oberst* —añadió Müller.

—Dadas las circunstancias, pasaré por alto sus palabras —repuso Erich—. Prepare el cuerpo de su soldado canino para un servicio en su memoria que tendrá lugar exactamente dentro de... —Erich miró su reloj y luego se enfrentó al sargento — una hora. ¿Comprendido?

Sin humor, al parecer, para observar el protocolo militar, Müller se limitó a asentir.

—Heil Hitler —dijo Erich.

—Heil... —Müller se puso en pie y devolvió el saludo con menos ganas incluso de las que Erich había puesto al realizarlo... Hitler.

El coronel se agachó para salir de la tienda y casi se dio de bruces con el sifilítico, que pasó de largo y fue derecho al lado del perro.

—Chien... chien... beau.

Müller apretó el puño y lo alzó en un gesto amenazador por delante de la cara deformada del Zana-Malata.

—Largo. Fuera.

El puño salió disparado, pero el Zana-Malata lo atrapó entre sus garras. Haciendo

palanca hacia arriba, dobló el brazo de Ernst hacia la derecha y obligó al adiestrador a caer de rodillas. Acto seguido, empujó a Müller y, pasando por encima de él, salió al exterior.

Frotándose el brazo, Müller volvió junto a Acuario y comenzó a acariciar su duro pelaje, murmurando para sí.

Avergonzado por el dolor del hombre, por mucho que lo comprendiese, Erich salió de la tienda y contempló a los adiestradores, que se movían por la perrera, alimentando y cepillando a sus perros. También vio al Zana-Malata, que abandonaba en campamento y se dirigía a su cabaña. La costumbre de Hempel de pasar cada uno de sus momentos fuera de servicio con ese asqueroso sifilítico, atento a su parloteo con la deferencia debida a un camarada oficial... se iba a acabar, decidió Erich. La cadena de mando en Nosy Mangabéy sería fuerte, aunque eso significara cortar algunos eslabones.

Ernst salió de la tienda, para regresar al momento con otros dos adiestradores y salir de nuevo. A Erich le dolía la cadera después de haberse acercado a Tauro, así que, satisfecho porque se estuvieran llevando a cabo los preparativos, se fue a su tienda con la intención de tomar un desayuno que lo despejara. Se dijo que revisaría los mapas, así como la logística previa al traslado al continente, una vez que el puesto de Nosy Mangabéy estuviera asegurado; sin embargo, en lugar de hacer eso, se sentó con una botella en la mano, con la vista perdida en un rincón.

Una hora más tarde, siguiendo sus órdenes, los rifles dispararon... Tres adiestradores dispararon al aire por encima de la loma de caliza, en la parte trasera del campamento. El guardia apostado allí se inclinó con evidente rencor sobre su ametralladora, como si quisiera evitar a los perreros que habían invadido su territorio.

Erich apenas si llegó a tiempo. Pudo ver a Miriam a lo lejos, recogiendo orquídeas de la parte de la jungla que se derramaba por encima de la valla.

—Para Acuario —le había dicho—. Las pondré en su tumba.

Erich no había discutido. Las flores eran de lo más apropiadas para un perro de semejante fuerza. Después de todo, ¿no era «orquídea» la palabra griega para «testículo»?

Perros y adiestradores formaron en dos filas enfrentadas. Erich permaneció en un extremo, desde donde leyó un pasaje de von Stephanitz en el que se alababa la lealtad y la inteligencia de los pastores alemanes. Müller, con las mejillas bañadas por las lágrimas, se mantuvo erguido al lado del perro muerto. En el extremo más cercano al manantial, Pleshdimer permanecía en posición de firme, sujetando una correa; por el rabillo del ojo, Erich vislumbró a Misha al final de aquella. Mientras que una parte de él deseaba haberle ordenado al niño que permaneciera en la zona de los judíos, otra parte esperaba que Misha consiguiera librarlos a todos del triunvirato.

Cuando el servicio funerario terminó, Müller pidió que le permitieran enterrar a su perro en privado. Erich accedió de buena gana. Había meditado sobre lo que podía hacer para levantar los ánimos, tanto el de los perros como el de los adiestradores. La

solución a la que había llegado se llevaría a cabo mucho mejor sin la presencia de Müller, que actuaría como reemplazo.

—¡Holten-Pflug! —gritó. El adiestrador corrió a su encuentro—. Hace mucho que los perros no se ejercitan como es debido —dijo Erich.

Estaba a punto de sugerir que practicasen la formación Zodiaco cuando un grupo de kalanaro llamó su atención. Se movían entre las últimas sombras de la mañana, que se extendían cerca del camino que llevaba a la playa.

Señaló a los nativos.

—¿Qué le parece si cazamos a alguno de esos monos negros?

—¡Sí, señor!

Holten-Pflug se retiró para reunirse con el resto de los adiestradores y los perros. Erich encendió un cigarro, uno de los últimos que le quedaban. Tendría que pedirle a Bruqah que le suministrase cualquier cosa que creciera en la isla apta para ser fumada. Y licor también. Al darse cuenta de que había pasado de tomarse unos tragos a beber en serio, había contado las botellas. No había forma de que le duraran hasta que el puesto de Nosy Mangabéy estuviera asegurado, el muelle construido en el río Antabalana y llegara el nuevo cargamento de judíos. Con la velocidad a la que vaciaba las botellas, tendría que adelantar el plazo... o construir un alambique.

—¿Damos la orden de matar, señor? —preguntó uno de los adiestradores una vez que se reunieron.

—No en esta ocasión —respondió Erich. Consideró la petición, recordando la noche en la que Tauro había hecho sangrar la muñeca de una puta en una calle de Berlín. Aquel recuerdo le gustaba, y eso lo asustó—. Busca y captura servirá —dijo, con la vista clavada en la jungla—. Me gustaría hablar con alguno de ellos.

No es que tuviera la más mínima idea de la lengua que hablaban esas mierdecillas. Si el equipo tenía éxito, tendría que obligar a Solomon para que lo ayudara. O a Bruqah.

Contempló a los nueve perros y a sus adiestradores mientras se desplegaban. Y, entonces, movido por un impulso, gritó:

—Si encuentran la menor resistencia —dijo—, tienen mi autorización para matar.

—No haga esto, señor Ciudadano Alemán—dijo Bruqah, que salía de la selva a un paso más rápido de lo habitual.

Los adiestradores lo miraron antes de fijar la vista en Erich. Parecían igual de tristes que los perros, pensó Bruqah, pero eran soldados buenos y decentes que dejarían la pena a un lado y se prepararían para cumplir las órdenes de su comandante, fueran cuales fuesen.

—Buscar y atrapar —repitió Erich con firmeza.

Tanto los perros como los hombres se acercaron a los kalanaro que, al instante, desaparecieron en la selva.

Erich lanzó una furiosa mirada a Bruqah.

—No vuelvas a hacer eso nunca más —le dijo, con voz crispada por la furia.

—¿Qué, señor Ciudadano Alemán? No hacer nada. Mí advertir. ¿No es mi trabajo ese?

—Tu trabajo es aconsejar cuando se te pregunte, no interferir en mis órdenes. Además, no sé cuál es el problema. Esos pequeños cabrones parecen tener refuerzos infinitos.

—Ser como selva tropical. Si cortas, se hace más y más fuerte. —Bruqah no permitió que su voz reflejara el espanto que le provocaba la crueldad de Erich.

A decir verdad, la persecución molestaría a los kalanaro, pero estos no serían capturados. Los perros y los hombres seguirían su rastro colina abajo. Como este acabaría en los manglares y la pequeña playa, llegarían a la errónea conclusión de que sus presas habían huido en bote hasta el continente y regresarían frustrados por las picaduras de los insectos y lo inútil de la búsqueda.

—Jungla a veces como caimán. Gustar tragarse hombres y perros. —Sonrió, mostrando sus dientes con toda deliberación—. Tal vez también tragar a kalanaro.

—Los encontraremos —porfió Erich.

—Tal vez. Son luciérnagas ellos. Aquí están, aquí no están. A veces no los ves. Otras veces solo hay luz. —Bruqah compuso una sonrisa relajada.

Los kalanaro eran perfectamente capaces de cuidar de sí mismos y a Bruqah le fascinaba la idea de alborotar a los alemanes. Los adiestradores eran una cuestión muy distinta. Para él, eran muy diferentes al resto y no disfrutaba siendo testigo de su frustración. Ya había visto demasiada frivolidad para eso: la quema de las tierras altas para convertirlas en zona de cultivo, lo que provocaba, poco después, que la capa de tierra rojiza acabara en el mar arrastrada por la lluvia; la caza a la que los malgaches habían sometido a los pájaros gigantes que no sabían volar y a los hipopótamos pigmeo tras advertirles que no lo hicieran, y que ahora habían desaparecido de la faz de la tierra; cada vez que uno de los suyos mataba un aye-aye porque le asustaban sus

poderes, dejando el corazón de Bruqah encogido de dolor.

—¿Me estás diciendo entonces que no los encontraremos?

El temperamento de Erich se había aplacado y, en ese momento, parecía más contento que enfadado.

—Decir que tú no desear encontrarlos, tal vez.

—Obviamente, lo que ocultas es más importante que lo que me estás diciendo.

—Ob-viamente —repitió el malgache, que encontraba un tanto difícil pronunciar la palabra.

—Creo que, en el futuro, solo debería preguntarte lo que no quiera saber. —Los ojos del coronel tenían una expresión ligeramente divertida, como si el enfrentamiento verbal le agradara—. Te sorprenderá saber que te creo —le dijo—. Pero, en esta ocasión no importa si no encuentran nada. A veces, lo más importante es la búsqueda. A veces, eso es más que suficiente.

El coronel se despidió con un gesto de la mano y le dio la espalda a Bruqah para alejarse por el camino que bajaba a la playa. Al observarlo, el malgache reconoció, si bien de mala gana, que había cosas que le gustaban —e incluso admiraba— en el señor Ciudadano Alemán. Era una pena que esas cosas salieran a relucir tan solo en contadas ocasiones. Porque, de haber sido de otro modo, Erich hubiera merecido la salvación.

—Herr Oberst.

Erich se despertó cuando Fermi entró en la tienda. El adiestrador parecía preocupado.

—Perdóneme por perturbar su descanso, señor, pero no hemos visto a Ernst desde el entierro. Algunos de nosotros estamos preocupados por él, señor.

—Sin duda, estará en algún sitio llorando la pérdida de su amigo. —Frierh nn hizn P1 mPnnr PG nPrzn nnr nrnn1-r la hntP112 nuP varía.

—He dicho que puede retirarse.

—Discúlpeme, señor, pero ya lo hemos buscado.

—¿Habéis mirado en los alrededores de la choza del sifilítico?

Por primera vez, Fermi vaciló.

—El mayor y el negro parecen estar celebrando algo allí —dijo.

—Sigo diciendo que esperemos hasta mañana. —Erich parecía menos convencido—. Esta es una isla pequeña, pero hay muchos lugares donde esconderse.

Fermi saludó y se marchó. Erich destapó la botella y tomó un trago. Dio vueltas y se removió en la cama durante un rato, pero una inquietante corazonada lo mantenía despierto y, al final, lo condujo afuera, hacia la choza del Zana-Malata. Si esos hijos de puta estaban celebrando la muerte del perro...

Estaba alcanzando nuevas cuotas de odio. Sabía que la furia que ardía en su interior no era la ira fría que en tantas ocasiones lo había ayudado a aclararse las ideas. Últimamente, sentía esa claridad en muy contadas ocasiones. Iba y venía como las rápidas nubes que, de forma alternativa, oscurecían y dejaban expuesta la anaranjada luna tropical. La furia que estaba experimentando era implacable y peligrosa, pero no le importaba.

Tras él, el ladrido de los perros se volvió más insistente, como si el despliegue de dolor de los animales hubiese llegado a un nivel superior. Le hizo sentirse inquieto, hasta que decidió que el sonido simbolizaba lo que era la vida militar. Lo que sus perros poseían y algunos soldados olvidaban con facilidad.

Devoción.

Disciplina.

Saludó de forma mecánica al atravesar la puerta del complejo. El Kapo pasó junto a él con un brusco «Heil Hitler». Erich no se molestó en devolver el saludo, pero contempló con repugnancia cómo Pleshdimer se encaminaba hacia la zona de los perros, con la cabeza inclinada para dejar espacio a la carga que llevaba sobre los hombros. Probablemente, más carne de lémur, supuso Erich. Al sifilítico parecía provocarle un especial deleite proveer a los perros con la nueva dieta... como si hubiese algún tipo de rivalidad entre él y el adorador de los lémures, Bruqah.

A la mierda con los dos. Al menos los perros comían y se mantenían saludables. No quería tener que pasar por el funeral de otro de sus pastores alemanes. Jamás.

El sonido de una risa ronca le dio la bienvenida cuando apartó la piel de cebú y entró en la apestosa choza.

—Vaya, *Herr Oberst* —dijo Hempel, como si se estuviese dirigiendo a un huésped de honor—. Únase a nosotros. Venga. Siéntese.

—Estoy aquí por un asunto oficial —dijo Erich—. Se me ha comunicado... En el nombre de Dios, ¿qué es eso?

—Esto, *Herr Oberst*, a pesar de la costra de suciedad, es un huevo del pájaro elefante, el *apyornis*, que hace que el de avestruz parezca pequeño. ¿No le enseñaron nada en su preciosa *Reichsakademie*? Piense en ello: el pájaro más grande conocido por la humanidad, y los malgaches lo cazaron hasta la extinción sin pensárselo dos veces. —Hizo una pausa como para darle énfasis a su afirmación. Entonces continuó—: Nosotros, los fuertes, deberíamos hacer lo mismo con todos los judíos.

Colocó el huevo con mucho cuidado sobre una tabla, junto a tres tazones de porcelana en cuyos laterales había dibujado un barco azul navegando en un mar de flores.

—Si hiciésemos valer nuestra «visión». —Hempel apretó un puño para recalcar sus palabras—, no quedaría un solo judío en el mundo. Y, al contrario que con el pájaro, no sería una vergüenza.

Los ojos de Hempel resplandecían, y su voz aumentó de volumen; todo rastro de embriaguez había desaparecido.

—Nosotros somos los fuertes. Es nuestro derecho de nacimiento utilizar a los débiles en nuestro beneficio. —Aguardó un momento, como si esperase que Erich le diera la razón.

Como Erich no respondió, Hempel le dirigió una sonrisa condescendiente y, con un gesto, le indicó que se acercara más.

—Dejemos a un lado nuestras pequeñas diferencias, *Herr Oberst*, y compartamos la mesa. —Abrió una empalizada de bambú que Erich había creído que era la pared izquierda y que, en ese momento, se daba cuenta de que era una cortina—. Mi mentor dice que no podemos formar parte de la verdad de esta enorme tierra verde hasta que cenemos... en sus profundidades, digámoslo así.

El Zana-Malata rió, moviendo las piernas y golpeándose el pecho, mientras la cortina se abría del todo.

Erich se quedó pálido.

Misha estaba acurrucado en la esquina, cerca de una pala. Acariciaba la enorme y peluda cabeza de Acuario, cuyos tristes ojos estaban abiertos y con la mirada perdida. Una parte del animal había sido despellejada, y le habían cortado una de las patas traseras.

—Si no le gusta el estofado, le cortaré un filete —dijo Hempel—. ¿O algunas costillas, quizás? —Sacó un cuchillo de una funda que colgaba de la pared—.

Cualquier cosa menos el corazón. El maestro dice que el corazón solo puede comerse al amanecer, aunque para un huésped de honor como usted... —Contempló a Erich con una mezcla de alarma y diversión, y volvió a guardar el cuchillo en su funda—. ¿Se encuentra bien, Alois? La carne cocinada ha sido sangrada y preparada al estilo kosher. No queremos molestar a sus amigos judíos.

Erich apartó al chico hacia un lado y se arrodilló junto al animal mutilado.

—Müller enterró a este perro. —Miró a Hempel sin ocultar su desprecio—. Ha desenterrado al animal.

—Quizás lo hiciera el muchacho, *Herr Oberst*. ¿Lo ha tenido en cuenta?

—¿Y bajo las órdenes de quién?

—¿Por qué alimentar a los gusanos si se puede alimentar el espíritu de los humanos?

—Coja esa pala - Erich señaló hacia la pared, —y vuelva a enterrar al perro. Después haga arder esta choza hasta los cimientos y preséntese en mi tienda para un tribunal militar.

En el momento en que pronunció las palabras, Erich echó un vistazo a la pala incrustada en el suelo. Inclinandose, examinó la piel del animal muerto. Excepto por las salpicaduras de sangre, estaba limpia.

—Este perro nunca ha sido enterrado.

Hempel soltó una carcajada.

—He dicho que quizás lo desenterrara el muchacho. Jamás dije que lo hiciera realmente.

Poniéndose de pie, Erich sacó su pistola. Parecía muy pesada, y se preguntó absurdamente si Hempel se daría cuenta de que estaba temblando.

—¿Dónde está Ernst Müller? No lo he visto desde que...

Hempel se sacó un puro y un fósforo de madera del bolsillo del pecho y encendió la cerilla pasándola por la empuñadura de su Mann, que aún estaba enfundada. Arrancó de un mordisco el extremo del puro y lo escupió entre las botas de Erich.

—¿Dónde está Ernst! —gritó Erich.

—Él albergaba... ciertas objeciones... con respecto a nuestra decisión. —Encendiendo el cigarro, Hempel insertó el extremo encendido en la boca del Zana-Malata, quien lo rodeó con los labios e inhaló profundamente, con una expresión de placer en su mirada.

—¿Asesinó a Müller porque no le dejaba comerse a su perro?

—Que no le dé una pataleta, *Herr Oberst*. —Hempel sonrió de modo tranquilizador—. Los gusanos están cenando bien. Se está manteniendo el equilibrio.

Erich colocó su Walther entre los ojos de Hempel e, inclinandose con cuidado hacia delante, sacó el arma del mayor de su funda y la arrojó hacia la puerta. Hizo un «tap» al golpear la cortina de piel de cebú y cayó fuera.

—Les daré a los trabajadores libres una hora para rezar esta noche con la puesta de sol, y mañana otra vez. —Una oleada de poder se mezcló con la ira de Erich—. Le

agradecerán a Dios haberlo puesto a usted en mis manos.

Le quitó el seguro al arma.

Hempel levantó un brazo con indiferencia, como si pretendiese echar la pistola a un lado.

—Es usted quien ama a los judíos, Erich Weisser —dijo con sinceridad, como si se preguntara la razón de la furia de su oficial superior—. A menos que desee que su hijo llegue infectado con la misma epidemia que afecta a los judíos, le sugiero que tan pronto como nazca, traiga a la madre y al niño a esta choza, donde podrán estar a salvo. —Abrió las manos con el encanto y la inocencia de un vendedor—. Una vez que obtengamos el poder de los kalanaro, aniquilaremos la corrupción de los judíos. Hasta entonces...

Una bala es una muerte demasiado fácil para este monstruo, pensó Erich al tiempo que tensaba el dedo del gatillo.

Puf.

El Zana-Malata soltó un breve bufido y Erich se giró para enfrentarse a él, con la pistola en alto. Un halo de llamas color lavanda surgió del agujero que el sifilítico tenía por boca. El anillo de humo se enroscó rápidamente alrededor del cañón de la Mann y se estrechó sobre la mano de Erich, abrasándole la carne del mismo modo que lo había hecho la última vez con el ardor frío del hielo seco.

Con un grito, Erich soltó un disparo antes de dejar caer la pistola. La bala atravesó la rafia a escasos centímetros del Zana-Malata, quien echó la cabeza hacia atrás y se rió a carcajadas mientras Hempel estampaba una bota sobre la Walther.

—¿No aprende nunca? Olvídelo, Weisser. —Hempel recogió la pistola, le puso el seguro y se metió el arma bajo el cinturón. Colocando el extremo encendido del puro dentro de su boca, inhaló tan profundamente como lo había hecho su mentor. Con un triunfante «puf», liberó un anillo similar de humo lavanda hacia el techo.

—Cada uno tenemos diferentes unidades bajo nuestras órdenes. —Sonrió con afectación—. No hay razón para que no podamos trabajar juntos.

—¡Eso ya lo veremos! —Erich se tambaleó hacia la puerta y, tropezando con los escalones, cayó de rodillas sobre la hierba. Cuando empezó a levantarse, estiró el brazo para coger la Mann, que había quedado a su alcance.

Un pie negro apareció sobre la pistola; y una punta de lanza se apretó sobre su yugular.

Junto a él se erguían dos kalanaro, los ojos pintados con carbón; sus enjutos cuerpos cubiertos de barro, que los hacía brillar con un escalofriante resplandor blanco; el cabello echado hacia atrás, encerado y brillante. Miró la assegai, consciente de que se le estaba revolviendo el estómago.

Los kalanaro rieron; entonces, uno de ellos cogió la pistola y ambos entraron en la choza.

Erich observó cómo sus blanqueadas nalgas desaparecían detrás de la cortina de piel, y su odio y su furia se mezclaron con un miedo que hizo que su corazón

comenzara a latir con fuerza. Se sentía tan poco seguro de sí mismo como un adolescente... incapaz de enfrentarse de forma consciente al mundo que lo rodeaba.

Aunque sabía que debía hacerlo.

Se puso en pie y, sacudiéndose el uniforme con fuerza, miró fijamente la puerta y luchó por controlar sus temblores. Un Hamster... un hombre que iba con su bicicleta hasta el campo para comprar productos a los granjeros y regresaba pedaleando a Berlín para venderlos. El culo —y los lameculos— del mundo. Eso era lo que había sido su padre, lo que eran Pleshdimer y los kalanaro.

El truco de salón que había presenciado en la choza podía ganarse la lealtad de un imbécil como Pleshdimer, pero todo lo que conseguiría el sifilítico sería un lugar junto al mayor, frente al consejo de guerra. ¿Y los kalanaro? Serían cinco ejecuciones.

Cuando Erich llegó a la entrada del campamento, el guardia tardó en saludarlo. Erich lo agarró por las solapas.

—¡En cuanto yo asome por esta puerta, tú pondrás ese brazo tan tieso como una polla en una casa de putas! ¿Comprendido?

Con una expresión de timidez, el soldado levantó el brazo.

Erich se lo bajó de un manotazo.

—¡No desperdicies energías ahora, soldado! Límitate a cerrar la puerta. Nadie entrará o saldrá a menos que yo lo diga. Y eso incluye al Sturmbannführer. ¿Lo has entendido? Si alguien trata de entrar por la fuerza, dispara a matar.

El soldado asintió con temor y corrió a cerrar la puerta.

—¡Considera esto como una orden directa del Führer! —dijo Erich por encima del hombro mientras se encaminaba a grandes pasos hacia su tienda.

El hombre juntó sus talones y levantó el brazo.

Esa era la manera de tratar a la Totenkopfverbände, se dijo Erich a sí mismo: con ferocidad y patriotismo. ¿No había conseguido Hitler la devoción de millones de personas de forma similar? Ahora, antes del arresto de Hempel, había llegado el momento de restablecer la cadena de mando.

Para eso, tenía un poco de magia propia: once perros oscuros y el cargador de su arma.

Johann se arrancó los auriculares y, con una expresión confundida, se puso firme al momento. Estaba temblando, con los ojos hundidos y la frente empapada en sudor. ¿Malaria?, se preguntó Erich.

—Acabamos de recibir una transmisión, señor —dijo Johann—. Los rusos se han unido al Reich para liberar Polonia. ¿Puedo tener el honor de informar al Sturmbannführer y a los hombres de estas maravillosas noticias?

Luchando por controlar su propio estremecimiento, Erich se puso un *brandy* en la taza de la cantimplora y, bebiéndoselo de un trago, estampó la taza de metal contra la mesa.

—Primero tengo que enviar un mensaje a Berlín. —El licor dulce y ardiente

estuvo a punto de dejarlo sin aliento—. Para Gauleiter Josef Goebbels.

Era la primera transmisión que se emitía desde el campamento: el silencio de la radio debía mantenerse hasta que la región de Antongil estuviese asegurada. El joven, enfermo y nervioso, prácticamente jadeaba mientras transcribía el destino.

Erich se tomó otro *brandy*. El alcohol lo serenó lo suficiente como para que su mente ardiera con una ira clara y cruel; las palabras fluían sin esfuerzo mientras caminaba.

—Sus peores temores se han confirmado. *Stop*. Oficial en cuestión relacionado (pon «íntimamente relacionado») con razas inferiores y culpable de asesinato de un soldado del Reich. *Stop*. Traición ya no es una conjetura. *Stop*. Posible intento de sabotaje inminente. *Stop*. Se procederá según instrucciones previas.

Después de un rato, el joven dejó el lápiz, y su cetrina complexión morena se oscureció con la ansiedad.

—¿Eso es todo, señor? —preguntó con voz temblorosa.

—¿No es suficiente? —replicó Erich con desprecio.

Con temblores ahora incluso más evidentes, el joven pasó las hojas del El pastor alemán en palabras e imágenes hasta la página que correspondía con la fecha, poniendo los números de los días del año a la inversa. Emparejó laboriosamente las palabras dictadas con las del inocente libro que Erich había elegido como código, en el que cada palabra tenía un equivalente dentro del texto en un complejo sistema basado en la fecha y en la página, y envió el mensaje codificado a través del radiotelégrafo hacia los contactos alemanes de la colonia italiana en Etiopía.

Riéndose para sus adentros, Erich firmó como Sachsenhausen, y no con su propio nombre en código, Halcón. Si la transmisión llegaba hasta el repetidor británico de Malta, Goebbels posiblemente creería que el mensaje procedía del mayor.

Entretanto, los guardias asumirían con seguridad que Hempel era el oficial en cuestión. Cualquier lealtad hacia el mayor sería restringida con severidad, si no cortada de cuajo. Por una vez, Erich se alegraba de que al hombre le gustase estar rodeado de jóvenes y estúpidos... y de que hubiese hecho su reclutamiento de acuerdo con eso.

—Haz que el auxiliar médico te mire esos escalofríos. —Erich se sentó a la mesa—. Tómate el resto de la noche libre y duerme algo. Yo estaré pendiente de la radio.

—¡Sí... señor!

Después de que Johann se marchara, Erich cogió un cigarro de la pitillera que Miriam le había regalado. Tuvo que sujetarse una mano con la otra para prender la cerilla, pero al fin encendió el cigarro y se inclinó hacia atrás, inhalando el humo profundamente para calmarse. Bueno, pensó, la cosa estaba hecha; el apoyo militar que necesitaría para justificar el dispararle a un mayor pronto se vería confirmado. Las actividades del cuartel general eran de alto secreto a menos que se estipulara otra cosa, pero el secreto era una prerrogativa de los ancianos y los avaros, no de niños que jugaban a ser soldados. En una hora, todo el campamento sabría lo del mensaje.

Con suerte, tendría pocas dificultades para que los prejuicios que siempre hervían a fuego lento bajo la piel de los guardas hirvieran a borbotones... contra Hempel.

Estiró un brazo hacia el armario para coger su MP 38 semiautomática y la colocó sobre su regazo. El metal, con su ligera capa de aceite, le producía una sensación reconfortante al recorrerlo con la mano desde el cargador hasta el brazo metálico que servía como recarga. Se imaginó a sí mismo haciéndole un agujero a Hempel en la frente. Un agujero rodeado de oscura pólvora en medio de los ojos, mientras la parte trasera de su cráneo estallaba y se escuchaba el rugido de aprobación de los hombres al tiempo que él les ordenaba que acribillaran a los demás. Sonreiría al escuchar el grito del Zana-Malata y cuando Pleshdimer se retorciera como el enorme cerdo que era. La sangre mancharía de rojo ese escalofriante barro blanquecino iridiscente con el que los asquerosos de los kalanaro se embadurnaban...

¿Barro resplandeciente?

Había algo en ese detalle que despertó un recuerdo en su memoria y consiguió que se pusiera a buscar entre los manuales. Tenía que haber algo sobre los kalanaro en los estudios militares o en las guías suplementarias que hubiera pasado por alto con anterioridad.

Resplandeciente.

Un recuerdo lo atormentaba, pero, al parecer, no podía evocarlo con exactitud. Tenía la mente como nublada, y seguía viendo las nalgas blancas y los cuencos de porcelana. ¿Qué era? Algo de física, la única clase que le había gustado en Goethe, aparte de la historia militar y la biología... diseccionar aquel felino. ¡Memeces! Él sabía física, ¡y aquello no era más que cosa de niños!

Recordó, y profirió una carcajada triunfal mientras se reclinaba y colocaba las botas sobre el escritorio.

Pecblendá.

Los informes sobre ciertos locos congoleños que se embadurnaban con brea luminosa con el fin de asemejarse a feroces fantasmas durante la batalla habían conducido al descubrimiento del depósito de uranio más grande del mundo y, de forma indirecta, a la física de Einstein y Bohr. Ahora el uranio se consideraba una increíble fuente de energía y un arma potencial en tiempos de guerra después del intento de Heisenberg de descubrir su masa crítica. Pero había una pega: solo había tres minas. La mina checoslovaca de uranio estaba prácticamente agotada; la canadiense era inaccesible; y, por miedo a favorecer a Hitler o a encolerizarlo vendiéndoselo a los Aliados, los belgas habían cerrado su enorme mina de Shinkolobwe, en el Congo, a todos los compradores.

¿A eso se refería Hempel cuando hablaba del poder de los kalanaro? ¿Era esa la razón por la que se había aliado con el sifilítico?

Elimina a Hempel, pensó Erich mientras se servía más alcohol, y juega a la Gestapo con los monos. Había aprendido las técnicas de persuasión de unos maestros, ¿no? Puede que ese confabulador de Goebbels lo hubiese empapelado y enviado a

Madagascar, pero Daniel estaba a punto de salir de la cueva.

Si encontraba el depósito de pecblenda, sería una fuerza a tener en cuenta. Un hombre de importancia. Quizás, debido a la guerra, un héroe nacional. Como lo había sido el ministro de Asuntos Exteriores, Walther Rathenau, se dijo con amargura, y soltó una bocanada de humo.

—Bebe.

Miriam estaba acostada en la sofocante enfermería, tan aletargada que sus miembros parecían no tener vida. Lo único que podía hacer era abrir los ojos.

Sobre ella, con una sonrisa que dejaba a la vista sus dientes podridos, flotaba un rostro gordo y de aspecto grasiento.

—Es la hora de la medicina —dijo el Kapo. La baba se escurría entre sus dientes y le colgaba de los labios como la espuma de mar.

—Aléjate de mí. —Miriam creyó haber gritado, pero las palabras no fueron más que un susurro.

—Bebe —repitió el Kapo—. Haz soñar al bebé.

Con un dedo mugroso, presionó contra sus labios lo que parecía ser un dedal lleno de líquido. Miriam no se resistió; no podía hacerlo.

Cuando el hombre se marchó, contempló el nudo que sujetaba la mosquitera al techo y recordó el parque Luna, el lugar donde Solomon había ganado una caja de música para ella. A lo lejos escuchó la melodía de «Luciérnaga», interrumpida por el aullido de los perros.

Las sombras comenzaron a brillar. Franz, gritó su mente. Franz.

El fuego se adueñó lentamente de sus venas a medida que el brebaje hacía su efecto. Quizás, aunque yo muera, el bebé siga viviendo, pensó al tiempo que la temperatura de su cuerpo ascendía. Respiraba con dificultad, pero cada resuello era un rugido en sus oídos. Cada parpadeo era un esfuerzo supremo hasta que, de repente, se vio a sí misma a los once años. Estaba acurrucada en el asiento trasero de un descapotable, con la cabeza de su perro sobre el regazo.

—Se pondrá bien —le decía su madre desde el asiento delantero, mientras su padre conducía por la carretera rodeada de árboles que llevaba a Zurich—. No te preocupes, cariño, se pondrá bien. El veterinario no está lejos.

Miriam no podía dejar de sollozar. ¡Qué sabían sus padres! ¡Qué sabía nadie que no fuera Heidi o un veterinario sobre tener cachorros! Los neumáticos chirriaron. El coche patinó sobre la carretera helada y quedó boca arriba. Salió despedida y acabó en la falda de la colina, aterrizando sobre las rocas sin hacerse daño. Observó cómo el descapotable daba otra vuelta y caía sobre las ruedas esta vez. Como si estuviese viendo una rápida sucesión de imágenes en un zoótropo, contempló a un perro, a una mujer y a un hombre que se sacudían de un lado a otro en el interior de un coche. El olor de la gasolina impregnaba el aire; Miriam podía olerlo incluso desde la colina. Y, en ese momento, el vehículo estalló en llamas, como una flor que se abriera de repente, tan brillante como la luz del sol sobre...

... sobre un mar tranquilo y rutilante. Una marsopa se asomó a la superficie como

si emergiera a través de un espejo de oro líquido, agitó las aletas y chilló en dirección al *Altmark*. Desde la barandilla de cubierta, Miriam veía a la gente que descendía por la escala en dirección a los botes, tripulados por unos marineros alemanes de uniformes blancos.

Todo le resultaba familiar. Pero, al instante, la imagen cambió y ya no provenía de sus recuerdos...

... contempla a unos judíos vestidos con unos pijamas de rayas negras, con los remos alzados, y a otros judíos que están ayudando a hombres, mujeres y niños a subir a los botes.

—¿No es maravilloso, Lise? —dice una mujer ataviada con un sombrero acampanado. Está contemplando el mar, bruñido por el sol, en dirección a la costa—. Un hogar para nosotros. Como el Führer prometió.

—Pero hemos tenido que entregar tanto a cambio... —dice una mujer vestida con una bata blanca de laboratorio.

—Nuestras propiedades, por supuesto —contesta la primera mujer—. Pero piensa en la alternativa...

La mujer de la bata blanca la mira con una expresión vacía en los ojos.

—No solo he pensado en la alternativa, se la he dado. Por eso estás aquí.

—No lo comprendo —responde la mujer del sombrero.

—No intentes comprenderlo —le dice la otra mujer—. Hazme caso, no te esfuerces en comprender nada.

La gente del muelle continúa presionando hacia delante y Miriam se ve empujada con el resto de la multitud. Intenta salir del bullicio, pero la gente está tan apiñada que no puede ni mover los brazos. Los inmigrantes siguen avanzando sin pausa hacia la barandilla de la que cuelga la escala. Sus murmullos y respiraciones aumentan en *crescendo*, y a su alrededor distingue un aroma que asalta sus sentidos. En un principio, se le ocurre que puede ser el olor de la gente amontonada en la bodega durante la larga travesía. Pero es algo más.

El olor del miedo. El olor de la muerte.

—Venir a isla de almas perdidas para ser testigos de nacimiento de Deborah —dice la voz de Bruqah.

Alguien coloca unos dedos sobre el brazo desnudo de Miriam y la sensación le provoca un escalofrío que le llega hasta la médula de los huesos. La gente sigue presionando hacia delante con los ojos abiertos de par en par, las mejillas hundidas y los labios apretados en firme determinación.

—Ha mantenido su promesa —dice alguien.

Están adentrándose en la selva tropical. A pesar del sol, la niebla se arremolina entre la vegetación. Miles de paniques cuelgan cabeza abajo de las ramas, indiferentes a los chillidos de las gaviotas y de los papamoscas que atraviesan sin cesar los jirones de niebla. El mar ha adquirido un color herrumbroso. El color de la sangre seca...

... —¿Que tu pastor alemán te ha mordido?— la voz de Franz —Eso parece algo más que un bocado. Sagi ha intentado arrancarte el codo.

—Véndalo y ya está.

Miriam reconoció la voz Holten-Pflug, el adiestrador que no dejaba de enseñarle a todo el mundo fotos de su esposa y de su hija, que se habían quedado en su casa de Weisbaden. En ocasiones, enseñaba las mismas fotos a las mismas personas, una y otra vez.

—Si le cuentas esto al Oberst, habrá otras cosas, además del codo, que necesiten atención.

—No te preocupes. —El auxiliar médico soltó una risa ahogada—. Te curaremos... y el Oberst no se enterará de nada.

—¡Fue un accidente! Sagi no quería hacerme daño.

—Lo comprendo. Pero estate quieto, ¿vale?

—Es un buen perro. No haría daño ni a una mosca si no se lo ordenan.

—Vosotros los adiestradores y vuestros perros... —dijo el auxiliar con un ligero tono burlón que no ocultaba su admiración y su afecto—. A veces creo que tenéis la convicción de que la guerra se inventó para que pudierais exhibir a vuestras mascotas. Como otros que yo conozco... —añadió con voz baja y airada—, que tratan a los judíos del mismo modo. Quédate quieto un momento. Esto te va a escocer.

Se escuchó un gruñido, seguido del ruido de un adhesivo al despegarse.

—Bueno, ya está.

La lona se abrió y una tercera figura que respiraba con dificultad apareció en la brumosa ensoñación de Miriam.

—Johann —lo saludó el auxiliar—. Me da la sensación de que necesitas un poco de quinina.

—No tengo malaria, te lo advierto —jadeó una voz juvenil—. No me pondrás en cuarentena. —Los jadeos se incrementaron—. Nada va a apartarme de mi deber, y mucho menos esta noche. ¿Me estás oyendo, matasanos? Si me encierras, te...

—¿Qué harás? —se burló Holten-Pflug.

—Déjalo. Está delirando.

—¡Y una mierda!

En ese momento llegó hasta ellos el sonido de unos pies que se arrastraban. Algo golpeó la parte frontal de la tienda y Miriam contempló unas figuras tenebrosas que se movían de forma brusca y atropellada, semejantes a las que había visto una vez en ese artilugio experimental llamado televisión que instalaron bajo las tribunas durante las olimpiadas de Berlín.

Los frenéticos aullidos y ladridos de los perros llegaron desde el exterior... Un clamor que la sacudió del mismo modo que Erich cuando lograba echarle el guante durante uno de sus ataques de cólera.

Holten-Pflug murmuró: «¡Dios Santo!», y los tres hombres dejaron de moverse en

la visión de Miriam.

Los ladridos que resonaban en sus oídos consiguieron que se le erizara el vello de la nuca. Con un gemido, se las arregló como pudo para rodar hacia un lado y quedar de espaldas a la puerta de la tienda. Algo se posó sobre su mejilla. Un saltamontes.

—Lo tengo, *lady Miri* —dijo Bruqah.

No lo había oído entrar. Giró la cabeza y lo observó mientras sacaba al insecto de la tienda.

«... es el otro, al que llamas Bruqah, del que te estoy hablando».

La voz resonó en la memoria de Miriam. Me niego a creer que Bruqah sea otra cosa de lo que ha demostrado ser, pensó.

—Háblame otra vez de la princesa Ravalona —le pidió al hombre cuando regresó junto a su cama, como un niño que suplicara por un cuento—. ¿Qué tiene...? ¿Ella tiene algo que ver contigo?

—Esta ser mi isla. Lo que afectar a ella, afectar a mí. —Se sentó en el borde del catre—. Mi gente esperar retorno de alma de Ravalona. Bruqah ser primer hombre de la isla. Ellos creer Ravalona primera mujer. Mi gente creer que alma vaga si huesos no enterrados en tumba en casa. Ravalona murió en Mauricio y no traída a su hogar.

Se incorporó y pareció meditar si debía continuar o no.

—Bruqah alma masculina de Madagascar. Esposa de Bruqah, alma femenina. Si ella vaga, Bruqah estar incompleto. El conde dijo ser recipiente de alma de mujer, pero recipiente resultar falso y sangre correr. Mucha gente morir aquí.

—¿Y qué tiene eso que ver con mi bebé y conmigo? —preguntó Miriam.

El malgache pareció sorprenderse, aunque Miriam no estaba segura de si había sido porque ella estaba enterada de lo que sucedía o por su honestidad.

—Si Zana-Malata ganar... —Y dejó de hablar.

Con cierta dificultad, Miriam se incorporó hasta quedar sentada.

—¿Estás diciendo que si tu gente confunde a mi hija con el recipiente que guarda el alma de Ravalona tu isla acabará cubierta de sangre?

—Incluso Bruqah incapaz de cambiar historia —le contestó antes de marcharse tan silenciosamente como había llegado.

El aullido de los perros hizo que Solomon se estremeciera a pesar del calor. Envuelto en su manta para mantener alejados a los mosquitos, yacía sobre la hierba en la zona de los dormitorios, con un extraño sentimiento de pesar por la muerte de *Acuario*.

El sonido de la vahila de Brugah se elevaba a través de la vegetación, lastimero como un pájaro en busca de pareja. Como era habitual últimamente, tocaba «Luciérnaga».

De forma gradual, los perros se callaron; el silencio descendió sobre el bosque, como si los sonidos del instrumento de Bruqah hubiesen traído una sensación de calma. Sol se encontró añorando el romanticismo de Chopin, el dulce ingenio de Mozart, la sobriedad de Bach.

Con un zumbido, un mosquito se posó sobre el cuello de Solomon. Le dio un manotazo al insecto. Al menos, pensó con cansancio mientras agachaba la cabeza y alzaba un poco la áspera manta, los insectos no eran racistas. Se alimentaban con tanto entusiasmo de los nazis como de los judíos. Aun así, cuando la malaria empezara a florecer —Brugah había sugerido que el nordeste de Madagascar era la peor zona endémica para esa enfermedad en toda África—, los judíos serían los primeros en morir. La quinina, con toda seguridad, no iba a ser distribuida de forma equitativa.

Miró más allá de los cuerpos que dormían y maldijo su pesimismo. ¿No habían salido con vida de Sachsenhausen y del *Altmark*? ¿No tenían un toldo que les proporcionaba algo de refugio frente a los elementos? ¿Comida escasa aunque suficiente? ¿Agua fresca del depósito y del manantial que había en la parte trasera de la colina que formaba parte del complejo y que servía como torre de vigilancia?

No obstante, el continente parecía llamarlo desde más allá del perímetro alambrado del campamento, más allá de la bahía infestada de tiburones.

—Despierta, Rabí —le dijo Goldman.

Sol soltó un gruñido y se giró. Lucius era un buen hombre, pero...

—Sé que esto no es una posada, pero ¿puedo preguntarte cuándo fue la última vez que dormiste? —Sol se incorporó para apoyarse sobre un codo.

—No duermo mucho... pero no debería preocuparte.

Sol tocó el dorso de la mano del hombre.

—Cuéntame.

—Pronto será Yom Kippur.

—Todos somos conscientes de eso —respondió Sol con voz serena.

—He hablado con algunos de los nuestros. Quieren que celebres otra ceremonia.

—¿Todos están de acuerdo?

Goldman vaciló.

—No todos. Algunos dicen que sería demasiado peligroso...

—Tienen razón, amigo mío. Creo que el autocontrol del Oberst y su control sobre este campamento, están a punto de venirse abajo. Presionar con ese asunto sería... de lo más desacertado.

—Si no quieres ayudar, yo mismo me encargaré de la ceremonia.

Sol sacudió la cabeza.

—Quizás el próximo año sea posible. Este año debemos pedirle a Dios que escuche las plegarias silenciosas de nuestros corazones.

—Rezaremos juntos este año. Mi padre y mi madre aún viven. Nuestras oraciones deben llegar juntas a los oídos de Dios.

—Dios sabrá comprender, Lucius.

Una lágrima se deslizó por la mejilla izquierda de Goldman. Sol sujetó ese rostro en el que empezaba a notarse la sombra de la barba, consolando a Goldman como lo haría con un niño. Añoraba a su propia familia. ¿Estarían su madre y su hermana a salvo en Ámsterdam?

—Necesito pensar —dijo—. Entretanto, trata de dormir un poco.

Poniéndose en pie, Sol se abrió camino entre los cuerpos que yacían en el suelo, entrelazados como lianas, y salió de debajo del toldo para caminar hacia la cerca. Contempló la luna, deseando que pudiera proporcionarle las respuestas que necesitaba.

Que el mayor Hempel y el coronel Alois se odiaban el uno al otro era evidente. Los prisioneros se habían enzarzado en intensos y susurrados debates acerca de si podrían —o deberían— tratar de enardecer ese odio y aumentar el distanciamiento entre los adiestrados del Abwehr y los miembros de la Totenkopfverbände de Hempel. Solomon les había rogado que interrumpieran esas discusiones, por miedo a que la integridad de los judíos se viera también dividida.

Sin tener en cuenta lo que pensarán los demás, para él, el problema estaba claro. Si Otto Hempel se hacía con el control del campamento, estarían todos perdidos. Ayudar a Erich a afianzar su dominio, a pesar de que eso redujera las posibilidades de escapar, era lo que más les convenía a los prisioneros.

Si Erich demostraba ser digno de confianza.

«Si...».

Cosa extraña, pensó, que conociera a Otto Hempel tan bien, mientras que su antiguo amigo seguía siendo un enigma.

Escuchó pasos a sus espaldas.

—Te he dicho que necesitaba tiempo para pensar —dijo, creyendo que era Goldman.

—Necesito tu ayuda, Solomon —dijo Erich.

—Y yo la tuya... Erich —respondió Solomon, tomando la decisión de arriesgarse a usar su nombre—. ¿Puedo...? —preguntó, con la idea de que eso podría darle esperanzas a Goldman y a los demás mientras que, al mismo tiempo, ayudaría a Erich

a poner a Hempel en su lugar—. ¿Puedo hacerte una petición en nombre de los trabajadores libres?

—Te dan la mano y te tomas el brazo, ¿verdad?

Solomon no mordió el anzuelo.

—Nos gustaría obtener tu permiso para celebrar el Kol Nidre y para completar la ceremonia Yizkor al atardecer del día siguiente.

—Ya tuviste tus oraciones. Y tienes una deuda enorme desde entonces. —Al mirar hacia la tienda de Hempel, los ojos de Erich se llenaron de una extraña furia—. Lo consideraré.

—Nosotros...

—He dicho que lo consideraré. En este momento, tengo problemas más importantes entre manos.

—Has mencionado que necesitabas mi ayuda.

Erich vaciló.

—Más tarde —dijo, y se alejó sin mencionar lo que le había hecho acercarse a la zona judía. ¿Algún consejo sobre qué hacer con Miriam, quizás?

—Lo hemos oído todo —dijo Goldman, saliendo a la luz de la luna—. Gracias. Tal vez, hasta el corazón de un nazi pueda abrirse.

—Con una estaca de madera —replicó Solomon. ¿Qué había realmente dentro de ese corazón?, se preguntó mientras contemplaba a los pigmeos desnudos, que se habían unido al campamento durante las pasadas semanas, dando saltos y haciendo cabriolas entre las sombras al tiempo que se desplazaban en una danza salvaje hacia la choza del Zana-Malata. ¿Luciérnagas?

Sabiendo que esa noche no podría descansar, Solomon ejerció el privilegio que, para su continuo asombro, no le habían quitado, y caminó hacia la tienda de la enfermería. Encontró a Miriam dormida, cubierta por una mosquitera. Tenía los ojos cerrados con fuerza; unas líneas de preocupación arrugaban su frente. Parecía no darse cuenta de los gemidos de Tauro a sus espaldas, cuyo pecho subía y bajaba con cada respiración, al tiempo que el pelo se le ondulaba como si los músculos subyacentes sufrieran espasmos constantes.

Tras un momento de duda —por miedo a despertar a Miriam del descanso que tanto necesitaba, sin importar lo angustiante que fuera—, Sol susurró: «Te quiero». Por un instante, ella pareció deslizarse entre el sueño y la vigilia. Las líneas de preocupación de su frente se hicieron más profundas. Sus manos se convirtieron en puños.

Entonces, suspiró y sus hombros se hundieron; su garganta se convulsionó como si tragara algo. En una acción refleja, su lengua se deslizó por los labios, como un pequeño animal en busca de humedad para el calor de una cálida y opresiva tienda. Se giró hacia un lado y colocó una mano de forma protectora sobre su vientre.

Solomon se preguntó si alguna vez la había amado tanto como en ese momento. Habiendo estado separado de ella durante tanto tiempo, no había sido plenamente

consciente de los cambios que había sufrido durante el embarazo. Hasta ahora, había seguido pensando en ella como su ágil bailarina.

En ese instante, comprendió, ella poseía algo que, a pesar de su capacidad de estudio —o quizás, gracias a esta—, nunca había aprendido: la habilidad de ser práctica. La capacidad de no hacerse preguntas acerca de la vida y limitarse a vivirla. Sol se sintió avergonzado al darse cuenta de lo poco que sabía si lo comparaba con lo que ella tenía que enseñar.

Algún día, juró, seremos una familia. Y Misha será nuestro hijo mayor.

También el muchacho lo confundía. Misha había tenido una oportunidad de escapar en Berlín, cuando había estado a punto de embarcar en el tren con el párroco Cohen. Había elegido dar la espalda a esa posibilidad, huir de alguien a quien le importaba, para regresar al peligro, junto a Miriam, a la que apenas conocía. Un niño de ocho años decidido a encontrar a los padres que le habían sido arrebatados. Ahora había huido de nuevo, de Miriam, que se preocupaba por él, para volver con unas personas y una realidad que eran demasiado espantosas para imaginarlas siquiera.

De alguna extraña manera, Tauro también encajaba en la imagen de familia que se estaba formando en su mente. Aunque pertenecía a Erich, y así seguiría siendo.

Nunca podría perdonar a Erich. De eso estaba seguro, aunque de hecho había sabido que Erich no había sido el responsable directo de su arresto. Lo que Erich había hecho para ganarse el desprecio de Sol había ocurrido mucho antes, cuando Solomon estaba a salvo en Ámsterdam. Fue entonces cuando el hombre al que una vez había llamado amigo le había mentado a Miriam, diciéndole que Solomon había sido encarcelado. Y le mintió una vez más, en esta ocasión sobre su propio estatus en el Partido, prometiéndole que mantendría a Solomon con vida, que quizás incluso pudiese liberarlo. La parte de Miriam en el trato era vivir con Erich y demostrar que lo amaba; demostrar que Solomon no era más que un amigo renunciando a su religión, casándose con Erich y formando parte de la preciosa película propagandística de Goebbels.

Ahora que estaba libre de Sachsenhausen pero no de la amenaza nazi, ¿habría alguna promesa de futuro para Miriam y para él? Solomon había madurado mucho desde el intento de suicidio en el campo pero, de alguna forma, en algunos aspectos no había cambiado ni un ápice.

—¡No te llesves a la niña, Judith! —gritó Miriam en sueños—. ¡Es mía! ¡Es mía! Bruqah, ¡no dejes que lo haga! —Tenía los labios apretados por el terror. Su cabello colgaba húmedo y lacio, su frente tan perlada por el sudor que la piel parecía resplandecer a la luz de la lámpara.

Sol no sabía si debía o no despertarla. No sabía ni qué hacer con sus propias manos; las notaba demasiado grandes y desgarradas para el cuerpo que la estancia en Sachsenhausen le había dejado.

Miriam abrió los ojos.

—¿Sol? —Parpadeó, echó un vistazo a su alrededor y volvió a clavar la mirada en

él.

—¡Te echo mucho de menos! —dijo Solomon.

—Yo también te echo de menos. —Cerró los ojos y el hombre creyó que se había dormido de nuevo—. Sigo viendo... imágenes. Erich dice que tus sueños me han infectado. —Trató en vano de incorporarse—. Le he dicho que iba a irme contigo y los demás.

Así que de eso era de lo que Erich quería hablarle, pensó Sol.

—Quiero que estés conmigo, ya lo sabes, pero tienes que quedarte aquí. —No le resultó fácil pronunciar esas palabras. Tras una breve pausa, añadió—: Te oí decir un nombre en voz alta: «Judith». ¿Se trata de la misma Judith que...? —No sabía muy bien cómo expresarlo—. ¿A quien yo he visto?

—Mayor... Ropas de color caqui. Hablaba de Etiopía.

¿Cuántas veces lo habría visitado Judith en las visiones provocadas por el dybbuk... ella y media docena de personas más?

—Así que Judith te dijo que era de Etiopía. ¿Te habló?

—Me advirtió...

Y volvió a quedarse dormida de nuevo. Debía controlarse y no despertarla. ¿Cómo era posible que Miriam estuviese viendo los que hasta entonces habían sido sus fantasmas? El párroco Cohen, en su interpretación de la lengua mística de la Cábala, había dicho que el dybbuk abría las puertas a las vidas de otras personas que tenían lugar tanto en esta como en otras realidades. En el caso de Sol, las visiones se complicaban por su poder de visionario. Su habilidad de ver de vez en cuando lo que se suponía que era el futuro, o al menos un posible futuro, llegaba en forma de visión psíquica, precedida —como le había ocurrido a Isaac Luria y a otros tantos como él—, por un halo de luz azul cobalto.

Había conocido el pasado de su gente gracias al dybbuk que ya no formaba parte de él: Judith le había hablado del éxodo de los judíos negros que abandonaron Etiopía, lo que había facilitado que Mussolini se hiciera con el control de la costa sudoeste del Mar Rojo; Peta, el judío ucraniano, le contó que su gente había luchado al lado de Hitler en contra de Stalin a cambio de la posibilidad emigrar; Lise, la física que aseguraba haber vendido el secreto de algo llamado «masa crítica» para que los judíos alemanes fuesen liberados. Y otros cuantos más, que habían llegado hasta Sol en numerosas ocasiones para permitirle ver unas vidas que, reales o no, hablaban de las esperanzas que todos ellos habían depositado en la creación de una Patria judía en Madagascar, libre de la perversidad del Führer. Siempre que antes le dieran a Hitler lo que quería...

¿Podrían sus poderes psíquicos mostrarle también el presente y el futuro de esas personas?

Había visto a Judith con toda claridad durante el Rosh Hashanah. ¿Sería posible que estuviese en carne y hueso en Mangabéy? ¿Miriam había visto a una persona o a un fantasma? ¿O tal vez ambas cosas? Y si esto era así, ¿cómo podía estar Miriam

unida a ella y, quizás, a todos los demás?

Sol recordó la horrible noche en la que había intentado exorcizar al dybbuk... y librarse de los sueños. Al amparo de la oscuridad, los medio muertos que aún practicaban la religión en Sachsenhausen se reunían a la puertas del barracón 18 para rezar por su salvación. En ocasiones, los dirigía un rabino, aunque, por regla general, la tarea de dirigir las oraciones recaía en los más fuertes, físicamente hablando.

Aquella noche, Sol había encontrado un rabino, uno que había estudiado el ritual cabalístico del exorcismo.

La incongruencia de practicar un exorcismo en un depósito de cadáveres no tenía pies ni cabeza.

Una y otra vez, instado por la presión de las manos del rabino, Sol había entonado el conjuro procedente del mismo rey Salomón: «Lofaham, Solomon, Yyouel, Iyisebaiy... abandonad a este hombre». Todavía podía paladear el sabor de la bilis que le subiera hasta la boca, la oleada de náuseas que lo había asaltado. Llegó un momento en que solo fue consciente del sonido derrotado de su voz en sus propios oídos, del punzante dolor de cabeza y de los haces de luz de los reflectores. Hasta que, por fin, el rabino le dijo:

—Lo único que puedo hacer por ti, Solomon Freund, es pedir la bendición de Dios. Fuiste poseído en una ocasión por un dybbuk. Ya no está. Pero creo que permanece en ti como carne de tu carne y sangre de tu sangre. Sea lo que sea lo que ahora vive en ti, siempre fue tuyo... y siempre lo será.

«... carne de tu carne y sangre de tu sangre...».

El niño.

¿Sería el niño la nueva morada del dybbuk, que habría abandonado su cuerpo a través de su simiente y que estaría ligado a Miriam por su unión con el bebé?

Si fuese así, el niño era suyo en cuerpo y alma.

Los renovados gimoteos de Tauro atrajeron la atención de Sol. Obligándose a volver a la realidad, se concentró en la afanosa respiración de la perra.

¿Qué le haría Erich a alguien que atendiera —o que no lo hiciera— a su adorada mascota? ¿Qué sentiría él, Solomon, si no intentara ayudar a ese animal que obviamente se encontraba en apuros?

Le aflojó el collar, pero no sirvió de nada. Tauro estaba tendida de lado sin dejar de mover de forma espasmódica las patas traseras, con la mirada vacía y la respiración agitada. Sol se sentía tan inútil como cuando Erich le suplicó que ayudara a Grace, la madre de Aquiles. La perra no había superado el parto y ni Erich ni él fueron capaces de salvarla.

—¿Estás tocando un perro alemán, judío?

Una mano lo agarró del pelo y tiró de su cabeza hacia atrás mientras Pleshdimer y el Zana-Malata se materializaban justo al borde de su ceguera periférica. De repente, Sol se dio cuenta de lo mucho que había aumentado la posibilidad de sufrir un daño físico a causa de su visión en túnel.

—No respira bien —balbució, y se separó de ellos, perdiendo un puñado de pelo en el proceso—. Será mejor que vaya en busca del Oberst.

—¿Dándome órdenes? —La voz de Pleshdimer resultó más que amenazadora—. ¡Un judío dando órdenes! —Sonrió al Zana-Malata y, acto seguido, abofeteó a Sol en la sien con tanta fuerza que la cabeza giró por completo hacia el otro lado.

—¿Qué demonios pasa aquí? —preguntó Erich al tiempo que apartaba de un empujón tanto al Kapo como al Zana-Malata y se arrodillaba junto a Tauro—. ¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar, cogiendo la cabeza de la perra entre sus brazos.

Sol se dio cuenta de que había estado bebiendo de nuevo... y mucho, a juzgar por el olor que desprendía.

El rabo de Tauro se movió una vez, pero no hizo ningún otro signo de reconocimiento hacia su amo. El animal se quedó totalmente inmóvil y su cabeza resbaló de entre los brazos de Erich.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó a Solomon.

¿Podemos? Sol arqueó las cejas. De repente era «podemos»; todo había cambiado desde que compartieran la infancia pero, al mismo tiempo, todo seguía igual.

—No puede respirar bien —dijo Sol—. ¿Por qué no hablas con Bruqah? Tiene unos conocimientos sorprendentes sobre...

Erich apoyó la cabeza sobre el pecho de Tauro. Incapaz, al parecer, de percibir el latido del corazón, presionó sobre el esternón con la palma de una mano mientras apoyaba la otra sobre el dorso y entrelazaba los dedos de ambas.

—¡Ayúdame, Sol!

Sol. No Solomon. Ni, como habría esperado, judío.

Puesto que su posición no le permitía negarse, Sol se agazapó junto a Tauro, sintiendo que sus manos eran apéndices extraños que no respondían a sus órdenes. Acarició el pelo de la perra, aunque no sirviera de mucho.

—Buena chica. —Su voz era cualquier cosa menos optimista.

—Vuelve con tus libros —dijo Erich, asqueado—. Siempre fuiste un inútil en las situaciones críticas.

Los brazos de Sol cayeron a ambos lados de su cuerpo. El peso que cargaba sobre los hombros le obligó a bajar la cabeza.

—Supongo que estás rezando —continuó Erich—. Tú y tu maldito abracadabra. Te juro que eres tan malo como... —Alzó la cabeza y sus ojos taladraron al Zana-Malata—. ¡Qué hace esa inmundicia en mi campamento! —Desenfundó la pistola y la sacó para apuntar a los genitales de Pleshdimer.

El cuerpo de Tauro se agitó con un estremecimiento. Erich volvió a maldecir. El miedo empañó su semblante y volvió a enfundar el arma.

—¡Traed ayuda! —gritó—. Traed a Bruqah... ¡a cualquiera!

Sol se dio la vuelta para marcharse, pero el Zana-Malata lo agarró por el brazo.

—¡Chi... en! —siseó el sifilítico. Se inclinó, y zafándose de las manos de Sol que intentaban sujetarlo, atrapó las mandíbulas de Tauro, cubiertas de baba espumosa, y

las mantuvo cerradas.

Erich frunció el ceño y miró con expresión ansiosa a Sol, pero continuó con el masaje cardíaco mientras el Zana-Malata colocaba el agujero que tenía por boca sobre las fosas nasales de la perra y le insuflaba aire, apartándose cada vez que debía hacer una nueva inspiración, momento que aprovechaba para articular «¡Chi... en!» antes de volver a descender sobre Tauro.

La perra emitió un jadeo.

El sifilítico le soltó el hocico. El cuerpo de Tauro se sacudió, abrió la boca... y comenzó a respirar.

—El pulso es más fuerte —dijo Sol, que se había inclinado para el latido sobre la arteria carótida.

Su mirada se cruzó con la de Erich y la sensación de que ambos estaban recordando otra perra y otro momento acaecido años atrás golpeó a Sol con la fuerza de un puñetazo.

—Se pondrá mejor. —Dejó caer la cabeza y no se resistió cuando Sol le puso una mano en el hombro en un gesto de consuelo—. Si la pierdo, lo pierdo todo.

El Zana-Malata estiró la mano y tocó la nuca de Erich.

—Chi... en.

Erich apartó de un golpe la mano del hombre.

Solomon apretó el brazo de Erich.

—¡Por el amor de Dios! Ha salvado a Tauro. Creo que intenta decir chien, ¡«perro» en francés! Quizás intente decirte que puede hacer algo más por ella.

—¡No seas estúpido! —Erich miró con disgusto el baboso agujero—. ¡Solo porque masculle algo que tú crees que es francés no significa que vaya a dejarle que le ponga las manos encima a Tauro!

Sol apretó las muñecas del negro.

—Vous parlez français?

El sifilítico asintió con rapidez.

—Chi... en. —Señaló a Tauro.

—Estudiaste un poco de francés —le recordó Sol a Erich. Acercando el oído como un director de orquesta en busca de los matices de un violín, le preguntó al sifilítico—: ¿Qué pasa con el perro?

—Chi... en. Beau.

—Dice que el perro es bonito.

—Así que conoce dos palabras. Madagascar es un territorio francés.

—Tal vez pueda ayudar a Tauro. ¿Qué perderías con intentarlo? —Sol acarició con cariño a la perra, que respiraba suavemente y los miraba con incertidumbre.

—¿Que qué perdería? Tauro podría morir.

—Al parecer, va a morir de todas formas —replicó Sol.

Después de un momento, Erich habló con resignación.

—Pregúntale qué quiere a cambio de su ayuda.

—¿A cambio?

—Si crees que es el buen samaritano, piénsatelo mejor. Cuanto más viejo te haces, Solomon, más necio pareces.

Solomon preguntó al hombre, que respondió con vocales, babas y vigorosos movimientos de cabeza.

—No quiere nada —tradujo Sol.

—Quiere lo que todos queremos. —Le dirigió una dura mirada—. Control.

Poniéndose en pie, el Zana-Malata señaló a Tauro y luego hacia el exterior, donde se encontraba su cabaña. Repitió el gesto para después dirigirse con grandes zancadas hacia la entrada, indicándoles con la mano que lo siguieran. El guardia de la puerta se quitó el máuser del hombro y miró al sifilítico a través del punto de mira, pero el malgache no le prestó la menor atención. Mirando sobre su hombro, siguió urgiendo a los otros para que continuaran.

Erich miró a Sol a los ojos, y este sintió el peso de lo que Erich ordenaba. No había cambiado. Si algo salía mal, sería culpa de Solomon.

—Coged la camilla —ordenó Erich a Pleshdimer—. Haremos lo que sea necesario para que supere este trance.

Juntos, Sol y el Kapo depositaron a la perra en la camilla y siguieron a Erich a través del campamento. Un pequeño grupo de guardias se había adelantado para ver lo que llevaban.

Hempel se los unió.

—Parece que su estrella más brillante se ha caído del zodiaco, *Herr Oberst*. —Encendiendo un cigarrillo, señaló a Tauro—. Pero no se preocupe, la perra estará bien mientras él cuide de ella. —Señaló hacia la cabaña con el cigarrillo. Una espiral de humo salía del agujero en el techo—. No se culpe así mismo por el estado de su perra, *Herr Oberst*. No se culpe por nada de lo que suceda. Es solo que «importar» y «cuidar» no es lo mismo.

—Como tampoco lo son los rangos de *Oberst* y *Sturmbannführer* —respondió Erich—. Recuérdele la próxima vez que quiera acercarse a ese niño.

Hempel se tocó la gorra, como si reconociera la victoria temporal de Erich.

—Mis hombres y yo encontramos al animal... entretenido. —Sus ojos brillaron—. Tan versátil. Después de todo, es una mascota muy exótica la que puede dejar las botas tan relucientes con su lengua. No obstante —levantó las manos en un gesto de obediencia—, intentaré encontrar una mascota más de su agrado. Debería matar a esa de una vez.

—Esto no es Sachsenhausen —replicó Erich.

—Ni tampoco un suburbio de Berlín. Los céspedes bien cortados y las sensibilidades delicadas no tienen cabida en la jungla, *Herr Oberst*.

Lo saludó, dio media vuelta, y se dirigió a la tienda del comedor, dejando a Erich echando chispas por los ojos y con una mano en la culata de su pistola.

—En marcha —espetó Erich entre dientes.

En las puertas, el guardia saludó con indiferencia. Se apresuraron hacia la cabaña con Erich a la cabeza. El suelo estaba cubierto de saltamontes que crujían bajo sus pies; Sol podía escuchar los jadeos de Pleshdimer mientras el gordo sargento trataba de mantener el paso. Se desplazaban descompasadamente, con Sol tirando de la camilla hacia delante a la vez que el Kapo tiraba con fuerza hacia atrás, como si quisiera frenar su avance.

Uno de los focos iluminó la cabaña, y Sol distinguió un brazo negro que apartaba la piel de cebú y los instaba a entrar.

La respiración de Tauro comenzó a hacerse más laboriosa.

—¡Más deprisa! —jadeó Erich.

—No, señor Ciudadano Alemán.

La voz parecía flotar en el aire, sin pertenecer a nadie. Erich se agachó, con el arma a punto. A la luz del foco, su rostro adoptó una expresión de irritado alivio cuando Bruqah salió de las sombras de la cerbera que había junto a la cabaña.

—Ayúdalos con la camilla —le ordenó Erich.

Bruqah negó con la cabeza.

—Esta cabaña —golpeó con los nudillos la pared exterior, hecha con cañas y barro—, no lugar para hombres blancos ahora que aire ha tocado a Benyowsky. — Parecía sostener una lucha para expresar sus pensamientos con palabras—. Kalanaro allí en ocasiones hacer magia mala. Ellos que tú llamas capr... cap...

—Caprichosos —sugirió Sol, terminando la palabra por él.

Bruqah le agradeció el gesto con la cabeza.

—Ellos felices de ayudar al Zana-Malata.

—¿Ayudarlo a hacer qué? —preguntó Sol.

—Controlar lo que tú llamar reino espiritual, Sollyman. Zana-Malata querer niño viva y mayor gane. Él creer que ellos ayudar a matar aquellos que condenar a ostra... ostra...

—Ostracismo —terminó Sol.

Bruqah asintió de nuevo.

—Él creer niño contener el alma de Ravalona.

El hombre tiene miedo, pensó Sol, está nervioso. ¿Pero por qué? O, tal vez, fuera algo tan simple como una competición entre dos personas que ansiaban el mismo tipo de poder.

Erich aferró a Bruqah por su lamba.

—Si alguien, o algo, intenta cruzarse en mi camino, lo consideraré un acto de sabotaje... una acción de guerra. Entiende esto: el Sturmbannführer Hempel y yo no somos tan distintos. La única diferencia es que yo no torturo a mis enemigos. Los ejecuto.

Liberó a Bruqah de un empujón. Con una mirada de disgusto, el malgache retrocedió hasta las sombras de la cerbera.

—¿Y a cuántas personas ha matado, *Herr Oberst*? —preguntó Sol mientras

observaba cómo el malgache desaparecía en la oscuridad.

Erich se dio la vuelta y clavó el cañón de su arma en la mejilla de Sol, quien, salvo cambiar ligeramente la sujeción de la camilla, no realizó ningún movimiento.

—A dos —contestó Erich por fin—. Dos muchachos. Los hijos de dos estúpidos que regentaban una tienda de tabaco en Friedrich Ebert Strasse.

El interior de la cabaña era sofocante. Unas ramas de eucalipto se consumían con reflejos rojizos en el brasero, crujendo y desprendiendo un humo aromático tan espeso que se pegaba a la piel de Erich, dejándole la frente y las mejillas cubiertas de sudor. Esto es una *locura*, pensó, mientras esperaba que sus ojos se adaptaran a la oscuridad.

Casi se arrepintió de que lo hicieran. El Zana-Malata estaba sentado junto al fuego con la barbilla apoyada sobre el pecho, los hombros hundidos y los brazos colgando flácidamente a ambos lados del cuerpo. Miraba las llamas con una expresión ausente. El humo parecía salir en volutas desde su cabello rojizo. Para el resto del mundo, tenía todo el aspecto de ser un cadáver que hubiese muerto allí sentado. Las dos civetas estaban agazapadas a ambos lados de su cuerpo, atemorizadas, maullaban y restregaban sus narices sobre las arrugadas piernas del hombre.

El Zana-Malata no se movía.

Tras él, se mecía, incansable, una tosca silla de rafia, que colgaba del techo sujeta por una cuerda trenzada. La luz del fuego arrancaba destellos a tres sartenes ennegrecidas y varios roncales de cebú se alineaban en la pared trasera de la cabaña. El cráneo de un búfalo de agua, con un par de velas pequeñas y gruesas encendidas en las cuencas de los ojos y una esvástica pintada en la frente, adornaba uno de los rincones superiores de la estancia.

Las civetas alzaron las cabezas para examinar a los intrusos. Una de las ramas de eucalipto estalló con un crujido en el brasero y las chispas cayeron en cascada sobre los hombros del sifilítico. Aun así, el hombre permaneció inamovible. Asqueado y de mala gana, Erich hizo un gesto a Solomon y a Pleshdimer con la pistola para que colocaran a la perra junto al brasero y esperaran en el exterior. Las civetas se incorporaron, con el pelo del cuello encrespado, pero volvieron a agazaparse y lo observaron con recelo, como si quisieran esperar a ver el desarrollo de los acontecimientos.

—¿Qué piensas hacer para curarla de la displasia? —le preguntó Erich, incapaz de controlar la furia que transmitía su voz mientras cruzaba la cabaña para acercarse al Zana-Malata.

El sifilítico continuó observando las llamas con expresión vidriosa.

Erich le colocó la pistola en la sien, angustiado porque alguien pudiera estar sentado tan tranquilo mientras Tauro yacía sin fuerzas en el suelo.

—¡Hazme caso! —gritó Erich, luchando para controlar los temblores que lo sacudían. Como si lo estuviera contemplando a través de los ojos de otra persona, vio cómo la pistola se acercaba a la cabeza del sifilítico, al igual que lo hace el metal

hacia un imán—. ¡He dicho que me hagas caso!

Al ver que no obtenía respuesta, la presión que había estado creciendo en su interior desde hacía tanto tiempo estalló.

Sus dedos apretaron el gatillo.

Clic.

El Zana-Malata siguió sentado, impasible e ileso. ¡Dios mío!, pensó Erich, avergonzado por haber apretado el gatillo. Intentó volver a enfundar el arma pero, de modo instintivo, apretó el gatillo de nuevo. Esta vez, el cañón apuntaba al suelo.

Clic.

Estupefacto, Erich miró fijamente el arma.

El Zana-Malata se dejó caer de costado y quedó tendido con la cabeza junto a una tabla de madera de caoba sujeta por dos piedras, a modo de estantería. Sobre la tabla había tres cuencos blancos vacíos, agrietados y manchados y, obviamente, muy antiguos. Cada uno de ellos estaba adornado con el dibujo de un clíper navegando en un edén de hojas. ¿Dónde he visto esos cuencos antes?, se preguntó Erich. Le resultaba imposible concentrarse. Su atención estaba fija en el brazo del sifilítico, extendido sobre el suelo cubierto de ramas, con el bíceps desfigurado por la piel enferma y la mano sin uñas.

De la boca del Zana-Malata caía un hilillo de sangre.

—La pistola no se ha disparado —dijo Erich al tiempo que retrocedía. Presa de la confusión, sintió ganas de vomitar—. No te he disparado. —Se dio la vuelta y se acercó a Solomon, cuyo rostro, ensombrecido por el humo, era insondable—. No he disparado...

Pero no era Solomon. Había ordenado a Solomon que esperase fuera. ¿O no?

El fuego volvió a crepitar y una voluta de humo se elevó desde el brasero. El calor obligó a Erich a cerrar los ojos. Cuando volvió a abrirlos, Pleshdimer estaba lamiendo la sangre que manchaba las ramas del suelo.

Erich agarró al sargento por el pelo.

—¡Imbécil, tenía sífilis!

Pleshdimer sonrió con los labios enrojecidos.

Erich lo apartó de un empujón. El Kapo cayó sobre Tauro y colocó la cabeza sobre el lomo de la perra.

—Si la perra muere, tendremos un festín —dijo.

—¡Levántate y lárgate de aquí! ¡Tienes cinco minutos!

Pleshdimer unió las manos sobre su barriga.

—¡Uno! —chilló Erich.

Una imagen de Miriam lo asaltó, haciendo que la cabeza comenzara a martillearle. «¡Cuenta!», le había ordenado la noche que perdió el control y la tomó por la fuerza. «¡Cuenta!».

—Uno... dos... tres...

—¡Más despacio!

—Cuatro...

—¡Otra vez! ¡Desde el principio!

—¡Cinco! —por un instante, vio delante de él el rostro de Miriam. Apretó el gatillo al tiempo que la mano de Sol le sujetaba la muñeca.

—¡Erich!

La detonación rugió en sus oídos. En el suelo se abrió un agujero negro, a un centímetro de la yugular de Pleshdimer, y una nube de humo azulado se alzó del brasero.

—¡Podías haber matado a Tauro! —gritó Solomon.

Erich parpadeó. ¿Tauro? Se libró de la mano de Sol y observó al sargento que se alejaba trastabillando hacia un rincón y se encogía, asustado. Demasiado agotado y descolocado como para apuntar de nuevo, se arrodilló junto a la perra sin intentar ocultar los temblores que lo sacudían.

—Mero schatz —susurró—. Mi amor.

Con un plop, el Zana-Malata descorchó una vasija de arcilla toscamente modelada. El olor del cloroformo permeó el interior de la cabaña y Solomon retrocedió hasta la puerta, en busca de aire fresco. Aunque el anestésico lo mareaba y aturdió, Erich permaneció cerca de Tauro.

Tras impregnar un andrajoso trozo de tela con cloroformo, el Zana-Malata se lo ofreció a Erich y le indicó que lo sostuviera sobre la nariz del animal. Erich le dijo al negro con un gesto que volviera a cerrar la vasija, cuyo contenido lo estaba mareando. El sifilítico meneó la cabeza con vehemencia y alzó su grotesco y retorcido puño hasta acercarlo a la barbilla de Erich donde abrió los dedos. En la palma ardía una brasa. Erich se alejó del calor que desprendía. Los dedos volvieron a cerrarse a su alrededor, aunque la horrenda máscara que era el rostro del sifilítico no daba muestras de sentir ningún tipo de dolor.

La mano volvió a abrirse. En esta ocasión, en la palma había algo parecido a la semilla de una fruta. Impulsado por una fuerza ajena a sí mismo, Erich enfundó el arma, cogió la semilla y lo contempló estupefacto, poniendo mucho cuidado en mantener la mano herida bajo la otra, por si dejaba caer aquella cosa.

—Es una semilla de cerbera —susurró Solomon, que había vuelto a aparecer y que se arrodilló a su lado, fundiéndose con el humo como si hubiese perdido los contornos físicos de su cuerpo—. Brugah dice que si se come, provoca un estado de trance.

La semilla, cubierta de pelusa y con múltiples pliegues, fascinaba a Erich de un modo extraño.

—Dile que siga adelante.

Solomon colocó la mano sobre el hombro del Zana-Malata y le habló en francés. El Zana-Malata asintió y se arrastró hasta colocarse detrás de Tauro para alzarle la cabeza. Un pequeño espasmo sacudió el cuerpo del animal y Erich se estremeció empáticamente. Un ambiguo sentimiento de gratitud lo invadió cuando el Zana-

Malata le indicó que tapara la nariz de Tauro con el trapo. Intentando mantener la cabeza tan lejos como fuese posible, vio que Pleshdimer estaba agazapado en el rincón, con el rostro blanco como el papel y los brazos caídos. Toda idea abandonó su mente al ver que una de las civetas se acercaba al sargento y le lamía la palma de la mano.

El humo ya no escapaba por el agujero del techo. Las volutas azules habían adoptado la forma de unas hojas de helecho curvadas que se engarzaban a su alrededor. Erich parpadeó y miró a Solomon en busca de ayuda, pero el humo era tan denso en el interior de la cabaña que no distinguía nada más allá de su mano.

Que todavía sostenía la semilla.

La dejó cerca del brasero.

El hueso se convirtió en un ojo que lo miraba fijamente. Los párpados de Erich comenzaron a cerrarse.

El Zana-Malata entonó unas palabras ininteligibles mientras sostenía un cuchillo que brillaba como una espada bajo la luz del sol. Erich sabía que debía desarmarlo, pero se sentía demasiado torpe como para moverse o incluso preocuparse por ello. Alzó la mano, pero su brazo descendió... muy despacio. Todo parecía moverse a cámara lenta.

El sifilítico movió a la anestesiada Tauro hasta dejarla apoyada sobre el lomo, le separó las patas traseras, extendió un mejunje negro y pastoso sobre el pelo y procedió a afeitarle la parte superior de las patas. Tras cada pasada del cuchillo, limpiaba el borde afilado con el dedo para quitar el pelo que se había adherido. Una vez acabó, limpió la piel con un trapo que olía a antiséptico y colocó el cuchillo sobre la pata izquierda.

Debe ser para seccionar el músculo pectíneo, imaginó Erich presa del mareo. Era una operación potencialmente mortal o, en el caso de que sobreviviera, Tauro podría quedar lisiada. ¿Pero qué otra solución tenían? ¿Dónde podía haber adquirido un ermitaño que vivía en una isla remota, del tamaño de un pfennig, los conocimientos necesarios y la habilidad quirúrgica que se requerían?

Cualquier cosa parecía posible en la neblina donde Erich flotaba desorientado.

El Zana-Malata hizo un corte en la piel y la apartó. Erich desvió la mirada. La imagen de la carne de Tauro, roja como un filete crudo de biergarten, hizo que su corazón diera un vuelco, presa del miedo. Le daría cualquier cosa al negro; ¡cualquier cosa!, se prometió, si la operación tenía éxito. Fuese cual fuese el resultado final, aliviaría cualquier sufrimiento de Tauro, porque el dolor de la perra era su dolor.

Sin soltar el trapo impregnado de cloroformo, miró a través del humo en busca de un punto de referencia que lo ayudara a mantener los ojos abiertos sin tener que observar la operación. Sus ojos se quedaron fijos en los cuencos y recordó haberlos asociado con Benyowsky.

En el... valavato, dijo para sí.

Pero los cuencos no estaban vacíos. Uno contenía arroz hervido; otro, unos trozos

grasientos de lo que parecía ser piel de pollo cruda; el tercero, un montoncillo de ralladuras blancas y negras; y el cuarto, una calabaza, contenía agua. Solomon emergió de entre el humo, cogió el tercer cuenco y dijo en voz baja:

—Son las ralladuras de dos semillas de cerbera.

Perplejo, Erich se limpió una gota de sudor que colgaba de la punta de su nariz y contempló el fuego sin ver nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Bruqah.

—Entiendo.

Pero no lo entendía. El humo le embotaba la mente; la voz de Solomon parecía distante e incoherente, como el eco que resuena en una cloaca abandonada. Nada de lo que sucedía alrededor de Erich tenía sentido, era tan absurdo como una tormenta de granizo en el paraíso; como un cebú que alargara el cuello de rayas blancas y negras para darse un festín con el sauce llorón junto al cual había llevado a cabo la orden de Hitler de disparar a Aquiles.

Solomon estaba agachado junto a la tabla de caoba, mezclando pequeñas cantidades del contenido de los tres cuencos en la calabaza. Cuando se dio la vuelta, le ofreció el brebaje a Erich.

—Tienes que beberte esto.

—¿Qué es? —preguntó Erich, retrocediendo.

—Justicia —dijo Hempel, que acaba de apartar la cortina y había entrado en la cabaña—. El espíritu del árbol del cerbera te matará o bien te protegerá de la brujería que el Zana-Malata debe usar para salvar a Tauro —percibiendo, aparentemente, la confusión de Erich, añadió—: El malgache me ha asegurado que es necesario. Él me lo cuenta todo.

¿El malgache? Se preguntó Erich. ¿Qué malgache? El Zana-Malata no habla alemán y Hempel no tiene ni idea de francés. Y dudaba mucho que Bruqah hablara lo más mínimo con Hempel. ¿Conocerían el ermitaño y Hempel alguna otra lengua con la que se entendieran?

Sol colocó el cuenco en las manos de Erich y lo ayudó a sujetarlo para que no derramara el contenido.

—El malgache llama a la cerbera el «árbol de la prueba» —dijo Solomon.

—Supongo que eso te lo ha dicho el malgache —murmuró Erich, luchando por entender lo que pasaba a su alrededor aunque ni siquiera era capaz de mantenerse derecho.

Solomon no contestó.

—Trágate lo si quieres salvar a la perra —insistió Hempel.

Presas de continuos temblores, Erich observó el interior del cuenco y se echó hacia atrás con un grito de sorpresa, al tiempo que Solomon le acercaba una de las sartenes ennegrecidas. Lo que había en el interior se asemejaba a las gachas.

—Pasta de harina. —Solomon introdujo un dedo y, con la pasta goteando y

humeando en su extremo, lo sostuvo en el aire delante de la nariz de Erich—. Intenta concentrarte —murmuró—. Voy a meterte esto en la boca en cuanto el veneno haga su efecto. No te resistas. Si vomitas, hay muy pocas posibilidades de que sobrevivas.

—¿Tú me... salvarías? —Por mucho que se esforzara, su voz no era más que un murmullo. Una especie de niebla entorpecía su voluntad. No podía evitar preguntarse por qué Solomon y Hempel, ambos con razones suficientes para desear su muerte, lo envenenarían y después le darían el antídoto, sin pérdida de tiempo. Momentos después, toda lógica lo abandonó y se encontró reflejado en el cuenco, con una sonrisa en los labios.

—Bruqah dice que te digamos que para salvar a un animal debes estar dispuesto a sacrificar tu humanidad —explicó Solomon.

Erich miró a Tauro. Bajo el cuchillo del Zana-Malata, el animal ofrecía un aspecto lastimero y horroroso. Tenía las patas traseras separadas y llenas de sangre; el cirujano era un sifilítico y el quirófano estaba atestado de humo de eucalipto. Erich sentía deseos de aullar por la situación tan absurda en la que se encontraba.

En lugar de ceder al impulso, respiró hondo para reafirmar su decisión y se llevó el cuenco a los labios. La mezcla, caliente y espesa, le provocó arcadas, pero se las arregló para tragarla.

Durante un momento, no sucedió nada. Había esperado sentir dolor o ser presa de un ataque, pero nada de eso ocurrió. Parecía haber salido de sí mismo y estar en un mundo donde no había sensaciones ni sonidos, excepto el rugido de su corazón en sus propios oídos. Súbitamente, se llevó las manos al vientre y cayó de rodillas mientras su cerebro explotaba con una lluvia de chispas. Su cuerpo se sacudía con tanta fuerza que el cráneo de búfalo parecía girar ante sus ojos, con la esvástica lanzando destellos como los fuegos artificiales sobre el parque Luna de Berlín. Las cacerolas comenzaron a chocar entre sí y el techo de la cabaña se movió. El fuego se extendió por su estómago y sus intestinos antes de asaltar sus extremidades y dejarle el cráneo como una brasa incandescente.

—¡Ayudadme! —suplicó—. ¡Dadme las gachas!

Aferró los tobillos de Solomon con una mano y con la que estaba libre sujetó la bota de Hempel pero, cuando alzó los ojos para volver a implorar, sus rostros habían desaparecido tras una pantalla de humo que se estremecía al ritmo de unas carcajadas. Estaba a punto de morir; después de todo, Solomon y Hempel habían conspirado para matarlo. La supuesta operación de Tauro no era más que un ardid del judío y del carcelero para obligarlo a tomar el veneno.

Aire. Necesitaba aire. Si pudiese arrastrarse hasta la puerta todo iría bien, pero no podía sentir las rodillas. La cabaña desapareció y volvió a aparecer al instante antes de que las piernas de Solomon y Hempel le bloquearan el camino. Unas piernas de bambú...

Sacó un brazo por los barrotes.

—¡Miriam!

Pero fue Tauro, no Miriam, quien apareció entre la niebla frente a él. Metió una enorme cabeza entre las rejas, mirándolo con adoración. Agradecido, se acercó a ella sabiendo que su compasión y su calor calmarían el dolor...

Pero ella se alejó.

—¿Tauro?

Girándose hasta quedar de espaldas y alzando las patas traseras, Tauro jadeó feliz al tiempo que el sifilítico le hacía un corte en el abdomen.

—Todos esos espectáculos con perros, Erich —escuchó que Solomon decía—; todas esas películas de Strongheart. Una docena de veces has visto Rin Tin Tin. ¿Por qué pasas tanto tiempo en el Marmorhaus?

El eco resonó en la cabaña.

—Chi... en... beau. Chi... en... beau.

Erich se tapó los oídos y apoyó la frente en el suelo, pero las palabras seguían tamborileando en su mente. Al sentir una presencia delante de él, alzó la mirada y se descubrió contemplando los ojos brillantes del sifilítico. Del agujero de la cara le salía humo que lo envolvía en el olor del eucalipto.

¡Ya basta!, gritó, pero ningún sonido emergió de sus labios. Era un mudo pidiendo ayuda en un mundo de ciegos y sordos. Solo lo escucharon las civetas. Ambas se acercaron sin prisa, movidas por la curiosidad, con sus ojos color granate brillando a la luz del fuego. Junto a ellas, Aquiles, que había muerto tres años atrás, yacía en el suelo, mirándolo, mientras Tauro abría sus mandíbulas.

Con el mismo gesto apático que haría cualquiera a punto de ser ejecutado, Erich bajó la cabeza y esperó a que los colmillos de Tauro se clavaran alrededor de su cuello.

Lo siento, quería decir. Perdóname.

Alguien arrojó frente a él la sartén ennegrecida que contenía las gachas. No se resistió cuando unas manos lo obligaron a bajar la cabeza. Lamió los dedos y tragó con fuerza, como si la amarga pasta fuese su última comida. Tauro gruñó y giró el hocico para morder y, en ese momento, la oscuridad lo engulló...

—¿Cómo te sientes? —preguntó Solomon.

Erich vomitó, apoyado contra la pared exterior de la choza. Cuando hubo echado todo y cesaron los temblores, observó las luces de los reflectores que barrían el campamento e intentó recordar lo que había sucedido en el interior de la cabaña. Lo único que le vino a la mente fue el momento en que colocaba un trapo impregnado de cloroformo sobre la nariz de Tauro. El resto no era más que una neblina imprecisa como si hubiera sido él, y no Tauro, el anestesiado.

—¿Tauro está bien? —preguntó con voz ansiosa, intentando alejar el haz de luz que acababa de posarse sobre él. Soltó una maldición en voz baja al darse cuenta del esfuerzo que tenía que hacer para incorporarse y abandonar el apoyo de la pared de la choza.

—Eso parece —contestó Solomon—. La estaba suturando cuando entré para

sacarte.

—¡No deberías haberla dejado sola con él! —Erich comenzó a andar entre la hierba, pero hizo un gesto de dolor al sentir un dolor agudo en la cadera. Cojeando, volvió a entrar en la cabaña.

Y frenó en seco.

Las civetas se habían ido. Arrellanados junto al candente brasero había dos enclenques y calvos kalanaro que dormitaban con las cabezas apoyadas sobre las piernas del Zana-Malata.

Tauro también dormía tranquilamente.

Los ojos del sifilítico lo miraron alegres antes de frotar las cabezas de los dos hombres, como si el gesto le trajera buena suerte. Los pigmeos continuaron roncando con suavidad, mientras el Zana-Malata se apartaba de ellos y observaba las patas traseras de Tauro. Ambas estaban tapadas por un vendaje hecho con hojas de palma cubiertas de un lodo que desprendía un olor a plátanos pasados.

Erich se apoyó en el quicio de la puerta en busca de apoyo ya que sintió una oleada de intenso dolor que comenzó en la cadera y descendió por sus piernas, desgarrando nervios y músculos a su paso.

Los ojos del sifilítico se iluminaron.

—Chien... beau —dijo, señalando a Erich.

—Bruqah me ha dicho que te diga que para salvar a un animal tienes que estar dispuesto a sacrificar tu humanidad.

Las palabras provocaron una nueva oleada de dolor. Esperó a que remitiera, con los dientes apretados, y salió cojeando, camino de la puerta del campamento.

Por la mañana, después de haber vaciado una botella de *brandy*, meditaría acerca del precio que había pagado a cambio de la vida de Tauro.

Por lo general, Miriam se sentía agradecida por la mosquitera que rodeaba su catre pero, en ese momento, le parecía un sudario. Si hace este calor en primavera, pensó, ¿cómo será en verano? Por el movimiento de la tela, sabía que había una leve brisa; sin embargo, el tejido que la protegía de los pequeños insectos también impedía que el leve soplo de viento la refrescara. A esto había que sumar la escasa ventilación, por no decir ninguna, de la tienda. La luz penetraba a través de la puerta y acentuaba el contraste entre la blancura de la mosquitera y los saltamontes, polillas y grillos que colgaban al otro lado de la tela. Incluso había una mariposa vagabunda, de alas negras con brillantes estrías doradas, cuatro veces más grande que cualquiera de las que había visto en Berlín.

Recordó una ocasión, cuando era una niña, en la que deseó haber sido una mariposa. Ahora deseaba cosas más sencillas, como un baño o una buena taza de café.

O saber si era de día o de noche.

Casi en defensa propia, volvió a sumergirse en el sueño provocado por los somníferos. Soñó con los kalanaro, con catorce o quince de ellos que giraban más allá de la valla del gueto. Uno de ellos se agachó y, ahuecando sus manos, sonrió con esos labios de color ocre y los ojos ribeteados de tinte negro mientras su cuerpo resplandecía, cubierto de pintura blanca. Los otros corrieron hacia él, de uno en uno y, según llegaban, colocaban un pie sobre sus manos. Él los alzaba y los impulsaba en una pirueta mortal. El aterrizaje bien podría haberles roto los huesos, ya que siempre caían sobre la espalda o las nalgas, pero los pigmeos lanzaban unos grititos de placer, se ponían en pie a duras penas y volvían a correr hacia el lanzador.

Un grupo de lémures de cola anillada apareció, con las colas alzadas, en la imagen de su sueño. Caminaron a lo largo del perímetro de la valla y se sentaron, interponiéndose entre los kalanaro y los alambres, para observar a los pigmeos con afable curiosidad. Los hombrecillos se acercaron los unos a los otros y formaron, muy juntos unos de otros, un semicírculo, todo rastro de alegría había desaparecido de sus rostros. Un par de ellos se arrodillaron para coger sus lanzas sin dejar de mirar a los lémures con expresión furiosa.

El sueño cambió.

En el vientre de Miriam, se agitaban sin cesar unos cachorros todavía sin pelo que, de pronto empezaron a retorcerse en mitad de una horrible agonía, en el asiento trasero del descapotable quemado donde estaban los cuerpos calcinados de sus padres, su tío y su perra, que había dado a luz mientras el coche se convertía en un amasijo de llamas y criaturas retorcidas.

Presas del tormento del sueño, Miriam se retorció de uno a otro lado, lo

suficientemente despierta como para saber que estaba soñando, pero aún lo bastante dormida como para seguir inmersa en la pesadilla. Con las manos presionadas sobre el voluminoso vientre, su mente gritaba los nombres de algunos hombres cuyos rostros la eludían. Ayúdame Solomon, gritó. Ven. Escuchó el sonido de un cristal al romperse, como si alguien lo hubiese aplastado con el pie. Y entonces vio un desfile de amantes sin rostro: una máscara pálida llamada Solomon; un uniforme arrugado con la insignia del Abwehr; los rasgos griegos de un bailarín del Stuttgart —el que fuese su primer amante... con bastante frecuencia y mucho talento— que le cruzó la cara de una bofetada y la llamó judía cuando ella le dijo adiós. Vio a un hombre negro de piel flácida que apestaba a eucalipto, y que solo la poseía durante sus pesadillas, durante las cuales el agujero que era su boca capturaba sus labios, de modo que podía forcejear pero le resultaba imposible chillar.

Miriam volvió a despertarse.

La bruma que creaba la mosquitera era diáfana en comparación con las tinieblas que invadían su mente. ¿Cuántas veces se habría acercado Pleshdimer al catre durante los últimos días para obligarla a beber ese brebaje que le quemaba la garganta y le provocaba caóticas pesadillas?, se preguntó. Estaba acostada en una tienda, de eso estaba razonablemente segura. Lo cual, al menos, ya era un logro. A veces se despertaba pensando que se encontraba en su casa de Suiza, o en la propiedad de su tío en Grünewald, o en mitad del alboroto de la jungla o envuelta en una nube.

Solo estaba segura de una cosa: le faltaban días, sino horas, para dar a luz. Se colocó la mano sobre el vientre, deseosa de que el bebé le diera una patada y le hiciera saber que estaba todavía con vida porque, en su estupor, no recordaba haber sentido sus movimientos últimamente.

—Que Dios me ayude —dijo en voz alta.

—Lo hará.

—¡Franz! —exclamó, intentando incorporarse—. Creía que estaba sola. Muy sola.

—Tranquila, *Frau* Alois.

Miriam vio un movimiento en la mosquitera y sintió las manos cálidas y reconfortantes del auxiliar sobre los hombros.

—Concéntrese en mantenerse física y mentalmente preparada para el parto.

—Es posible que el bebé esté muerto. No lo siento moverse.

—¿No recuerda que el doctor Tyrolt le dijo que no se movería antes de nacer? Así se prepara para la vida, dijo el doctor.

Miriam asintió, aunque no recordaba ese detalle. Se zafó de las manos de Franz, renuente a seguir acostada sobre el húmedo colchón hundido del catre.

—Hace tanto calor... —dijo mientras se apartaba el pelo de la cara—. Siempre hace mucho calor. —Retiró la mosquitera y colocó la cara donde pudiera llegarle el aire fresco—. No se imagina lo mucho que añoro el hielo y la nieve del invierno de Berlín. —Ven, Solomon, pensó. Te necesito a mi lado.

Las órdenes de Erich habían sido más que explícitas sobre ese punto: Sol era libre de visitarla hasta el día del parto.

—¡Dónde está mi... mi marido!

—No tardará en venir, *Frau Alois*. Por favor, tiene que relajarse...

—¡No me hable como si fuera una niña! —Cogió un saltamontes que se había posado sobre su camisón e intentó dejarlo en el suelo. El insecto se dirigió hacia la puerta con un sonoro zumbido de las alas.

Estaba enfadada; primero con Franz, que había asumido que se estaba refiriendo a Erich, y después con ella misma, por no haberse explicado con claridad. De hecho, pensó, todo la irritaba, simple y llanamente.

—¿Que la trato como a una niña? —Franz meneó la cabeza—. Le aseguro que solo intento...

—¿Y qué es ese olor tan appestoso?

Franz se acercó para poder mirarla cara a cara. Intentó sonreír, pero el efecto fue más parecido a una mueca.

—El olor de los trópicos justo antes de que llegue la lluvia. —Caminó muy despacio hasta la entrada de la enfermería y se apoyó sobre uno de los postes que sujetaban la tienda para contemplar la noche, impidiendo con su cuerpo que Miriam viera el exterior—. ¿Por qué desearía una persona traer un hijo a un mundo como...?

La miró, avergonzado.

—No quise decir eso, *Frau Alois*. —Se acercó hasta ella y la tomó de la mano, como si quisiera besársela—. Perdóneme. He intentado adoptar una actitud valiente ante todo, pero le aseguro que no es la única que está asustada. Al igual que usted, a mí también me gustaría que el doctor Tyrolt estuviese aquí.

—Mi hijo y yo estamos en sus manos porque así lo he querido —le dijo Miriam.

—Lo siento, yo... —Alzó la cabeza y Miriam vio que se estaba esforzando para componer una expresión competente. Pero la mirada distante y distraída con la que la observó no fue, ni muchos menos, tranquilizadora—. Todo va a ir bien —dijo en voz baja—. No ocurrirá nada malo. Ya lo verá.

Miriam comenzaba a sentir un punzante dolor de cabeza. Su respiración era irregular y poco profunda. Volvió a colocar las manos sobre el vientre.

—Creo que nos llaman a escena —dijo, intentando aligerar los ánimos.

—Me quedaré junto a usted —le contestó Franz—. ¿O prefiere que busque al Oberst? —Hizo una pausa antes de continuar—. ¿O a Solomon Freund?

Miriam cerró los ojos. Se sentía muy alejada de todos, incluso de Sol. Lo amaba más que nunca, pero ese amor parecía mermar la fuerza que necesitaba para sobrevivir. La fuerza que tanto ella como el bebé iban a necesitar. Para sobrevivir. Tal vez, pensó, Erich tenía razón en eso que repetía una y otra vez: que las embarazadas se encierran en sí mismas, distanciándose de los hombres a quienes aman.

—Quiero ir con Solomon —dijo de repente—. Quiero tener el bebé allí. Con los judíos. Allí está mi lugar.

—No puedo permitírselo, *Frau Alois*. Mis órdenes son...

—Sus órdenes me importan un bledo.

Bajó del catre con torpeza. El crepúsculo se había marchado tal y como había llegado, y ya era noche cerrada. Podía percibir las sombras extendiéndose sobre la parte superior de la tienda, el cielo que adquiriría el color de la tinta. ¿Se verían las estrellas? ¿Tendría algún significado para ella, o para cualquiera de ellos, si se vieran esa noche?

Escuchó el ruido de los prisioneros mientras trabajaban, las conversaciones de los guardias, las ocasionales carcajadas.

El bebé dio una patada. Por un instante, Miriam permaneció inmóvil, con la mente relajada y, entonces, una oleada de dolor la recorrió de arriba abajo. Tomó varias bocanadas de aire y caminó hacia la puerta. Franz no intentó detenerla. Una luz azul cobalto se extendía por su mente como si fuese una capa de pintura.

—Sol —gritó, apartando la visión que intentaba imponerse a pesar de sus esfuerzos—. ¡Sol!

Escudriñó la parte judía del campamento y creyó verlo bajo el haz de luz de uno de los reflectores. En ese momento, la luz cayó sobre Hempel, que señaló a Sol con un dedo para indicarle que se acercara. Solomon lo hizo sin pérdida de tiempo. En cuanto llegó junto al mayor, se quitó rápidamente la gorra, la colocó debajo de la axila izquierda y adoptó la posición de firme.

Los dos hombres caminaron hacia ella, y Miriam se acercó a ellos con Franz a su lado. Cuando quedaron cara a cara, Hempel indicó a Sol que se pusiera al lado de Miriam, hombro con hombro.

Haz lo que ordena, le decía el lenguaje corporal de Sol. Por el niño. Lame las botas de Hempel si tienes que hacerlo. Yo lo hice en Sachsenhausen, y tú tendrás que hacerlo si es necesario para seguir con vida.

Hempel paseó frente a los tres. Mostraba esa particular arrogancia que Miriam no había vuelto a ver en él desde que lo conociera en la propiedad de su tío, antes de que se marchara a Sachsenhausen. Era el sumo señor supervisor; enjuto y sin un gran despliegue de músculos, de pelo plateado sin parecer viejo: la quintaesencia de un comandante.

Se detuvo abruptamente y miró a Solomon a los ojos. Sol no demostró tener miedo. Su vida, Miriam estaba segura, dependía de la capacidad de mostrar su autoestima y, al mismo tiempo, un falso respeto hacia Hempel.

—¿Has mantenido relaciones sexuales con esta mujer... la esposa de Erich Alois?

El miedo se apoderó de Miriam. Si Solomon decía la verdad, ¿lo mataría Hempel?, ¿la mataría a ella? Si negaba su acusación, ¿lo mataría por haber mentado? Sentía deseos de gritar que jamás había sido la esposa de Erich, excepto en los documentos que así lo aseguraban, pero permaneció en silencio.

Sol no se había movido ni un ápice, al parecer aterrorizado ante la idea de que Miriam fuese asesinada si admitía lo que, con toda seguridad, Hempel ya sabía.

—¡Contéstame, judío!

—Sí —respondió Miriam—. Sí, hicimos el amor.

Hempel agarró a Solomon por el cuello, como si quisiera abrirle la garganta.

—Los judíos no conocéis el significado de la palabra amor. Todo el mundo lo sabe. Entráis en celo como los animales. ¡Quedó demostrado, sin ningún género de duda, en Sachsenhausen!

Soltó a Solomon, quien trastabilló hacia atrás con los ojos llenos de lágrimas mientras trataba de recuperar el aliento sin jadear. Miriam intentó acercarse a él, pero, cuando Hempel dirigió su atención hacia ella, Solomon le hizo un gesto para que se detuviera.

El mayor la miró y alzó una ceja.

—¿Dejaste que un judío te poseyera? ¿Dejaste que un judío invadiera tu cuerpo?

Ella se cruzó de brazos, sobre todo para detener los temblores que la sacudían. No sentía ninguno de los dolores que un rato antes le habían hecho pensar que estaba de parto.

—Yo también soy judía —le dijo.

—El Führer no opina lo mismo. Proclamó que no solo no eres judía, sino que eres alemana. El mismo Gauleiter Goebbels se ofreció a reafirmar su estatus con una transfusión de sangre completa.

—Siento mucho no haber podido aceptar el generoso ofrecimiento del Gauleiter. Y también siento —continuó al tiempo que bajaba la mirada—, no haber estado a la altura de la confianza requerida por el Führer.

Los ojos de Hempel llamearon.

Ya está, pensó Miriam. La hora de nuestra muerte ha llegado. Sin alzar la mirada, intentó grabar en su mente el color del cielo. Tenía un extraño tono negro azulado, como terciopelo tachonado con diamantes.

Hempel desenfundó su Mann y colocó el cañón sobre la sien de Sol. Con el dedo índice de la otra mano obligó a Miriam a alzar la barbilla, como si quisiera evaluar su belleza.

—No se te hará ningún daño —dijo—, hasta que nazca el niño. Después —miró a Sol—, podrás vivir como quieras, con quien quieras. Si es que sobrevives...

—No estoy a tus órdenes, Otto —espetó Miriam con voz desdeñosa—. ¿Qué te hace creer...?

Una sombra la hizo detenerse. Protegiéndose los ojos del haz de luz del foco, miró hacia arriba, hacia la luna que se iba oscureciendo por momentos.

Una sensación de sobrecogimiento descendió sobre el complejo e, incluso Hempel, se vio conminado a alzar la mirada. Los perros comenzaron a aullar.

Como si hubiesen presentido que la atención de los guardias ya no estaba concentrada en sus armas, un grupo de judíos se movió al unísono hacia la puerta.

—¡Activad la valla del gueto! —vociferó Hempel.

Miriam también los había visto moverse pero, al contrario que a Hempel, no se le

había ocurrido que los judíos pudiesen intentar una fuga espontánea. Sol se lo habría dicho, con toda seguridad, si algo así fuese inminente.

No obstante, cualquier cosa era posible, pensó al tiempo que las langostas hacían su aparición procedentes de todos lados, poblando el cielo y emitiendo chasquidos y pequeñas lluvias de chispas al chocar contra la valla que rodeaba las tiendas de los judíos. Tanto los guardias como los prisioneros comenzaron a dar saltos, a golpear el aire y a lanzar maldiciones contra semejante diluvio. Los insectos cubrieron la ropa de Miriam y su cabeza, mirándola a los ojos cada vez que uno de ellos se colocaba sobre el puente de su nariz antes de comenzar a batir las alas de nuevo y hacer el intento de invadir sus fosas nasales y sus oídos. A través del ruido ronco y enloquecedor que provocaban las alas en movimiento, Miriam observó las cabriolas frenéticas de los alemanes; los saltos y mordiscos al aire de los perros; y a los kalanaro, que habían arrojado sus lanzas al suelo para poder recoger y devorar los crujientes insectos que habían caído, chamuscados, al pie de la cerca.

—¿Qué coño está pasando? —preguntó Erich al salir de su tienda con paso inseguro.

Hempel se acercó a él, lo miró un instante y, sin pronunciar palabra, retrocedió con gesto formal, como si estuviese a punto de proclamar un edicto.

—¿Por qué no se da una ducha fría y se despeja, *Herr Oberst*? —sugirió—. Yo me haré cargo de todo.

Erich se tambaleó.

—Le dije muy cla-claramente que no se activara la valla eléctrica —fue su respuesta, pronunciada no sin dificultad.

—Y no se ha utilizado —replicó Hempel—, hasta ahora.

—No está dentro de su cometido... Le prometí a los prisioneros...

—Hice lo que tenía que hacer, *Herr Oberst*. Le habría consultado si usted no hubiese estado... indispuerto.

Erich se aprestó a discutir pero, al parecer, se lo pensó mejor. Dándose la vuelta, se acercó renqueando a los judíos que estaban reunidos junto a los alambres electrificados. A medio camino, como si acabara de darse cuenta de la presencia de Miriam, se giró y la miró fijamente.

—Ponedla a cubierto —gritó.

Parecía cualquier cosa menos un comandante, pensó Miriam. No era capaz de enderezar la cabeza y caminaba con una mano sobre la cadera, como si intentase aliviar de ese modo un dolor insoportable. A pesar de todo, se le encogió el corazón ante la difícil situación en la que se encontraba Erich, que no tenía nada que ver con Solomon, ni con ella, sino con la humillación que acababa de sufrir a manos de Hempel. Y con ese odio que existía entre él y Hempel, que comenzara diecisiete años atrás, cuando Erich formaba parte de las juventudes de la Freikorps que comandaba Hempel.

—Me voy a la zona de los judíos —le dijo Miriam a Franz—. Allí es donde

quiero dar a luz.

—Eso no es posible, *Frau Alois*. Estoy seguro de que puede comprenderlo.

—No comprendo nada —le contestó Miriam con voz tranquila—. ¿Estás diciendo que no piensa asistirme si me voy allí? —Alzó las manos con las palmas hacia arriba en un gesto de súplica y, al instante, se vio cubierta de saltamontes.

—Le estoy diciendo que no puedo hacerlo —le explicó el auxiliar. Daba la sensación de que estaba al borde de las lágrimas—. Ayudar a traer al mundo al hijo de *Herr Oberst* es una cosa. Pero traer a un... un...

—¡Dilo, cobarde! Traer al mundo al hijo de un judío ¿qué sería?: ¿un pecado contra la Madre Patria?

Miriam se sintió desfallecer. Cerró los dedos en torno a los insectos que acabaron aplastados unos contra otros. Asaltada por una nueva contracción, cayó al suelo. En un estado de semiinconsciencia, creyó estar bajo el dosel de la cama de su casa de campo. Creyó ver a Erich Weisser mirando a través de las puertas francesas cubiertas por las cortinas de gasa que daban al balcón mientras, tras él, la noche resplandecía con la luz de las llamas que consumían Berlín. Un olor acre impregnaba el aire, como si la misma villa fuese parte de la conflagración y, por un momento, casi esperó ver el humo penetrar por debajo de la puerta de su habitación.

—Papá —intentó gritar—. ¿Papá?

Pero Erich no había formado parte de su vida cuando su padre vivía, con lo cual, nada de aquello tenía sentido. ¿¡Dónde estaba su padre!? Quizás estuviese disfrutando de uno de esos desayunos que tanto le gustaba compartir con el tío Walther antes del amanecer, y que consistía en huevos escalfados y en un ejemplar del *Tageblatt* extendido sobre la mesa, mientras emitían sus quejas y comentarios lastimeros por el estado de la Madre Patria con todas esas reparaciones necesarias tras la guerra, al tiempo que su perra se tumbaba en el suelo, entre sus pies, roncando de vez en cuando.

Una vez que recobró la consciencia, Miriam se esforzó para mantenerse lúcida. Se pasó las manos por el pelo y sacó un puñado de saltamontes, que no dejaban de retorcerse, en cada una de ellas. Con un estremecimiento, los arrojó al suelo. Los insectos comenzaron a agitar las alas y a moverse en cuanto tocaron la tierra.

El aire vibró con el sonido de un grito, seguido por el creciente aullido de un grupo de voces africanas que se alzaron para saludarla. Escuchó el ruido de unos pasos que aplastaban la hierba, seguidos de una serie de chillidos excitados y más carcajadas.

—¡Qué es eso! —exclamó al tiempo que aferraba el cuello de su vestido, en un intento de cubrirse de modo más efectivo, y miraba a su alrededor en busca de Sol.

—Hempel llevar Solly de vuelta a tienda judía. Yo vi. Yo estoy aquí. Ese ruido son lémures, *lady Miri*. —Bruqah se inclinó sobre ella—. En la puerta. —Le dedicó una sonrisa para tranquilizarla—. Todos allí fuera, más allá de valla. Corriendo en círculos como niños y burlándose de guardias. —Dio unos pasos en dirección al

alboroto y Miriam volvió a escuchar el ruido de la hierba y los saltamontes al ser aplastados—. Kalanaro tienen barrigas llenas esta noche, sí, después de comérselos.

Su rostro se ensombreció al ver a Miriam doblada por el dolor.

—Bebé no viene todavía, pero pronto. Esto lo que tú llamas amargo de parto.

Miriam sonrió por primera vez.

—Amago de parto, Bruqah.

—Problemas vienen. Lo siento. —Se inclinó y bajó la voz de modo que solo Miriam pudiera escucharlo. Señaló la colina que llevaba a la cripta y dijo—: Te llevo allí para nacimiento de niño.

Miriam comenzó a protestar. Él le tapó suavemente la boca con una mano.

—No peles conmigo, *lady* Miri. Yo te llevo si falta hacer.

El lémur ratón del malgache salió de debajo de su lamba, observó a Miriam desde la nuca de Bruqah y volvió a esconderse a toda prisa bajo la tela.

—No te necesitamos —le dijo Franz, sin mucha convicción—. *Herr* Oberst Alois ha dicho que molestas a *Frau* Alois. —El auxiliar médico miró de soslayo a Miriam con cierta timidez—. Y el *Sturmbannführer* nos ha dicho, de modo confidencial, que eres una amenaza para la operación.

—¿Nos ha dicho? —preguntó Bruqah, alzando la barbilla con la arrogancia de un aristócrata que ha sido severamente despreciado.

—Bueno, a algunos de nosotros —explicó Franz, indeciso—. A casi todos los guardias, la verdad. Yo no estaba allí cuando lo dijo, pero me lo han contado. Ellos todavía confían en mí. Los otros, me refiero. —Miró a Miriam y asintió—. Lo hacen. —Pero la confianza que exudara momentos antes había desaparecido.

Bruqah miró ansioso a Miriam.

—Tenemos que marchar de aquí —le dijo.

—¿Para ir adónde? —Se dio cuenta de que tenía una mano sobre el vientre y de que su voz delataba la histeria que sentía.

—Lejos.

—Ni hablar —protestó Franz, que se interpuso entre ellos y dedicó una furiosa mirada al malgache, más alto que él.

—El *Sturmbannführer* está al mando —dijo Bruqah, sin dirigirse a nadie en particular.

—¿*Herr* Oberst lo sabe? —preguntó Miriam.

—Si todavía no está al corriente, pronto lo estará —le contestó el auxiliar, haciendo un gesto que abarcaba la extensión del campamento—. Es bastante obvio, ¿no cree?

—Debemos irnos de verdad, *lady* Miri —insistió Bruqah con impaciencia.

Franz lo cogió del brazo.

—¡Ahora todo irá bien!

Sin esfuerzo aparente, Bruqah se zafó de las manos del auxiliar.

—Tú no creer eso —le dijo.

Por un instante, Franz guardó silencio, con la mirada clavada en un punto situado a la espalda de Bruqah. Al momento, meneó la cabeza.

—No —murmuró.

—Erich nunca se quedará de brazos cruzados mientras le usurpan el poder —dijo Miriam—. Moriría antes de permitir que eso sucediera.

Sin embargo, en el fondo, sabía que esa afirmación no era más que una mentira. En la zona donde dormían, los prisioneros se agazapaban unos juntos a otros, con aspecto angustiado. Aun desde la distancia, podía darse cuenta de que ni siquiera hablaban. Se limitaban a observar con expresiones desesperadas a los kalanaro, que se apilaban frente a la puerta entreabierta del campamento, con las lanzas alzadas, y corrían tras los lémures a través de la hierba kikuyu, mientras los nazis se reían a carcajadas y lanzaban silbidos como si estuviesen en un combate de lucha. La silueta de Erich se veía a lo lejos, recortada contra la luz de la luna. Estaba sentado en el suelo cerca de la puerta del área de descanso, mirando la torre del depósito del agua con los hombros hundidos. Su postura dejaba bien a las claras que era un hombre que lo había perdido todo; un hombre para el que la pérdida del poder lo significaba todo.

Miriam se puso en pie con dificultad.

—Nos vamos ahora, *lady* Miri —Bruqah le puso la mano en el hombro y a Miriam le reconfortó su contacto, feliz de ver que podía contar con el apoyo de alguien—, mientras quedan lémures bailando... y distrayendo.

La oscuridad abandonó la superficie de la luna y Miriam percibió un halo de tristeza en los risueños ojos de Bruqah. Ella asintió, con la misma angustia. Otra vez se veía obligada a alejarse de Solomony, en esta ocasión, era por el bien del niño. Sol lo entendería.

Siempre lo entendía todo, se recordó. Esa era su gran virtud... y su peor defecto.

—Iré con vosotros —murmuró Franz con apremio. Sostuvo la mirada de Bruqah con temeridad—. Deja que me detenga en la enfermería para coger unas vendas de algodón y otras cosas...

—No —le dijo Miriam—. Bruqah y yo nos las arreglaremos sin ti. Si estás en lo cierto y va a haber un motín, es posible que hagas falta aquí.

Casi en brazos, Bruqah llevó a Miriam lejos del campamento, en dirección al valavato. Sin embargo, ella no habría sabido explicar con exactitud cómo habían cruzado la valla sin haber pasado a través de la puerta... La caminata pareció ayudar a que el dolor disminuyera, y comenzó a pensar en Franz para aliviar las punzadas que seguía sintiendo. Recordaba lo que el auxiliar le dijera en una ocasión mientras doblaba unas vendas:

—Llegué a Sachsenhausen, por desgracia, pocos días antes de que Hempel me designara para este puesto.

—¿Por desgracia? —le había preguntado ella.

—No tuve tiempo de endurecerme ante el dolor como habían hecho los demás.

Miriam echó un vistazo de soslayo hacia el campamento. Allí atrás, ensombrecida

por el contorno irregular de las piedras que se alzaban en la cima de la colina, la noche se iluminaba con los haces de luz de las tres torres de vigilancia y del foco colocado sobre el altozano, que no cesaban de zigzaguear. Un enorme y desgreñado lémur pasó veloz bajo uno de los haces y se tambaleó cuando sonó el disparo de un rifle; los kalanaro cayeron sobre la víctima entre estridentes carcajadas y la clavaron al suelo con las lanzas en mitad del círculo de luz, mientras el animal se retorció entre espasmos, presa de los estertores de la muerte.

La mirada de Miriam se cruzó con la de Bruqah.

El rostro del hombre era una máscara carente de emociones. Ella intentó susurrar una condolencia, pero el malgache se llevó un dedo a los labios para que guardara silencio. Sus ojos no transmitían sentimiento alguno, lo que llevó a Miriam a preguntarse si sería capaz de sentir pena o miedo.

En ese instante, se dio cuenta de que la máscara que cubría el semblante del malgache era su modo de expresar la pena. Ser testigo de la masacre de los lémures le provocaba tal dolor que sus facciones habían quedado petrificadas. Intentaba esconder sus sentimientos porque tal era su naturaleza —o, tal vez, porque deseaba protegerla—, del mismo modo que ella siempre intentaba camuflar el miedo con el humor.

—Bruqah...

Una gota de sudor descendió por su ceja y le cayó en el ojo. Por mucho que su mente, absorta por el drama que estaba desarrollándose, se esforzara por impedir que las emociones se filtraran a su conciencia, su cuerpo sí estaba respondiendo al miedo.

Comenzó a gemir, no tanto por el dolor como por el agotamiento y por el miedo a no poder seguir luchando. Las voces excitadas de dos soldados de guardia llegaron desde la parte superior de una de las torres. Se escuchó el sonido de una cerilla al encenderse y, por un momento, un círculo de intensa luz amarillenta resplandeció en el cielo nocturno. Miriam contuvo el aliento cuando la cerilla se apagó.

Bruqah empujó la cabeza del lémur ratón, que había salido a inspeccionar el mundo, de vuelta a su escondite. El gesto recordó a Miriam a un Solomon más joven, que se subía las gafas sobre el puente de la nariz para ver mejor.

Siguieron subiendo la colina bajo el saliente moteado por la luz de la luna hasta que estuvieron cerca del cruce que conectaba el camino con las dos nuevas sendas. Bruqah miró a derecha e izquierda con los hombros erguidos y, con un rápido movimiento de cabeza que lo hizo parecer un respetuoso policía de alguna colonia, alzó el brazo con un gesto rígido y le indicó que siguiera el camino.

—¿Tú bien? —le preguntó.

—Como un saco de patatas que se hubiese caído de la carreta más veces de la cuenta —le contestó mientras seguía avanzando con dificultad.

—Ahora te llevo yo —le dijo el malgache.

—Serán mis piernas las que me lleven, gracias; y si me caigo, tú me ayudarás a ponerme en pie otra vez.

—Mujer criatura irracional —concluyó Bruqah—. Pronto yo tener que llevar en brazos de todos modos.

Muy despacio, ascendieron la senda que conducía al valavato. Cuanto más se alejaban de la pradera, más densas y altas se hacían las copas de los árboles. La única porción visible del cielo era una avenida negro azulada, empedrada de estrellas, con el extremo norte teñido de un color verde amarillento por la luz de la luna.

—¡Herr Oberst! —gritó Fermi por encima del estrépito—. ¡Son los perros otra vez!

Erich luchó contra su estupor étlico y miró hacia el campamento. Soltó un juramento, se echó al hombro su MP-38 y, mientras el dolor se extendía por su pierna mala a cada paso que daba, se apresuró todo lo que pudo hacia las perreras, aplastando los insectos. Escuchaba a los animales que ladraban y gruñían. La lluvia de saltamontes parecía haberse calmado pero, a todas luces, los insectos habían vuelto locos a los perros. A la luz de la luna, podía verlos yendo de un lado para otro, hasta llegar al límite que les permitían las cadenas que los sujetaban y acabar en el suelo por la fuerza del tirón. Después volvían a dar vueltas y a probar la longitud de la cadena, para volver a acabar en el suelo.

—¡No sé qué se les ha metido a los perros en el cuerpo! —dijo Fermi.

Otros adiestradores corrían hacia el lugar, alternando maldiciones y órdenes para que los perros se calmaran. Varios guardias se habían agrupado en la entrada. Mantenían una conversación animada, señalando hacia las perreras. Grupos de judíos se agolpaban para echar un vistazo, como conductores que contemplan un accidente en la calle.

—¡Controladlos! —gritó Erich al entrar en el patio, pero no estaba seguro de que sus hombres pudieran obedecerle.

Los animales estaban rabiosos. Piscis había vuelto a enrollar su cadena en el poste donde estaba sujeta. A pesar de los vendajes, Tauro se lanzaba con furia hacia la puerta, y cuando la fuerza del tirón la arrojaba al suelo, se revolvió y cargaba otra vez, sin hacer caso de la presencia de Erich. Sagitario luchaba desesperadamente contra la cadena, intentando liberarse del collar.

Los demás también habían perdido el control de forma similar, pero, para alivio de Erich, no intentaban atacar a los adiestradores. Más bien, actuaban como si sus amos no existieran: se debatían contra el confinamiento, miraban encolerizados hacia la entrada y gemían como si recibieran una herida cuando los hombres tiraban de las cadenas de ahogo. El adiestrador de Aries había logrado poner el bozal a su animal.

—Tiene fiebre, señor —dijo Fermi—. ¿Qué les pasa?

—¡Y quién coño lo sabe! —gritó Erich por encima del hombro mientras se acercaba cojeando a Tauro, que gruñía y tiraba de sus ataduras.

—¡Mire! —Fermi señaló al Zana-Malata y a los kalanaro que estaban, a su vez, observando cómo Otto Hempel se acercaba a ellos. Misha trotaba junto a él, atado a una cuerda; el collar del perro lobo le rodeaba la frente como una tiara.

Hempel se detuvo y alzó el puño hacia la luna. Un grupo de kalanaro se le unió. Portaban lanzas y se movían con la elegancia de un felino a través de la savoka. Dentro del campamento, los guardias salieron confusos de las tiendas y, tras ponerse

la ropa a tientas y agarrar sus rifles, se abalanzaron hacia la cerca con el máuser al hombro. Nadie dijo una sola palabra. Como patos de feria, pensó Erich con tal satisfacción que él mismo quedó sorprendido. No hacía falta nada más para que los guardias comprendieran que Hempel se había extralimitado. Quizás dudaran a la hora de disparar a un compatriota alemán, pero estaban ansiosos por cargarse a los africanos.

El problema era que Erich no podía permitirlo. No es que creyera la palabrería de Bruqah sobre la mala suerte, pero no podía permitirse que molestaran al malgache. Además, en cuanto empezaran los disparos, no habría marcha atrás, y primero debía localizar el yacimiento de pecblenda. Y también necesitaría mineros. Los judíos difícilmente podrían construir la pista de aterrizaje y extraer la pecblenda al mismo tiempo, así que tenía que salvar a los malditos pigmeos.

Por el momento.

De forma involuntaria, apretó el punto de la mano en el que el Zana-Malata lo había marcado con su magia africana. Teniendo en cuenta lo que había pasado la última vez, le repugnaba la idea de dejar que los pigmeos negros entraran en el campamento. Pero se lo pensó mejor. ¡Qué demonios! Un hombre con uranio en los bolsillos podía permitirse ser magnánimo.

—¡Dejadlos entrar, pero no les quitéis el ojo de encima! —gritó a los hombres que estaban en la puerta.

Quería ordenarles que no dejaran entrar al mayor, pero ¿le obedecerían? ¿O se enfrentaría a otra derrota?

Le dio unas palmaditas a Tauro, que se tensó pero no se resistió a su contacto. Un gruñido astuto reverberó en su garganta, si bien ya no parecía fuera de control. Erich reprimió una sonrisa. Ahora era un depredador que esperaba a su presa. Cuando llegara el momento de detener a los kalanaro, los perros serían mucho más efectivos y espectaculares que las balas... y, a la postre, dejarían supervivientes que se mostrarían, sin lugar a dudas, dispuestos a revelar la ubicación de la pecblenda y, también, a extraerla de la tierra.

Con un chirrido de bisagras, dos guardias abrieron las puertas de entrada. Hempel entró el primero, seguido por los kalanaro con las lanzas prestas para atacar.

Las luces de los focos se centraron en Hempel, que juntó los talones y estiró el brazo en el aire con la barbilla levantada y los ojos resplandecientes como la obsidiana.

—¡Sieg heil!

—¡Sieg heil! —contestó Pleshdimer, saliendo de detrás del hospital de campaña.

Hempel repitió el saludo una tercera vez, y los hombres le respondieron, con la excitación reflejada en sus rostros.

El Zana-Malata extendió los brazos de forma dramática. Unas pequeñas llamas comenzaron a arder en sus manos. Los hombres empezaron a murmurar, mirando una y otra vez hacia las perreras. Un par de ellos palmeó los hombros del sifilítico.

Eran todos camaradas.

Gritando de alegría y blandiendo las lanzas, los kalanaro avanzaron hacia los judíos, que se retiraron a toda prisa de la valla.

—¡Vahilo minihana! ¡Vahilo minihana! —gritó Hempel—. ¡Atacar y comer! ¡Atacar y comer!

El guardia de la entrada del gueto se puso sus pesados guantes y abrió la puerta de par en par, solo para ser arrastrado por una marea de judíos. Erich vio cómo caía el arma del guardia.

La ametralladora de la torre noroeste lanzó una ráfaga de balas a los pies de los prisioneros y detuvo la marea humana. Los guardias avanzaron, con los fusiles en alto. Durante un instante, judíos y alemanes se miraron con inquietud y después, los prisioneros retrocedieron hasta el gueto, dejando el arma en el suelo.

—¡Vahilo minihana! —gritó Pleshdimer, levantando el puño.

Los guardias se rieron de los judíos, que corrían a esconderse bajo el techado, buscando la falsa seguridad de las sombras.

Los kalanaro no entraron en el gueto. En su lugar, lo rodearon, introduciendo sus lanzas por la cerca electrificada. Sus movimientos volvieron a despertar el nerviosismo en los perros.

—¡Controlen a los perros! —ordenó Erich a los adiestradores con voz ronca—. ¡No sirven de nada contra un máuser!

Luchando por evitar que Tauro se lanzara al ataque, se descolgó el arma automática del hombro y, con la cadena de ahogo alrededor del antebrazo, se tumbó en el suelo para tener mejor ángulo de tiro.

Temblando por el miedo y el nerviosismo, apuntó al corazón de Hempel. Se preguntó si no sería más inteligente disparar al Zana-Malata, que permanecía con las palmas alzadas, cubiertas por las llamas, como si fuera el comité de recepción que daba la bienvenida a los hijos pródigos.

No, decidió. Sería mucho mejor y, desde luego, más satisfactorio matar a Hempel.

—¡Mirad cómo derribo la casa! —se jactó uno de los guardias a gritos, mirando hacia el techado—. ¿Veis las cuerdas esas?

La pregunta desvió un instante la atención de Erich hacia el gueto, y lo que vio le hizo levantar la mejilla del frío metal del arma.

Saliendo de debajo de la lona, Solomon Freund caminaba hacia un kalanaro que gritaba y aullaba al otro lado de la cerca.

El africano le apuntaba con la lanza a través de los alambres, pero Solomon estaba fuera de su alcance. El kalanaro retiró el arma y siseó, mostrando sus dientes como si fuera un babuino, y reanudó la danza mientras Solomon seguía acortando la distancia.

Otros prisioneros surgieron de las sombras, pero se mantuvieron a buena distancia de las lanzas, observando en silencio mientras el africano, con ese resplandor blanco que los caracterizaba, se lanzaba una vez más hacia Solomon, blandiendo la lanza,

intentando herirlo, gritando sin cesar.

Los otros kalanaro, que al aparecer sentían el drama que se estaba desarrollando, retrocedieron. Plantaron los pies en el suelo, dejaron descansar las lanzas, y comenzaron a mofarse a gritos de su camarada. Los guardias se agruparon, señalándolos y riéndose.

Cuando el pigmeo que estaba junto a los alambres introdujo, indeciso, la lanza entre el enrejado, reacio a acercarse más a la mortal cerca, otros dos se lanzaron hacia delante, con las lanzas en alto y una mueca retorcida en la cara, solo para retroceder con igual rapidez y estallar de nuevo en carcajadas.

El kalanaro embistió.

Con una agilidad que Erich jamás hubiese creído posible, Solomon esquivó la punta de la lanza y aferró el mango. El kalanaro intentó tirar, pero Solomon aguantó y, por un segundo, judío y africano parecieron dos niños que jugaban al tira y afloja. Los guardias y los demás kalanaro reían a mandíbula batiente.

El hombre de la lanza miró a su alrededor. Su sonrisa no había desaparecido, pero en sus ojos se leía la desesperación, lo que provocó que todos se rieran con más fuerza a causa de la situación en la que se encontraba.

Erich se quedó mirando al pigmeo que atormentaba a Solomon. Sabía que matar al negro le daría a Hempel el tiempo necesario para reaccionar, pero Solomon era un judío que no sería destruido a menos que él, Erich, así lo ordenara.

Eran sus judíos.

¡Perfecto! Y este judío se folló a mi mujer, pensó.

Su dedo se tensó sobre el gatillo y desplazó el cañón del kalanaro a Solomon. De repente, estaba totalmente sobrio.

Se folló a mi mujer, pensó de nuevo. Y aún más, ella ama al hijo de puta.

Aunque por norma general era un tirador experto y tranquilo, incluso cuando estaba borracho, en aquel momento temblaba. Se imaginaba a Miriam con el cuerpo arqueado y el rostro transformado por la pasión.

El cañón osciló y tuvo que esforzarse para ajustar la puntería.

En un intento por lanzar una estocada, el kalanaro se inclinó hacia la cerca al mismo tiempo que Solomon soltaba la lanza.

Las chispas saltaron del pelo del africano, de sus manos y de sus pies mientras se retorció entre espasmos, con los ojos en blanco y sin dejar de sacudir la cabeza. El penetrante hedor a carne quemada se mezcló con el resto de los olores del campamento. Con un fuerte estruendo, el cable que conectaba el generador con la cerca explotó. El cuerpo del africano cayó y continuó convulsionándose en el suelo. Erich volvió a apuntar hacia Hempel, pero se encontró con que los guardias ocultaban el objetivo. Maldiciendo en silencio su falta de concentración, se obligó a relajarse. Y a esperar.

El campamento se quedó en silencio. Los perros se tranquilizaron y alzaron los hocicos para olfatear el olor desconocido de la carne y el pelo quemados. Cuando los

guardias y el resto de los kalanaro se acercaron al cuerpo, el rostro de Sol reflejó una expresión a caballo entre la repugnancia y la compasión. Sacudió una sola vez la cabeza antes de dar media vuelta y regresar bajo el techado.

Uno de los africanos se inclinó, recorrió con el dedo una de las humeantes quemaduras del cadáver, levantó la vista y... sonrió.

—¡Minihana! —Una risa alegre recorrió el grupo de guardias. Como haría un maestro de ceremonias, el negro respondió a su público—. ¡Minihana! ¡Minihana!

Volvió a levantar la mirada, mostrando unos dientes desgastados cuando su sonrisa se ensanchó. Comenzó a saltar alrededor del cuerpo como un mono, instando a los demás a imitarlo. Al final, lo hicieron, bailando y saltando, corriendo hacia la cerca y golpeándola con sus lanzas como si quisieran recrear el suceso.

El Zana-Malata rió, al parecer divertido. Apagó las llamas de sus manos y se acercó al cuerpo hasta quedar al lado de la cabeza. Hempel se le unió, con la Mann apuntando descuidadamente al suelo. Los guardias se reunieron tras él. Como las juventudes Hitlerianas congregadas ante una hoguera, pensó Erich con desprecio.

En lo que parecía un arranque de bondad, Hempel se agachó y liberó a Misha. El niño se sentó, sin saber muy bien qué era lo que se suponía que debía hacer. Hempel le dio una patada y Misha echó a correr, fuera del campo visual de Erich.

Y lo que era mucho mejor, pensó Erich, fuera de la línea de fuego.

Se volvió hacia los adiestradores.

—¿Zodiaco?

—¿Señor? —Fermi tuvo que apartar a su jadeante perro antes de acercarse lo bastante como para oír.

—Zodiaco —repitió Erich, de repente aliviado de no haber ejecutado a Hempel... todavía. Así podría enviar a los perros a hacerlo. El zodiaco no era solo la mejor formación de ataque— además de ser su favorita —sino que también involucraba a los adiestradores más que cualquier otra maniobra. A menos que todos los adiestradores estuvieran de su lado en el intento de sofocar la insubordinación de Hempel, matar al mayor no serviría de nada. La vida después de Hempel no sería fácil mientras la Totenkopfverbände estuviera en mayoría, y rectificar eso requeriría de toda la ayuda que pudiera recavar.

—¿Contra los nuestros, señor?

—¿Crees que esa chusma es de los nuestros? —Erich miró a cada uno de los adiestradores, intentando arrastrarlos, uno a uno, hacia su propio punto de vista.

—Matar a los monos es una cosa —susurró Holten-Pflug—, pero a otros alemanes...

Erich sabía que podía ordenarles a los adiestradores que cumplieran sus órdenes, pero necesitaba mucho más. Necesitaba estar seguro de su lealtad.

—Todos sabéis que Müller está muerto —dijo con rapidez—. Los guardias lo mataron y planean hacer lo mismo con todos nosotros. ¿Acaso no sabéis lo que pasa en esa maldita cabaña?

A pesar de que ya había abierto la boca, dejó de hablar. Los hombres no creerían la verdad aunque él consiguiera explicarla. Acarició a Tauro para calmar su frustración. Cuando la perra le devolvió la mirada, lista y deseosa de matar, supo lo que tenía que decir.

—Conozco desde hace tiempo a ese Sturmbannführer. Hempel es un colaboracionista reconocido. Durante la Gran Guerra, colaboró con los senegaleses.

La mentira contenía suficiente verdad como para resultar creíble. Los negros africanos habían sido los luchadores franceses más temibles. Después de la guerra, los franceses habían hecho la vista gorda cuando los senegaleses, y otros muchos sin duda, habían violado a niñas alemanas en el Saar, la región que ambos países se disputaban. Hempel había sido expulsado del ejército en circunstancias sospechosas, y los adiestradores lo sabían. Quizás hubiera alguna conexión...

Las miradas de los adiestradores se desviaron hacia el mayor. Erich vio que había tocado una fibra sensible.

—Goebbels descubrió toda la verdad acerca de Hempel hace unos meses, y ahora Berlín quiere olvidarse de él. Por eso nos enviaron a todos a este lugar... para ser olvidados. —Los rostros de los adiestradores reflejaron furia, conmoción y desesperación—. Ahora, Hempel colabora con los africanos franceses. Todos conocéis el alcance de sus perversiones. Os matará y dejará que sus adorados pigmeos devoren a vuestros perros.

Fermi frunció el ceño, preocupado, y el gesto curvó sus oscuras cejas; durante un instante, Erich se preguntó si los adiestradores se amotinarían... para salvar a sus perros. Entonces, con satisfacción, vio cómo sus rostros se endurecían, igualando las expresiones de sus animales.

—¡Zodiaco! —gritó Fermi y todos murmuraron su aprobación.

—¿Quién será la una en punto? —preguntó Holten-Pflug.

Erich palmeó su MP-38.

—Esta —dijo— reemplazará a Acuario.

—¿Y la posición central?

—Todos somos el centro. O, dicho de otra manera, no hay centro.

Al mirar hacia el gueto, vio que el Zana-Malata estaba en ese sector y que Hempel estaba a las cinco en punto: la zona de Tauro. Qué afortunada coincidencia, pensó con creciente excitación.

—Desplieguen a los perros y dejen que se acerquen para que puedan atacar antes de que sean demasiados los guardias que empuñen sus armas. A mi señal, utilicen sus armas para eliminar a cualquiera que esté en el sector que les corresponda.

Y a la mierda lo de salvar a alguno de esos kalanaro, se dijo. Tenía que controlar un campamento. Si todos los pigmeos que había dentro resultaban muertos, encontraría otra manera de extraer la pecblenda. Encontraría otros kalanaro.

—¿Preparados?

Los guardias asintieron. Erich pudo sentir su resolución y la predisposición de los

perros para la lucha. Igual que en los primeros días en la finca. Unidos.

Contó los fusiles. Solo diez de los guardias empuñaban sus armas, además de Hempel con su Mann. Perfecto. Once perros, once muertos. Observando con inquietud a los centinelas de las torres, vio que ellos también estaban absortos en el espectáculo de los kalanaro. Cuando el ataque comenzara, tardarían en abrir fuego — o eso esperaba—, para no herir a sus camaradas.

Tauro le destrozaría la garganta a Hempel antes de que el mayor tuviera tiempo para exhalar un grito.

Erich sonrió para sí cuando los adiestradores y los perros tomaron posiciones. Sería como una manada de lobos cazando ovejas.

Trazó un círculo con la mano, indicándoles a los adiestradores que soltaran las cadenas, para después liberar a Tauro y darle una palmadita. Tauro irguió las orejas cuando Erich señaló discretamente a Hempel. Buena chica, dijo en silencio. Mátalo. Mátalo por papá.

Ya sin los bozales, los perros se agacharon para desplegarse en silencio por los bordes de la zona iluminada. Cada uno de ellos es como una extensión de su adiestrador, pensó Erich con orgullo, la culminación de años de trabajo y sudor.

Permaneció en el suelo, saboreando el momento mientras los perros se acercaban a los guardias y a los kalanaro, con el arma automática apoyada sobre un montículo de tierra y el punto de mira fijo en el sifilítico. Le dispararía al cabrón en aquella apetosa vagina que tenía por boca.

Levantó la mano izquierda a modo de señal y, al tiempo que volvía agacharse, sintió que un ramalazo de poder lo recorría mientras apretaba el gatillo.

El arma no disparó.

Los perros no se movieron.

Soltó una maldición por lo bajo y volvió a repetir el movimiento, pero no sucedió nada. Oyó otra detonación contenida. Si disparaba ahora, el arma bien podría explotar. ¡Adelante!, ordenó mentalmente a los perros con desesperación mientras se ponía de rodillas y forcejeaba con el arma.

A su alrededor, los adiestradores también tenían problemas con sus pistolas. En algún lugar de su cabeza, oyó la risa cruel del Zana-Malata y el metal del arma comenzó a arder en sus manos.

—¡Mátalos! —gritó—. ¡Mátalos, Tauro!

Creyó oler el hedor penetrante de la carne quemada. Tiró el arma y se miró las manos, estupefacto. La piel estaba gravemente quemada, aunque en el trance en que se encontraba no sentía ni dolor ni ansiedad. Fue entonces cuando levantó la cabeza y vio cómo los perros cambiaban de postura para echarse sobre el vientre, meneando los rabos mientras se arrastraban en un ángulo oblicuo, alejándose de los guardias y los kalanaro y dirigiéndose hacia el gueto. Intentó llamar a los animales, pero no podía articular sonido alguno. No había nada: ni odio, ni furia, ni voz; no quedaba nada dentro de él salvo el vacío y una sensación de mareo creada por la intensa luz de

los reflectores.

Tauro se levantó al mismo tiempo que el resto de los perros y todos se sacudieron como si hubieran estado nadando en el Wannsee. Con las cabezas gachas, merodearon por la cerca exterior hasta que se detuvieron y se echaron al suelo, mirando hacia el gueto en lugar de hacerlo hacia los guardias.

Todos en su respectiva posición del reloj. Una posición del zodiaco pero con los objetivos equivocados. Observando a los judíos.

—Vahilo minihana —susurró su mente. En su boca sentía el mismo regusto que le quedara después de la operación de Tauro, a vómito y gachas—. Vahilo minihana.

Un susurro apenas audible. Desde muy adentro. Un ansia animal que no podía apaciguar, como el lacerante dolor de la displasia, que de alguna forma se había trasladado a su propia cadera después de la intervención.

Con los hombros hundidos como un idiota, comenzó a avanzar; sostenía el MP-38 por la correa mientras que la culata rozaba el suelo. Los saltamontes saltaban delante de él. Pensó en un estofado hecho con carne de perro, paniques e insectos.

Hambre.

—¿Sagi? —Oyó la súplica de uno de los adiestradores.

El hombre se acercaba al perro, pero como este observaba a los judíos, no pareció darse cuenta. Estaba absorto en un prisionero que acababa de salir de detrás de la mosquitera.

La lengua del perro se movió. Dos lametazos, desde la parte posterior del hocico hacia delante.

Hambre.

El kalanaro que había muerto luchó por ponerse en pie, afianzándose con su lanza. Se miraba las quemaduras que surcaban su carne y consiguió esbozar una ligera sonrisa torcida cuando Erich pasó por su lado.

Erich siguió andando, sin mirar a los kalanaro. No quería seguir mirando a los pigmeos. No quería saber que el muerto se había alzado.

Llegó hasta la entrada del gueto. El guardia la abrió para él. Permaneció en la entrada, absorto, preguntándose cómo podía haber sido tan estúpido como para querer salvar a aquellos desgraciados. Había perdido el amor de su esposa, había estado a punto de perder a Tauro y ahora estaba perdiendo cualquier rastro de la cordura que le quedaba. ¿Y para qué?

¿Por ellos?

Si eran tan importantes para Hempel, hasta el punto de provocar una insurrección, que se los quedara. Él, Erich, les enseñaría —a todos ellos— lo poco que le importaban los judíos.

—¡Vigilad a los prisioneros! —gritó a los perros—. ¡Matad a cualquiera que se mueva!

Con la cabeza bien alta, Solomon se dirigió hacia él.

Erich volvió a gritar y a señalar, pero los perros continuaron en su sitio, gimiendo

con impaciencia y mirando al Zana-Malata.

Al final, Erich comprendió su error. Era tan sencillo que casi sonrió por su ingenuidad.

Los perros nunca le habían pertenecido. Nunca se habían acomodado a la civilización. Se pertenecían a sí mismos... y al sifilítico, que proclamaba que la única ley que los hombres o cualquier otro ser debían seguir era la ley de la selva.

Ellos también estaban hambrientos, al igual que Erich. También sentían la furia en la boca del estómago que los instaba a devorar a sus enemigos.

La Totenkopfverbände tomó posiciones alrededor del gueto, equidistantes unos de otros, un despliegue de hombres hecho al milímetro.

Como si fueran un solo ser, los guardias se colgaron los fusiles al hombro y miraron a los judíos.

La eficiencia teutónica, pensó Erich con ironía. La mente alemana, tan perfectamente ordenada de manera que los hijos de la nación surgían, como si de una cadena de montaje se tratara, como máquinas de matar engrasadas a la perfección.

Igual que los pastores alemanes.

Basta con que les disparéis a las criaturas que se hacían en el gueto, y guardad una bala para mí, pensó.

Cualquier cosa que calmara el hambre.

Por un instante, observó el baile de los kulanaro a lo largo del perímetro exterior de la cerca, luego miró con anhelo su arma, preguntándose si Benyowsky lo consideraría merecedor del suicidio.

Cuando la sombra se cernió sobre el campamento, Sol sintió por un instante el terror de creer que había perdido la vista por completo. En realidad, estaba más que agradecido por el resplandor de los focos que atravesaban la oscuridad. Su participación en los acontecimientos que siguieron fue tanto un alivio —y lo que parecía un indulto para su vista—, como el modo de expresar su determinación de no permitir que los judíos se convirtieran en el blanco de las burlas de los kalanaro. Le importaba muy poco lo que aquellos negros pensarán de ellos, si es que pensaban. Sin embargo, el fondo del asunto era que el espectáculo se realizaba para divertimento de Hempel y sus hombres.

Y eso sí le importaba.

Tener que dejar a Miriam en el estado tan penoso en el que se encontraba dolía mucho, y la sorpresa de ver a Erich tan desmejorado dolía casi lo mismo. Estaba más que claro para él, y no solo porque la cerca estuviera electrificada, que Erich había perdido el control del campamento. Estaba borracho o bajo los efectos de la resaca la mayor parte del tiempo, caminaba con dificultad y utilizaba un bastón cada vez con más frecuencia, con el cuerpo encorvado como un anciano... o como si hubiera preferido dejarse caer de rodillas y caminar a cuatro patas como sus perros.

Incluso ahora, al reaparecer en la zona de los judíos desde las letrinas, parecía avejentado y derrotado.

Solomon observó a los perros y a los guardias que rodeaban el gueto y se preguntó si algún prisionero saldría con vida si Otto Hempel se hacía con el pleno control del campamento, algo a lo que, según temía, tendrían que enfrentarse muy pronto.

Contempló cómo Hempel se acercaba con paso lento a Erich, mientras sonreía con zalamería. Cuando los dos hombres estuvieron separados por apenas un metro, Hempel se detuvo. Luego dio otro paso hacia delante, como si pensara atravesar cualquier aura de invulnerabilidad que Erich todavía creyera poseer; después dio un paso más. Ambos permanecieron casi pecho con pecho. Hempel tenía las manos extendidas como si esperara la entrega formal de la espada de la derrota. Incluso con sus problemas visuales, Sol podría jurar que la sonrisa que curvaba los labios del mayor —y que, indudablemente, se reflejaba en sus ojos— era de un desdén supremo.

Por primera vez en las más de dos décadas que hacía que Solomon lo conocía, Erich parecía vencido por completo.

—Su intento fallido de matarme le convierte en culpable de traición —dijo el mayor—. Exijo que entregue su arma.

Erich no respondió.

Los adiestradores se adelantaron, agolpándose alrededor de los oficiales. A todas luces, estaban desanimados y confusos.

—¿Gefreiter? —preguntó Hempel—. ¿Soldado? Ahora soy su comandante en jefe. Obedézcame o le dispararé. A usted y a sus judíos.

Los labios de Erich permanecieron sellados, pero sus músculos faciales se habían distendido; parecía incapaz de levantar la vista más allá de la hebilla del cinturón de Hempel. Con un estremecimiento, Sol recordó dónde había visto esa expresión apática y cansada antes. Schmuckstück. Piezas de decoración: los muertos vivientes... aquellos que habían perdido toda esperanza en Sachsenhausen.

—¡Gefreiter!

La cara de Hempel estaba enrojecida por la ira. Sus ojos se entrecerraron como los de las civetas.

—Elegid unos cuantos —siseó a los guardias, sin apartar la vista de Erich—. Escoged a cualquiera que parezca débil o no tenga el debido respeto por el Reich. Disparad alternativamente. ¡Un judío cada vez!

Girando la cabeza para compensar su visión limitada, Solomon contempló a sus compañeros de prisión, que se apretaban los unos contra los otros y formaban un círculo compacto, mirando al exterior como un novillo miraría una tormenta, con los ojos fríos por la determinación. Ya no había miedo ni quedaba ninguna esperanza que tuvieran en el pasado. En su lugar estaba la mirada de unos hombres para quienes la muerte no guardaba ningún secreto. Algunos se hicieron con los postes que sujetaban las tiendas, con lo que el techado se hundió allá donde se habían quitado; otros tenían piedras y varas sacadas de solo Dios sabía donde; y otros sostenían entre las manos sus zapatos de madera como si fueran palas para azotar.

Incluso los que contaban tan solo con sus manos desnudas tenían toda la intención de morir luchando.

O, al menos, eso era lo que parecía, pensó Sol con un sentimiento de triste certeza. ¿De qué servían esos héroes macabeos contra un máuser?

Se preguntaba si un chivo expiatorio serviría para saciar la sed de sangre.

¿Podría negociar con su vida por un indulto, aunque fuera temporal, para sus compañeros?

Solo había una forma de averiguarlo, y eso era lo que iba a hacer. Preparándose para la agonía de una bala, dio un paso excesivamente largo hacia la entrada.

—¡Sturmbannführer Hempel! —lo llamó, observando con una oleada de placer cómo el guardia más cercano a la entrada elevaba el rifle.

—Si mata solo un judío esta noche, a mí, su líder, su rabino... renunciaré públicamente al judaísmo y todos sus males.

Los murmullos a su espalda solo sirvieron para aumentar su resolución. Lo comprenderían, se prometió.

Lo harían.

O bien Hempel no oyó el desafío o prefirió ignorarlo. Girando de repente a la

derecha, se dirigió hacia Tauro. Con el brazo recto, apuntó con su Mann al cuello de la perra.

Tauro levantó la cabeza, olisqueando el aire.

—No le haga daño a la perra —dijo Erich en voz baja.

—Todos los seres inferiores deben ser eliminados —replicó Hempel—. Nuestro trabajo en Madagascar no se verá entorpecido por aquellos que tienen problemas físicos.

La cabeza de Erich se alzó de repente, y Sol vio que miraba a su alrededor con desconcierto, como si se hubiera despertado en un lugar desconocido.

—Está curada —dijo con voz petulante y pueril.

Hempel sonrió y sacudió la cabeza.

—Mi amigo, el Zana-Malata, me ha dicho que la aflicción fue derivada... hacia usted, Gefreiter. Si fuera necesario darle muerte, la enfermedad volvería a su antiguo dueño y, por tanto, la perra dejaría de tener utilidad de nuevo.

Sol vio cómo Erich se giraba hacia el Zana-Malata en busca de una confirmación. El sifilítico asintió con un gesto pausado y regio.

Tras contemplar durante largo rato a la perra, que movía el rabo y tenía la lengua colgando mientras jadeaba tendida en el suelo, Erich levantó su MP-38 y lo sostuvo en horizontal sobre las manos.

—Gefreiter.

Hempel golpeó sus talones, regresó junto a Erich y volvió a entrechocar los talones. Sin ningún tipo de emoción, quitó la insignia de coronel de la camisa de Erich; después retrocedió y le tendió la insignia y el arma al guardia más cercano.

Pleshdimer se acercó, saludó a Hempel y, con una floritura, le ofreció al mayor un pergamino enrollado con una cinta negra.

Hempel aceptó el rollo casi sin ser consciente, como si estuviera sumido en sus pensamientos.

—Compartir sangre es beneficioso —dijo, pronunciando las palabras con cuidado—, mantiene los humores corporales estabilizados. En la Edad Media lo sabían pero algunas veces, nosotros tendemos a olvidarlo. Tal vez la herida ya esté lo suficientemente abierta por ahora. Tal vez si...

Dejó que su voz se apagara, esperó, y volvió a comenzar:

—Si los hombres estuvieran seguros de su lealtad al Reich. —Se detuvo. Enfundó su pistola, dio un paso adelante y puso una mano sobre el brazo de Erich—. La SS y el Abwehr nunca han sido amigos —dijo con calma—. La raza aria debe estar unida en la conquista del destino que le pertenece por derecho, ¿no le parece?

Antes de que Erich pudiera replicar, Hempel continuó.

—Puedo asegurarle que la primera vez que se mata un judío es como la primera vez que se toma un buen coñac.

Erich dio lo que parecía un involuntario paso atrás.

—Mire —dijo Hempel—. Le mostraré lo fácil que es. —Una vez más, sacó la

Mann de su funda. Se volvió hacia los judíos y gritó—: Traedme uno. Cualquiera valdrá. —Una sonrisa cruzó su rostro—. Pensándolo mejor, traedme a Solomon Freund.

—Esto va a acabar. Ahora. —La voz de Erich estaba cargada de ira—. No se matará a alguien por el simple hecho de demostrar algo. No en mi campo.

—¿Su campo? Creo que no, Gefreiter.

Sin más preliminares, Hempel quitó el lazo del pergamino que le habían dado. Sosteniéndolo a la distancia que permitían sus brazos, leyó con voz profunda.

—Según el fallo del tribunal especial convocado en esta tierra soberana de la Isla Alemana de los judíos el veintidós de septiembre del año de nuestro señor y Führer, el traficante de animales Erich Alois, nacido Erich Weisser, ha sido degradado al rango de Gefreiter por crímenes cometidos contra la Madre Patria y la Humanidad. Cualquier privilegio, incluido el de comandar la unidad canina que intentó pervertir para seguir sus propios principios semitas, le será revocado. Continuará sirviendo al Reich y a su centro de procesamiento de Madagascar, pero debe ser considerado por el personal, bajo pena de muerte, como persona non grata. El mando de la unidad canina recaerá en manos de su legítimo heredero, Sturmbannführer Jurgens Otto von Hempel.

Miró a su alrededor, por si alguien se oponía.

Pleshdimer daba saltos como un niño que necesitara ir al baño.

—Y en mis manos —dijo el sargento—. Me lo prometió.

—Es cierto. —La voz de Hempel era afable, con los labios arqueados por la diversión—. El Sturmbannführer se verá asistido por el comandante de la unidad canina Rottenführer Wasj Hánkl Pleshdimer —prosiguió—. Firmado: Sturmbannführer Jurgens Otto von Hempel, comandante en jefe de la Fuerza Felsenest del Sudeste de África de nuestro señor y Führer, en representación del Gauleiter Franz Josef Goebbels.

Soltó la parte inferior del papel, que se enrolló con un chasquido. Con el brazo extendido, se metió el rollo bajo la axila izquierda, se volvió hacia la derecha y supervisó a la Totenkopfoerbünde con una expresión de autoridad paternal.

—Reinstauraré el orden, de modo que no pueda haber ningún error —espetó—. Gefreiter Alois es vuestro criado —les dijo a los guardias—. ¡Tratadlo como tal! —Levantó el brazo a modo de saludo—. ¡Sieg heil!

Los que tenían los fusiles permanecieron rígidos, señalando como punteros a los prisioneros. El resto de la unidad Totenkopfoerbünde devolvió el saludo y respondió al unísono. Incluso los adiestradores alzaron los brazos, a pesar de que su falta de entusiasmo era evidente.

Levantando las lanzas, los kalanaro gritaron:

—¡Minihana!

—¡Apunten! —ordenó Hempel a los guardias que tenían el máuser en la mano.

Preparándose mentalmente para la ráfaga de balas, Solomon alzó las manos, con

los dedos abiertos contra los haces de luz de los reflectores, y se acercó más a la entrada. Mantenía la cabeza gacha, como si con ese gesto disminuyera el sacrilegio que estaba a punto de cometer: la negación de todo lo que consideraba sagrado.

—¡Sturmbannführer! —llamó a Hempel.

El mayor miró a Solomon, desviando su atención de los guardias, quienes gruñeron su descontento; llevaban esperando demasiado tiempo, con las pesadas carabinas en las manos, la orden de disparar o de colgarse las armas al hombro.

Solomon se sentía extrañamente distante de lo que sucedía a su alrededor, avergonzado y solo. ¿Renegaría papá con tanta rapidez de su fe?, se preguntó.

Al otro lado de la cerca, Erich Alois permanecía inmóvil, con la cabeza inclinada, mientras una bandada de murciélagos descendía para comer, igual que lo habían hecho el día en que desembarcaron en la isla.

—¿Solomon?

La voz de Judith, vaga y lejana, se filtró a través de la locura. Sol se desentendió de ella.

—Solomon... Freund.

Sol luchó contra las oleadas de roedores alados que le azotaban el rostro como si tuviera que apartar las cortinas de una ventana.

—Ha llegado la hora, Solomon. —A pesar de que Judith pronunciaba su nombre, parecía que no le hablaba a nadie en particular—. ¡Ha llegado la hora!

Los perros se apartaron de la cerca, con el rabo entre las patas. Sol se lanzó hacia la alambrada, pero dos de los guardias lo apuntaron con los rifles a pesar de los murciélagos que revoloteaban en el aire, y se vio obligado a retroceder, odiando su impotencia.

Como guiado por un impulso, Erich se volvió hacia Solomon. Se tragó un insecto y tuvo que detenerse para escupirlo.

—¡Gefreiter! —gritó Hempel. Apartando a un kalanaro, empuñó su Mann contra el cuello de Erich—. ¿Le he dado permiso para que le hable al judío? Tiene que mantenerse alejado de ellos. —Miró hacia la enfermería con una ferocidad recién adquirida—. Y de la mujer.

Erich lanzó una mirada airada a su atacante.

—¡Es mi mujer y pronto empezará con los trabajos de parto!

—Todos los judíos deben empezar con los trabajos, Gefreiter. —El tono de burla del mayor dejó claro que la próxima palabra de insubordinación por parte de Erich sería también la última—. Algunos son algo más productivos que otros. Ahora, aparte estos malditos saltamontes de mis botas.

Hempel le quitó el seguro a su pistola. El sonido metálico resonó en el silencio que se había abatido sobre el campo.

—¡He dicho que los quite!

Con el corazón desbocado, Sol observó cómo Erich daba un paso atrás y negaba con la cabeza, y también cómo Hempel tensaba el brazo. A pesar de todo lo que Erich

les había hecho, a él y a Miriam, Sol nunca podría aceptar ni desearle un final tan indigno.

—¡Ahora!

—Por el amor de Dios, Erich, ¡haz lo que te dice! —gritó Sol.

Erich se limitó a permanecer de pie, como si no tuviera voluntad: ni para desafiar ni para doblegarse.

Desesperado, Sol trató de pensar en cualquier distracción, aunque fuera temporal. Preparó su cuerpo para echar a correr hacia la entrada.

—¿Qué...?

Sintió que le ardía la garganta y que tiraban de él hacia atrás, mientras la parte delantera del cuello de la camisa se le clavaba en la tráquea.

Intentó dar rienda suelta a su furia. La única cosa que todavía estaba bajo su control, la opción de suicidarse, le había sido arrebatada por segunda vez en su vida.

—¡Mira!

La voz de Max resonó en su oído. En ese momento, Sol estaba demasiado desorientado y su campo de visión era demasiado limitado como para comprender.

—¡Allí!

Una segunda persona se aferró a él, gritándole al otro oído.

Goldman.

El granjero obligó a Sol a girar la cabeza. Por un instante, Sol revivió otro momento horrible. El asesinato de Rathenau; Jacob Freund sosteniendo la cabeza de su hijo para que viera la muerte del hombre de Estado que tanto admiraban y respetaban. Oyó de nuevo las palabras susurradas de su padre, pronunciadas con voz ronca, que le hablaban a través de los años de la muerte de un ser querido:

—Deseo que tengas una larga vida.

El recuerdo se esfumó y, en su lugar, Solomon vio lo que le señalaba Goldman.

El Zana-Malata estaba arrodillado delante de una de las piernas de Hempel, recogía los saltamontes de las botas de Hempel y se los metía en la apertura que tenía por boca, antes de estirar el cuello y tragárselos igual que lo haría un pájaro de cuello alargado.

En la otra pierna, Erich quitaba bichos de los pantalones... con la pistola aún contra el cráneo. Sus manos se movían de forma mecánica, como conectadas a unos brazos que no controlara.

Hempel sonreía. Su rostro, orgiástico y saciado, se tensaba y retorció con placer. A la luz de los focos, su pelo parecía relucir con la intensidad de sus emociones, como el brillo plateado del arbol alpino.

—Ahora tú. —Hempel clavó el cañón de la pistola entre los ojos de Erich—. Como el Zana-Malata. ¡Come!... O entregaré la mujer y el niño a los kalanaro. O peor, a Wasj.

Comenzó a agitar la pistola y a reírse.

Erich permaneció agachado un segundo sobre las arrugas de los pantalones.

Después cogió varios saltamontes, se los metió en la boca y comenzó a masticar.

El sifilítico se apartó, riendo y silbando, mientras observaba a Erich, que palpaba al mayor en busca de su cena. En ese momento, con unas manos que se asemejaban a un par de garras, aferró la cabeza de Erich y la bajó hasta las botas del mayor.

Erich no se resistió. Permaneció con la cabeza gacha. Como si contemplara su propia tumba, pensó Solomon.

¿Qué era lo que los había separado tanto?, se preguntó. ¿Un uniforme? ¿La religión? ¿Eran tan diferentes? ¿Acaso no amaban a la misma mujer y no se habían ganado un puesto parecido en aquella isla, dejando atrás...? ¿El qué?

A Miriam y al niño.

Se miró el brazo.

37704.

Hólle... Infierno.

Hempel lo había sacado a conciencia de Sachsenhausen. Había elegido el número con cuidado. No porque Sol fuera judío, sino por su vieja amistad con Erich. El odio que sentía Hempel por ErichWeisser Alois venía de lejos, de los días en que Erich había sido, quizás, el único que se negara a llevar a cabo las perversiones del antiguo líder de las juventudes de las Freikorps... Las mismas perversiones que habían provocado la expulsión de Hempel del ejército antes del fin de la Gran Guerra. Incluso en aquella época, ya había perseguido a los muchachos.

Miró de nuevo el número de su brazo: 37704.

Miriam llevaba a su hijo en su seno, el primer hijo de la nueva patria de los judíos. Con Erich y Solomon muertos, ¿marcaría Hempel al niño?

En un instante de atroz intuición, Solomon lo vio:

El número 1.

La subida a la colina oeste resultó ser demasiado dura como para que Miriam la llevara a cabo sola. Su embarazo parecía abrumarla mucho más que su peso real, así que no se resistió cuando Bruqah se puso detrás de ella y comenzó a empujarla, con las manos en la base de la espalda.

Guiada por la fuerza del malgache, Miriam pudo fijarse en el entorno que la rodeaba. Una gran variedad de vegetación formaba una especie de oscuro guante que la golpeaba y, en ocasiones, parecía bloquear su camino; aunque después se abría un poco cada vez que giraban al llegar a un recodo. Por un momento, el follaje casi enclaustró el sendero, pero un poco más adelante las plantas dieron paso a un pequeño e inclinado prado salpicado de pequeños tótemes. En el extremo más septentrional, donde la selva desaparecía, se alzaban entre la hierba de la ladera lo que parecían las ruinas de una vieja casa con tejado de piedra, como un centinela que vigilara la noche. Muy a lo lejos, estaba el brillante mar.

Al borde de la extenuación, Miriam se concentró en el movimiento de sus piernas. No alzó la vista hasta que se encontró cerca de la cripta. Temerosa, se acercó al edificio sujetándose el vientre con una mano. Por un instante, se preguntó por qué en nombre del cielo Bruqah la había llevado allí para dar a luz, a un lugar construido para honrar a la muerte.

—Aquí estar segura —dijo Bruqah, en respuesta a su pregunta no formulada. Le sonrió cuando se detuvieron frente a la fachada de piedra de la cripta.

Un escalofrío recorrió la espalda de Miriam, como si la hubiese acariciado un gélido rayo de luna. Se volvió para mirar por encima del hombro.

—Nada allí, *lady* Miri —dijo Bruqah.

Abrió la enorme puerta de piedra con la mano libre y, una vez realizada la acción, se dio la vuelta. Al ver sus facciones contraídas, Miriam comprendió que abrir la tumba le provocaba tanta ansiedad como a ella.

La cripta le rogaba y le prohibía a un tiempo que traspasara su entrada. Retrocedió al sentir el ambiente húmedo y viciado. Deseaba decirle a Bruqah que, sin importar el peligro que Hempel representara, no se escondería en aquel lugar hasta que el cadáver que algunos de los hombres habían visto allí dentro fuese retirado. Si de verdad eso era cierto y no se trataba de una artimaña para mantener a los intrusos alejados. Aun cuando el lugar estuviese vacío, no se sentía del todo capaz de encerrarse en una cámara mortuoria a la espera del nacimiento del niño.

—Ya no está, ¿verdad? —preguntó.

Bruqah estiró el cuello, como si pretendiera escuchar la oscuridad.

—¿No está? ¿Tú referirte a...?

—Lo que quiera que fuera, quienquiera que fuese... —Extendió una mano—.

Dime que ya no está ahí dentro. Que se ha ido. —Intentó, sin éxito, mantener la voz tranquila.

Con una sonrisa, Bruqah sacudió la cabeza.

—Espíritu de ella nunca irse, *lady* Miri —respondió—. No de nuestros corazones... ni de nuestras esperanzas tampoco. —Sus ojos adquirieron una expresión lejana y decidida—. Pero quedar tranquila. El cuerpo, eso irse. Por ahora.

Comenzó a andar pero, súbitamente, se giró, colocó las manos sobre los hombros de Miriam, la miró con seriedad y volvió a darse la vuelta para entrar en la tumba.

Podía oírlo murmurar, hablando consigo mismo en voz baja. Se escuchó el sonido de una cerilla y al instante distinguió la llama. A través de las sombras distorsionadas, lo vio inclinar la tulipa de una lámpara de queroseno y encender la mecha. Casi de inmediato, un humo negro comenzó a elevarse hacia el techo y la tumba apareció ante sus ojos. A Miriam le recordaba al sótano de la tienda de tabaco, y casi esperó encontrar la pared llena de estanterías con cajas de cigarros y equipo militar, la mancha rojiza de óxido que se filtraba a través de las piedras o la rejilla del sumidero que había en el suelo. Sin embargo, lo único que se veía en la estancia eran dos enormes ganchos de los que colgaban dos cuerdas de cáñamo desgarradas, si no se tenían en cuenta el banco de piedra sobre el que Bruqah había colocado la lámpara, el techo bajo y el suelo de tierra oscura y apisonada. Parecía que las cuerdas habían sido cortadas.

Por la descripción que había oído, supuso que allí había estado colgada la silla de Benyowsky. Un cadáver de ciento cincuenta años de antigüedad que les daba la bienvenida a quienes entraban en su tumba.

Bruqah limpió el banco con la mano, como si lo preparara para la llegada de Miriam. A pesar de su nerviosismo, sonrió ante un gesto tan doméstico. De súbito consciente del peso que soportaba, entró en la cripta y dejó que Bruqah la ayudara a sentarse. Al principio, se sentó tímidamente, con los pies juntos y estirados; después, con la ayuda del malgache, se tumbó de espaldas y sintió que se le tensaban los músculos por el frío de la piedra.

Con cierta sorpresa, descubrió que el banco resultaba bastante cómodo. Tenía cavidades que parecían encajar con su figura a la perfección. Cerró los ojos e inspiró con fuerza, tratando de relajarse. Tenía motivos para sentirse agradecida, pensó.

El niño estaba vivo y ella, de momento, estaba a salvo de Pleshdimer, Hempel y el Zana-Malata.

¿Por qué entonces tenía la sensación de llevar un cadáver en el vientre? ¿Por qué necesitaba buscar el consuelo de la mano de Bruqah?

—Dile a Solomon que estoy aquí —pidió en un susurró. Se apartó un mechón sudoroso de la frente—. Tiene que saberlo... Necesito que él sepa que... —Echó un vistazo a la cripta— estoy a salvo, al menos de momento. —Las palabras surgieron con menos seguridad de la que pretendía.

—Yo no creer deba dejarte aquí sola.

—Por favor, Bruqah. Vete, ahora. Vete para volver, como tú dices. Dile que estoy aquí y que... que lo amo.

Bruqah se llevó sus dedos a los labios. Después, se levantó y salió de la tumba. Miriam escuchó varios pasos sobre la hierba, luego el canto de un pájaro nocturno que se imponía sobre el ruido de los insectos en el exterior y, en ese momento, todo el peso de la extraña situación en la que se encontraba cayó sobre ella, como una enorme mano que le tapara la boca e intentara asfixiarla. Probó a recordar los tiempos felices. Cuando estaba con Sol en la tienda, en el piso, entre sus brazos.

Las contracciones regresaron, el «amargo de parto», en palabras de Bruqah. La tensión hizo que su cuerpo se retorciera, se tensara, que sus caderas se levantaran del banco y sus hombros se hundieran en la cuna de piedra. Cada oleada de dolor arrastraba los recuerdos que intentaba atesorar, de modo que se concentró en no romperse el cráneo contra la piedra cuando la contracción pasaba y sentía la cabeza demasiado pesada como para mantenerla alzada.

Inspiró con fuerza, entre jadeos.

Una figura se deslizó por la entrada. Al principio creyó que Bruqah había regresado y, apoyándose en los codos, se incorporó, impaciente por saber si había podido hablar con Solomon.

—Bru...

—Pour la petite enfant —dijo el Zana-Malata, mirándola desde las sombras. «A por la niñita».

Miriam se dio cuenta, no sin cierto asombro, de que apenas si sentía miedo. Tal vez, pensó, porque el Zana-Malata había pronunciado la frase más larga y comprensible que le había oído nunca. O, quizás —y lo más probable—, porque estaba demasiado cansada como para preocuparse. Incluso cuando lo vio sostener la Torá entre las manos, cosa que ella jamás habría esperado, no sintió más que un atisbo de curiosidad.

Una gran bolsa de rafia colgaba de su hombro derecho. Sobre su codo izquierdo llevaba lo que parecía una especie de pesebre.

Se puso de rodillas y bajó la Torá hasta que uno de los extremos del rollo tocó la tierra.

—Enfant... beau.

Por fortuna, los dolores habían cesado y, lo que era aún mejor, el Zana-Malata parecía no querer hacerle daño. Lo observó levantar la Torá y dejarla en el pesebre, desenrollando parte del pergamino y acariciando el papel. Percibió el respeto con el que sostenía el rollo y no sintió afrenta alguna al ver que lo tocaba.

—Enfant... beau —repitió, meciendo los brazos como si acunara a un bebé.

Fue entonces cuando comprendió que le había construido una cuna al niño.

De la bolsa de rafia, sacó un lamba rojo oscuro. Con una floritura y una sacudida de brazos la extendió sobre el suelo de tierra oscura.

Acomodó las esquinas con las puntas de los pies.

Acto seguido, sacó una calavera pequeña que parecía humana; un lémur, supuso Miriam después de sobreponerse al impacto inicial. El humo que salía de las cuencas de los ojos llenó la tumba de olor a eucalipto. A Miriam no le pareció desagradable.

Colocó la calavera en la esquina sudoeste del lamba. Añadió más cosas a la colección que tenía sobre la tela: una pezuña de cebú despedazado se apropió de la esquina noreste; la esquina noroeste fue ocupada por un manojo espinoso de savoka; y lo que parecía ser una semilla seca de alguna fruta fue colocada en el sudeste.

Finalmente, el Zana-Malata se sentó en la tierra con las piernas cruzadas, con su sempiterna sonrisa vertical, y esparció un estrecho hilo de humo hacia el techo. Actuaba de cara al público, pensó Miriam, como un padre expectante.

—¿*Lady Miri*? —sonó una voz desde fuera de la tumba.

—¡Bruqah! —respondió Miriam—. Me alegro de que hayas vuelto.

Durante lo que pareció una eternidad, no obtuvo más respuesta que la llamada de las chicharras y la trabajosa respiración del Zana-Malata. Entonces, Bruqah dijo con voz dubitativa:

—No puedo entrar. ¿No ves a los kalanaro que guardan la entrada?

Miriam se levantó del banco y se acercó con dificultad a la puerta. Apoyándose en el borde de la piedra, se inclinó hacia la noche iluminada por la luz de las estrellas.

Podía distinguir a Bruqah cerca del límite del claro, una figura oscura recortada contra el azul índigo del manto del mar y el cielo. A su alrededor, árboles y tótemes permanecían de pie como mudos centinelas de ébano. Pero, por más que escrutara los arbustos, no veía otra cosa que la maleza y la oscuridad, además de un enjambre de luciérnagas, que se mantenían suspendidas sobre la entrada de la cripta como guardianes.

Bruqah señaló al kalanaro que protegía la entrada a la cripta y observó cómo Miriam estiraba el cuello a derecha e izquierda.

—Tengo compañía —dijo Miriam—. El Zana-Malata ha aparecido, con una cuna que parece haber hecho para el niño y todo tipo de cosas que imagino que solo significan algo para él.

A pesar de que todavía no podía entrar en la cueva, Bruqah se sintió mejor. Porque lo que comprendía rara vez le causaba miedo, y aquello lo comprendía. El Zana-Malata había dejado que el kalanaro protegiera la entrada de la cripta. *Lady Miri* no podía verlos porque no comprendía cómo podían ser civetas, hombres y luciérnagas, cambiando de forma según su capricho. Pero él sí lo entendía. ¿No era capaz, a su propio modo, de hacer lo mismo? ¿No era él una palma del viajero para algunos, capaz de proporcionar sustento, mientras que para otros era un hombre como mucho?

Elevando el tono de voz, pero poniendo mucho cuidado para que no resultara amenazador de ninguna manera, le gritó al Zana-Malata a través de la apertura de la cueva, pidiéndole que le dejara pasar. Había ocasiones, pensó, en las que había que renunciar a la ira. Y esta era claramente una de ellas.

—¿Por qué está aquí, Bruqah? —preguntó Miriam, caminando muy despacio hacia él.

—Espera por el niño que cree será el portador del alma de reina Ravalona.

—¿Mi hijo? Oh, vamos. —Miriam se echó a reír—. Estoy dispuesta a creer un montón de cosas de las que has dicho, Bruqah, pero esto es ridículo.

—No te rías, *lady Miri*. Debemos vigilarlo con mucha precaución cuando el momento del nacimiento se acerque. Quiere estar ahí para poder tomar la placenta.

—¿Y qué quiere hacer con ella?!

Bruqah vaciló un instante antes de responder. No quería contarle más de lo necesario, pero la estimaba demasiado como para no decirle nada. Al final, y a pesar de que era un final que aún quedaba muy lejano, era el niño lo que importaba... para él, para el Zana-Malata, para Madagascar, y para cualquiera que fuese el futuro al que la vida del niño la condujera a ella.

Bruqah miró hacia el cielo y supuso que serían las tres o las cuatro de la mañana. Los dolores que Miriam había experimentado no eran el parto real. Él los había inducido para garantizar su seguridad. El nacimiento del niño no ocurriría hasta que el sol se elevara y descendiera de nuevo al menos una vez, lo que le dejaba mucho tiempo para hablar, y tiempo más que de sobra para librarlos a ambos de la presencia del Zana-Malata. Muy pronto, ocurrirían cosas que cambiarían la vida de la isla. De momento, había pocas razones por las que él y su viejo adversario no pudieran,

durante un breve lapso al menos, declarar una débil tregua.

—Creo que será mejor que me respondas, Bruqah —dijo Miriam. A juzgar por su tono, la curiosidad y la inquietud se estaban transformando en furia.

—Él creer —dijo Bruqah, sopesando sus palabras con cuidado—, que si come la placenta, tendrá poder sobre alma del niño. —La cual, pensó pero no dijo, era el alma de Ravalona, el alma de Madagascar. Meditó si continuar o no—. Creer —siguió una vez tomada la decisión—, que eso le dará poder sobre vida y muerte.

Liberado de la bota de Hempel gracias al codazo, Misha vagabundó sin rumbo fijo durante un rato, limitándose a disfrutar de su libertad. Por regla general, cuando no se encontraba al lado de Hempel, se aseguraba de quedar bien a la vista del campamento y cerca de la cabaña. En esa ocasión, fue hasta la playa, donde jugueteó a la luz de la luna, construyó un castillo de arena y cogió uno de los pequeños cangrejos que asomaban por los agujerillos abiertos en la arena cercana a la orilla. Incluso se atrevió a nadar hasta que la cercanía de una barracuda no muy grande lo hizo abandonar el agua.

Al final, regresó al Storch para esperar a Hempel, seguro de que el mayor iba a dejarlo allí atado como si se tratase de un perro guardián. Ya estaba tan acostumbrado a los abusos sexuales de Hempel y a la crueldad de Pleshdimer que, en un principio, casi se sintió abandonado. Pero, según pasaban las horas, comenzó a disfrutar de la libertad, a olvidar el dolor y a temer el regreso de este último.

Reconfortado por la brisa nocturna, se quedó dormido debajo de una de las alas del avión. Cuando despertó, el alba comenzaba a iluminar el cielo. Permaneció tumbado en la arena mientras el sol se alzaba, rememorando con pereza su pasado más reciente. Sobre todo, pensó en lo mucho que había cambiado Otto Hempel desde que él, Misha, aceptara de forma voluntaria volver a ser encadenado con el collar y la correa. Desde ese momento, el mayor le había dejado que le hiciera lo que le daba la gana, más o menos. No le había hecho «la cosa» desde hacía días, y tampoco le había dado permiso a Pleshdimer para le hiciera daño, a pesar de la insistencia del Kapo para que le permitiera «golpear a esa mierdecilla».

Con rapidez, el sol comenzó a calentar el aire y se coló bajo el ala del avión. Misha se puso en pie y se sacudió la arena. Suponía que Hempel no tardaría nada en ir a realizar su inspección matutina habitual. ¿Qué mejor momento para hacer lo que había jurado y matar al mayor? Hasta donde sabía, nadie echaría a Hempel de menos, excepto, el Zana-Malata y Pleshdimer. *Herr Alois* se alegraría, más aún después de los acontecimientos del día anterior. Y Miriam y Solomon también. Puede que Bruqah también se alegrara, pero era difícil saber cuál eran los afectos de aquel hombre.

Una vez tomada la decisión, Misha miró a su alrededor en busca de un arma. Las piedras cercanas al manglar eran o demasiado pequeñas o demasiado pesadas. Un palo, decidió. Si escondía uno en un lugar accesible, podría clavárselo al mayor en su negro corazón.

Recogió varios palos y los probó hundiéndolos en la arena. Los dos primeros se rompieron; el tercero se dobló.

Demasiado difícil, concluyó. Si elegía el palo equivocado, no remataría la faena.

Iba a tener que encontrar un método más sofisticado. Algo que no fallase, como una pistola o el cuchillo de Pleshdimer.

Encontró algo de sombra bajo la otra ala, se tumbó en la arena y volvió a contemplar el cielo de la mañana. Un nubarrón se acercaba con celeridad, trayendo consigo el primer aguacero del día. No le importaba; de hecho, le encantaba disfrutar de la momentánea frescura que esos repentinos chaparrones traían consigo. Pero una ráfaga de aire desvió la nube y la lluvia cayó a su derecha, sobre el agua.

Sin otra nube a la vista que lo distrajera, volvió a pensar en su lista. La había tenido abandonada últimamente; a decir verdad, se había vuelto un poco confusa... con eso de que Hempel estaba ganando algún positivo cada vez que lo dejaba solo... El mayor seguía mereciendo la muerte, sin embargo, en ese momento, ya no le parecía tan urgente matarlo.

De Wasj Pleshdimer no podía decir lo mismo.

En su mente, Misha sopesaba varias opciones: muerte por cuchillo, aunque un niño pequeño como él no podría atravesar la capa de grasa...; muerte por arma de fuego, pero no tenía arma de fuego...; quemarlo, esa sí que era una buena idea... Mejor aún, podía prender fuego a la cabaña del Zana-Malata mientras los dos dormían, de ese modo el gordo del Kapo y el sifilítico se achicharrarían juntos, como los saltamontes que cayeron el día anterior sobre la valla...

—¿Crees que puedes esconderte de mí?

Misha se puso de pie de un respingo al escuchar la voz del Kapo, demasiado vital para alguien que, al menos mentalmente, acababa de ser reducido a cenizas en ese mismo momento. No solo estaba muy vivo, sino que además llevaba a Tauro sujeta por una correa que arrojó sobre uno de los puntales del avión.

Tras hacer un nudo resistente, se agachó y se inclinó sobre Misha, con la cara tan cerca de la del niño que este estuvo a punto de vomitar al percibir el desagradable olor de su aliento. Misha giró la cabeza para escapar del hedor.

Con una mano, Pleshdimer le sujetó la cara y lo obligó a mirarlo; con la otra, lo agarró por los genitales y se los retorció.

Misha dejó escapar un grito y el Kapo sonrió, satisfecho.

—Crees que puedes hacer volar el avión y escaparte, ¿es eso? —Lo soltó y comenzó a reírse a carcajadas ante su propio despliegue de humor.

Misha se agazapó, preparado para salir corriendo si el Kapo volvía a acercarse de nuevo. A su derecha, un poco más atrás, Tauro gruñía y forcejeaba con la correa. Si pudiese liberar a la perra lo bastante rápido, quizás Tauro atacara a Pleshdimer y le arrancara las pelotas. A pesar de la situación, no pudo evitar sonreír ante la imagen.

Y, entonces, toda idea de venganza inmediata desapareció tras sentir el fuerte y certero impacto de la bota del Kapo sobre los riñones.

—¡Te odio! —chilló Misha, poco dispuesto a controlar su furia e incapaz de soportar el dolor—. ¡Te odio, te odio, te odio!

Pleshdimer le sonrió con complacencia y dejó escapar un suspiro satisfecho,

como si el odio de Misha lo hubiera dejado saciado por el momento. Al instante, una vez sus ojos hubieron recuperado la habitual mirada de depravación, volvió a acercarse al niño.

—¡Moveos! —la voz de Otto Hempel llegó desde la orilla de la playa que bordeaba la laguna—. No dispongo de todo el día.

Pleshdimer frenó en seco.

Misha alzó la vista en dirección al lugar de donde procedía la voz, más allá del Kapo. Tres figuras caminaban por la playa. El mayor marchaba en cabeza. Tras él, dos hombres arrastraban los pies por el evidente peso del cajón que transportaban. Según se acercaban al avión, Misha reconoció a *Herr Alois* y a *Herr Freund*. El cajón, del tamaño de un ataúd pequeño, tenía el rótulo «MUNICIONES» escrito con letras negras.

—Allí —les ordenó el mayor, señalando hacia el lugar donde se encontraba Misha—. Dejadlo a la sombra. Tened cuidado o saldremos todos volando.

Sudando profusamente, los dos hombres cargaron el cajón el resto del camino y lo depositaron con cuidado sobre la arena. El rostro de *Herr Alois* estaba contraído por el dolor.

—Tú, judío, vuelve al campamento. Gefreiter, quédese aquí.

La mirada de Solomon se cruzó con la de Misha y ambos se saludaron con un pequeño gesto, antes de que Sol se diera la vuelta y se encaminara hacia la vegetación que crecía al borde de la arena. Misha observó cómo se detenía una vez y se giraba para mirar con atención al grupo situado junto al Storch. Una vez se hubo asegurado de que la atención de los hombres estaba fija en el cajón, *Herr Freund* se movió con rapidez y desapareció entre la espesura.

Erich miró, incrédulo, las sujeciones de las bombas que habían sido colocadas bajo las alas de madera del Storch.

Había cuatro abrazaderas de alambre a cada uno de los lados. En la parte superior se había dispuesto un cable estriado metálico que conectaba con cada uno de los garfios donde insertarían las bombas. La intención era más que evidente: cuando el dispositivo se activase, las bombas caerían una tras otra, comenzando por las dos situadas en los extremos.

Al parecer, el mayor Otto Hempel quería trasladar la guerra que se libraba en Europa a la isla de Madagascar, contando tan solo con cuarenta guardias de campo recién salidos de la adolescencia y que apenas si habían recibido entrenamiento de combate; menos de doce adiestradores que, con toda probabilidad, se darían a la fuga en cuanto recuperaran el control de sus animales; y un puñado de kalanaro que se asemejaba más a un grupo de monos que a seres humanos. Y todo ello sin haber recibido orden alguna ni disponer del equipo militar necesario... y sin olvidar a los más de ciento cuarenta judíos deseosos de echarle las manos al cuello. ¿Qué podría impulsar a alguien a intentar algo tan extremo, aun siendo un megalómano de la talla de Hempel?

Erich tardó solo un momento en adivinar la respuesta.

¿Qué mejor modo de conseguir que tus cenizas acaben siendo veneradas en una de las urnas sagradas de Himmler que liderar un intento de invasión casi con las manos vacías? Erich hubiese soltado una carcajada de no haber sido por la visión en conjunto: se suponía que era él quien estaba al mando; sobre él, y no sobre Hempel, recaería la culpa si el intento fallaba. Goebbels retrataría a Hempel como un héroe ansioso de sacrificarse a sí mismo por la «Gloria del Reich»... y haría que los judíos fuesen los chivos expiatorios.

Se sentía a punto de estallar. Cerró los puños, furioso por la impotencia. Despojado de su rango, un soldado raso, un sirviente... obligado a trasladar bombas con sus propias manos bajo las órdenes de Otto Hempel. La posición en la que se encontraba no le permitía poner fin a la situación, pero tenía que intentarlo de todos modos.

Un hocico le rozó la nuca y consiguió ponerle la carne de gallina.

—De pie, Gefrei ter. Puede que solo sea un soldado raso, pero sigue siendo un soldado del ejército alemán.

Hempel estaba de pie, en la parte más cercana al mar, junto a una Tauro que no dejaba de gruñir. Erich caminó hacia su animal para evaluar su respuesta. La perra avanzó hasta donde se lo permitió la correa, con una mirada salvaje y la cabeza inclinada en una posición amenazadora que dejaba los músculos de su espalda

visibles bajo el pelaje.

—Mis hombres llegarán dentro de unos minutos, Gefreiter. Los ayudará a colocar las bombas que hay en la caja de madera en el dispositivo que hemos instalado a lo largo de la parte inferior de las alas. ¿Está claro?

Erich siguió observando a Tauro.

—Contésteme, Gefreiter.

—Está muy claro... Otto.

—¿Otto? —La furia se apoderó del rostro de Hempel—. ¡Otto!

Sus facciones se relajaron y esbozó una sonrisa; esa vieja sonrisa feroz que Erich conocía tan bien.

—Este es, por así decirlo, un momento privado —le dijo, satisfecho por su astucia—. Por tanto, pasaré por alto tu insolencia. —Sacó una pipa tallada a mano de su bolsillo, aplastó el tabaco y la encendió—. No son malas estas hojas de la isla —comentó, exhalando una bocanada de humo apestoso.

Le dio unas cuantas caladas y le pasó la pipa a Pleshdimer para que la sostuviera. El Kapo la miró fijamente, con evidente deseo, pero no se la llevó a los labios.

—Me he preguntado con frecuencia, Weisser, si alguna vez te has dado cuenta de la verdadera misión de este contingente de nazis y judíos. ¿En serio pensaste que el Reich permitiría que los judíos y los malgaches vivieran en armonía los unos junto a los otros? ¿Tan inocente eres? —Hempel miró a Erich con un desprecio absoluto— ¿Tienes idea de la afrenta que supone para Dios contemplar a un judío negro? ¿Por qué crees que el Führer apoyó con tanto entusiasmo a Mussolini en contra de los etíopes?

Erich no le respondió.

—Estamos aquí para comprobar la eficacia del gas nervioso tabun en poblaciones aisladas —explicó Hempel. Y prosiguió sin esperar a ver el impacto que producían sus palabras—: Cuando la Nación de Madagascar se ponga en marcha, la población indígena será eliminada, no trasladada. Esta vez actuaremos con verdadera eficacia sobre la población civil y no solo sobre los soldados; como sucedió durante la Gran Guerra.

Contempló el horizonte con expresión soñadora.

—Una vez demuestre la eficacia del gas nervioso en la batalla, conseguiré por fin, a los cincuenta y ocho años, convertirme en uno de los doce lugartenientes de Himmler. Tengo intención de probar el gas en las poblaciones de la isla principal casi de inmediato, y utilizaré a los perros para que vigilen el perímetro y acaben con todo aquel que intente escapar.

Erich ni siquiera se aventuraba a adivinar el motivo por el que Hempel se estaba extendiendo tanto. Se sentía tan atrapado por el monólogo como por la pérdida del campamento; y también como un completo estúpido al no haber supuesto desde un principio que las verdaderas intenciones de Himmler no eran otras que las de sacrificar la operación Madagascar por la gloria del Reich, haciendo de Hempel un

mártir de la causa. Que el Reichsführer pensara utilizar a los judíos como chivos expiatorios no era algo que le sorprendiera. El método que había utilizado para conseguirlo, por el contrario, lo llenaba de estupor al comprender lo bajo que podía caer el Reich para conseguir sus fines.

La existencia del tabun, un arma química recién desarrollada y altamente letal, no era nada nuevo para él. Las noticias sobre el gas se habían filtrado a través de los canales y pasillos del Abwehr, pero, junto con ellas, había llegado una advertencia: el tabun era tan inestable y mortal que incluso los científicos nacionalistas más radicales lo trataban con el mayor de los respetos. Si se producía el más mínimo error, un comandante podría exterminar a todo su batallón en lugar de acabar con el del enemigo.

Erich, que no era ni químico ni físico, no acababa de comprender la teoría científica que había detrás del gas, pero recordaba el resumen del Abwehr: el tabun era un compuesto organofosforado que inhibía la acción de la colinesterasa y causaba contracciones musculares incontroladas. Aparentemente, en pequeñas cantidades provocaba parálisis, postración y muerte.

—Después de que mis hombres hayan hecho el recuento de cadáveres para determinar el número de muertes causadas por el gas, los judíos enterrarán todas las evidencias —explicó Hempel—. Más tarde, yo me desharé de ellos con la bomba final e informaré por radio a Berlín. —Hizo un gesto a Pleshdimer para que le devolviera la pipa. Le dio una calada y expulsó el humo—. Sí, es bastante bueno. Pero debo confesar que lo que más deseo es un buen puro.

Se quitó la pipa de los labios y la miró fijamente.

—Me pregunto lo que habría hecho tu padre con esto —dijo—. ¿Sabes que creó una edición limitada de puros en mi honor? Rittmeister la llamó, que, por supuesto, era a lo que me dedicaba en aquella época. Él y yo nos sentábamos a menudo en la tienda de tabaco para disfrutar de un puro y de unas copas de coñac. Recordábamos vivencias de la Gran Guerra y hablábamos sobre los estupendos muchachos alemanes que habían acabado embrujados por las judías. —Miró a Erich y negó con la cabeza, como si estuviera frente a su testarudo sobrino favorito—. Me rompió el corazón ver cómo se despedía de ti, Erich. En serio. Le dije que cuidaría de ti, como hago con todos mis chicos. Hubiese hecho cualquier cosa por tu padre. —Miró a Erich con una expresión sagaz—. Y él por mí.

Ese hombre estaba desquiciado, al borde de la locura, pensó Erich. En ese estado, matarlo sería hacerle un favor, tanto a él mismo como al resto de la humanidad. Podía hacerlo en aquel preciso lugar, en aquel mismo instante. Podía estrangularlo con sus propias manos.

En ese caso, ¿por qué no tenía ya el cuello de Hempel entre las manos?

¿Porque sería acusado de asesinato a menos que lo planeara con exactitud?

Eso podía ser parte del verdadero motivo, pero había más, se dijo a sí mismo. Había otras razones; problemas más profundos que debían ser resueltos antes de

despachar al mayor. Como, por ejemplo, recuperar el control del campamento y de los perros.

En la parte más profunda de su ser sentía el dilema de Tauro, dividida entre la sed de sangre y su deseo de volver a obedecer a su antiguo amo. Tenía que conseguir, de algún modo, romper el control que el Zana-Malata ejercía sobre ella y los demás perros.

Y para eso necesitaría tanto a los adiestradores como a Solomon y al resto de los judíos. Hasta entonces, la muerte del mayor tendría que esperar.

Hempel le pasó un brazo por los hombros y, en actitud contemplativa, lo guió hasta el borde del agua. Erich trató de no pensar en el dolor de la cadera ni en el de la mente. Escapar y vengarse: eso era lo más importante ahora.

—¡Qué afortunados somos al vivir en una época como esta! —Hempel señaló con un brazo hacia la caja que descansaba bajo el ala del Storch—. Muy pronto llegará el día, Gefreiter, en que un hombre —dijo alzando el dedo índice—, controlará el destino del mundo. Un hombre responsable, con el entrenamiento adecuado... —Se detuvo para hacer una pausa dramática— como yo.

Alzó las manos, como si pidiera a un público entusiasta que detuviera sus aplausos.

—Lo sé, lo sé. Te estás preguntando si soy merecedor de un desafío semejante. Yo mismo me he hecho esa pregunta muchas veces. No siempre soy el hombre de acción que la gente cree. De hecho, tengo momentos de introspección en los que me autoevalúo, como cualquier otro oficial de mi calibre. El análisis objetivo... ¿eso es lo que diferencia a los hombres de las mujeres y de los judíos! He analizado esta situación teniendo en cuenta todas las circunstancias y, puedo asegurarlo, aquí reside la oportunidad de que llevemos a la práctica una contribución de elevado contenido moral, no solo para el mundo que conocemos, sino para la historia en sí. —Entornó los ojos y miró a la avioneta con si estuviese contemplando el futuro—. Las mareas de hombres... ya me entiendes. —El timbre de su voz cambió abruptamente y meneó la cabeza como si acabase de despertar de una ensoñación.

—De modo que vas a tratar de conquistar Madagascar —dijo Erich—. Ahora, antes de que se establezcan los campamentos base.

Hempel pareció desconcertado por un momento pero, al instante, miró a Erich con una expresión afectuosa, casi paternal. Echó un vistazo a su alrededor, como si quisiera asegurarse de que nadie más podía escucharlo.

—Si tuviese cincuenta hombres como yo lo intentaría. El equilibrio de poder en una nación alejada como esta podría invertirse con un pequeño ejército que estuviese preparado, pero —sacudió la cabeza—, ya has visto la desgracia de hombres que el Reichführer Himmler me ha asignado para esta operación. Ninguno de ellos es digno del uniforme que lleva. —La sonrisa, que momentos antes flaqueara, volvió a su rostro—. No obstante, tienen cualidades cautivadoras, especialmente los más jóvenes.

—¿No tienes planes inmediatos de intentar conquistar la isla principal?

Hempel no percibió, o bien decidió ignorar, el tono de Erich. Alzó la mirada hacia la isla más grande con un deseo apremiante reflejado en los ojos y dijo:

—¿Ves el lugar donde el macizo se eleva para formar la cumbre? —le preguntó, señalando la línea de colinas color arena que sobresalían por encima de la espesa vegetación de la orilla—. Allí detrás, la jungla se transforma en una serie de pequeñas cavidades rodeadas de muros de caliza. Las he sobrevolado en tres ocasiones y, cada vez que lo hago, no deja de sorprenderme lo alejadas que están esas cavidades del resto del mundo. No hay forma de salir ni de entrar, excepto por unos estrechos canales; aunque supongo que debe de existir un laberinto de túneles que no son más que los antiguos cursos de los ríos subterráneos.

Miró a Erich y volvió a pasarle el brazo por los hombros. Este se alejó, zafándose del brazo de Hempel.

—Esa topografía nos proporciona las condiciones ideales para realizar unas cuantas pruebas —continuó el mayor—. En ocasiones creo que vinimos a este lugar por voluntad divina. Tú y yo. Tu buen entendimiento con los esclavos trabajadores, mis conocimientos científicos y... —añadió—, mi fuerza militar. Ni el mismo Himmler podría haber creado un combinado mejor. De modo que este es mi verdadero plan —volvió a encender la pipa—: colocamos una docena... no, dos docenas de aldeas en esas cavidades aisladas de la selva. Volaré bajo —dijo mientras hacía un gesto con la mano, simulando el vuelo de un avión—, justo sobre el macizo. Por precisión, claro está. No tiene sentido malgastar la artillería aniquilando la selva en lugar de a los aborígenes. Mientras tanto, posicionaremos a los perros de modo que bloqueen cualquier vía de escape posible. No hay necesidad de poner en peligro a ninguno de los nuestros, en caso de que el gas se extendiera. Unos minutos más tarde, los judíos y tú entraréis en el perímetro, calcularéis la efectividad de las bombas según los cadáveres encontrados y enterraréis, o quemaréis, todas las evidencias. Es una pena no disponer de una persona que pudiera realizar las autopsias de los que queden aún con vida. Los resultados serían muy valiosos...

Miró a Erich con una expresión divertida y añadió:

—No te preocupes. Tengo suficientes máscaras de gas para tu pequeño contingente. Exceptuando a unos cuantos judíos que utilizaremos a modo de ensayo, no entra en mis planes eliminar a ninguno de tus esclavos hasta que los experimentos concluyan y esté listo para transmitir los resultados a Himmler. Puede que los judíos y sus patéticos ejércitos me detuvieran cuando gaseamos al enemigo en Ypres, pero, en esta ocasión, demostraré la eficacia de mis ideas antes de ponerlas en práctica en una situación crítica. El campo de batalla no es lugar para una guerra química... ¡hay que tomar demasiadas medidas preventivas! La población civil... ¡ese es el objetivo al que hay que golpear para vencer a todos aquellos que planten cara al Reich! —Curvó los dedos de una mano y la acercó a Erich, en un fingido intento de agarrarlo por los testículos—. Justo ahí, donde crecen sus gónadas. —Sonrió—. ¿Quieres que tus amigos judíos tengan una patria, Gefreiter? —Hempel se enderezó, levantó la

barbilla con aire triunfal y alzó la mirada con orgullosa abnegación—. Muy bien. Una vez que el experimento inicial haya concluido y el Reichführer me haya proclamado uno de sus tenientes de confianza gracias a mis esfuerzos, erradicaré la población indígena de Madagascar sin hacer un solo disparo, y os daré a ti y a tus judíos una tierra que podáis colonizar sin peligro de contagio más allá de las fronteras.

—¿Y tu Zana-Malata? —preguntó Erich con sarcasmo—. ¿También vas a eliminarlo? Pensé que era él quien te llevaba de la correa.

—Él y yo tenemos un acuerdo. Admiro sus habilidades y él admira mi fuerza. Ayudará a llevar a cabo nuestros planes para garantizar la perfección de un mundo ario, ya que sabe que nos ocuparemos de él y que sus enemigos serán eliminados. Nuestro sifilítico es originario de este lugar, pero no siente ningún aprecio por la gente que lo exilió a esta roca. Hasta un amante de los judíos como tú puede entender eso... ¿O te he malinterpretado?

—A ver si lo he entendido. —Erich se esforzó por mantener una actitud serena—. Después de hacer tantos planes y de prepararlo todo, lo que en realidad quieres es convertir Madagascar en un nuevo Sachsenhausen.

Hempel sonrió abiertamente.

—A menos que encontremos una solución más sencilla al problema judío.

—¿Como cuál? —Comenzaba a latirle la cabeza, no solo por el calor del sol y la resaca, sino también por el esfuerzo que le suponía no sucumbir al frívolo impulso de romperle el cuello al mayor con sus propias manos.

—No te alteres tanto, Gefreiter. Te demostraré lo sencillo que es matar, aunque sea a alguien que conozcas.

Con mucha tranquilidad, desenfundó su Mann, le quitó el seguro y apuntó a Tauro. En décimas de segundo, antes de que Erich pudiera siquiera reaccionar, Hempel giró, alzó la pistola en dirección a Pleshdimer y, con un: «Lo siento, Wasj», le disparó a bocajarro en el pecho.

Antes de caer, en el rostro del Kapo se dibujó una expresión de absoluta sorpresa. Erich contempló cómo el hombre se retorció en el suelo mientras, a su alrededor, la arena se oscurecía al absorber la sangre. En ese momento escuchó el gorgoteo de Misha, más lastimero que jubiloso, y, al instante, Tauro comenzó a ladrar.

—¡Erich! —gritó Solomon, irrumpiendo a la carrera desde los arbustos.

Recorrió la mitad de la distancia que los separaba antes de detenerse.

—Pensé que él... tú... no veía nada. —Miraba fijamente a Erich.

—Lo importante no es lo que vieras, judío —replicó Hempel mientras apuntaba a Solomon con el arma—. La cuestión es, ¿cuánto has escuchado?

—Vamos, judío.

Hempel sacudió la pistola en un gesto que a Sol le pareció demasiado casual. Sol resistió el impulso de agacharse. Una cosa era que Hempel le disparara intencionadamente y otra muy distinta acabar muerto por una bala perdida.

Miró a Erich, que permanecía junto al Storch, de cara a Tauro, y se preguntó si Bruqah le habría dicho también a él que Miriam se encontraba a salvo en la cripta, a punto de dar a luz. Su propia conversación con Bruqah había sido, por necesidad, breve, y compuesta en su mayoría por una objeción vehemente a que se la hubiera llevado lejos del auxiliar médico y del hospital de campaña. Pero eso había dado paso con rapidez al agradecimiento porque Bruqah cuidara de ella.

—¡Camina! —Hempel golpeó a Sol en la nuca—. ¡Y usted, Gefreiter, síganos!

Sol se giró y tomó el camino hacia el campamento, con un Hempel extrañamente silencioso pegado a sus talones. Conforme se acercaban a la entrada, los guardias saludaron con renovado entusiasmo. Tanto los adiestradores como los guardias apartaron la mirada cuando pasó Sol, quien volvió la vista atrás para saber cómo reaccionaban ante la presencia de Erich y descubrió que, en algún lugar entre el Storch y el campamento, el coronel había desaparecido.

—Párate aquí —dijo Hempel cuando alcanzaron la puerta interior que conducía a la zona judía—. Gef... —Miró por encima del hombro y enrojeció al descubrir la ausencia de Erich—. Tengo que hacer un anuncio.

Hempel no había abierto la boca desde que le diera las órdenes a Sol y a Erich. Sin fuerzas, Sol contempló el lugar en el que el kalanaro se había frito la noche pasada contra la alambrada, y deseó que el horror que se había asentado en la parte baja de su espalda se disolviera por sí solo. Podía ver al africano entre sus amigos, charlando con el entusiasmo de alguien que hubiera vuelta de una buena partida de caza. Buscando una forma de encontrarle sentido a lo que había visto, Sol se preguntó si el barro blanco con el que se embadurnaban los kalanaro tendría que ver con su aparente resistencia a las descargas eléctricas.

—Reúne a tus judíos aquí. —Hempel señaló el lugar abierto en el que se había celebrado la ceremonia del Rosh Hashanah y donde habían planeado celebrar el Yom Kippur aquella noche, cuando cayera el sol.

Mientras los judíos se agrupaban, al menos aquellos que se encontraban dentro del campamento, Hempel envió a buscar a Johann, el operador de radio que al parecer había elegido como su nuevo adjunto. Cuando el joven sargento ario se presentó a su lado, el mayor adoptó la misma expresión que cuando había despojado a Erich de su rango y, luego, levantó una mano para pedir silencio.

—Vuestro rabino aquí presente —señaló a Sol—, ha sobrepasado, y no por

primera vez, sus límites. Le hubiera disparado de inmediato, pero se me ha ocurrido una idea mejor. Me han llegado rumores de que pretendíais celebrar una ceremonia religiosa esta noche, con o sin permiso.

Cuando Hempel hizo una pausa, Sol pensó que hubiera sido un magnífico actor.

Permitidme dejar claro que prohíbo que celebréis la ceremonia —siguió Hempel, sin duda disfrutando del dramatismo del momento—. Para asegurarme de que seguís mis palabras al pie de la letra, voy a anunciar mi propia tradición. Consideradlo mi modo de celebrar el Yom Kippur. De ahora en adelante, por cada trasgresión, me da igual lo insignificante que sea, morirá al menos un judío.

Se detuvo de nuevo, miró a su alrededor y apuntó una vez más la pistola hacia Solomon.

—¿Debo, después de todo, disparar a vuestro rabino o hay alguno de vosotros que se presente como voluntario para ocupar su lugar? A decir verdad, tenía otros planes para él, pero se me podría convencer para que cambiara de opinión.

Nadie se movió.

—¿El más anciano de todos, quizás? ¿O el más joven?

Hempel miró a su alrededor, como el carnicero que intenta comprar una ganga en la feria de ganado local.

Un silencio sobrecogedor se extendió entre los prisioneros, durante el cual Solomon pudo escuchar cómo el mayor le decía a Johann:

—Con tanto para elegir, es como ser un niño en un burdel, ¿no le parece?

Johann sonrió.

—¿Es que tengo que volver a decirlo? —gritó Hempel.

El círculo de guardias que había seguido al joven sargento levantó los rifles y se mantuvo alerta.

—¡Elíjame a mí! —gritó alguien desde la parte trasera del grupo de judíos.

—¡No, a mí! —se ofreció otro voluntario, y luego otro, hasta que un coro de voces se ofreció como sustituto de Solomon.

—¡Basta! —gritó Sol—. No permitiré que nadie muera por mí.

—¡La decisión no es tuya, Rabí!

David Kupke, un joven de veintitantos, dio un paso al frente. Sol no lo conocía bien, aunque la gente decía que en su momento fue uno de los mejores operadores que trabajara la forja en Duderstadt, un joven fuerte y feliz que se había dedicado a intercambiar historias sobre trabajo duro y mujeres fáciles en las cervecerías. Dos años en los campos lo habían convertido en una cáscara vacía que apenas hablaba y que pasaba la mayor parte del tiempo creando con sus propias manos obras de artesanía con cuerdas entrelazadas.

Se volvió hacia los otros prisioneros, con las manos en el pecho para que los nazis no pudieran verlas, y creó una obra de arte que, aunque imaginaria, tenía un claro propósito. Una soga para Otto Hempel.

Con la mandíbula apretada y la barbilla en alto, se giró para encarar al mayor.

—¿Sirves a Alemania... o a Dios? —preguntó Hempel, con un toque de humor en los ojos.

—¡Son una sola cosa, Sturmbannführer!

—¿Sirves con cada gramo de tu asquerosa carne de judío?

—¡Sí, Sturmbannführer!

—Entonces demuestra lo que vales.

Hempel levantó el pie izquierdo y lo extendió. El prisionero se puso de rodillas y besó la puntera de la bota del mayor.

—Parece que te enseñaron bien en Sachsenhausen —dijo Hempel—. Levántate. Sirves bien a tu amo. De ahora en adelante, servirás a los kalanaro. Dado que tu comportamiento ha sido el apropiado, no te comerán... mientras sigas con vida.

El mayor apartó de repente la vista a la izquierda al tiempo que nivelaba su pistola y le disparaba en plena cara al joven. El cuerpo se derrumbó contra la cerca y luego cayó al suelo.

Solomon contempló con horror la sangre. Goldman dio medio paso hacia delante.

—¿Quieres algo, judío? —dijo Hempel—. ¿No eres tú quien hizo sonar el cuerno y convirtió mi tanque en un arado?

Goldman se quedó mirando al mayor.

Hempel se volvió.

—Estaré de vuelta al atardecer. Si existe la más mínima sospecha de que alguno de vosotros esté pensando siquiera en celebrar un servicio religioso, será comida para los perros. —Giró sobre los talones y se fue.

—¿Por qué, Lucius? —preguntó Sol. Pensó en el niño que estaba a punto de nacer. En Miriam y Misha que lo necesitaban, al igual que el resto de los judíos del campamento—. Por el amor de Dios, ¿por qué lo hizo David?

—Por muchas razones. —La mirada de Goldman estaba fija en el horizonte—. Porque los demás te necesitan aquí. —Miró al prisionero muerto y luego a los ojos de Sol—. Lo quieras o no, voy a cantar Kol Nidre esta noche.

Solomon comenzó a protestar, pero Goldman levantó la mano.

—Escúchame bien, Reb. Sé lo que piensas sobre arriesgar nuestras vidas por unas tradiciones que, con toda probabilidad, Dios nos permitiría ignorar. Comprendo tu lógica, tu razonamiento. Pero lo que hay en mi corazón siempre estará ahí. Quizá sea que ya he soportado bastante de este infierno y esta es mi manera de lograr que me maten. La salida del cobarde: que lo hagan por mí y, además, morir como un mártir. Cualquiera que sea la razón, cantaré Kol Nidre al atardecer y lloraré la muerte de este joven. Si sobrevivo hasta la puesta del sol de mañana, soplaré el shofar después del Yiskor.

—Al menos, deja que los demás opinemos —insistió Sol.

—Sabes perfectamente que dirán que es mi decisión —replicó Goldman.

—Supongo que sí. —La voz de Sol estaba cargada de tristeza—. Supongo que sí.

—Este Otto Hempel nos matará a todos tarde o temprano —dijo Goldman.

Sol negó con la cabeza.

—No lo creo. Incluso un loco se daría cuenta de que necesita mano de obra. Además, no se lo permitiremos. Esto no es Sachsenhausen. Estamos en una proporción de tres a uno a nuestro favor, y cada día nos hacemos más fuertes. —Y nos necesita para llevar a cabo sus propios planes, pensó Sol, pero estaba demasiado exhausto como para dar explicaciones—. Puede que incluso haya un L'shanah habaa b'Yerushalayim... un próximo año en Jerusalén —dijo en cambio.

Una sensación de cansancio extremo se apoderó de él y se sujetó la cabeza con las manos...

... Con un destello de brillante luz azul cobalto, entra en la cripta y se acerca a Miriam, que acuna al bebé envuelto en una manta entre sus brazos. Extiende las manos hacia ella, pero Miriam se aparta, mirando sus manos. Entonces él las mira también, y ve que están cubiertas de sangre.

—Deborah —susurra—. La llamaremos Deborah. —Desea poder cerrar los ojos sin perder nunca ese pensamiento...

Los judíos estaban reunidos en grupos, hablando sobre sus opciones y su falta de ellas, y del próximo año en Jerusalén.

—Antes de hacer nada —dijo Max—, tenemos que enterrar a David y volver al trabajo, o sentiremos el bastón de Pleshdimer en las costillas.

—Pleshdimer está muerto —anunció Solomon con tranquilidad.

En el silencio que siguió a esa declaración, les contó a los demás lo que había presenciado y lo que había oído acerca del gran plan de Hempel.

—¿Qué vamos a hacer, Rabí? —preguntó alguien.

—Esperaremos —contestó Sol antes de darse cuenta siquiera de que había hablado.

Se concentró en las caras que tenía ante él. Sus decisiones no las tomarían ni él ni Dios, sino los hombres que lo rodeaban.

—Pueden hacer una demostración de fuerza matando a unos pocos para asustar a la mayoría. Aquellos sin el cerebro o los cojones necesarios para ser hombres tienen que doblegar aquello que se les ponga por delante —dijo. Se produjo una oleada de risas nerviosas y macabras. Esperó hasta que se acallara para continuar—. Los nazis están locos, pero no son unos inútiles. Está fuera de toda discusión que botaran el *Altmark* y lo trajeran hasta aquí solo para dispararnos.

—A menos que Hempel quiera acabar con lo que sea que se esté llevando a cabo aquí y así tener una excusa para volver a casa —intervino Goldman.

Sol buscó una salida que combinara la lógica y la esperanza, pero la respuesta lógica indicaba que Goldman tenía razón... y la esperanza no tenía nada de lógica.

—Debemos liberarnos y crear un hogar aquí —dijo Max.

—Una patria —corrigió otra persona.

—¡Judíos! De vuelta al trabajo —gritó la joven voz de Johann, que fue a interrumpir su conversación—. ¿Creéis que estáis de vacaciones? Tenéis que terminar

un muelle.

Sol y Lucius se encaminaron hacia el área donde se apilaban los troncos. En su mayor parte, no era un trabajo muy penoso, aunque sí que se producía mucho ruido y para Sol había peligros inherentes que le causaban más dolor que al resto. A un metro de distancia, con el extremo de un tronco entre los brazos, debía retroceder cuando las dos cuchillas circulares comenzaban a lanzar astillas y serrín. Los restos le golpeaban la cara y se le metían en los ojos, causándole un dolor instantáneo.

—¿Dirigirás la ceremonia? —susurró Goldman, en un momento de silencio entre corte y corte.

Sol negó con la cabeza y se apresuró a recoger los pedazos que había cortado la máquina. Se echó varias tablas al hombro y atravesó el campamento, saliendo por la puerta para descender el abrupto y pronunciado sendero que conducía a la playa.

—¿Dirigirás la ceremonia? —preguntó Goldman de nuevo, detrás de él—. Si no lo vas a hacer, ¡dilo y encontraré a otro que se encargue de ello!

Goldman se puso por delante. Los dos hombres se concentraron en la carga que llevaban cuando el sendero se hizo más inclinado y su velocidad aumentó. Una vez que salieron de la selva a la luz, la brisa marina refrescó la abrasada piel de ambos hombres.

—Es demasiado peligroso —respondió Sol.

Pero el granjero ya se había distanciado mucho. No volvieron a hablar del asunto hasta que regresaron al campamento para comer y Sol vio al hombre dirigirse de un grupo a otro, conferenciando con los demás. En dos zancadas se colocó detrás de Goldman.

—Si todos se ocupan de sus asuntos con la mayor normalidad posible, os guiaré con mis oraciones en este día sagrado —susurró—, pero tendréis que rezar conmigo en silencio, para no atraer la atención. Pronunciar una sola palabra conllevaría el desastre, de modo que no podría completar la ceremonia del Kol Nidre. A cambio, tienes que prometerme que no cantarás.

—Haré lo que tenga que hacer —replicó Goldman.

Sol continuó su devenir de un grupo a otro. A medida que dejaba uno, ese grupo se dirigía al resto de prisioneros. El brillo de las miradas que se alzaron fue suficiente para indicarle quiénes estaban dispuestos a recibir cualquier merced que él pudiera otorgarles. Qué maravillosa congregación hubieran formado aquellos hombres, pensó, sentados en la sinagoga de Grünewald, luciendo el blanco tradicional en el Día de la Expiación. Se hubieran visto mucho mejor que todos aquellos hombres de negocios de Berlín. Incluso vestidos como estaban, esclavizados, estaban deseosos de arriesgar sus vidas por una plegaria. Esos hombres eran de verdad los hijos de Dios.

Sol caminó entre ellos, con la voz tan baja que no llegaba a ser un susurro.

—Como sabéis, Lucius Goldman insiste en cantar el Kol Nidre esta noche. Si Erich Weisser estuviera todavía al mando, no tendríamos problemas para realizar la ceremonia. Incluso podríamos conmemorar el Neilah, y darle un digno cierre al Yom

Kippur haciendo sonar el shofar después de recitar el Yizkor, la oración por los muertos. Pero no lo está. Con Otto Hempel como comandante, ¿quién de entre nosotros cree que esta última ofensa no conllevará represalias? Estoy seguro de que Dios lo ve y comprende que tengamos que esconder su cuerno entre harapos por este año. Sin duda, también perdonará la falta de manto de oración, yarmulkes y velas.

Se giró para observar a los demás y, allí solo, pensó en la muerte de un hombre y en la llegada de un niño.

Por supuesto, *Herr Sturmbannführer*, te seguiré hasta el campamento como un buen chico, pensó Erich, que contemplaba la nuca de Hempel. Cuando las ranas críen pelo. Algunos minutos más tarde, se había deslizado hacia el denso follaje para observar a Hempel y Solomon trasponer la colina y desaparecer en la zona del complejo. La única razón válida para regresar al campamento sería conseguir una botella de aguardiente. Lo que había empezado como una pequeña molestia en su cadera se había extendido hasta convertirse en un fuego líquido que recorría su espalda y sus piernas. Incluso lo poco que quedaba en su petaca serviría para mitigar el dolor.

Peor que el dolor, no obstante, era la humillación. Pensar, se dijo para sí, que de verdad había comenzado a seguirle el rastro a ese par, como un perro que corría tras su amo, o una patética soldadera que intentara abrirse camino hacia el centro de poder... como una puta que oliera el dinero.

—¿Te comió la lengua el gato? —Se había burlado la prostituta aquella Navidad en que se había quedado bajo una farola en la calle para imaginarse a Solomon y a Miriam en el piso que tenían enfrente, durmiendo uno en los brazos del otro—. No me importa el dolor si el dinero lo cubre...

Tauro había mostrado su dolor.

Tauro.

Devolvió la vista al Storch. Había sacrificado toda su vida, ¡y para qué! Todos aquellos años de entrenamiento físico y de trabajo duro, solo para que sus oportunidades de ir a las Olimpiadas quedaran en nada por dos asquerosos centímetros. Ascender en el escalafón militar a pesar de sus dedos heridos, que deberían haberle librado del servicio desde un primer momento, solo para toparse con la cúpula ocupada por tipos como Heinrich Himmler y su amigo patizambo, ese chulo putas de Josef Goebbels. Allí, en una isla perdida en medio de la nada, luchando por salvar el objetivo primigenio de la misión y salvaguardar el poco orgullo que le quedaba solo para que le usurpara el mando alguien para quien el servicio consistía en niños y jóvenes soldados que se inclinaban y abrían el culo.

Se sentía inútil, acabado. No le quedaba nada para dar. Solomon podría quedarse con Miriam; de todas formas, nunca había sido suya. Y con el niño... que nadie sabía de quién era hijo. Posiblemente ni Miriam lo supiera, pensó con cinismo. Dio la vuelta y regresó por la playa, deleitándose en el dolor, preguntándose si Tauro le daría la bienvenida o si sería como volver a una casa vacía.

Cuando el mar y el Storch estuvieron a la vista, con el agua como aluminio arrugado por la brisa, miró ala hermosa perra que estaba atada bajo el ala. En un momento de claridad meridiana, supo que le quedaba un sacrificio por realizar, una prueba más que debía soportar. Supuso que había sido consciente de ello el mismo

día en el que el Zana-Malata había reducido a los perros guardianes a meros animalitos acobardados allí, junto a la cabaña. Sin duda lo había sabido, pero se había negado a admitirlo desde el momento en el que el dolor de sus caderas había pasado de ser una mera cuestión de empatía a ser real.

Según el sifilítico, la transferencia de la displasia de Tauro a Erich era solo temporal; y, si él moría, volvería al perro. Y, a menos que retomara el mando, bien podía darse por muerto. Matar a Hempel no era suficiente... y también podría significar que lo llevaran de regreso a Berlín encadenado. Más que nada, necesitaba el reconocimiento de los hombres, sino su aclamación, como líder. Puede que Hempel no lo tuviera físicamente atado como a Tauro y a Misha, pero el resultado era el mismo. Cuando el mayor hubiera llevado a cabo los planes que tenía para él, fueran cuales fueran, se desharía de su persona con la misma facilidad y rapidez con las que se había desecho de Pleshdimer.

Tocó el cuchillo enfundado en su costado y comenzó a cojear lo más deprisa que pudo a pesar del dolor. Solo había una manera de que pudiera reunir la fuerza emocional necesaria para realizar aquel último sacrificio que le quedaba, pensó. De alguna forma, tenía que obligarse a entrar en un trance que le permitiera alejarse de las ataduras emocionales que lo unían a Tauro.

La respuesta le llegó con más facilidad de la que había imaginado: se provocaría un ataque de epilepsia. Los maratones de baile en Berlín siempre le habían interesado, pero había tenido que quedarse fuera de las salas de baile a causa de las luces que lanzaban los globos de espejos que giraban en el techo. Durante innumerables horas en el Marmorhaus, las imágenes de Strongheart y Rin Tin Tin parpadeando en la pantalla lo habían llevado al borde de un ataque epiléptico.

El dolor y la satisfacción de haber tomado una decisión quemaban como una llama viva. Aumentó la velocidad, echándose a correr con un extraño galopar, entrando y saliendo de la espesura y contemplando la luz que se filtraba a través de los árboles.

—Tauro —dijo al llegar a la playa.

Misha, que estaba sentado en la arena, lo miró desde muy cerca de donde se encontraba el cuerpo de Pleshdimer. Tauro tiró de su correa por la excitación. Volvía a ser suya, la conexión restablecida.

Algo se le clavó en la base de la columna con tal fuerza que se arqueó y, con un gemido, cayó de rodillas. El niño se puso en pie y se acercó a él, con el rostro contraído por la preocupación.

Erich creyó que el chico iba a decir algo, pero, de repente, estuvo más allá de cualquier sonido. En lugar de un mar turquesa, veía un mar de vegetación, de color verde camuflaje, teñido de sombras. El mar cambió de posición, ahora estaba sobre su cabeza, mientras que bajo sus pies brillaba el reflejo de una luna amarilla.

Su respiración recuperó el ritmo normal. Volvió a ponerse en pie y, apartando a Misha, llegó dando traspiés hasta el avión y se aferró al morro. Perdió el equilibrio y

cayó al suelo. Tauro echó a andar, luchando tan denodadamente por alcanzarlo que debió haber roto el collar. Erich creyó oír su ladrido mientras, a cuatro patas, luchaba por respirar. El mundo giraba y daba vueltas; la luz mortecina se reflejaba en la hoja de su cuchillo.

Erich necesitaba el poder de la perra, su deseo instintivo de venganza y sangre, y solo había una manera de conseguirlo. Se tumbó de costado, retorciéndose, con el nombre de Tauro en los labios.

Tan bruscamente como había aparecido, el ataque terminó, y Erich se encontró pletórico de fuerza y calma. Tenía la mente en blanco. Se puso en pie despacio, sintiendo la fuerte luz y el aire que lo rodeaba, dulce y lleno de vida. Hubo un tiempo, hacía ya mucho, en el que creía que Tauro y él juntos podrían conquistar el mundo. Durante un segundo, había dejado de creerlo. Ahora volvía a él, y eso logró que se sintiera más joven. Tauro y él, convertidos en un solo ser, serían invencibles; nada podría pararlos, salvo la fuerza de Dios. Recordó cuántas veces le había dicho Bruqah que, en África, creer en algo lo hacía real. Pues él no podía tener más fe que en ese momento; ahora solo tenía que convertirlo en realidad.

—Cor... corta la correa —dijo, tendiéndole el cuchillo a Misha, que lo observaba con atención—. Para... que na... nadie pueda vo... volver a usarla.

Misha hizo lo que le pidió y cortó de buena gana la correa. Una vez hecho, mantuvo el cuchillo a su costado mientras el perro, libre tanto del collar como de las ataduras del Zana-Malata, saltó hacia su amo.

Erich se arrodilló, abriendo los brazos, lleno de vida no solo por la sensación de bienestar que seguía a un ataque de epilepsia, sino también por el regreso de Tauro. Cuando llegó a su lado, se deslizó antes de pararse, alzó la cabeza como un pájaro de cuello largo y le lamió la cara.

—Mi m... más prec...preciado amor —dijo.

Le puso una mano en el hocico mientras que con la otra sujetaba la gruesa piel del cuello, y tiró con todas sus fuerzas.

El cuello se rompió con tal facilidad que Erich se sorprendió.

Tauro acabó con la cabeza en su regazo, con la mirada perdida en el agua. Su rabo se agitó una vez cuando una ola alcanzó sus patas traseras y todo su cuerpo se convulsionó antes de que expulsara el aire que le quedaba en los pulmones.

Misha tiró el cuchillo y retrocedió tan deprisa que tropezó con el patín y cayó contra el fuselaje. Se quedó sentado en la arena, emitiendo unos pequeños gemidos de incredulidad.

Erich levantó la cabeza de Tauro de su pierna y la depositó en el suelo con cuidado. Un último espasmo la recorrió. Erich la acarició; quería hablar, pero era incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

Cuando se puso en pie, la displasia había desaparecido. Sus caderas ya no sufrían aquel dolor extremo.

Recogió el cuchillo de donde lo había arrojado Misha en su estupor, se lo restregó

por los pantalones para eliminar el agua salada y volvió hacia donde estaba la perra. Casi con indiferencia, se preguntó si podría averiguar si la enfermedad había vuelto a ella, ahora que el animal había muerto.

La puso con las patas hacia arriba y le abrió el suave y expuesto vientre hasta las costillas; la piel era tan blanca a la luz del sol que parecía exudar pureza. En verdad, era la herencia de la perfección, se dijo. Habían cruzado a Grace con Harras, descendiente del gran campeón alemán, Etzel von Oeringen. De ahí había nacido Aquiles, a la que Hitler había matado. Y de Aquiles, Tauro, nacida durante un sangriento amanecer de mayo, antes de que los nazis se hicieran con el poder.

No recordaba haberse sentido jamás tan fuerte, ni física ni emocionalmente. Él, Erich Weisser Alois, sería el último de la estirpe.

Mantuvo la piel separada de la carne y terminó de cortar la garganta y la parte de debajo del hocico. Haciendo fuerza con una mano mientras la despellejaba con el cuchillo, retiró toda la piel de la perra, dejando la carne con los tejidos, blancos y rosados, salpicados de venas. Dejó las patas pegadas a la piel, cortando los cuartos delanteros a la altura del codillo. Por fin, se puso en pie, le clavó el pie en el cuello y tiró de la piel, que se deslizó sin problemas salvo en las patas traseras, que cortó de inmediato.

Por primera vez desde que se había embarcado en aquella operación, los remordimientos y la compasión se adueñaron de él en el momento en que sostuvo la piel en alto, con el interior brillante y pegajoso. Luchó contra sus emociones, dejó la piel junto al cuerpo de la perra y se quitó la camisa y las botas. Arrodillándose como si un lord estuviera a punto de nombrarlo caballero, se echó la piel sobre los hombros, estremeciéndose al notar su cálida humedad.

Se puso en pie. Por el rabillo del ojo vio que Misha se había escondido detrás del patín y lo miraba asustado. Esa reacción hizo que se sintiera poderoso. La piel colgaba como si fuera una capa, con la cabeza caída contra su espalda. Se la ató al cuerpo con los cordones de las botas a la altura de los hombros y bajo los bíceps a través de los agujeros que había hecho en la piel, y luego se la sujetó a la cintura con el cinturón. Lleno de poder, pensó en lo insignificantes y patéticos que eran los humanos. Su vista había dejado de ser tan aguda, pero sus otros sentidos estaban más desarrollados de lo que jamás hubiese podido llegar a imaginar. Olió, más que oyó, el intento del Zana-Malata por controlarlo. La voz del sifilítico, si es que se le podía llamar de esa forma, flotó en la opresiva atmósfera antes de que la brisa marina que golpeaba su nuca se la llevara.

Sintiendo la necesidad de realizar otro ritual antes de que se completara la transformación que se estaba llevando a cabo dentro de él, devolvió el cuchillo a su funda e, inclinándose, metió las manos en el pecho de Tauro. Cogió el corazón, del tamaño de dos puños enlazados, y lo arrancó. Se volvió hacia la brisa y elevó el corazón hacia el sol, pero no pronunció palabra alguna; no se le ocurría ningún Dios al que mereciera la pena rezar.

Se llevó las manos al pecho y miró el corazón al tiempo que recordaba cómo corría Tauro a su lado mientras él montaba en bicicleta. Con toda premeditación, desechó la nostalgia y arrancó un pedazo de corazón con los dientes.

Ni se molestó en masticar.

La carne se deslizó, recia y sabrosa, por su garganta.

Con un grito, exultante y lleno de coraje, se ayudó de las dos manos para lanzar el corazón, que aún latía, hacia el mar, donde cayó describiendo un arco.

Misha se escondía detrás del flotador, reconfortado por la calidez del agua de la laguna que lo envolvía. Contemplaba con incredulidad a *Herr Alois*, que parecía haber perdido la cabeza por completo. En aquel momento se le ocurrió pensar que él podría ser el siguiente; que en su locura caníbal, el coronel podría decidir que necesitaba calmar su ansia con la carne de niños pequeños.

Para su alivio, *Herr Alois*, o Tauro, o quien quisiera que el coronel pensara que era, apenas si le dedicó otra mirada antes de echarse a correr en dirección al campamento.

No fue hasta que desapareció de su vista que Misha recordó al Kapo. Con cautela, salió del agua y caminó por la arena hacia el hombre muerto.

—Ayúdame. Por favor, ayúdame.

Misha se detuvo a medio camino. En ese instante, solo quería gritar que aquello no podía ser posible. El Kapo estaba muerto. Tenía que estar muerto.

Pleshdimer gimió y abrió los ojos.

—Un trago, Misha. Un poco de agua. —Al intentar moverse, gritó de dolor y se cubrió la herida con sus enormes manos.

De forma automática, Misha dio un paso hacia él para después detenerse.

—¡No! —gritó—. ¡Quiero que mueras!

Medio a gatas y desmayándose de vez en cuando, Pleshdimer se obligó a moverse en dirección a la cabaña del Zana-Malata. Manteniendo cierta distancia entre ambos, Misha siguió al Kapo y su reguero de sangre. Cada tanto, cuando Pleshdimer encontraba donde apoyarse, intentaba ponerse en pie. En un par de ocasiones, incluso consiguió dar uno o dos pasos antes de caer de nuevo al suelo.

Al final, tropezó, cayó de bruces y se quedó muy quieto bajo la maleza.

Misha aguardó, casi esperando oír al Kapo llamarlo o verlo levantarse de la espesura como un jabalí herido. Cuando pasó lo que le parecía ser una eternidad en silencio, se acercó de puntillas. Lo único que podía ver era la mitad inferior del cuerpo inerte del hombre.

Sintió un ramalazo de felicidad, aunque estaba teñido por la culpa de celebrar la muerte... incluso la de aquel hombre. Entonces, se dirigió tan rápido como pudo a la cabaña del Zana-Malata, manteniéndose dentro de la selva para que no lo vieran. No dejó de correr hasta encontrarse a pocos pasos. Podía oler los carbones encendidos del brasero que había en el interior.

Sin saber si el Zana-Malata estaba dentro, se sentó en la hierba y se quedó mirando la puesta de sol. Pronto sería de noche; pronto sería Yom Kippur.

Permaneció inmóvil hasta que comenzó el crepúsculo. Cuando oyó la voz de *Herr Goldman* que cantaba el Kol Nidre, se quedó escuchando, mientras recordaba, sin

llorar, el último Yom Kippur que había pasado con su madre y su padre.

—Buen Yomtov, papá —dijo en voz baja—. Buen Yomtov, ma...

Se calló, interrumpido por un disparo y el loco ladrar de los perros. Incluso en Yom Kippur, pensó, mientras trazaba un plan en su cabeza. Entraría y robaría la magia del Zana-Malata. Si la conseguía, jamás volvería a tener miedo. Corrió hacia la puerta cubierta con la piel de cebú, se quedó quieto un segundo para escuchar el silencio que provenía del interior y, después, entró en la cabaña.

Las ascuas estaban encendidas a pesar de la ausencia del Zana-Malata. A la luz del brasero, contempló la habitación. Habían desaparecido la mayoría de los trastos que había la última vez que estuvo allí. Sintió una efímera esperanza de que el sifilítico se hubiera mudado de una vez por todas; pero, a pesar de que muchas cosas ya no estaban, aún quedaban demasiadas.

Con indecisión, recordando suplan, buscó a tientas los montoncitos de semillas de cerbera que el sifilítico guardaba en el cráneo de búfalo que había en la estantería del rincón de la estancia. La calavera estaba demasiado alta para él, así que se subió a la silla colgante de rafia y, balanceándose precariamente, agarró una de las semillas.

Abrió la mano para mirar su botín y gritó cuando una llama ardió en el aire. Lo asustó que hubiese aparecido así de la nada, pero el fuego no lo quemaba, y, además, se extinguió en cuanto soltó la semilla. Se examinó la mano, esperando ver quemaduras, pero estaba bien. Rebuscó una segunda semilla en la calavera y, apretándola en su puño cerrado, saltó de la silla.

¿Y ahora qué?, se preguntó. Pensando que podría salir y meditar mientras escuchaba el sonido del shofar que provenía del campamento, pasó sobre el brasero y se encaminó a la puerta. Del exterior le llegaba el renovado ladrido de los perros. Dudó un instante con la espalda contra la piel de cebú de la entrada, preguntándose si podría llevarse algo más. Un cuchillo brilló en un rincón del cuarto.

Dio un paso hacia delante...

Unos dedos ensangrentados le rodearon un tobillo desde detrás.

Gruñendo, apoyándose en los codos, el Kapo se introdujo en la cabaña.

—¡Quiero que mueras! —gritó Misha, de igual forma que en la laguna, dándole patadas.

Debilitado por la pérdida de sangre, Pleshdimer tuvo que soltar al chico. Misha retrocedió hacia el extremo más alejado de la cabaña y contempló cómo, de forma imposible, centímetro a centímetro, el Kapo se arrastraba hacia él.

Más o menos una hora antes de la puesta de sol, con la jornada laboral casi concluida, Sol vio a Lucius Goldman caminar hacia el manantial. El granjero volvió con los zapatos de cuero atados entre sí y colgados alrededor del cuello.

—He hecho los preparativos para el Yom Kippur —le dijo Goldman.

Sol sabía que el Hasid hacía referencia al ritual de purificación y al hecho de que estaba prohibido llevar zapatos de cuero el Día de la Expiación.

—Caminar descalzo es una estupidez cuando uno está en una isla tropical donde proliferan criaturas como los ciempiés —dijo Sol.

Goldman rió sin muchas ganas.

—Si me pican, le ahorrarán una bala al Sturmbannführer.

Sol evitó mirar a los ojos del hombre por temor a ver un reflejo de su propia desesperanza. En su lugar, contempló el horizonte, donde la noche estaba a punto de tragarse al sol.

Como habían convenido, los compañeros prisioneros de Sol harían todo lo posible para crear la ilusión de que esa noche no era muy diferente de la del día anterior.

Todos menos Goldman.

Incapaz, según parecía, de vivir con la falta de respeto que suponía rezar con la cabeza al descubierto, se metió la mano en el bolsillo y sacó una hoja de baniano que se colocó en la coronilla. El gesto le trajo a Sol a la memoria algunos recuerdos: su padre, poniéndose su tallit de seda, acariciando la Torá con reverencia con los tzitzit del manto de oración, los suaves flecos que su madre había añadido en las esquinas con hilo azul, inclinando la cabeza para recitar el Shema.

—Shema yisrael, adonai elohainu adonai echad —comenzó Sol en un susurro—. Escucha, ¡oh, Israel!: El Señor Dios nuestro es el solo y único Dios y Señor.

Incapaz de contenerse, Goldman siguió a viva voz. La primera estrofa del Kol Nidre coincidía con la declaración de fe de su pueblo, su afirmación de la unidad de Dios.

Casi al unísono, una sombra cayó sobre la congregación.

—¡Manome! —gritó Hempel, una palabra que, al parecer, había practicado para la ocasión—. ¡Sacrificio! ¿Queréis rezar? ¡Yo os daré una razón para rezar!

Goldman continuó cantando. Hempel desenfundó su Mann y apuntó al granjero.

—Déjalo en paz —dijo Sol—. Esto ha sido cosa mía. Es a mí a quien quieres, de modo que aquí me tienes.

Goldman tironeó con apremio del brazo de Solomon.

—Por favor, Rabí.

Sol sacudió la cabeza.

—No puedo permitir que mueras por mí.

—¡Imbéciles! Ahora se están peleando para ver quién muere. —Hempel soltó una carcajada—. Ambos moriréis al final. ¡Ve-la! —gritó—. Castigo.

—Deja que el Señor te consuele, junto a todos aquellos que sufren... —dijo Goldman justo antes de que el disparo alcanzara su objetivo.

Medio muerto, cayó al suelo y terminó la antigua oración de duelo:

—... y te conceda la paz. —Con un enorme esfuerzo, levantó la cabeza y, mirando a Sol, dijo—: L'shanah habaa b'Yerushalayim, amigo mío. —El año que viene en Jerusalén.

Cerró los ojos, se estremeció y se quedó inmóvil.

Cálidas lágrimas se deslizaron por el rostro de Solomon. Mirando directamente a Hempel, dijo:

—Que Dios jamás te perdone.

Con una carcajada, Hempel les dio órdenes a dos de los judíos para que llevaran el cuerpo de Goldman hasta uno de los pandanos, cuyas copas parecían una exuberante sombrilla bajo la luz brillante de los focos. Allí, desvistieron el cadáver hasta dejarlo desnudo. Le ataron las manos con un trozo de alambre de espino y lo colgaron de una de las ramas.

Esto no puede estar ocurriendo, pensó Sol mientras miraba a su alrededor y contemplaba el círculo de judíos que habían sido sacados del gueto para que contemplaran lo que sucedía. Quería gritar bien alto, reclamar que él, y no su amigo, debería haber sido la víctima de semejante barbarie. Fue justo en ese momento cuando se percató de la ausencia continuada del Zana-Malata. Los adiestradores se habían unido al espectáculo, junto con sus perros, que saltaban y ladraban alrededor del cuerpo, tirando de sus correas, lo que consiguió que Sol no tuviera ni tiempo ni estómago para especular sobre del paradero del sifilítico.

—Soltad a los perros —ordenó Hempel desde su lugar favorito bajo la cerbera.

Los animales saltaron hacia delante. Inmersos en una especie de histeria por obtener comida, desgarraron con una vehemencia salvaje el cuerpo que se desangraba. Nada era sagrado... ni la cabeza, ni las manos, ni los brazos. En cuestión de minutos, lo único que quedaba de las piernas era una masa de carne desgarrada y sanguinolenta. Uno de los pies había desaparecido, mientras que al otro le faltaban los dedos.

Los guardias se acercaron más a la zona de acción, aplaudiendo y riendo cada vez que uno de los animales daba un salto particularmente alto. Los adiestradores se mantuvieron al margen de la multitud, con los ojos inexpresivos y los rostros pálidos bajo el brillo de la luna y de los reflectores, en apariencia renuentes a abrirse paso entre los hombres de Hempel para controlar a los pastores alemanes.

Los asesinatos continuarían, pensó Sol, hasta que el buen Sturmbannführer eliminara de la isla a todos los judíos y a todos los negros, salvo al Zana-Malata y a los kalanaro. Entonces, la sed de sangre se volvería contra sí misma, como un perro

rabioso mordiéndose su propia pata hasta alcanzar el hueso. Al final, Erich y los adiestradores serían, con toda probabilidad, empalados sobre afilados postes, y Hempel regresaría con Goebbels para informar de cómo había salvado el experimento de Madagascar de los traidores, los traficantes de judíos y de los «hijos de perra».

Un perro dio una pirueta alta en el aire, arrancando un trozo de muslo mientras los guardias rugían su aprobación. Con los ojos brillantes de satisfacción, el animal levantó la cabeza y trotó hacia la oscuridad, zampándose con rapidez su trofeo.

Riéndose por todo lo alto, un grupo de kalanaro apareció por allí. Bailaron alrededor del cadáver, levantando nubes de polvo con los pies e imitando a los pastores alemanes. Los perros retrocedieron, gimoteando con persistencia... como hienas hambrientas alentando al león para que terminara la matanza.

—Aquel que consume a su enemigo, consume poder. —Hempel se paseó a lo largo de la fila de guardias, sonriendo con cordialidad. Los hombres se apartaban a su paso. Los perros se colocaron en varios puntos de su círculo zodiacal, se echaron al suelo y levantaron la vista hacia el cadáver de Goldman.

—Como diría nuestro amigo. —Colocó un brazo sobre los hombros de Johanny señaló la choza del Zana-Malata—. ¡Mihinana!... ¡Comed!

Nadie se movió para aceptar la invitación.

—Que los fuertes deban seleccionar a los débiles es un mal necesario. —La conocida sonrisa paternal de Hempel volvió a aparecer—. Es una ley natural que nuestra sociedad moderna trata de evadir... hasta hacerla desaparecer por completo. Darwin y nuestro Führer nos han mostrado una manera mejor. Las reglas del mundo animal, donde la vida es la más prístina, pura e inmutable. La humanidad debe renovarse y retornar a sus orígenes si quiere sobrevivir.

Sol apartó los ojos de lo que quedaba de Lucius Goldman. Quería huir de allí y llorar al Hasid en privado, pero Hempel había comenzado uno de sus monólogos, y no había escape posible.

—Soy un hombre que se ha educado así mismo. —Hempel sacudió su puro y caminó a lo largo del borde del círculo mientras seguía pontificando—. Al contrario que los intelectuales en decadencia de las universidades, fui lo bastante inteligente como para saber que no podía leer todos los libros; aunque tampoco es que quisiera hacerlo. En consecuencia, estudié solo aquellos libros junto a los cuales el resto palidecía en comparación. Mein Kampf, El manual de armas del ejército alemán y Las historias completas de Sherlock Holmes.

»De esta manera, me libré de la Biblia. Por lo que me han contado, esa novela —dijo esto riéndose con disimulo con Johann y los demás guardias—, está llena de tribus perdidas, inocentes perdidos y paraísos perdidos. También de mentes perdidas, las mentes de ese tipo de gente que, según mi experiencia, acabó engañada por semejante libro.

»Hay una cosa que me intriga: el cuento sobre un fugitivo descalzo llamado Daniel que tranquilizó a una manada de leones.

»Y aquí tenemos a Daniel. —Señaló con el puro a Solomon, cuyo corazón empezó a latir más rápido al instante—. Como verdadero creyente, él debe saber que, en el caso de que ordenásemos a los animales que descuartizaran a Daniel, el poder de la oración calmaría a las bestias.

Los guardias se rieron con ganas, pero los adiestradores, que al parecer tenían cierta sospecha de lo que iba a ocurrir, palidieron.

—Como cualquier buena historia, la de nuestro moderno Daniel sufre un giro imprevisto. —Levantó una mano y Johann colocó encima un rollo de papel similar al que Hempel le había leído a Erich.

—Según el veredicto de este tribunal imparcial —leyó Hempel—, convocado este veintitrés de septiembre de mil novecientos treinta y nueve, en la Isla Alemana de los Judíos, por la presente se condena a muerte por desmembramiento al infrahumano conocido por el nombre de esclavo de Solomon Isaac Freund, prisionero tres-siete-siete-cerocuatro. El desmembramiento tendrá lugar a una tasa de un miembro por hora, siendo dicha parte del cuerpo entregada como alimento a la unidad canina mientras los demás prisioneros miran. Firmado: Sturmbannführer Jurgens Otto von Hempel, comandante en jefe de la fuerza Felsenest sudafricana de nuestro señor y Führer, en representación del Reichsführer Heinrich Himmler.

Hubo una nueva oleada de aplausos entusiastas. Sol, que había cerrado los ojos, los abrió un poco. Solo pudo ver una gama borrosa de azules y amarillos, ya que las lágrimas de dolor habían nublado la vista que no había sido enturbiada antes por la enfermedad.

—Pero primero, una pequeña diversión —continuó Hempel—. Hemos sudado lo nuestro para enseñarles a los judíos a trabajar, así que ciertamente nos merecemos un jueguito.

Se acercó a Sol. Los perros avanzaron un poco, olisquearon las piernas de Sol y gruñeron. El judío se obligó a sí mismo a permanecer en su lugar sin mirarlos.

—Eso es, pastores míos. —Hempel estiró la mano y le dio unas palmaditas a uno de los perros en la cabeza—. Oled bien el hedor de este judío. Recordadlo. —Sujetó a Sol por los hombros y en sus labios se dibujó una sonrisa paternal—. Lo que no se coman los perros, lo hará mi muchachito judío —dijo con suavidad—. Somos conscientes de que le tienes mucho cariño, así que le guardaremos...

Agarró los genitales de Sol y apretó. Con un gemido de dolor, Solomon se tambaleó hacia delante.

—Esto será menos satisfactorio de lo que lo fue colgar a tu padre —dijo Hempel a la vez que lo soltaba—. Pero tenemos que aprovechar la oportunidad de divertirnos cuando y donde se nos presente.

Sol se sentía tan lleno de odio por la confirmación de lo que, en el fondo, siempre había sabido, que dejó de sentir dolor físico. Se irguió de nuevo.

—¡A este le gusta mucho darle a la lengua! —Hempel echó un vistazo sobre el hombro hacia los guardias y esbozó una amplia sonrisa—. Bueno, ya veremos lo que

le gusta darle a las piernas. ¡Veamos cuánto puede correr! ¿Alguno de vosotros quiere apostar?

En unos minutos, explicó las reglas de su juego. Sol tendría una ventaja inicial de unos cien metros. Las apuestas se hicieron en función de la distancia que los hombres creían que recorrería antes de que los perros lo alcanzaran. La linde del bosque, varias distancias a lo largo del camino, o la playa de más abajo. La savoka era lo que más bajo se pagaba; la playa, la apuesta más alta, estaba cien a uno. Ante la insistencia de los hombres, también se hicieron apuestas secundarias sobre cuántas horas viviría Sol una vez que el desmembramiento comenzara.

Hempel dirigió su sonrisa a Solomon.

—Te arrancaremos las orejas y la nariz, pero no los ojos, y después te haremos filetes la cabeza y el tronco antes de cortarte tus preciosas joyas y dárselas de comer a Misha. Tal vez eso sirva para mejorar su comportamiento.

Si algo le había enseñado Sachsenhausen a Sol, había sido la capacidad de distinguir entre la verdad y las fanfarronadas en lo que a los nazis se refería. No le cabía la menor duda de que el mayor pretendía hacer exactamente lo que había dicho. La única forma que tuvo para mantenerse en pie fue negándose a luchar contra su miedo y dejando que sus hombros se hundieran.

Hempel acercó su rostro al de Sol; su aliento estaba caliente y olía a rancio.

—¿Alguna vez te ha atacado un perro? —gritó.

La ferocidad de la pregunta pilló a Sol por sorpresa. Empezó a sacudir la cabeza y después consiguió decir:

—No, Sturmbannführer.

—¡No puedo oírte, Hundescheiss! —Hempel clavó el dedo índice en la laringe de Sol.

El ataque hizo que Sol diera un paso hacia atrás. Solo la fuerza de voluntad impedía que se llevara las manos a la garganta y se dejara caer al suelo. Trató de repetir la respuesta, pero le dieron arcadas. Hans Hannes le había contado que Hempel había organizado sus propias Olimpiadas, en los campos de cereales de Oranienburgo. Un centenar de prisioneros condenados a muerte por delitos menores habían sido alineados en una única fila mientras el mayor permanecía en pie a unos doscientos cincuenta metros de distancia, pistola en mano. Habían obligado a correr a los hombres, arrancándoles la ropa mientras corrían. En la llegada a «meta», el hombre desnudo había caído de rodillas para besar las botas del mayor mientras Hempel observaba su cronómetro. La recompensa por una buena carrera consistía en un disparo rápido a manos de Hempel. Un tiempo pobre o no besar las botas del mayor con el debido respeto significaba una tanda de latigazos seguida por una muerte lenta en la horca.

—No, Sturmbannführer. Jamás me ha atacado un perro.

—¿Y qué te parecen diez, entonces? —El mayor giró un poco la cabeza y asintió para agradecer el rugido de las risas de los guardias—. No obstante, no hay necesidad

de preocuparse. —Sacó un par de guantes de cuero del bolsillo de su cadera y comenzó a estirarlos, con el rollo de papel sujeto bajo su axila izquierda—. Si luchas bien, puede que incluso ordene a los perros que se retiren rápido. Si te limitas a quedarte tendido en el suelo como el cobarde judío que eres, no seré tan benévolo. —Tocó el hombro de Solomon, casi con ternura—. ¡Buena carrera! ¡Haz que la Madre Patria y nuestros apóstatas se sientan orgullosos!

Sol alzó la barbilla. Si los nazis esperaban que suplicara o se preparara físicamente de alguna manera, estaban equivocados. Se inclinó hacia delante un poco, con una mano sobre la rodilla que tenía adelantada. Entrecerrando los ojos, escrutó la oscuridad: su visión en túnel le delimitaba una trayectoria de carrera que se dirigía hacia la jungla. Todo lo que quedaba fuera de ese camino carecía de importancia. Correr en zigzag sería un desperdicio de valiosos pasos y segundos, dada la habilidad de los perros para cambiar de dirección al instante. Su única esperanza residía en conseguir la suficiente ventaja antes de que los soltaran. Si era capaz de llegar hasta el agua, quizá tuviese alguna oportunidad.

Si...

Si los tiburones no hacían acto de presencia... o no tenían hambre. O si los perros decidían no seguirlo dentro del mar.

—Preparaos para soltar a los perros —dijo Hempel. Entonces, se dirigió a los animales—: ¡Mahlzeit! ¡Buen provecho! Ahora corre, judío. ¡YA!

Sol saltó hacia delante, impulsado por la desesperación. Durante un momento, todo pensamiento desapareció. Su carrera tenía una cualidad onírica... casi no le costaba esfuerzo, a pesar de que el terror le contraía el diafragma, robándole el oxígeno. Sus piernas subían y bajaban con movimientos fluidos mientras corría sobre unos pies hechos de hierro endurecido que tenía debido a los cuarenta kilómetros diarios de agonía que había sufrido en la zona de pruebas de calzado de Sachsenhausen. Su respiración salía desde unos pulmones fortalecidos y dilatados por el calor infernal del *Altmark*. A pesar de que su torpeza y las mofas de Erich lo habían mantenido fuera del equipo de atletismo en el Goethe, había sido bendecido con los miembros ágiles de un corredor nato.

Impulsado por la descarga de adrenalina, puso rumbo a la selva. Tras él, los perros ladraban, rogando que los liberasen, impacientes por comenzar con la caza y la matanza. Una sola vez, aminoró el paso lo suficiente como para echar un vistazo sobre el hombro. Los guardias y los perros estaban agrupados bajo el resplandor de uno de los focos. De alguna forma, le sorprendió que los reflectores no trataran de seguirle la pista, aunque los perros no iban a necesitar ese tipo de ayuda. Aparte de su esperanza de llegar al mar, no tenía la menor idea de cómo despistarlos o escapar de ellos, y mucho menos de cómo derrotarlos.

Con suerte y un palo o una piedra, podría ser capaz de acabar con uno o dos; pero, al final, alguno de los animales atravesaría las improvisadas defensas que pudiera reunir y lo derribaría. Y ese sería el final, pensó, tratando de no imaginarse lo que

vendría a continuación.

Si al menos dispusiera del tiempo suficiente, una piedra podría convertirse en una maza; un trozo de rama, en una lanza; un pedazo de liana, en un garrote.

Si...

Corrió.

La jungla apareció ante sus ojos, un brusco despliegue de bambú y troncos de palma entrelazados con lianas.

Y entonces llegaron los perros. Sus ladridos excitados lo golpearon con fuerza, espoleándolo, y su carrera dejó de resultar fluida. Empezó a dar zarpazos al aire. Su respiración salía en bufidos que se asemejaban a fuelles en sus oídos. Cuando echó un vistazo sobre el hombro, unas formas oscuras de oscuros ojos se recortaron contra la luz. Las espinas le arañaron las pantorrillas y las zarzas le desgarraron el pecho y el abdomen al tiempo que seguía corriendo, agachándose continuamente hacia un lado y otro para sortear los grupos de vegetación más oscuros y grandes, y utilizando los brazos para aplastar y apartar los arbustos más pequeños.

Los perros estaban justo detrás de él, ladrando mientras se lanzaban a través de las espinas.

Sol esquivó una sombra de nuevo y vio que no podría llegar a la linde de la jungla antes de que lo alcanzaran. Acabarían con él... allí, al borde de la jungla.

Giró, con la esperanza de luchar con la fuerza suficiente como para que se tiraran a por su garganta y lo mataran. No era una forma tan mala de morir, se dijo a sí mismo. ¿No había dicho Erich que el mordisco de un perro podía llegar a ser tan doloroso como para provocar cierta forma de parálisis?

El perro que iba en cabeza salió de un matorral y saltó hacia delante, camuflado como una amenazadora tormenta, con ojos tan rojos y oscuros como el vientre de una viuda negra. Sol afianzó su posición y se preparó para el impacto.

Erich había olido a Solomon antes de verlo, incluso a través del hedor del miedo y la sangre que provenía del campamento, con un olor tan fuerte como el de la turba de musgo esfagnáceo.

Atraído hacia el claro por la voz de Goldman, había contemplado el espectáculo en cuclillas desde los helechos de la savoka: había oído el disparo muy cerca de la cerbera, y luego había observado a los perros saltar y desgarrar al hombre colgado. La parte de humanidad que le quedaba se había puesto enferma, a pesar de que la escena había incrementado el hambre que se concentraba en su estómago.

De pronto, una figura salió a toda prisa de la luz del foco. Se agachó de forma instintiva, solo para levantar la cabeza una vez más cuando los perros, que ladraban de forma salvaje, salieron en persecución del fugitivo.

Con una extraña falta de emociones, observó cómo Solomon corría hacia él, en dirección a la jungla. Era como si no le estuviera sucediendo a él, sino a alguna otra especie con la que ya no se identificaba. Solomon estaba cerca de la savoka y su respiración retumbó en la cabeza de Erich justo antes de que el hombre-perro reaccionara.

Una presa, pensó.

El deseo de sangre corrió por sus venas, junto con un vago recuerdo de dientes que se clavaban en la muñeca de una puta, y su boca se llenó de un sabor picante.

Aferró con fuerza su cuchillo y esperó.

La figura continuaba avanzando, golpeando los arbustos con las piernas. Los perros, libres de las correas de los guardias, la perseguían.

—Sol —susurró Erich cuando Solomon dio varios traspiés y extendió un brazo mientras empezaba a caer, tambaleándose hacia el interior de las sombras de la selva. Miró hacia atrás justo en el momento en que *Sagi*, el perro que iba en cabeza, cubría los metros que los separaban y saltaba en el aire.

Erich se movió.

Sin saber el motivo, se interpuso entre Solomon y el perro, soportando toda la fuerza de la carga de *Sagi*, para después rodar con el animal y golpear su cabeza con la empuñadura del cuchillo. El perro se debatió como un loco, pero Erich lo agarró con más fuerza. ¡El hombre es mío!, quería decir.

—¿Erich? —preguntó Sol cuando *Sagi* consiguió librarse de Erich y se quedó tumbado entre jadeos.

Los demás perros se acercaron muy despacio, olisqueando, paso a paso.

Sol gateó por la savoka buscando a Erich. Por un instante, Erich comenzó a retroceder, como si le tuviera miedo al hombre. Entonces, las manos del hombre se posaron en su espalda, acariciando la piel, y Erich casi gimió de alivio. Sentía dolor

allí donde Sagi le había mordido la mano y se lamió la herida; el deseo de sangre no se vio saciado por su sabor, sino por las manos de un amigo.

—¿Erich? —preguntó de nuevo Sol.

El nombre le sonaba extraño, como si ya no formara parte de él. Sagi yacía con las patas extendidas, gimoteando. Restregó su cabeza contra la mano de Erich, como si también buscara consuelo. Los otros perros se acercaron más, oliendo la piel de perro, pegando sus hocicos al pecho desnudo de Erich.

Erich rodeó sus cabezas con los brazos.

En casa, pensó.

Uno de los reflectores que barría la zona dio con ellos. Los perros levantaron las cabezas y se quedaron mirando el resplandor, preguntándose qué luz era tan perversa como para atreverse a perturbar su reencuentro.

Erich atisbó entre los animales y vio a Hempel y a varios guardias que se acercaban despacio hacia ellos, haciendo chistes sobre lo desdichados que eran los perros por tener que comerse a un judío como cena.

Apretó la muñeca de Sol.

—¡Vete, Spatz!

Incluso su propia voz le sonaba extraña.

Durante un segundo, Sol no se movió. Entonces, el foco volvió a encontrarlos y apretó la muñeca de Erich. Un recuerdo mucho más profundo que el sabor de la sangre se apoderó de Erich. Parpadeó y bajó la vista a sus manos unidas, enlazadas de una manera que no había practicado desde hacía décadas. El apretón Wandervdgel, comprendió con un repentino entendimiento que lo dejó boquiabierto y lo obligó a levantar la mirada hacia Sol.

—Mantén a Miriam con vida —se sorprendió diciendo. Sagi se restregó contra él una vez más, en busca de consuelo—. Manténla con vida. —Le tendió el cuchillo a Sol, con el mango por delante.

Sol lo cogió, levantándose a medias mientras los nazis se acercaban.

—Hermanos en la sangre —dijo Erich.

Sol se inclinó para acariciar la mejilla de Erich con el dorso de la mano.

—Hermanos de sangre —dijo.

Buscó debajo de la cinturilla de los pantalones y se sacó la Cruz de Hierro.

—Toma —dijo, entregándosela a Erich.

Después, se marchó, adentrándose en la oscuridad de la jungla.

¡En marcha! Erich transmitió la orden de forma empática a los demás perros. Se perdió en el follaje, deleitándose en la ausencia del dolor de sus caderas, con los perros pegados a sus talones. Podía oír el avance de Sol a través de los arbustos, abriéndose camino hacia la playa.

Ya puedes asegurarte de que ella esté a salvo, pensó Erich mientras contemplaba la figura que se alejaba, al tiempo que él se encaminaba hacia el este, bordeando el límite de la selva.

La luz de los focos y las linternas cruzaban la jungla. Se mantenía agachado, moviéndose con tal desenvoltura que temblaba de la emoción, encontrando su camino más con el olfato que con la vista. Con los otros perros justo detrás de él, dejó atrás el sendero que conducía a la parte más pronunciada de la colina y subía al valavato. Podía oler la transpiración, el sudor humano, el hedor que quedaba después de horas, o puede que incluso días.

Corriendo a su antojo, exploraron los lugares secretos de la isla.

Era uno con la manada.

—¿Toco canción tuya de luciérnaga para ti en mi vahila, *lady* Miri? —preguntó Bruqah desde el lugar donde estaba encaramado en la entrada de la cripta—. Parecer demasiado triste desde que oír canción de granjero Goldman.

Miriam fue a su encuentro con dificultad.

—Es porque estoy triste, Bruqah —respondió—. Debería haber estado allí con Solomon esta noche. Es Yom Kippur, una época muy especial para mi pueblo. —Le sonrió, y el africano pudo ver el esfuerzo que eso le supuso—. No quiero parecer desagradecida...

—Y no serlo —le aseguró—. Quieres hablarle a Bruqah de este Yom Kippur.

—¡Oye!, te has expresado muy bien esta vez. —Volvió a sonreír, esta vez sin tanto esfuerzo—. Pero no, no quiero hablar sobre ello.

—Creo que has estado conmigo demasiado. Guardar cosas dentro, como Bruqah. Se adelantó lo suficiente como para ver el campamento.

—He oído disparos. Y ahora los perros se han vuelto locos. ¿Qué crees que está pasando?

Bruqah dudó. No tenía que estar allí abajo para saber que se avecinaban grandes acontecimientos. El Zana-Malata apenas si había abandonado su lugar en la cripta y, en las raras ocasiones en que lo había hecho, solo se había ausentado durante unos minutos. Habían cruzado muy pocas palabras, aunque Bruqah sabía que el sifilítico había dejado su juego con el mayor para perseguir objetivos mucho más importantes para él mismo. Pronto, Otto Hempel descubriría las consecuencias de no tener al hechicero para que lo ayudara. Y en cuanto a los perros, sabía por los sonidos que emitían que estaban dominados por el olor de la sangre.

No iba a decirle nada de eso a Miriam, porque sabía asimismo que en pocas horas estaría de parto.

—Vamos, *lady* Miri —dijo, deseando alejarla de la vista del campamento.

Bruqah sabía que Solomon estaba en peligro, y no quería que ella pudiera atisbarni siquiera su figura. Si llegara a imaginarse que el hombre necesitaba ayuda, insistiría en que la dejara sola y fuera allí abajo.

Por más que le hubiera gustado ayudar a Solomon, su deber —para consigo mismo y su propio pueblo, así como para con Miriam— era permanecer a su lado hasta que el niño naciera. Ya había tenido que dejarla en dos ocasiones desde que la llevara allí arriba: la primera, para cumplir su petición de informar a Solomon de dónde se encontraba; la segunda, para darse un baño en el mar y ponerse un lamba limpio y el pendiente de oro que lucía durante la celebración de ceremonias.

De pie junto a Miriam, contempló los reflectores que barrían el campamento. A lo largo del límite de la selva, tres guardias alemanes con pistolas batían la zona, como

si buscaran a alguien... o algo. La dejó un instante para acercarse al borde del acantilado y mirar hacia abajo.

A lo lejos, una enorme piragua con una linterna anclada a un palo sujeto a la proa se acercaba a la isla. Pudo entrever a una docena de hombres, que remaban sin descanso.

—¿Quiénes son? —preguntó Miriam, acercándose por detrás y apretándole el brazo.

—Fokolana —explicó Bruqah—. Gran consejo de tribu de parte sur de bahía. Cuando rey malgache dice «todos afeitar cabezas como culo de bebé para llorar muerte de hijo» esa gente decir no. Se derramó mucha sangre por eso, pero esa gente conserva el pelo e independencia. Bruqah vivir con ellos algún tiempo.

—¿Son miembros de tu tribu?

—Vazimba no tribu, como ya decir. Uno aquí, otro allí, otro más allá. Y así. —Gesticulaba como si señalara un mapa—. Nosotros personas especiales. —Se llevó el dedo al pecho con orgullo—. Nadie camina sobre sombras de vazimba.

Miriam devolvió la vista al campamento.

—¡Mira! —dijo.

Bruqah siguió su mirada. Apareció un kalanaro, seguido de otro y de otro, y comenzaron a subir la colina; se detenían detrás de los tótemes del valavato, como si intentaran esconderse, aunque los postes les servían de escasa cobertura.

Bruqah rió entre dientes y se giró hacia el mar en el momento en que otro disparo resonaba en la noche. Los guardias habían avistado la canoa. El segundo guardia abrió fuego, y la linterna se apagó. Ahora la piragua no era más que una oscura silueta sobre el agua.

Ambos guardias apuntaron.

—No —dijo Bruqah con calma.

De la misma forma que lo hiciera el día en que Misha bebió de la sarracenia, agachó la cabeza y murmuró unas palabras que Miriam no pudo comprender. Como si obedecieran una orden, los guardias se relajaron y bajaron sus armas. Uno de ellos encendió un cigarrillo. Cuando Bruqah levantó la cabeza, los guardias se dirigieron hacia el campamento.

—¿Cómo lo has hecho? —le preguntó Miriam—. Evitaste que dispararan. Algunas veces, me asustas, Bruqah. Eres tan hechicero como el Zana-Malata.

Bruqah asintió.

—Decirte antes: África es mágica. Tú ves. Tú crees. Yo soy mpanandro-vazimba. El Zana-Malata adquiere poder para él y castiga a gente por dejarlo solo. Yo deseo solo servir mi pueblo y su historia. Ella morir, yo morir, para nunca volver. Con vazimba, mientras Ciudadanos Alemanes se comporten, ellos solo preocupar de olor. —Giró el cuello y se llevó la nariz a la axila—. ¡Uf! ¡Bruqah apesta!

Estaba feliz de poder oír la risa de Miriam.

—Puedes tocar «Luciérnaga» si te apetece —le dijo ella—, pero yo tengo que

recostarme. Estoy muy cansada. Cansada de esperar a esta niña. Me gustaría que ya estuviera aquí.

Bruqah la miró, repentinamente serio.

—Deborah llegar pronto, *lady* Miri. Nosotros ser todos hijos de crepúsculo en esta isla, pero ella ser hija del amanecer. —La tomó del brazo para ayudarla a entrar.

Miriam se apartó de él.

—Creía que no podías pasar a través de los guardianes de la cripta —dijo.

—No solo, *lady* Miri. No me harán daño si estoy contigo.

Entraron juntos y Bruqah la ayudó a recostarse en su cama de piedra.

Ignoró al Zana-Malata que, como antes, estaba sentado con las piernas cruzadas, fumando expectante y con la mirada fija más allá de la entrada a la cripta.

Sol se esforzó por volver a respirar con normalidad y echó un vistazo por encima del hombro para asegurarse de que los perros se habían quedado con Erich.

Delante de él, salpicadas por la luz de la luna, se encontraban cuatro grandes balsas de goma, flotando en la bahía. Una quinta embarcación, medio cubierta con unos tablones de madera para convertirla en un muelle flotante, estaba varada en la arena. En su interior, de espaldas a Sol, había un guardia con el máuser en el regazo. La cabeza le caía sobre el pecho pero, desde la espesura, Sol no podía saber a ciencia cierta si el hombre estaba dormido... y en caso de ser así, si lo estaba muy profundamente.

El sonido de los gritos y los ladridos le llegó procedente de la cima de la colina, aunque amortiguado por la espesura de la selva. Estaba claro que Hempel se había dado cuenta de que algo había interferido con la cacería. Si iba a coger una de las balsas para intentar escapar, tendría que ser en ese momento. El cuchillo que Erich le había dado le hormigueaba en la palma de la mano y, por un momento, se quedó petrificado al ser consciente de lo que estaba pensando: no solo iba a matar a un hombre, sino que iba a hacerlo en el Yom Kippur.

Más aún, iba a dejar a Miriam y al bebé en manos de Hempel, y a Erich sumido en la locura. Había escuchado su nombre de labios de Erich por primera vez en décadas. En ese momento, su mente le recordaba el eco de las voces de la gente que había aparecido en las visiones que le proporcionara el dybbuk: Emanuel, Margabrook, Lise... todos ellos habían conspirado para evitar que se quitara la vida en Sachsenhausen, diciéndole que tenía un destino que cumplir.

¿Ese era su destino? ¿Matar a un hombre para salvarse a sí mismo?

Las imágenes de David, con el rostro reventado por el disparo de Hempel, y la de Lucius Goldman, muerto por un disparo y descuartizado por los perros, se alzaron para recordarle que Hempel los había golpeado sin conmiseración el Día de la Expiación.

Diciéndose a sí mismo que solo mediante su supervivencia podría regresar para salvar al resto, Sol se arrastró por el suelo, hundiendo el abdomen, los codos y las puntas de los pies en la arena mientras rodeaba la hoja del cuchillo con los dedos para evitar que brillara. El soldado de la balsa, agitado quizás por el ruido de la colina, cambió de posición y el máuser se deslizó de su regazo. Con un movimiento instintivo, cogió el arma y se sentó, enderezando la espalda. Segundos después, su cabeza cayó sobre uno de los hombros y sus ronquidos se sumaron a los restantes sonidos de la noche.

Sol dejó escapar un suspiro de alivio, parpadeó para combatir el asalto de los insectos atraídos por su sudor y siguió arrastrándose en dirección a la espalda del

hombre. Un ser enorme, vestido con el uniforme caqui, desprotegido... parecía ser el único objeto del universo.

Sosteniendo el cuchillo por el mango, cubrió la hoja con la mano libre y se alzó hasta quedar agazapado. Imagina que eres Erich, se dijo. Una mano sobre la boca del guardia, y le echas la cabeza hacia atrás al tiempo que le hundes la hoja.

¡Ahora!

La respiración del hombre resonaba con fuerza en los oídos de Sol, pero se dio cuenta de que no era capaz de dar el último paso ni de alzar el brazo. Un pequeño grito de desesperación escapó de sus labios y se quedó mirando como un estúpido el cuchillo que sostenía en la mano mientras se preguntaba si su incapacidad para matar se debía a la compasión... o a que no era más que un cobarde.

El sonido fue suficiente para despertar al hombre. De forma intuitiva se giró hacia Sol.

—¿Qué...?

El brazo de Sol se alzó con un impulso y, como se estuviese observándolo todo desde fuera, se vio a sí mismo asestándole al hombre un revés en la nariz con el mango del cuchillo. Se escuchó el crujido del cartílago al romperse. El guardia gimió y se desplomó sobre la mitad descubierta de la balsa al tiempo que el rifle caía con estrépito sobre las planchas de madera.

Protegiéndose la cabeza con las manos, Sol se tumbó en el suelo y se agazapó junto al bote, a la espera del disparo. Se quedó con el rostro pegado a la arena, escuchando lo que debían de ser los últimos jadeos del hombre.

Los sonidos procedentes de la colina se hicieron más fuertes. Miró hacia la jungla con los ojos entrecerrados y se puso en pie. A esas alturas, era demasiado tarde para preocuparse por la presencia de otros guardias, de modo que decidió que no habría ninguno. Erich había apostado dos soldados en los botes, y en ocasiones tres, pero, para Hempel, el «enemigo» se encontraba en el interior del campamento. En su opinión, lo que había que hacer era mantener a los judíos acorralados y a los adiestrados vigilados, sin preocuparse por el posible acercamiento de los habitantes de la isla principal.

Cuando decidió que era el momento adecuado, Sol se enderezó y se metió en el agua para nadar en dirección a los demás botes de goma. Al mirar las balsas y los remos metálicos se cuestionó lo que estaba haciendo. Aun en el caso de que se las apañara para llegar a tierra firme sin ser acribillado a balazos, ¿dónde iba a encontrar ayuda? Si se topaba con las autoridades francesas, ¿arriesgarían sus vidas por los judíos cuando, según Erich, habían sido los franceses los que idearan el Plan Madagascar original?

Oía el ruido de gente bajando por la colina, por el camino más largo pero también más transitable. Reían y charlaban. Se tomaban su tiempo. Eso quería decir que pensaban que aún lo tenían todo bajo control.

Lo cual era cierto, pensó con desconsuelo.

A no ser que...

Regresó hacia el bote de la orilla y se arrojó a un lado, preparado para golpear de nuevo con el cuchillo. El guardia había perdido el conocimiento, o bien estaba muerto. Sol se lo echó sobre el hombro y, acto seguido, lo metió en uno de los botes que estaban en el agua. Cortó las cuerdas que lo unían a los restantes y le dio un empujón, de modo que la corriente comenzó a moverlo, alejándolo de la isla. Lo observó hasta que perdió de vista al guardia que yacía desmadejado en el fondo de la balsa, y entonces volvió a la orilla, atravesó la playa a la carrera y se ocultó entre los árboles. Valorando más el silencio que la distancia que pudiera recorrer, comenzó a abrirse camino entre las cañas de bambú y se adentró entre la vegetación.

Para entonces, ya tenía un plan. Sin cuestionarse las posibilidades de éxito de este, se encaminó hacia la parte trasera de la higuera estranguladora situada en la linde de la selva, cuyas ramas colgaban sobre el parapeto de la ametralladora, en la cima del altozano de caliza.

Las enormes raíces del árbol buscaban la tierra, reptando por debajo de la hojarasca que cubría el suelo. Puesto que tomaba el alimento y el agua de allí mismo, había asfixiado al árbol sobre el que germinara y había acabado convirtiéndose en una escalera gigantesca y caótica.

Esta imagen de la naturaleza encierra alguna lección, pensó Sol. Localizó una enredadera, la cortó, anudó el cuchillo a un extremo y se la pasó por la cabeza a modo de collar, con el cuchillo colgando sobre la espalda. Acto seguido, se escupió en las palmas de las manos y las restregó contra el suelo antes de comenzar a trepar por el grueso tronco.

Había oído que los indios de Sudamérica y los pigmeos africanos —de estos últimos se decía que eran los mejores trepadores de árboles del mundo— se ataban una cuerda alrededor de los tobillos y así formaban una especie de abrazadera que los ayudaba a ascender por cualquier tronco, por muy resbaladizo que fuese, y a alcanzar las alturas en busca de fruta, insectos y panales de miel. Las raíces de la higuera estranguladora que rodeaban el tronco muerto del árbol le facilitaban la labor a un chico de ciudad como él.

Aun así, el intento de trepar no dejaba de ser una locura. Y seguiría siéndolo aunque lo hiciese a plena luz del día o con una linterna que lo ayudara a saber con exactitud dónde tenía que agarrarse, dada la enorme altura del árbol. De hecho, todo el plan era un desatino. Pero escapar sin intentar siquiera liberar a Miriamy a los demás era todavía peor.

No había manera de medir las distancias en la oscuridad. No sabía cuánto había ascendido... ni la distancia que recorrería antes de llegar al suelo si se caía. Encontrar un punto donde sujetarse era un desafío; no podía asegurar que hubiese otro un poco más arriba o si, al deslizar los dedos por la gruesa raíz, se estaría acercando hacia un punto muerto que lo obligara a desandar el camino y a intentar otra ruta. Intentó arrancar unos trozos de corteza según subía, pensando que quizás podría localizar las

señales y orientarse mejor en el caso de que tuviera que volver a bajar. El proceso ralentizaba el ascenso, de modo que lo abandonó y se concentró en seguir trepando.

Alcanzó la copa, cuyas hojas tenían un tacto correoso sobre sus mejillas, metió la cabeza entre el espeso follaje y aguantó la mayor parte de su peso colgándose de una rama por la axila. Allí arriba, entre las hojas, soplaba una leve brisa y se distinguía un trocito de cielo. A su derecha se alzaba la pálida pared abovedada de la chimenea. Observó el lugar con los ojos entornados y vio que la roca llegaba hasta las ramas más altas del árbol: había escogido la higuera adecuada.

Respiró hondo e intentó ubicarse. Aunque algunos sonidos, como el canto de los pájaros y los gritos de los lémures, se distinguían a la perfección a través de la selva a pesar de la amortiguación natural que proporcionaban los árboles, otros sonidos resultaban bastante evasivos. Escuchaba los resoplidos del generador, pero le era imposible deducir si se encontraba a la altura del campamento, o si el complejo estaba situado por encima o por debajo de él. De vez en cuando, y gracias a la luz de la luna que se filtraba a través de las hojas, podía ver en lo alto uno de los laterales de la chimenea de caliza que se alzaba como una sombra fantasmal de color verde grisáceo sobre el dosel de los árboles. Su objetivo, el pequeño parapeto que formaba el cuarto puesto de vigilancia, estaba situado en la cima.

Sol avanzó sin prisa pero sin pausa, con una agilidad que lo dejó sorprendido incluso a él. Solo se veía las manos cuando se las acercaba a la cara pero, aun así, inmerso en un entorno desconocido, sentía una extraña sensación de seguridad, a pesar del riesgo que suponía la escalada y del ruido ensordecedor del millón de insectos cuya procedencia no acababa de tener muy clara. Quizás, pensó, fuera su vieja amiga, la oscuridad, que lo reconfortaba con la antigua familiaridad de aquellos días y noches que pasara en la alcantarilla de Berlín, bajo la tienda de tabaco de su padre.

Volvió a intentar orientarse una vez más. En la parte baja, lugar al que la luz del sol apenas llegaba, la vegetación había sido muy densa; allí arriba, donde la luz de la luna se filtraba de vez en cuando a través de las frondas, las sombras bailoteaban formando arabescos en claroscuro.

Algo que sobrevolaba las copas de los árboles llamó su atención. Con el rostro inclinado, y dando gracias por la visión en túnel que le permitía concentrarse en una zona minúscula o en un solo objeto como si mirara a través de un telescopio, distinguió las señales de lo que debían de ser cientos, si no miles, de luciérnagas. Por alguna absurda razón, la melodía de Paul Lincke comenzó a sonar en su cabeza.

—Glühwürmchen, Glühwürmchen, Glimmre, Glimmre —murmuró al tiempo que se limpiaba el sudor que le caía sobre los ojos y apartaba una cortina de lianas colgantes para ver mejor.

La luz de la luna se hizo más clara y el ascenso comenzó a resultar más sencillo. Cada vez que asomaba la cabeza por encima de los árboles, las luciérnagas parecían estar más cerca. Con un brillo que encerraba una promesa, parpadeaban sobre él igual

que las luces del centro comercial KaDeWe en época de vacaciones. Tenía la sensación de que si estirara el brazo podría capturarlas, pero no dejaba de preguntarse si el continuo parpadeo no sería algún tipo de código que evitaba que eso sucediera.

Veinte metros más, supuso con inquietud mientras echaba un vistazo con los ojos entrecerrados a través de las raíces retorcidas y de las hojas e intentaba en vano vislumbrar la cima del altozano. En aquel lugar, más alto que la mayoría de los árboles que lo rodeaban, la luz de la luna llegaba de forma más intensa. Desde allí distinguía parte de las copas de los árboles que estaban más abajo, salpicadas de un color verde oscuro. Una brisa fresca comenzó a soplar de forma intermitente, haciendo que las hojas se agitaran como las ondas sobre la superficie de un lago.

Dejó de trepar al escuchar un movimiento por encima de su cabeza. Apoyó el rostro sobre la corteza y respiró hondo. Mientras descansaba, meditó acerca del plan.

La idea era bastante simple.

Dejaría fuera de combate al centinela, cogería la ametralladora y... ¿entonces qué?

¿Liberaría todo el campamento?

Jamás había utilizado un arma de fuego. ¿Cuántos de los suyos acabarían muertos o heridos por su falta de experiencia?

Lo que había creído una idea genial se convirtió en un completo desastre y casi se sintió agradecido cuando escuchó un gruñido por encima de su cabeza. El alivio se esfumó al escuchar el chasquido de unas mandíbulas y sentir la caricia de unos dientes en las puntas de sus dedos. Unos ojos almendrados de color amarillento, con pupilas en forma de espiral, lo contemplaron furiosos. Sol cogió el cuchillo.

El animal se acercó un poco más. Una cabeza alargada, semejante a la de un zorro, entró en la zona iluminada y una civeta se aproximó a él descendiendo por la gruesa rama.

El cuchillo se volvió repentinamente pegajoso en sus manos. Se echó hacia atrás, intentando poner toda la distancia posible entre ellos. Las civetas parecían bastante agresivas en el suelo; eran los carnívoros más grandes de Madagascar, sin contar con los osos, según había dicho Bruqah. En aquel momento, no solo parecía agresiva, sino también muy cómoda y segura de sí misma en sus dominios.

Entre gruñidos y siseos, el animal se alzó hasta quedar apoyado en tres de sus patas y lo golpeó con una de las delanteras. Sol la esquivó y blandió el cuchillo con poco entusiasmo. La civeta le hundió las uñas en el dorso de la mano y saltó sobre su brazo, cayendo de nuevo contra el tronco con las patas extendidas para guardar el equilibrio, mientras que se aferraba con una de ellas a un nudo del árbol. El animal volvió a saltar, aprovechando el hueco que quedaba entre una rama y la cabeza de Sol, a la par que expresaba su ira por la intrusión de Solomon con una serie de siseos y arañazos que le desgarraron los hombros y las mejillas, haciéndolos sangrar.

Sol se dio la vuelta, aterrorizado, perdió el apoyo y se quedó colgando en el vacío mientras las patas traseras del enorme felino le arañaban la frente y las mejillas

cuando el animal se descubrió en una situación muy similar a la suya.

Dejó escapar un grito cuando el cuchillo se escapó de su mano, y se las arregló como pudo para agarrarse al árbol, estrellándose contra el tronco con tanta fuerza que la civeta cayó en sus brazos, sin dejar de escupir y maullar. Por un momento, no vio más que pelo y furia. De repente, con la misma rapidez con la que lo había atacado, el animal saltó de nuevo hacia la rama.

Furioso, Sol se limpió la sangre de la cara con el antebrazo y evitó mirar a la civeta para impedir que el encontronazo de sus miradas provocara otro ataque. El felino se alejó por la rama y comenzó a correr hacia la que parecía su pareja, exhibiendo un sigilo que rivalizaba con el despliegue de furia anterior. Miró hacia la oscuridad que se extendía bajo él y se preguntó si no sería más inteligente volver al suelo de la selva. Quizás, después de todo, debería intentar huir hacia el continente.

La pareja de civetas comenzó a acercarse a él: dos sombras camufladas, con los belfos alzados dejando a la vista sus incisivos. Sol recuperó el ánimo, pensando que tal vez pudiese golpear a una de ellas con la suficiente fuerza como para disuadirlas de entrar en combate.

Las civetas giraron las cabezas en ambos sentidos y expresaron su descontento con una serie de gruñidos. En las sombrías alturas aparecieron docenas de ojos brillantes. Lémures. Defendían el ataúd viviente que consideraban su hogar contra un enemigo común.

Las civetas lanzaron una furiosa mirada a Solomon y desaparecieron entre la espesura. Los chillidos de los lémures se apagaron poco a poco y los diminutos animales se alejaron a través de las hojas.

Sol se alzó el borde de la camisa para enjugarse la cara antes de continuar. Cuando comenzaba a trepar, distinguió una especie de tamborileo. La vibración se extendía a lo largo de las raíces a medida que sus manos las tocaban.

—¡Ha h'aye!

Vislumbró a la criatura un instante; estaba golpeando el tronco del árbol muerto sobre el que había crecido la higuera con un dedo esquelético, en busca de insectos que habitaran la madera podrida. Cuando alzó la mirada, Sol creyó que sus ojos —traicionados por un rayo de luna que penetró en esos momentos a través de las hojas— eran tan grandes y abrumadores como los altavoces de la radio en el Funkturm. Se estremeció y, antes de que el aye-aye desapareciera entre el enredo de raíces y lianas que encarcelaban lo que una vez fuese un árbol saludable, lo señaló con su dedo esquelético. Sol comenzó a ascender de nuevo, más rápido esta vez, preguntándose qué tendría el grito del aye-aye que lo llenaba de esperanza en lugar de apesadumbrarlo. ¿Sería porque relacionaba al animal con Brugah, a pesar del miedo que sentía el malgache por la criatura? ¿O porque ansiaba algún tipo de sirena que lo guiara a través de la niebla que lo rodeaba y lo sacara de la tormenta emocional en la que estaba inmerso?

No podía evitar preguntarse el motivo por el cual el aye-aye estaba considerado

como un presagio de mala fortuna. Bruqah le había dicho que su gente lo creía portador de mala suerte o incluso que provocaba la muerte de los habitantes de la aldea donde se apareciera. El único modo de romper el maleficio era matándolo y, si era posible, quemando la aldea y construyéndola en otro lugar. Aun muerto, su magia seguía siendo muy poderosa. El hechicero que se atreviera a hacerse con su dedo ganaría fuerza interior, la cual aumentaba exponencialmente si había tenido la valentía de arrancárselo de un mordisco o le había roto el hueso cuando aún estuviera con vida.

La chimenea de caliza se alzaba junto al árbol, tan cerca del tronco que Sol podía tocarla. Se colocó al otro lado del árbol y siguió trepando. A pesar de que las ramas entorpecían su camino, ahora subía con más facilidad, ya que, a medida que ascendía por encima del dosel de la jungla, la noche se volvía más clara y eso mejoraba su limitado campo de visión.

Estaba acercándose a su objetivo: el puesto del centinela estaba justo sobre su cabeza. Alguien tosió. Sol se enderezó y agudizó el oído para tratar de discernir si habría otro centinela más, pero le resultó imposible averiguarlo. No escuchó ninguna voz, excepto las que se alzaban desde el centro del campamento.

A través del entramado de ramas, creyó distinguir parte de la torre de vigilancia nororiental y un sector del área de las perreras; la chimenea de caliza bloqueaba el resto. Escuchó una voz gritando distintas órdenes y distinguió una ristra de haces de luz al tiempo que los hombres —guardias, asumió— aceleraban sus pasos por el sendero que se internaba en la selva, camino de la playa.

Trepó con más determinación todavía, asegurándose de que se agarraba con firmeza según ascendía por el tronco. El chasquido de una rama al romperse podría alertar al centinela.

En ese momento, la chimenea pareció distanciarse del árbol, como si él mismo estuviera abandonando la tierra exactamente igual que la única vez que se subió a un aeroplano. Las ramas se hicieron más delgadas. Apoyó el torso sobre el lugar donde se bifurcaba una de ellas y apartó las hojas.

Quizás se tratara del riesgo de caerse y del vértigo —parte de él aún quería seguir hacia delante y caminar sobre el dosel de los árboles, convencido de que el mar de hojas aguantaría su peso—, pero por un instante se sintió más cerca de Dios que en cualquier otro momento que pudiera recordar. En ese lugar, las bromelias florecían como racimos de piedras preciosas y el reino de Dios parecía más tangible.

Descendió poco a poco hasta alcanzar una rama gruesa que se extendía por encima del otero, y se arrastró sobre ella lo más lejos que pudo sin exponerse a ser visto. Cuando la ancha espalda del centinela que estaba agazapado sobre la ametralladora colocada en la parte superior del altozano estuvo justo bajo él, tuvo que abrir los ojos a la realidad.

Incluso contando con el elemento sorpresa —asumiendo que se las arreglara para caer junto al guardia antes de que el hombre percibiera su presencia—, el nazi lo

doblegaría con facilidad, sin ningún género de duda. Y, en caso de que no fuese así, ¿cómo iba a matarlo? ¿Arrojándolo por el borde del altozano? ¿Volviendo sobre sus pasos para buscar el cuchillo que se le había caído?

Esa sí que era una idea estúpida, pensó mientras observaba los murciélagos que volaban con rapidez alrededor del altozano, envidiando su facilidad de movimientos en la oscuridad. Lo sorprendió no sentir miedo de semejantes criaturas.

El guardia, muy al contrario, no parecía ser de su misma opinión. Cuando uno de los murciélagos se acercó demasiado a su cabeza, el hombre se puso en pie súbitamente y lo alejó con la mano.

Sol aprovechó el momento.

Cayó sobre el guardia con la certeza de que en ese instante era capaz de asesinar y de que era fuerte, mucho más fuerte de lo en realidad pensaba. Además, contaba con la ventaja de la sorpresa. Sol aterrizó justo detrás del hombre. El soldado se dio la vuelta, con una mirada asombrada, y trató de asestarle un puñetazo. Sol se agachó en busca de un arma... ¡lo que fuera! Le tiró la caja de las municiones, cargada con las tiras de balas de la ametralladora, al guardia. El hombre la agarró y trastabilló hacia atrás, perdiendo el equilibrio y desplomándose por encima del borde de la chimenea, hasta caer en la selva que se extendía a los pies del promontorio. Sus chillidos habrían podido confundirse con los de un pájaro. Las cintas de balas, todavía enganchadas a la ametralladora, se salían de la caja a medida que el hombre caía.

Otro menos, pensó Sol, reconociendo en su fuero interno lo sencillo que resultaba hacer algo por segunda vez, aunque ese algo fuera matar. Aliviado ante el hecho de que hubiese sido el otro hombre y no él mismo el que acababa de morir, reunió la munición y se puso en cuclillas junto a la ametralladora. Ahora lo único que tenía que hacer era descubrir cómo funcionaba y cómo aniquilar a los que estaban en el campamento sin llevarse por delante al contingente judío en el proceso...

Se inclinó sobre el arma y contempló el campamento hasta que su atención se centró en la cabaña del Zana-Malata. Bajo el brillo de los focos, vio la pequeña figura de Misha desembarazándose de la piel de cebú de la entrada. El niño bajó los escalones, arrancando la cortina de piel a su paso y se alejó a tropezones de la choza. Tras una serie de explosiones, la cabaña estalló en llamas en cuestión de segundos. Una segunda figura emergió del interior. Sol se quedó perplejo al reconocer la enorme silueta del Kapo, que se tambaleaba en círculos con la camisa en llamas.

Una sirena comenzó a aullar con gran estruendo y las luces de los reflectores empezaron a barrer la zona. Misha abrió las manos y, al instante, de ellas surgió una llamarada. El niño se quedó inmóvil, como un ciervo hipnotizado. Se escuchó un disparo. Misha seguía sin moverse.

—¡Corre, Misha! —gritó Sol antes de mirar de nuevo ala ametralladora—. Dios Santo —susurró—. Enséñame cómo hacer esto.

Y comenzó a disparar.

Congelado bajo el haz del foco, Misha oyó cómo *Herr Freund* le gritaba una advertencia desde la cima de la colina.

A su espalda, la cabaña del Zana-Malata crujía y ardía mientras el fuego prendido por el brasero lanzaba chispas en todas direcciones. Pleshdimer está muerto, pensó. ¡Muerto, muerto, muerto! No se sentía culpable por haberle prendido fuego a la cabaña con Pleshdimer dentro. Si acaso, sentía que hubiera sido un accidente, aunque no mucho más que cuando descubrió que, después de todo, el Kapo no había muerto a manos del mayor.

Notaba la semilla de cerbera que había originado el fuego encerrada en su puño. A pesar de que no tenía ni idea de cómo funcionaba la brujería, había vuelto a recoger la semilla antes de salir a toda prisa de la cabaña, robándole la magia al sifilítico y haciéndola suya.

Un disparo lo sacó de su estado hipnótico. Miró hacia la torre de vigilancia, y, al darse cuenta de que le disparaban a él, echó a correr hacia el arbusto más cercano.

¿Y ahora qué?, pensó. Podría ir a la cripta, donde Bruqah había llevado a Miriam, pero había visto que el Zana-Malata se había ido en esa dirección. Lo último que necesitaba era un castigo por haber destruido la casa del sifilítico. Sabía que el mayor estaba en la tienda comedor porque lo había visto meterse allí, pero no iba a acercarse a él, sobre todo después de lo que le había hecho a *Herr Goldman*. Y por lo que se refería a *Herr Freund*, que disparaba desde allí arriba, temía acercarse a él por si una bala perdida lo alcanzaba por el camino.

El primer reflector quedó destrozado por el fuego que provenía del otero. Agazapado, Misha recordó una de las historias que su padre le había contado sobre una antigua ciudad en algún lugar de Palestina, cerca del Mar Muerto. Igual que en aquella isla, los judíos buscaban un hogar. Lo encontraron en Jericó, haciendo que las murallas que rodeaban la ciudad se desplomaran para así poder entrar... a pesar de que sus enemigos no querían permitirselo.

Aquello le dio una idea. Se sorprendió de que no se le hubiera ocurrido antes.

Regresaría a la zona de los judíos, buscaría el cuerno de cebú que le había dado a *Herr Goldman* para que lo usara como shofar y lo haría sonar. La cerca que rodeaba el lugar con los judíos dormían se derrumbaría, así como la valla exterior, y todos serían libres.

Apartó las ramas y contempló el campamento. Sobre su cabeza, ligeramente hacia la izquierda, podía ver a *Herr Alois* y los otros perros. El coronel aún llevaba la piel de Tauro. Arrastraba una parte de la celda de castigo.

Sin hacer caso de las ráfagas provenientes del altozano y de las torres de vigilancia, Misha corrió hacia los perros. Mientras lo hacía, en su cabeza resonaba

una canción afroamericana que su padre le había enseñado; y, en su mente, vio cómo se derrumbaban las murallas de Jericó.

Sin apartarse de la protección que les brindaba la jungla, Erich y sus perros rodearon el claro. Cuando llegaron cerca de las ruinas del hospital de Benyowsky, encontró un puesto privilegiado desde el que podría observar a Hempel sin ser visto.

El mayor, que seguramente creía que la jauría aún perseguía a Sol, regresaba triunfante al campo. Los guardias se reunieron al verlo entrar con el porte de un conquistador. En grupo, pasaron a la tienda comedor.

Erich miró a su alrededor. El dosel formado por los claveles del aire y las orquídeas los ocultaría a él y a los perros, tanto de la loma como de las torres de vigilancia, lo que les permitiría acercarse al campamento sin que nadie los viera.

Erich abrió la marcha. Con la manada a su espalda, se tumbó sobre el vientre y gateó hasta la cerca.

El olor a humo los detuvo. Al girarse, vio la espiral de humo que salía de la cabaña del Zana-Malata y contempló cómo la choza estallaba en llamas. No tuvo tiempo de preguntarse quién estaba dentro, si es que había alguien, antes de ver a Misha salir corriendo y detenerse, atrapado bajo el haz de luz de los reflectores de las torres de vigilancia. Escuchó la advertencia de Solomon y una ráfaga de disparos que provenía del puesto de vigilancia que había en la cima del altozano.

Misha se escondió entre los arbustos.

¡Spatz! ¡Su Spatz! Solomon Freund... sabio amigo, pensó Erich. ¿Quién se hubiera imaginado que tendría cojones para hacerlo?

Cuando el otro puesto de vigilancia devolvió los disparos, Erich se puso en marcha. Arrojó parte de la derrumbada celda de castigo sobre una pequeña cavidad natural que se abría en la base de la cerca. Los demás perros lo observaban ansiosos mientras deslizaba las cañas de bambú atadas bajo la cerca para levantarla. Uno a uno, gatearon como si quisieran que los acariciara y se colaron por debajo sin ningún tipo de problema. Sonrió al darse cuenta de que Misha era el último de la fila, detrás de él.

Una vez que estuvieron todos dentro, Erich guió al grupo hacia el área que había detrás de la tienda de suministros, manteniéndose en las sombras mientras los focos barrían el campamento.

Los adiestradores podían unirse a él si así lo deseaban, pensó. En ese momento, lo único que tenían eran las perreras vacías. Podrían volver a ser una unidad hasta que el *Altmark* regresara, circunstancia que algunos de ellos, si no todos, aprovecharían para intentar regresar a Alemania.

No los echaría de menos.

Los perros eran los únicos amigos que le quedaban. Sus verdaderos amigos.

Mis amigos, oyó cómo el sifilítico los llamaba desde la colina. Mi Sagitario, mi

Piscis, mi Erich...

Se tapó los oídos con las manos y se concentró en los latidos de su corazón. Hempel y los guardias habían salido corriendo del comedor y estaban junto al Panzer, disparando hacia la loma. Las ráfagas de las armas automáticas pasaron sobre sus cabezas y los obligaron a pegarse más al suelo.

Las balas rebotaron en el tanque. Un hombre gritó y cayó, rodeándose con los brazos. Hempel rodó debajo del tanque cuando otra ráfaga trazó una línea hacia él. Uno de los reflectores se hizo añicos. Los dos que quedaban se movían sin orden ni concierto desde las torres de vigilancia, en busca del enemigo, hasta que por fin se dieron cuenta de que se encontraba en uno de sus propios puestos. Abrieron fuego hacia la chimenea de caliza y Solomon respondió: una segunda luz quedó inutilizada.

Misha y los perros se agruparon cuando los guardias comenzaron a abrir fuego sobre todo lo que se movía. Erich alargó el brazo sobre el cuello más cercano para tranquilizarlos. Tranquilos, les dijo, aunque él mismo era incapaz de seguir su propio consejo.

Solomon disparó al generador, pero alcanzó la torre del agua, que estaba en medio. El agua comenzó a caer a chorros.

Dispara a las luces, Spatz. ¡No te preocupes por la electricidad!, pensó Erich.

Miró hacia la zona de los judíos; sabía de forma instintiva que los chicos de Hempel habían vuelto a electrificar la alambrada que rodeaba el área de descanso mientras que el mayor estaba en la playa.

Lo que vio le hizo desear levantarse y gritar de alegría.

Los judíos habían desmontado el techado que les proporcionara y lo habían arrojado sobre la cerca. Cuatro o cinco derribaban la alambrada con los postes que habían sostenido la tienda. Una vez roto el circuito, se acercaron a la cerca. Lo que quedaba de ella cayó bajo su peso.

Solomon disparaba sin piedad. Las torres de vigilancia le devolvían el fuego y los guardias que había cerca del tanque disparaban a la marea de personas que se les venía encima. La primera línea de judíos cayó, sus agónicos gritos resonando en la noche, solo para ser sustituida por otros judíos.

Erich se volvió hacia Misha y le dio unas rápidas órdenes:

—Ve a la tienda de las municiones. Abre una pequeña caja de madera con el nombre de «Granadas». Estaré a la derecha, cerca de la entrada. Tráeme una granada. Y ten cuidado —añadió, como si se le hubiera ocurrido después.

Antes de que hubiera terminado la frase, Misha ya se dirigía hacia la tienda.

Erich y los perros lo siguieron, manteniéndose pegados a la lona. Podía ver en la oscuridad mucho mejor que sus adversarios, y se sorprendió al darse cuenta de que ni sentía miedo ni estaba sediento de sangre. Funcionaba por puro instinto animal, aunque aún debía enfrentarse al hambre. Miró a su alrededor, temiendo que el Zana-Malata estuviera cerca. Podía oír cómo le llamaba la voz del hechicero, pero sonaba débil y lejana. Y, poco después, la voz desapareció.

Los perros no volverían a obedecer al sifilítico. ¿Me obedecerán a mí?, se preguntó Erich. No lo sabía, pero tenía que intentarlo. En silencio, les dio la orden: «Zodiaco».

Los perros se abrieron en abanico. Como si los animales hubieran invertido sus papeles y los hubieran llamado, los adiestradores se movieron desde diferentes puntos del campamento para encontrarse con sus respectivos perros.

Listos, ordenó Erich.

El foco iluminó al chico en el mismo momento que al guardia que había permanecido en su puesto en la tienda de suministros y municiones.

—¡Matadlo! —gritó Hempel.

—¡No! —Franz salió del hospital de campaña, sacudiendo los brazos mientras corría—. ¡No disparéis al niño!

Una descarga de balas de media docena de guardias golpeó al auxiliar con tanta fuerza que lo levantó del suelo. El impacto impulsó sus piernas hacia la cabeza y cayó del mismo modo que lo haría una muñeca de trapo. Tenía los brazos extendidos, el cuello doblado en un ángulo antinatural y un hilo de sangre salía de su boca.

Como si hubieran recibido una orden silenciosa, todos los rifles se volvieron hacia el niño, que permanecía inmóvil, atrapado bajo el haz de luz del reflector. Tenía el brazo extendido hacia delante. Unas llamas alargadas brotaron de su palma, alzándose hacia el cielo nocturno.

—¡Disparadle! —volvió a gritar Hempel, pero nadie se movió.

Erich casi pudo saborear el miedo y la frustración en la voz del mayor. ¿Dónde está ahora tu maravilloso sifilítico?, pensó con sarcasmo.

¡Ataca!, ordenó mentalmente a Piscis y, confiando en el animal, se movió hacia campo abierto, donde todos pudieran verle.

—¡Disparadme a mí, cabrones! ¡Matad a un coronel! —gritó.

—¡Es Alois! —gritó alguien—. ¡Vestido como un perro!

Los disparos sonaron otra vez. Solomon abrió fuego cuando el reflector se giró hacia el nuevo objetivo. No pasó ni medio segundo antes de que Piscis estuviera sobre el hombre. Mientras una lluvia de balas caía sobre el hombre y el animal, Misha levantó las lonas de entrada a la tienda y se coló dentro. Salió poco después llevando dos granadas.

—¡Aquí! ¡Tráemelas! —gritó Erich—. ¡Hazlas rodar si es necesario! ¡Tenemos que hacer estallar el generador!

Misha comenzó a avanzar, corriendo y dando traspiés a partes iguales; de repente, una ráfaga de balas levantó el polvo delante de él y lo obligó a correr en la otra dirección, hacia el generador. Se le cayó una granada y dio la vuelta para intentar recuperarla, pero la ráfaga de una de las ametralladoras hizo saltar la tierra detrás de él. Saltó y rodó. Erich lo vio tirar de la anilla y luego, mientras gritaba, cargar con el brazo en alto.

Una bala lo hizo girar antes de llegar al generador. La granada cayó de sus manos,

rebotó como si hubiera chocado contra una piedra y rodó por la cuesta que los judíos, con su trabajo, habían convertido casi en un suave césped. Misha se hizo un ovillo cuando la granada fue a parar a una de las patas de la torre de agua.

La explosión sacudió la tierra, cubriendo a Erich de piedras y otros escombros. Cuando todo acabó, rodó sobre su espalda en un intento de ver a Solomon, pero, en su lugar, se encontró con el trípode que caía.

Toda la escena pareció pasar a cámara lenta. Faltaba la parte inferior de una de las patas de la torre, rota allí donde se produjera la deflagración, y toda la estructura se tambaleaba como un borracho; el agua salía por los agujeros que Sol había hecho al disparar al depósito en su intento por destruir el generador.

Otra de las patas se rompió por el peso y la estructura se desmoronó. Una cascada de agua cayó sobre el generador y la tienda del cuartel general. El generador chisporroteó... y se produjo un cortocircuito. Se oyeron varios crujidos y, después, llegó la oscuridad.

Ningún disparo más salió de la chimenea de caliza.

Hempel se subió al Panzer y entró en la torreta. Se escuchó una especie de gruñido seguido de un chirrido metálico y el tanque giró para enfrentarse a los judíos. El grupo se dispersó hasta formar una línea.

Hempel sacó la cabeza.

—¡Te advertí a ti y a tus judíos sobre cualquier rebelión, Rabí! —gritó.

Con una lluvia de cenizas, el techo de la cabaña se derrumbó. El mayor volvió a meterse en el Panzer.

Erich levantó la vista y recolocó su cuerpo. Solomon podría proporcionarle fuego de cobertura... si es que todavía seguía vivo.

Se tensó y sintió que los perros se tensaban en respuesta. Sus años de trabajo, de entrenamiento con el Abwehr y, después, el programa de especialización que pusiera en marcha en la propiedad de Rathenau, culminaban en ese momento.

El cañón de la torreta comenzó a escupir fuego. Una cuarta parte de los judíos cayó, sus miembros rodaban por todas partes como bolos, cuando la ametralladora de calibre 0,50 barrió su línea.

Los que quedaban se abalanzaron sobre el tanque, tan cerca de él que en ese momento no servía de mucho. Los guardias disparaban a quemarropa pero los judíos seguían avanzando. Dos de ellos les arrebataron los fusiles a esos niños sádicos que se creían soldados y devolvieron el fuego.

Los perros saltaron y comenzaron a desgarrar gargantas y seccionar testículos. Erich hundió la mano en la cuenca de un ojo de uno de los hombres con una satisfacción que jamás hubiera creído posible; el guardia retrocedió y cayó sobre Johann, que peleaba con Max, a cada cual más salvaje. Alguien golpeó a Erich en la espalda con la culata de un rifle. Se desplomó sobre el suelo con fuerza y levantó la vista justo a tiempo para ver que el tanque maniobraba hacia la melé.

Va a dispararnos a todos, pensó, aunque eso signifique matar a sus propios

hombres.

Hempel sacó la cabeza por la torreta para echar un vistazo a su alrededor. Las balas comenzaron a rebotar contra el blindaje cuando Fermi y Holten-Pflug se arrodillaron y abrieron fuego, obligando al mayor a regresar a su refugio. Una oleada de judíos alcanzó el tanque y, empujando a la vez, comenzó a volcarlo.

La Totenkopfverbände arrojó sus armas y corrió hacia la selva, perseguidos por perros, adiestradores y judíos. Los que aún permanecían con vida en las torres de vigilancia levantaron las manos a modo de rendición. El tanque gruñó y avanzó, escupiendo trozos de barro cuando las orugas buscaron una superficie de agarre.

Judíos y guardias gritaron al sentir que el tanque los aplastaba en la prisa de Hempel por salir del campo y salvar, de ese modo, su vida.

El vehículo estaba a medio camino de la senda que descendía desde la colina cuando se quedó atascado. Erich corrió hacia él y miró dentro, esperando recibir un disparo de la pistola de Hempel. Había hecho lo que había tenido que hacer. Había salvado a los judíos. Solo le quedaba una cosa por hacer: librar al mundo y a sí mismo de Hempel.

Un lémur ratón, el único ocupante del tanque, lo miró con ojos tristes.

De forma instintiva, Erich supo que Hempel se dirigía al Storch. Dejó que el espíritu de Tauro lo invadiera. De inmediato, presintió el atajo que el mayor había tomado. Oisqueó el aire, tratando, de manera consciente, de no pensar en términos humanos. El mundo se vació de color; la jungla se había convertido en un invernadero de orquídeas grises, pero estaba repleta de olores. Y su oído estaba igual de agudizado: el murmullo de un ciempiés sobre una hoja; el tronar de la respiración de Hempel cien metros más abajo.

Mientras se lanzaba a través de árboles y arbustos, Erich aún podía oír algún que otro disparo a su espalda. Se movió en paralelo a la falda de la montaña hasta que el deseo de detenerse se apoderó de él y olisqueó el aire una segunda vez. Podía olerlos. Los kalanaro, podía leer los estratos aromáticos de su calor corporal como si fueran mapas geológicos. Por alguna extraña razón que no era capaz de explicar pero en la que había aprendido a confiar, se le ocurrió que aquellos hombres-mono eran viejos, tan viejos como el diario de Benyowsky; quizás ya eran viejos cuando este lo escribió. ¿Serían ellos los tres mil que estuvieron presentes cuando Benyowsky y el Rey del Norte se cortaron sus propios pechos con la assegai real y bebieron el uno la sangre del otro?

¡Ampanzanda-be!

¿Cuál había sido el sentido de la vida de Benyowsky? ¿Escribir la primera constitución de aquel país? ¿Su intento de salvar a Ravalona solo para ser traicionado por sus amigos y su propia ambición? ¿Qué alegría pudo reportarle al conde la fría oscuridad de la cripta?

Quizá solo los saltamontes y los ciempiés tenían sentido. Quizá solo lo tuvieran las pisadas a través de la selva con las primeras luces del alba. Todo lo demás, se dijo,

no tenía sentido, debía ser el caos. El único consejo que merecía la pena escuchar provenía de su propio corazón, donde moraban las voces de los perros.

—Tauro —dijo. Y después—: Miriam.

Sintiendo su presencia en el valavato y sabiendo que perdería el control si se acercaba, siguió descendiendo la colina, deslizándose sin problemas entre lianas y zarzas. De la mano de sus sentidos agudizados, también había llegado la firmeza de sus pasos. A los pies de la colina, una poza de agua marina hacía las veces de foso defensivo, pero Erich pasó sobre los tocones de los árboles y después saltó a una duna cubierta de hierba. Clavando las manos en la arena, trepó hasta la cima y miró al otro lado.

El Storch, con dos pequeñas bombas de tabun bajo las alas, estaba dando la vuelta, cortando el agua con el morro mientras se preparaba con dificultad para el despegue. Fijó la vista en la blanca luna de septiembre que se alzaba sobre la línea de árboles, al oeste. Solo una pequeña franja de dunas lo mantenían alejado de la vista del piloto mientras corría por la arena en dirección al pequeño banco de arena que se adentraba en el mar en el extremo de la laguna.

Agachando la cabeza, corrió medio agazapado hasta el final del espigón. La piel de perro le golpeaba la espalda, y la vegetación recortaba sombras sobre la arena, permitiéndole correr con bastante sigilo. Sin embargo, durante los últimos veinte metros estaría al descubierto, una porción de playa húmeda tachonada de oscuras y afiladas piedras. Alcanzó la zona en plena carrera, tan lleno de furia y energía que atravesó sin dolor las rocas, riéndose cuando Hempel lo apuntó con su Mann.

El avión viró hacia él cuando la primera bala pasó rozándole la oreja.

Se zambulló en la laguna. Hempel agitó el brazo derecho con la intención de disparar de nuevo y desplazó el avión hacia la izquierda, virando al tiempo que se dirigía hacia la bahía. Los patines se deslizaban sobre las olas, dejando estelas a su paso.

Erich se sumergió.

Se aferró a una de las aletas del patín derecho. La energía del movimiento de la avioneta hizo que su cuerpo se estirara al máximo. Cuando el agua lo golpeó con fuerza a medida que el avión fue ganando velocidad, se agarró a uno de los puntales que sujetaba el patín. El patín izquierdo se elevó del agua y el derecho, más cargado a causa de su propio peso, lo siguió casi al instante. Vio que el mayor tiraba de los mandos hacia la izquierda para compensar la tendencia del aparato a irse hacia el otro lado. El avión se debatió como un loco hasta que, poco a poco, se estabilizó.

Los pies de Hempel estaban justo sobre él, con las plantas sobre el cristal delantero. Miró hacia abajo con los ojos cargados de furia.

Erich le enseñó los dientes y le sonrió.

Soltando un juramento por lo bajo, el mayor estiró el brazo hacia el asiento del pasajero y cogió su arma. Mientras se removía en su asiento para conseguir un buen ángulo de tiro a través del cristal, Erich se aferró con fuerza a la aleta y se encaramó

en el lado izquierdo, agarrándose a uno de los travesaños que sujetaban el ala y, después, se colocó en el hueco del pasajero. Escuchó el sonido del arma al disparar, dos veces, como si alguien cascara nueces, pero estaba más allá del miedo, más allá de la preocupación. Las reacciones físicas se imponían al raciocinio.

Gritó al tiempo que rompía la ventanilla de un puñetazo.

La ventana se resquebrajó, convirtiéndose en una tela de araña de cristal rajado. Erich tiró con tanta fuerza de la manilla que la puerta se abrió de golpe, ayudada por el impulso del aire. El impulso hizo que golpeará contra el fuselaje.

Se produjo otro disparo.

—Tendrías que haberme matado hace mucho, cuando tuviste la oportunidad — gritó Erich, mientras el aeroplano se escoraba hacia un lado y la pistola salía volando de la mano de Hempel.

Riendo, Erich se afianzó con el pie en la V que formaban los puntales y se inclinó para mirar al piloto a los ojos.

Hempel hizo virar el avión. El verde sustituyó al azul del mar cuando dieron media vuelta, de nuevo hacia Mangabéy. Erich se aferró a la parte superior de la cabina y, levantando y encogiendo las piernas como si fuera a realizar un salto con pértiga, se lanzó hacia dentro y golpeó la mandíbula del mayor con ambos pies.

Hempel cayó hacia atrás y se golpeó contra la ventanilla del piloto. Su cabeza cayó en dos ocasiones sobre el panel de mando y el Storch viró a la izquierda bruscamente, haciendo que Erich entrara del todo en la cabina. Cayó sobre los asientos, con las piernas en el regazo de Hempel, y aprovechó para clavarle la rodilla izquierda en la barbilla. Hempel se quejó y se derrumbó contra el asiento.

El avión comenzó a caer en picado.

A medida que la tierra se acercaba, Hempel profirió un gemido. Miró por la ventana que tenía al lado y palideció... para después tirar de los mandos. El avión comenzó un ascenso vertiginoso.

El mayor estiró el brazo para alcanzar el rollo de alambre negro que se extendía por la parte superior del cristal frontal y se conectaba a las bombas.

Erich lo atrapó por los hombros, retorciendo y apretando conforme clavaba las uñas en la carne del hombre.

Hempel comenzó a dar manotazos al aire, intentando alcanzar el cable, pero Erich lo clavó en el asiento del piloto sin miramientos, aplicando toda su fuerza sobre él. Sin pensarlo dos veces, se inclinó y le clavó los dientes en el cuello.

El mayor barbotó y golpeó la cabeza de Erich con el puño.

—¡Cabrón! ¡Cab...!

La voz se quebró. La resistencia cesó.

Erich sintió que el avión se inclinaba... demasiado. El azul de la bahía quedaba enmarcado por la ventanilla del pasajero y la luna brillaba como la plata más allá del morro.

¡Que así sea!, pensó. ¡A la mierda todos!

Hempel volvió a golpearlo, pero solo consiguió darle una especie de palmadita, como la que se le da a un amigo en el hombro. Sus brazos se deslizaron por la espalda de Erich y quedaron inertes a sus costados. Tenía la boca abierta y la mirada perdida.

Cuando Erich sacó la Cruz de Hierro de su bolsillo y la puso alrededor del cuello de Hempel, el mayor no se resistió.

Erich palmeó el metal una vez sobre el pecho del mayor y sonrió. Con una mano, agarró el cuello de Hempel y se lo retorció. Al mayor se le salieron los ojos. Un reguero de sangre brotó de sus labios y se deslizó por su barbilla. Cayó contra el asiento. Erich escupió la sangre y la carne de Hempel que se le había quedado en la boca y volvió a reír, una risa estridente que no parecía provenir de él.

El avión había comenzado a caer en picado, girando en espiral, pero Erich no hizo ademán de retomar los mandos; el control, se dio cuenta, era lo último que deseaba.

Se recostó y apoyó la frente contra el parabrisas mientras el avión caía. Lo único que le importaba ahora era la fragancia selvática de la región del río Antabalana que se extendía bajo él. Creyó oír las voces de miles de judíos mientras desembarcaban; gritos en su honor, como tribus adorándolo; vítores que llenaban el aire como las corrientes de agua de la jungla cuando desembocaban al mar.

Podía ver la luna: una esfera plateada contra un cielo de terciopelo. Quizás, pensó, los bosquimanos tenían razón y era de allí de donde provenía el alma. Leni se lo había contado aquella calurosa noche mientras esperaban sentados en el borde de un desierto africano.

Rió una vez más y la luna comenzó a girar, fundiéndose con la locura.

El caos reinaba en el campamento. En la melé, —que él mismo había comenzado, reconoció Sol sin remordimientos—, era difícil, por no decir casi imposible, decir quién ganaba y quién perdía. El campamento ya no estaba protegido contra las incursiones interiores ni contra los ataques del exterior. El generador había quedado inservible por la caída de la torre de agua; las cercas estaban destrozadas casi en su totalidad; y los focos ya no funcionaban.

Lo que significaba que Sol no tenía la más mínima idea de a quiénes estaba alcanzando.

Al darse cuenta de todo eso, dejó de disparar y salió de detrás del parapeto. Su intención era bajar por el lado sur de la chimenea de caliza, correr a toda prisa a través del claro que Miriam llamaba gruta y aparecer bien pasado el campo y toda aquella carnicería.

Desde allí, una carrera para subir a la colina, razonablemente corta y nada desagradable, lo llevaría a la cripta.

Una oleada de placer le recordó que, por primera vez en su vida adulta, corría hacia algo y no de algo: no huía, no corría por las cloacas, no se deslizaba por el infierno tan bien trazado de la prueba de resistencia de Sachsenhausen que había tenido que soportar durante semanas al final.

Ver caer al niño cerca del depósito de agua y no levantarse le hizo cambiar de planes. Misha yacía en algún lugar de ahí abajo, entre los disparos y los gritos, entre los gruñidos de los hombres y los perros.

Manteniéndose lo más pegado posible a la chimenea de caliza, Sol descendió por la parte delantera en vez de por la de atrás, y se dejó caer en el campo. Una vez dentro del campamento, se dio cuenta de que la mayor parte de la lucha se concentraba junto a las puertas principales. Se deslizó por entre las tiendas con relativa facilidad, con la cabeza gacha en todo momento al tiempo que intentaba evitar las sencillas trampas que suponían los vientos de las tiendas. Con la sola excepción de un tropiezo, con el cadáver de un guardia, llegó hasta el niño sin contratiempos.

Misha estaba donde Sol lo había visto por última vez, hecho un ovillo cerca del depósito de agua. Sol lo giró con cuidado. Le salía sangre de una herida en la frente. Sol se escupió en los dedos y retiró la sangre. No era más que un rasguño.

Le tocó la carótida y, para gran alivio suyo, encontró pulso.

—Misha —dijo con voz ronca—. Soy *Herr Freund*. Abre los ojos y dime algo, jovencito.

Los ojos del niño se abrieron lentamente al tiempo que inspiró con fuerza.

—No me haga volver a la cabaña —murmuró—. No quiero volver allí nunca más.

Sol levantó la vista hasta lo que quedaba de las ruinas.

—No creo que tengas que preocuparte por eso. —Le revolvió el pelo. Sus dedos se encontraron con un chichón—. Intenta sentarte, Mishele —le pidió.

Misha se incorporó sin problemas, pero se llevó una mano a la cabeza de inmediato y la cara se le descompuso.

—¿Te duele la cabeza? —preguntó Sol.

Misha asintió despacio, como si quisiera reducir al mínimo el movimiento.

—Creí que estaba muerto.

Sol se rió entre dientes.

—Debiste de golpearte la cabeza al caer, pero me alegro mucho de poder decirte que estás más que vivo. Ahora veamos si podemos sacarte de aquí en esas condiciones.

Comenzó a levantar al niño en brazos, pero Misha se desasíó.

—Puedo andar, *Herr Freund* —dijo, y buscó la mano de Sol.

De esa forma, hombre y niño cogidos de la mano, se abrieron camino entre las tiendas y se dirigieron a la parte delantera del campamento. Mirara donde mirase, Sol solo veía cuerpos, la mayoría muertos o a punto de estarlo; otros eran atendidos por sus amigos lo mejor que podían. Los guardias a quienes había visto correr hacia la jungla no parecían haber vuelto, como tampoco los perros que habían salido en su persecución. No obstante, todavía quedaban demasiados hombres de Hempel vivos por allí, a juzgar por los disparos ocasionales que se oían. Hempel y el tanque habían desaparecido; y no se veía a Erich por ningún sitio.

Preocupado por la seguridad de Miriam, apresuró sus pasos. Ahora no había razón para que no pudiera salir por la puerta, pero eso los convertiría al chico y a él en un objetivo muy fácil para cualquier tirador que estuviera esperando al acecho.

Habiéndose percatado, al parecer, de las dudas de Sol, Misha tiró de su mano.

—Podemos salir de la misma forma que entré —dijo.

Sol siguió al chico, y pronto se vio arqueando la espalda mientras gateaba por debajo de la cerca, que había permanecido sorprendentemente intacta en aquel punto. Misha ya estaba bajo la alambrada. Corrieron cogidos de la mano varios metros antes de que se escucharan las ráfagas de un arma automática procedente de una de las torres de vigilancia. El niño tropezó. Sin aceptar una protesta esta vez, Sol lo cogió en brazos. No dejó de correr hasta que se hubieron adentrado lo bastante por el camino oeste.

Dejó al niño en el suelo y se volvió para mirar el campamento. El amanecer comenzaba a iluminar el cielo. La cabaña no era más que una pila de ascuas; y el campamento, un matadero.

A su lado, el niño comenzó a toser.

Sol se agachó para quitar el collar de perro del cuello de Misha. Lo arrojó entre los arbustos y luego le pasó un brazo por los delgados hombros. Permanecieron inmóviles un momento, contemplando el caos que tenía lugar más abajo. Se apoyaron

el uno en el otro en busca de consuelo; si era físico o emocional, Sol no estaba seguro. Tenía la sensación de que no solo habían escapado de los nazis, sino de una vida de horror ya trazada de antemano. Su creencia de que todo sucedía por alguna razón seguía intacta, porque Dios, a diferencia de los hombres, no jugaba a los dados. ¿Pero qué papel tenía él en los planes de Dios? ¿Y qué parte de ese papel estaba predestinada?

Se puso en pie y se sacudió la tierra de las rodillas. Sentía una gran tristeza por todos los camaradas judíos que habían entregado sus vidas en aquella batalla, pero los sentimientos que lo abrumaban eran sobre todo el de gratitud por estar vivo, y el de orgullo por haber podido ayudar a liberar a su gente.

—Creo que debería contarme una historia, *Herr Freund* —dijo Misha, apretando de nuevo la mano de Sol—. Rabí Freund. —Parecía estar comprobando las palabras—. Creo que es mejor rabino de lo que piensa.

Solomon rió.

—Mejor que eso —dijo—, cantemos.

Misha parecía perplejo.

—¿Cantar? Alguien podría oírnos.

—No me parece que queden muchos a quienes les importe lo que hagamos. Aunque tal vez tengas razón, así que cantaremos bajito.

—Da-da-yenu —comenzó—. Da-da-yenu, Da-da-yenu, Da-yenu, Da-ye-nu.

El niño sonrió y se le unió, así que cantaron aquella canción que, tradicionalmente, se escuchaba en la Pascua y que era la favorita de todos por su optimismo y su ritmo alegre.

Dayenu. Suficiente. Ya no somos esclavos. Somos libres.

Cuando dejaron de cantar, Misha apretó la mano de Solomon. Sol parpadeó para eliminar las lágrimas que se habían formado en sus ojos: se había acordado de las veces en que se sentaba en el Seder con sus padres y su hermana, Recha, compitiendo por ver quién cantaba la canción con más ímpetu.

—¿Qué te pasa, Misha? —le preguntó—. ¿Quieres otra canción?

—El Kapo —explicó Misha—. No murió allí en la playa. Yo... yo tropecé con el brasero y provoqué el fuego...

—Más despacio, Mishele.

El niño tomó aire.

—Volví a la cabaña para robar la magia del Zana-Malata. Cuando me iba, él... el Kapo... vino a por mí. Estaba tan asustado, *Herr Freund*. Me tapaba la salida y entonces vi que el cuchillo estaba allí... —Se echó a temblar.

—No tienes que hablar de ello —le dijo Sol.

—Quiero contárselo —insistió el niño—. Quiso agarrar el cuchillo. Fue entonces cuando eché a correr. Tropecé con el brasero y los carbones se desperdigaron. Sabía que estaban ardiendo, *Herr Freund*. Lo sabía. Sabía que provocarían un incendio. —El chico guardó silencio unos segundos—. Pero no me arrepiento. Me alegro de que

esté muerto.

—Yo también me alegro de que haya muerto, Misha. Era un hombre muy malo.

—Desearía poder matar también al Sturmbannführer —prosiguió Misha.

Sol apretó la mano del muchacho.

—¿Quién podría culparte por sentir eso? Ni siquiera Dios, te lo aseguro.

—Te quiero, *Herr Freund* —dijo el niño de repente—. No tanto como quería a mi papá, pero sí que te quiero.

Su delgada carita permanecía seria, sus ojos brillaban por las lágrimas. Sol lo levantó y le dio un gran abrazo.

—Y yo te quiero a ti, Misha. Mucho.

Se habían detenido y estaban a medio camino, en la colina que conducía a la cripta. Sol levantó la vista por encima de los árboles hacia la parte más oriental de la laguna, intentando no llorar. Oyó el rugido del Storch, y abrazó con más fuerza al muchacho. En un segundo, la avioneta apareció, y su estela fue como una intrincada cofia mientras se deslizaba a toda velocidad más allá del espigón, hacia mar abierto. Pudo ver una figura que corría por la arena; la reconoció únicamente porque era un hombre vestido con una piel de perro.

Erich.

Como un nadador experto se zambulló y se aferró a uno de los patines cuando el avión pasó a su altura. El aeroplano se elevó. Erich quedó colgado un momento, pero enseguida logró encaramarse.

El Storch dio la vuelta con un giro brusco y sobrevoló sus cabezas, casi a ras de los árboles. Erich se introdujo en la cabina a través de la escotilla.

El motor se ahogó un par de veces, pero la avioneta consiguió virar y alzar el vuelo momentos después, completando el arco y dirigiéndose hacia el continente; su sonido se fue apagando a medida que se hacía más pequeño.

Sin querer perderlo de vista, Sol se puso una mano sobre los ojos para contemplar su silueta recortada contra la luna.

El Storch cayó, como un vagón en el parque Luna. Al principio, Sol pensó que se elevaría, que Hempel, que debía de ser el piloto, enderezaría el aparato y descendería para realizar un aterrizaje sin mayores complicaciones.

Pero el ángulo de descenso era demasiado pronunciado, y tuvo que contemplar, impotente, cómo el avión desaparecía entre los árboles.

El niño lo estaba mirando, y en su rostro se reflejaba la conciencia de que el avión se había estrellado.

—No creo que Otto Hempel vuelva a hacerte daño —dijo Sol.

Ni Erich a mí, pensó, contemplando el lugar en el que había desaparecido el aeroplano.

Misha le dio una patada a una piedra. Sonrió. Le dio una patada a otra piedra. Sol intentó devolverle la sonrisa, pero su corazón estaba demasiado lleno de lágrimas.

—Dayenu —dijo en voz baja—. Adiós, viejo amigo. Descansa en paz.

Miriam dejó escapar un largo suspiro y mordió con fuerza el trozo de cuero que Bruqah había puesto en su boca para ayudarla en el parto. Podía ver el cielo teñido con las primeras luces del alba a través de la apertura de entrada: azul cobalto tachonado de estrellas. No recordaba haber visto un cielo de semejante color, pensó, sobre todo a esas horas de la mañana; y, sobre todo, no durante los dolores del parto.

—Pronto, *lady* Miri.

Bruqah limpió su frente con un trapo húmedo.

—¡Pronto! —gritó Miriam—. Estoy cansada de oírte decir eso. ¿No se te ocurre nada más? —Bajó la voz—. Lo siento, Bruqah. No debería gritarte a ti. No fuiste tú quien me hizo esto, y si no fuera por ti...

Jadeó cuando otra oleada de dolor se apoderó de ella. Bruqah le indicó al Zana-Malata que la sujetara por los tobillos hasta que el dolor pasara. Cuando lo hizo, Miriam maldijo en silencio al cielo y a todo lo que caminaba bajo él. El Dios que había condenado a las mujeres a pasar por aquello sin duda era hombre y no tenía ningún sentido del humor; de eso estaba más que segura.

—¡Solomon! —masculló con los dientes apretados, sin saber muy bien si quería matarlo o que la ayudara a pasar por aquello.

—¡Encontraremos al señor Sollyman! —dijo Bruqah—. En cuanto el niño está aquí. Muerde cuero, *lady* Miri. Ayudará. Es tradición de nuestras mujeres.

Respiró muy rápido, hiperventilando mientras la siguiente contracción recorría su útero. Retorciéndose de dolor, se preguntó, en primer lugar, por qué se había inventado el sexo... y, en segundo, por qué ella había sido tan estúpida como para practicarlo.

Bruqah le puso una mano en la mejilla. La frialdad de su piel la sorprendió y, por un momento, se quedó mirando sus blancos dientes y su luminosa sonrisa sin sentir dolor alguno.

—Tenemos un dicho para estos momentos —susurró el africano, deslizando su mano por la frente y apartando con gentileza su cabello—. Cuando nacimiento florecer, indri mirar.

—¡Y qué se supone que significa eso!

—¿Significar, *lady* Miri?

Miriam sacudió la cabeza con exasperación.

—Tú y tus malditos dichos. —Otra contracción se acercaba; se preparó para recibir su violencia—. Tu gente es tan mala como... —Dejó escapar un gemido grave— los alemanes. Un dicho para todo.

Bruqah sonrió.

—También tenemos uno para eso, *lady* Miri.

Sentándose, Miriam le apretó el hombro.

—¡Solomon!

Bruqah la obligó a recostarse.

—A su tiempo. Ahora tener que preocuparse por niño.

—¡Mira!

Sol y Misha permanecían de pie en el vano de la puerta, como rodeados por un arco de cielo. Las luciérnagas danzaban alrededor de sus cabezas como lentejuelas.

—¡Miriam!

Ella mordió el cuero.

—Tú y niño quedar fuera, por favor, Rabí —dijo Bruqah.

Antes de que Miriam pudiera discutir, otra ola de dolor se extendió por su cuerpo. Jadeó y mordió con fuerza. El cuero sabía un poco amargo, como a granos de café.

—¡Empujar! —la instó Bruqah.

—¡Estoy empujando, maldita sea!

—No suficiente fuerte. Morder cuero.

Volvió a morder. Mareada de repente, se deslizó por una corriente hacia un mundo en el que el dolor existía, pero quedaba muy lejos de ella. Solomon y Bruqah estaban detrás de una cortina brillante, sonriendo y hablándole sin articular sonido alguno. Intentó devolverles la sonrisa, asegurarles que todo estaba bien, que estaba dispuesta a parir a este hijo o a cualquier otro, pero sus músculos faciales no respondían.

No importaba. Nada importaba salvo el niño. Ellos lo sabían, seguro; incluso los hombres eran capaces de entender esas cosas.

Oyó a una mujer que le daba las gracias y la alababa; y, por un momento, estuvo segura de ver a varias docenas de nativos desnudos, pintados con barro blanco, gritar con alegría y elevar sus lanzas al cielo... pero fue solo un truco de la brisa y del sol naciente.

Y vio luciérnagas.

Luciérnagas... ¿era la melodía de Lincke la que resonaba en su cabeza? Levantó la vista hacia Bruqah. El negro hacía sonar su caja de música, acunada en la curva de su brazo. Levantó una rama de eucalipto y la sacudió sobre la cabeza de Miriam; después, giró bruscamente y sacudió la rama hacia la puerta.

«Solo un momento más».

Era la voz de Judith. Miriam extendió una mano para alcanzarla...

... —No puedo ayudarte, Miriam. Debes hacer esto sola. Cuando vuelvas a verme, estaré en un cuerpo. De momento, nuestro lugar está junto al niño, el mío y el de los demás...

... Una vez más, el dolor apareció. Miriam se agarró a la dura superficie de la pared de roca con una mano y empujó hasta que le dio la sensación de que iba a volverse del revés. Tres respiraciones rápidas y volvió a empujar. Intentó respirar de nuevo, pero la oleadas de dolor llegaban demasiado seguidas, cada cual mayor que la

anterior y sumando su efecto al de la que la precedía. La agonía parecía partirla en dos.

—¡Solly! ¡Misha! ¡Venir! ¡Ella está aquí, el bebé!

—Una... ¿qué? ¿Quieres decir que ya ha nacido? Yo...

Bruqah envolvió a la niña en un lamba. Una capa de tejido lleno de venas azuladas cubría la mitad superior de la cara de la niña. Como la máscara de un bandido, la cubría desde la cabeza sin pelo hasta la nariz.

Con infinito cuidado, Bruqah cortó el cordón umbilical y retiró la membrana de la cabeza del bebé. Miriam podía ver al Zana-Malata detrás de Bruqah, lo oía murmurar algo ininteligible.

—¿Qué dice? —preguntó.-

—Alaba a la niña espíritu de Ravalona. —Bruqah le tendió al bebé y puso una mano sobre las de ella. Miriam sintió su sinceridad—. Aunque alaba de verdad, busca la placenta. Quiere comerla, para fuerza... y para ver cara de muerte.

—¿Quiere morir?

—Quiere reconocer cara de muerte para apartarse camino de ella.

En cualquier otro momento, Miriam se hubiera reído por la enrevesada forma de hablar de Bruqah.

—El hombre me ayudó —dijo sin rodeos—. Dádsela.

—No poder hacer —dijo Bruqah.

Al escuchar eso, el Zana-Malata se abalanzó hacia delante. Cogiendo la placenta, comenzó a metérsela en la boca con ansia. Cuando Bruqah intentó atraparlo, el sifilítico se hizo a un lado y salió corriendo de la cripta.

—¡Cógelo, Solly! —gritó Bruqah.

Pero ya era demasiado tarde.

Bruqah envolvió la rama de eucalipto con una gasa púrpura y, tras sacar la cabeza por la puerta y clavar la rama en una fisura de la piedra, encendió una cerilla y le prendió fuego a cada extremo de la tela. Las llamas se extendieron con rapidez, haciendo crujir las hojas. Volvió a entrar en la cripta y se arrodilló al lado de Miriam para cogerle las manos entre las suyas.

—Bruqah informar a kalanaro. Ayudarán a mantener demonios lejos.

Miriam quería sonreír, pero, al darse cuenta de que Bruqah hablaba en serio, cubrió la espalda del bebé con una mano de forma instintiva. Entonces, llamó a Sol y a Misha, porque ya era hora de que vieran a la hija del amanecer.

EPÍLOGO

Tal y como se explicaba en el Talmud, los judíos enterraron a sus muertos cuatro días después del Día de la Expiación y el día de Sucot.

Porque está escrito que la construcción de la Succah, la cabaña que conmemora el tiempo de regocijo, el zman simhatainu, debe comenzar justo después del Yom Kippur, llevaron luto en privado y se reunieron para erigir el tabernáculo. Para esto, juntaron el limón tradicional, las hojas de las palmeras, las ramas de los árboles más grandes y los sauces allí donde terminaba el manantial, en la base del acantilado. Cien judíos supervivientes y dos adiestradores de perros, Fermi y el hogareño Holten-Pflug.

Después de erigir tres paredes, dejaron la cuarta abierta y comenzaron a construir el tejado con lo que crecía de la tierra y había sido cortado de ella. Dejaron un hueco en el techo, de apenas veinticinco centímetros de ancho, pero lo suficiente para ver las estrellas y dejar que entrara la lluvia; y así mostrarle a Dios que confiaban en que los proveyera y los mantuviera a salvo.

Del techo colgaron adornos de frutas y flores. Y lo mismo hicieron con las paredes. Un niño y un joven llamado Max rescataron el shofar de cuerno de cebú de los restos del campamento y lo pusieron en un lugar de honor.

Al atardecer, el cuarto día después del Yom Kippur se declaró día festivo, y el Festival del Día de Sucot comenzó. Cantaron y bailaron, y expresaron su alegría a Dios y su reciente libertad, ganada con el sudor de su frente.

Mientras que ellos cantaban y bailaban, los kalanaro abandonaron Nosy Mangabéy en una embarcación y se dirigieron hacia el continente. A la luz de la luna creciente, su piragur parecía cargada de luciérnagas, que brillaban y se apagaban al unísono.

Un hombre los observaba. En sus brazos, acunaba un bebé, envuelto en un lamba, henchido de felicidad.

Cuando la piragua se perdió en la lejanía, bajó la vista hasta la playa y escuchó los cánticos que de allí le llegaban.

Baruch ata Adonai elohainu melech ha-olam shesheheyenu v'keey'manu v'hee-gee-anu lazman haze.

—Bendito seas Tú, Nuestro Señor Dios, Rey del universo que imparte Su sabiduría entre aquellos que Lo reverencian —repitió Sol con suavidad, para que el bebé no se asustara—. Dulce Deborah —canturreó y la miró a la luz de la luna creciente.

Arrastrado por el poder de la bendición, entró en la mente de la niña. Allí, en la carne de su propia carne, redescubrió el dybbuk que había estado dentro de él durante la mayor parte de su vida.

Al entrar en la conciencia de Deborah, se encontró de vuelta allí donde había comenzado el dybbuk: con la enfermera, Judith, que murió por la explosión de la granada que había sesgado la vida de Walter Rathenau. Al entrar en los ojos azul cobalto de la mujer, descubrió que Judith podría haber detenido el asesinato si se hubiera sacrificado de forma consciente. En cambio, ella había elegido su vida... solo para perderla junto con su alma.

A diferencia de los cinco gorriones —Rathenau, Erich, Emanuel, Margabrook y Lise, que dieron su vida por ayudar a los demás—, Judith jamás estuvo dispuesta a arriesgar la suya por otra persona.

Irónicamente, aunque una vez recibiera el apodo de Spatz, gorrión, este hombre no era uno de ellos. A diferencia de ellos, él no había perdido la vida. Su bendición, o su maldición, era ver el futuro. Desde que era un niño, había sido capaz de atisbar lo que el dybbuk depararía.

Volviendo al presente, a la cima de la colina, se preguntó si sería posible cambiar la historia para que el dybbuk que ahora estaba dentro de su hija recién nacida no pudiera alterar los eventos con resultados devastadores.

Se enfrentaba a un último dilema moral.

Dejó vagar la vista por la bahía y tomó una decisión: vigilaría a Deborah y se aseguraría de que el dybbuk no fuera exorcizado. Le transmitiría cuanta sabiduría pudiera, con la esperanza de que sus acciones redimieran los pecados del dybbuk y este pudiera, al fin, descansar en paz.

Una mujer lo llamó desde la playa. No respondió, ya que aún le quedaba una cosa por hacer antes de reunirse con los demás.

Apretó al bebé contra su pecho. El corazón de la niña latía contra el de él. A pesar de que se había jurado que nunca pediría de forma deliberada que le fuera revelado el futuro, lo invitó a que se apoderara de él.

—Por favor —imploró...

... Por favor...

Las palabras brotan de la boca de una niña de unos ocho años, envuelta en una luz azul cobalto. Está atada, desnuda, a un poste de madera labrada con cuerdas que la sujetan a los cuernos del búfalo de agua que hay sobre su cabeza. Detrás de ella, la erupción de un volcán hierve contra el atardecer. Su cara tiembla y tiene los ojos abiertos de par en par por el terror. De repente, su cuerpo se convulsiona; solo las cuerdas que la sostienen impiden que se derrumbe sobre el suelo.

Bruqah, ayúdame, murmura ella, casi como si fuera un viejo hábito. Papa, ayúdame. Estoy aquí. Estoy aquí. Después, su voz queda sofocada por el crepitar de los dedos de lava incandescente que se deslizan por entre los menhires de piedra y los monolitos que la rodean.

La niña de ocho años mira entre las hojas dentadas de la cerbera.

—¡Déjame en paz, Jehuda! —grita.

¿Por qué, Deborah? ¿Te ofendo? ¿A ti que niegas mi existencia?

La voz proviene del interior de la mente de la niña.

Delante de ella, una delgada espiral de humo se alza desde la negra lava y los troncos abrasados por el calor arden a fuego lento, como antorchas húmedas. Más allá se oye un ruido, un gruñido, y aparecen varias figuras: hombres ataviados con pieles que llevan rifles y hachas. Agachados, se mueven por el terreno.

Trazando un amplio semicírculo sobre la falda de la colina para evitar la zona de la lava, deteniéndose cada tanto para disparar colina abajo, las figuras se acercan. Es imposible distinguirlos, porque sus cabezas están cubiertas con cabezas de perros.

Agachándose, concentrando los disparos en los arbustos que hay más abajo, la extraña reunión contempla en silencio cómo un hombre vestido con pieles de perro sale de un matorral de zarzas. Él, como los demás, lleva una cabeza de perro, pero esta cae hacia atrás, entre sus omóplatos. Alrededor de su cuello, luce una Cruz de Hierro.

Se sienta y comienza a tocar un extraño tambor. Los otros bailan. Despacio. Codo con codo, moviéndose en sentido de las agujas del reloj a lo largo del pantano que delimita la jungla. Ahora en sentido contrario, sin ningún sonido salvo los ocasionales disparos y el roce de las fundas de los cuchillos contra su piel.

El que toca el tambor se levanta. Pasa al lado de los otros, se abre paso por la oscura piedra volcánica y luego a través de las lápidas de piedra para inclinarse sobre la niña inconsciente.

Unos dedos como garras levantan su barbilla. La niña parpadea hasta abrir los ojos y su rostro se contrae de miedo. Lloriqueando en silencio, intenta liberar los brazos. La cuerda rasca inútilmente contra el tótem y el hombre-perro levanta la cabeza y ríe...

Las risas procedentes de la playa y el llanto del bebé, al que estaba apretando con demasiada fuerza, sacaron al hombre de la visión.

—Enseguida bajo —dijo, pero no se movió—. Aún no ha terminado, ¿verdad... Erich? —susurró.

Se quedó mirando el continente de Madagascar, la jungla donde, cuatro días antes, vio caer un avión en picado hacia el suelo.

RECAPITULACIÓN

El Plan Madagascar —la base del Manifiesto Madagascar del que forma parte Hijos del crepúsculo—, fue propuesto por primera vez por la plana mayor de Napoleón. El Alto Mando alemán lo adoptó en 1938. Poco tiempo después, Eichmann lo concibió como la «solución» al «problema judío». Entre los muchos partidarios del Plan se incluían el Congreso de los Estados Unidos y el barón francés von Rothchild, un magnate judío del coñac que se ofreció a comprar la isla en un desesperado intento por salvar a su pueblo.

Walther Rathenau sí tuvo una sobrina, aunque ella difícilmente pudo conocer a Solomon Freund. El padre de Sol, Jacob, cuya figura juega un importante papel en el primer libro de esta trilogía, está basado en el abuelo de Janet. Era copropietario, junto con un gentil, de una tienda de tabaco en Berlín.

Wanda Pollock, junto con un estudiante estadounidense y un luchador iraní, fue clave para evitar que los nazis asesinaran a Churchill, Stalin y Roosevelt de un solo golpe en Teherán, después de que el mago, Jean-Jacques Beguin, utilizara sin saberlo su «clarividencia» para revelar el emplazamiento de la reunión de los Tres Grandes.

El agente tabun fue desarrollado por los nazis en 1937. El motivo por el que Hitler no lo utilizó es objeto de especulaciones, aunque puede ser que él mismo temiera su inestabilidad... y la posibilidad de llevar la guerra con gas nervioso a su propio país.

El *Altmark* estuvo en la zona durante el tiempo en que transcurre la novela, al igual que el Graf Spee. El Spee sería barrenado por su tripulación en la ciudad Montevideo, Uruguay, después de una encarnizada lucha con un barco inglés. Al final, el *Altmark* fue tomado por la Marina Británica en un arriesgado abordaje cerca de Noruega. El capitán Dau se suicidó el día siguiente al final de la Segunda Guerra Mundial. Hasta el momento, los autores no han sido capaces de descubrir lo que le sucedió al doctor Tyrolt.

Las tribus Vamzimba y Zana-Malata son reales, al igual que la Betsileo y la Antakarana; los informes no se ponen de acuerdo en si la tribu Kalanaro existió de verdad o es equivalente a la Tanal, el legendario Pueblo de la Selva. El juicio divino, para el que utilizaban las semillas del fruto del árbol de cerbera, se describe con total precisión, así como la ceremonia de la apertura de la tumba valavato. No hay ninguna cripta en Mangabéy, aunque la leyenda de Ravalona está muy extendida en la región.

En la actualidad, Nosy Mangabéy es la única reserva oficial en el mundo de los aye-aye. Las civetas, las misteriosas plantas carnívoras, y cualquier otra especie de flora y fauna son endémicas de la región. El pájaro elefante —origen de la leyenda del gran animal volador de los cuentos de Simbad—, los hipopótamos pigmeo y otras criaturas que puedan parecer imaginarias, habitaban Madagascar hasta hace unos

cuantos cientos de años. Todavía hoy se encuentran algunos huevos de pájaro elefante, cuyo valor es incalculable. En determinadas circunstancias, se sabe de algunas luciérnagas que parpadean al unísono.